LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

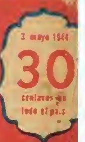
En este número:

AVENTURAS DE UNA INSTITUTRIZ

Texto íntegro de la famosa novela de VICTOR CHERBULIEZ.

EL TIRO QUE MATO A ALEJANDRO PUCHKIN

El célebre duelo, a la luz de interesantes cartas y memorias de la época.



AÑO XI - N.º 239
3 de mayo de 1944

LEOPLÁN

ESMERALDA 116
U. T. 33 - 0063
BUENOS AIRES

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 138.577

Sumario

Ilustraciones de: ARTECHE, LISA, RAUL VALENCIA, VALDIVIA, RAUL ROMERO, MARIANO ALFONSO y FAIRHURST. – Historietas de: CAO, HERGOTT, VILLAFAÑE, GONZALEZ FOSSAT, TOONDER, HALEBLIAN Y DEL CASTILLO, J. CHRISTIE M., Etc., Etc.



VIDA PRIVADA DE LOS QUINTILLIZOS DILIGENTI

Este es el título de la interesante nota que, firmada por Regina Monsalvo y con fotografías obtenidas por Pedro María Borelli, se publica en las páginas 26 y 27 del presente sumario.

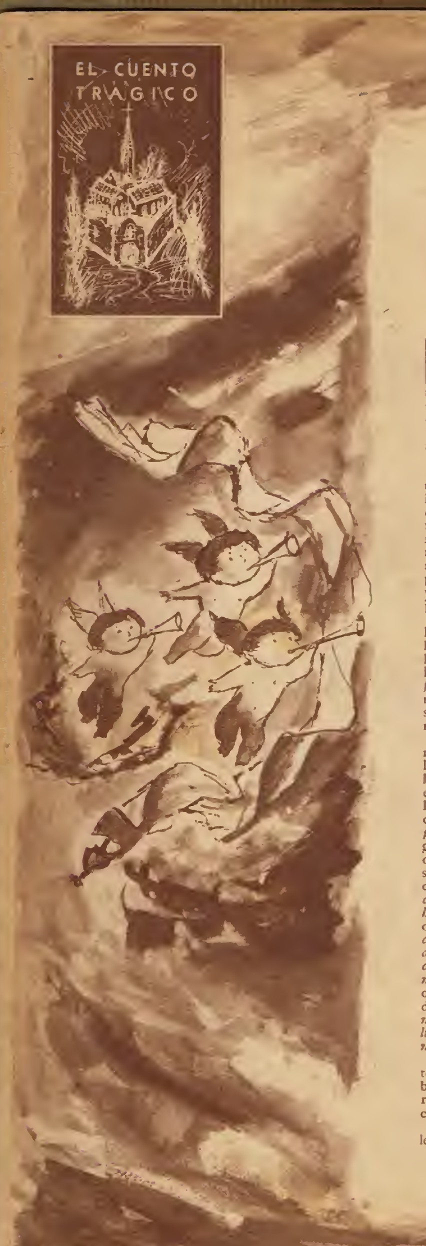
En el próximo número, tres novelas policiales de **ELLERY QUEEN:**

EL MISTERIO DE LOS TRES HOMBRES RENGOS
EL MISTERIO DEL ESPEJO
EL MISTERIO DE LA MUJER BARBUDA

Además: **HERODIAS,** texto íntegro de la famosa obra de GUSTAVO FLAUBERT

Y trabajos de: ALEJANDRO PUCHKIN, ALCALA ZAMORA, HECTOR PEDRO BLOMBERG, LUIS COUPERUS, JACINTO OCTAVIO PICON, etc., etc.

"LEOPLÁN" aparece el 17 de mayo ◆ Treinta centavos en todo el país



EL MISERERE

HACE algunos meses que, visitando la célebre abadía de Fitero y ocupándome en revolver algunos volúmenes en su abandonada biblioteca, descubrí en uno de sus rincones dos o tres cuadernos de música bastante antiguos, cubiertos de polvo y hasta comenzados a roer por los ratones.

Era un *Miserere*.

Yo no sé la música, pero le tengo tanta afición que, aun sin entenderla, suelo coger a veces la partitura de una ópera y me paso las horas muertas hojeando sus páginas, mirando los grupos de notas más o menos apiñadas, las rayas, los semicírculos, los triángulos y las especies de etcéteras, que llaman llaves, y todo esto sin comprender una jota ni sacar maldito el provecho.

Consecuente con mi manía, repasé los cuadernos, y lo primero que me llamó la atención fué que, aunque en la última página había esta palabra latina, tan vulgar en todas las obras, *finis*, la verdad era que el *Miserere* no estaba terminado, porque la música no alcanzaba sino hasta el décimo versículo.

Esto fué, sin duda, lo que me llamó la atención primeramente; pero luego que me fijé un poco en las hojas de música, me chocó más aun el observar que en vez de esas palabras italianas que ponen en todas, como *maestoso, allegro, ritardando, piu vivo, a piacere*, había unos renglones escritos con letra muy menuda y en alemán, de los cuales algunos servían para advertir cosas tan difíciles de hacer como esto: *Crujen... crujen los huesos, y de sus médulas ha de parecer que salen los alaridos;* o esta otra: *La cuerda aúlla sin discordar, el metal atruena sin ensordecer; por eso suena todo, y no se confunde nada, y todo es la Humanidad que solloza y gime;* o la más original de todas, sin duda, recomendaba al pie del último versículo: *Las notas son huesos cubiertos de carne; lumbre inextinguible, los cielos y su armonía... ¡fuerza!...; fuerza y dulzura.*

—¿Sabéis qué es esto? — pregunté a un viejecito que me acompañaba, al acabar de medio traducir estos renglones, que parecían frases escritas por un loco.

El anciano me contó entonces la leyenda que voy a referiros.

I

Hace ya muchos años, en una noche lluviosa y oscura, llegó a la puerta claustral de esta abadía un romero y pidió un poco de lumbre para secar sus ropas, un pedazo de pan con que satisfacer su hambre y un albergue cualquiera donde esperar la mañana y proseguir con la luz del sol su camino.

Su modesta colación, su pobre lecho y su encendido hogar puso el hermano a quien se hizo esta demanda a disposición del caminante, al cual, después que se hubo repuesto de su cansancio, interrogó acerca del objeto de su romería y del punto a que se encaminaba.

—Yo soy músico —respondió el interpelado—. He nacido muy lejos de aquí, y en mi patria gocé un día de gran renombre. En mi juventud hice de mi arte un arma poderosa de seducción, y encendí con él pasiones que me arrastraron a un crimen. En mi vejez quiero convertir al bien las facultades que he empleado para el mal, redimiéndome por donde mismo pude condenarme.

Como las enigmáticas palabras del desconocido no pareciesen del todo claras al hermano lego, en quien ya comenzaba la curiosidad a despertarse, e instigado por ésta continuara en sus preguntas, su interlocutor prosiguió de este modo:

—Lloraba yo en el fondo de mi alma la culpa que había cometido; mas al intentar pedirle a Dios misericordia, no encontraba palabras para expresar dignamente mi arrepentimiento, cuando un día se fijaron mis ojos por casualidad sobre un libro santo. Abrí aquel libro y en una de sus páginas encontré un gigante grito de contrición verdadera, un salmo de David, el que comienza: *¡Miserere mei, Deus!* Desde el instante en que hube leído sus estrofas, mi único pensamiento fué hallar una forma musical tan magnífica, tan sublime, que bastase a contener el grandioso himno de dolor del Rey Profeta. Aun no la he encontrado, pero si logro expresar lo que siento en mi corazón, lo que oigo confusamente en mi cabeza, estoy seguro de hacer un *Miserere* tal y tan maravilloso, que no hayan oído otro semejante los nacidos; tal y tan desgarrador, que al



Por ***GUSTAVO ADOLFO BECQUER***

ILUSTRACIONES DE LISA

escuchar el primer acorde los arcángeles dirán conmigo, cubiertos los ojos de lágrimas y dirigiéndose al Señor: *¡misericordia!*, y el Señor la tendrá de su pobre criatura.

El romero, al llegar a este punto de su narración, calló por un instante; y después, exhalando un suspiro, tornó a coger el hilo de su discurso. El hermano lego, algunos dependientes de la abadía y dos o tres pastores de la granja de los frailes, que formaban un círculo alrededor del hogar, lo escuchaban en un profundo silencio.

—Después —continuó— de recorrer toda Alemania, toda Italia y la mayor parte de este país clásico para la música religiosa, aun no he oído un *Miserere* en que pueda inspirarme; ni uno, ni uno, y he oído tantos, que puedo decir que los he oído todos.

—¿Todos?—dijo entonces interrumpiéndole uno de los rabadanes—. ¿A que no habéis oído aún el *Miserere de la Montaña?*

—¡El *Miserere de la Montaña!* —exclamó el músico con aire de extrañeza—. ¿Qué *Miserere* es ése?

—¿No dije? —murmuró el campesino; y luego prosiguió con una entonación misteriosa:— Ese *Miserere*, que sólo oyen por casualidad los que como yo andan día y noche tras el ganado por entre breñas y peñascales, es toda una historia; una historia muy antigua, pero tan verdadera como al parecer increíble.

Es el caso que en lo más fragoso de esas cordilleras de montañas que limitan el horizonte del valle, en el fondo del cual se halla la abadía, hubo hace ya muchos años, ¡qué digo muchos años!, muchos siglos, un monasterio famoso; monasterio que, a lo que parece, edificó a sus expensas un señor con los bienes que había de legar a su hijo, al cual desheredó al morir, en pena de sus maldades.

Hasta aquí todo fué bueno; pero es el caso que este hijo, que, por lo que se verá más adelante, debió de ser de la piel del diablo, si no era el mismo diablo en persona, sabedor de que sus bienes estaban en poder de los religiosos, y de que su castillo se había transformado en iglesia, reunió a unos cuantos bandoleros, ca-



maradas suyos en la vida de perdición que emprendiera al abandonar la casa de sus padres, y una noche de Jueves Santo, en que los monjes se hallaban en el coro, y en el punto y hora en que iban a comenzar o habían comenzado el *Miserere*, pusieron fuego al monasterio, saquearon la iglesia, y a este quiero, a aquel no, se dice que no dejaron fraile con vida.

Después de esta atrocidad, se marcharon los bandidos, y su instigador con ellos; adónde, no se sabe; a los profundos, tal vez.

Las llamas redujeron el monasterio a escombros; de la iglesia aun quedan en pie las ruinas sobre el cóncavo peñón, de donde nace la cascada, que, después de estrellarse de peña en peña, forma el riachuelo que viene a bañar los muros de esta abadía.

—Pero —interrumpió impaciente el músico—, ¿y el *Miserere?*

—Aguardaos —continuó con gran sorna el rabadán—, que todo irá por partes—. Dicho lo cual, siguió así su historia:

—Las gentes de los contornos se escandalizaron del crimen: de padres a hijos y de hijos a nietos se refirió con horror en las largas noches de velada; pero lo que mantiene más viva su memoria es que todos los años, tal noche como en la que se consumó, se ven brillar luces a través de las rotas ventanas de la iglesia; se oye como una especie de música extraña y unos cantos lúgubres y aterradores que se perciben a intervalos en las ráfagas del aire. Son los monjes, los cuales, muertos tal vez sin hallarse preparados para presentarse en el tribunal de Dios limpios de toda culpa, vienen aún del purgatorio a impetrar su misericordia cantando el *Miserere.*

Los circunstantes se miraron unos a otros con muestras de incredulidad; sólo el romero, que parecía vivamente preocupado con la narración de la historia, preguntó con ansiedad al que la había referido:

—¿Y decís que ese portento se repite aún?

—Dentro de tres horas comenzará sin falta alguna, porque precisamente esta noche es la de Jueves Santo, y acaban de dar las ocho en el reloj de la abadía.

—¿A qué distancia se encuentra el monasterio?

—A una legua y media escasa...; pero, ¿qué hacéis? ¿Adónde vais con una noche como ésta? ¡Estáis dejado de la mano de Dios! — exclamaron todos al ver que el romero, levantándose de su escaño y tomando el bordón, abandonaba el hogar para dirigirse a la puerta.

—¿Adónde voy? A oír esa maravillosa música, a oír el grande, el verdadero *Miserere*, el *Miserere* de los que vuelven al mundo después de muertos, y saben lo que es morir en el pecado.

Y esto diciendo, desapareció de la vista del espantado lego y de los no menos atónitos pastores.

El viento zumbaba y hacía crujir las puertas, como si una mano poderosa pugnase por arrancarlas de sus quicios; la lluvia caía en turbiones, azotando los vidrios de las ventanas, y de cuando en cuando la luz de un relámpago iluminaba por un instante todo el horizonte que desde ellas se descubría.

Pasado el primer momento de estupor, exclamó el lego:

—¡Está loco!

—¡Está loco! —repitieron los pastores; y atizaron de nuevo la lumbre y se agruparon alrededor del hogar.

II

Después de una o dos horas de camino, el misterioso personaje que calificaron de loco en la abadía, remontando la corriente del riachuelo que le indicó el rabadán de la historia, llegó al punto en que se levantaban negras e imponentes las ruinas del monasterio.

La lluvia había cesado; las nubes flotaban en oscuras bandas, por entre cuyos jirones se deslizaba a veces un furtivo rayo de luz pálida y dudosa; y el aire, al azotar los fuertes machones y extenderse por los desiertos claustros, diríase que exhalaba gemidos. Sin embargo, nada sobrenatural, nada extraño venía a herir la imaginación. Al que había dormido más de una noche sin otro amparo que las ruinas de una torre abandonada o un castillo solitario; al que había arrostrado en su larga peregrinación cien y cien tormentas, todos aquellos ruidos le eran familiares.

Las gotas de agua que se filtraban por entre las grietas de los rotos arcos y caían sobre las losas con un rumor acompasado, como el del péndulo de un reloj; los gritos del buho, que graznaba refugiado bajo el nimbo de piedra de una imagen, de pie aun en el hueco de un muro; el ruido de los reptiles, que descubiertos de su letargo por la tempestad sacaban sus disformes cabezas de los agujeros donde duermen, o se arrastraban por entre los jaramagos y los zarzales que crecían al pie del altar, entre las junturas de las lápidas sepulcrales que formaban el pavimento de la iglesia, todos esos extraños y misteriosos murmullos del campo, de la soledad y de la noche, llegaban perceptibles al oído del romero, que, sentado sobre la mutilada estatua de una tumba, aguardaba ansioso la hora en que debiera realizarse el prodigio.

Transcurrió tiempo y tiempo, y nada se percibió; aquellos mil confusos rumores seguían sonando y combinándose de mil maneras distintas, pero siempre los mismos.

—¡Si me habrá engañado! —pensó el músico; pero en aquel instante se oyó un ruido nuevo, un ruido inexplicable en aquel lugar, como el que produce un reloj algunos segundos antes de sonar la hora: ruido de ruedas que giran, de cuerdas que se dilatan, de maquinaria que se agita sordamente y se dispone a usar de su misteriosa vitalidad mecánica, y sonó una campanada..., dos..., tres..., hasta once.

En el derruído templo no había campana, ni reloj, ni torre ya siquiera.

Aun no había expirado, debilitándose de eco en eco, la última campanada; todavía se escuchaba su vibración temblando en el aire, cuando los doseles de granito que cobijaban las esculturas, las gradas de mármol de los altares, los sillares de las ojivas, los calados antepechos del coro, los festones de tréboles de las cornisas, los negros machones de los muros, el pavimento, las bóvedas, la iglesia entera, comenzó a iluminarse espontáneamente, sin que se viese una antorcha, un cirio o una lámpara que derramase aquella insólita claridad.

Parecía como un esqueleto, de cuyos huesos amarillos se desprende ese gas fosfórico que brilla y humea en la oscuridad como una luz azulada inquieta y medrosa.

Todo pareció animarse, pero con ese movimiento galvánico que imprime a la muerte contracciones que parodian la vida, movimiento instantáneo, más horrible aun que la inercia del cadáver que agita con su desconocida fuerza. Las piedras se reunieron a las piedras; el ara, cuyos rotos fragmentos se veían antes esparcidos sin orden, se levantó intacta como si acabase de dar en ella su último golpe de cincel el artífice, y al par del ara se levantaron las derribadas capillas, los rotos capiteles y las destrozadas e inmensas series de arcos que, cruzándose y enlazándose caprichosamente entre sí, formaron con sus columnas un laberinto de pórfido.

Una vez reedificado el templo, comenzó a oírse un acorde lejano que pudiera confundirse con el zumbido del aire, pero que era un conjunto de voces lejanas y graves, que parecía salir del seno de la tierra e irse elevando poco a poco, haciéndose cada vez más perceptible.

El osado peregrino comenzaba a tener miedo; pero con su miedo echaba aún su fanatismo por todo lo desusado y maravilloso, y, alentado por él, dejó la tumba sobre que reposaba, se inclinó al borde del abismo por entre cuyas rocas saltaba el torrente, despeñándose con un trueno incesante y espantoso, y sus cabellos se erizaron de horror.

Mal envueltos en los jirones de sus hábitos, caladas las capuchas, bajo los pliegues de las cuales contrastaban con sus descarnadas mandíbulas y los blancos dientes las oscuras cavidades de los ojos de sus calaveras, vió los esqueletos de los monjes, que fueron arrojados desde el pretil de la iglesia a aquel precipicio, salir del fondo de las aguas y agarrándose con los largos dedos de sus manos de hueso a las grietas de las peñas, trepar por ellas hasta tocar el borde, diciendo con voz baja y sepulcral, pero con una desgarradora expresión de dolor, el primer versículo del salmo de David:

Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam!

Cuando los monjes llegaron al peristilo del templo, se ordenaron en dos hileras y, penetrando en él, fueron a arrodillarse en el coro, donde con voz más levantada y solemne prosiguieron entonando los versículos del salmo. La música sonaba al compás de sus voces: aquella música era el rumor distante del trueno, que, desvanecida la tempestad, se alejaba murmurando; era el zumbido del aire que gemía en la concavidad del monte; era el monótono ruido de la cascada que caía sobre las rocas, y la gota de agua que se filtraba, y el grito del buho escondido, y el roce de los reptiles inquietos. Todo esto era la música, y algo más que no puede explicarse ni apenas concebirse, algo más que parecía como el eco de un órgano que acompañaba los versículos del gigante himno de contrición del Rey salmista, con notas y acordes tan gigantes como sus palabras terribles.

Siguió la ceremonia; el músico que la presenciaba, absorto y aterrado, creía estar fuera del mundo real, vivir en esa región fantástica del sueño en que todas las cosas se revisten de formas extrañas y fenomenales.

Un sacudimiento terrible vino a sacarle de aquel estupor que embargaba todas las facultades de su espíritu. Sus nervios saltaron al impulso de una emoción fortísima, sus dientes chocaron, agitándose con un temblor imposible de reprimir, y el frío penetró hasta la médula de los huesos.

Los monjes pronunciaban en aquel instante estas espantosas palabras del *Miserere:*

In iniquitatibus conceptus sum: et in peccatis concepit me mater mea.

Al resonar este versículo y dilatarse sus ecos retumbando de bóveda en bóveda, se levantó un alarido tremendo, que parecía un grito de dolor arrancado a la Humanidad entera por la conciencia de sus maldades, un grito horroroso, formado de todos los lamentos del infortunio, de todos los aullidos de la desesperación, de todas las blasfemias de la impiedad; concierto monstruoso, digno intérprete de los que viven en el pecado y fueron concebidos en la iniquidad.

Prosiguió el canto, ora tristísimo y profundo, ora semejante a un rayo de sol que rompe la nube oscura de una tempestad, haciendo suceder a un relámpago de terror otro relámpago de júbilo, hasta que, merced a una transformación súbita, la iglesia resplandeció bañada en luz celeste; las osamentas de los monjes se vistieron de sus carnes; una aureola luminosa brilló en derredor de sus frentes; se rompió la cúpula, y, a través de ella, se vió el cielo como un océano de lumbre abierto a la mirada de los justos.

Los serafines, los arcángeles, y los ángeles, y las jerarquías acompañaban con un himno de gloria este versículo, que subía entonces al trono del Señor como una tromba armónica, como una gigantesca espiral de sonoro incienso:

Auditui meo dabis gaudium et lœtitiam et exultabunt ossa humiliata.

En este punto, la claridad deslumbradora cegó los ojos del romero, sus sienes latieron con violencia, zumbaron sus oidos, y cayó sin conocimiento por tierra, y nada más oyó.

III

Al día siguiente, los pacíficos monjes de la abadía de Fitero, a quienes el hermano lego había dado cuenta de la extraña visita de la noche anterior, vieron entrar por sus puertas, pálido y como fuera de sí, al desconocido romero.

—¿Oísteis, al cabo, el *Miserere?* —le preguntó con cierta mezcla de ironía el lego, lanzando a hurtadillas una mirada de inteligencia a sus superiores.

—Sí —respondió el músico.

—¿Y qué tal os ha parecido?

(CONTINUA EN LA PAGINA 96)



Una pintoresca calleja que desemboca en el muelle, en Caolí. Estrecho pasaje de altos muros, invita a evocar, en negra noche, la figura emboscada de un vengador que, puñal en mano, acecha a su víctima.



Una típica morada de corsos, entre ellos fueron marco de una trage-

VENTANA AL MUNDO

LA PATRIA DE

Historia y paisaje

CÓRCEGA tiene dos motivos a los que apelan siempre quienes ejercitan su pluma con temas de la antigua isla del Mediterráneo: su paisaje y su historia.

Uno y otra poseen sobrados incentivos para encadenar la atención del lector. Si el primero, en efecto, brinda la emoción suave de la belleza que emana de su naturaleza, de sus grutas que parecen encantadas, de sus bosques, de su "macchia"; la segunda tiene el gusto fuerte de la aventura, de los amores trágicos, de la guerra, en fin, de la "vendetta".

Nosotros, dejando al lente fotográfico la tarea de tomar nota de ese paisaje, habitado en diversas ocasiones por tantos personajes ilustres, desde Séneca hasta Balzac; dejando que el lector se asome, a través de la fotografía, a las montañas de la isla, obscuras y abruptas; a sus puertos de cielo eternamente azul y cuyas quietas aguas cobijan por igual a barcas y navíos; a sus estrechas callejuelas; a sus grutas pobladas otrora de bandidos; a sus típicas casitas metidas entre arbustos y peñascos, vamos a recorrer a vuelapluma el camino largo y tortuoso regado por la sangre de los corsos, vertida en alguna de esas magníficas batallas en las que se jugaban la libertad, y vertida también por los puñales que impulsaba la "vendetta". Por uno de esos puñales en cuyas hojas reza: "Che la mia ferita sia mortale".

La historia no ha decidido aún cuál es el origen de esa raza de valientes. La isla, antigua Kyrnos de los cartagineses, la cuarta por su extensión entre las que baña el Mediterráneo, vió su suelo invadido por los vándalos, los godos y los lombardos. En el siglo VIII logró su independencia, pero no fué sino por un breve período de tiempo, pues inmediatamente pasó a ser dominio de los sarracenos. Córcega formó parte también, durante un corto número de años, del gran imperio de Carlomagno. De todo esto no es difícil deducir, como lo admiten muchos historiadores, que la raza de los corsos, cuyos orígenes étnicos se pierden en la bruma de los tiempos, es muy probablemente una mezcla de todas las razas que se instalaron sucesivamente sobre el suelo de la isla. De esta mezcla salió una raza bravía e indomable. Los corsos, desde que se llamaron tales, defendieron su libertad contra

Una bella joven de Córcega.

arbustos y peñoscos. ¡Cuántas de dio provocada por la "vendetta"!

LA "VENDETTA"

Por **Remo Valcarce**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

cuantos quisieron arrebatársela, y nadie ha podido decir, hasta ahora, que los dominara definitivamente por la fuerza de las armas. En cada camino de la isla, en cada revuelta de sus montañas está escrita la epopeya de su libertad, durante la cual cayeron para siempre muchos corsos, pero junto a romanos, a genoveses, a alemanes...

Una esposa, por la libertad de Córcega

Durante uno de los períodos en que la isla se hallaba invadida por los mercenarios tudescos y españoles enviados por Génova, Sampiero de Bastelica, el corso famoso, regresó cubierto de gloria por sus campañas en el continente. Volvía para pedir la mano de la hermosa Vannina, la hija de Francesco Ornano, de la que el amigo de Bayardo se hallaba enamorado. El padre de la joven sólo puso una condición para la boda. Y así, poco antes de celebrarse ésta, Sampiero juró ante el anciano que dedicaría su vida a lograr la libertad de la isla.

Durante cinco años batalló con el invasor, que lo superaba en número, escribiendo una hermosa página de valor y de audacia desde el fondo de esos bosques impenetrables de arbustos



El puerto de Ajaccio, con su gran bahía. En esa ciudad nació un día el hombre que iba a dominar a Europa: Napoleón.



En el puerto de Bastia se destaca por su actividad la Bahía de los pescadores. En esta vista sobresale la edificación moderna.

que ellos llaman "macchia". Al cabo de esos cinco años, el héroe cayó una noche bajo el puñal de la "vendetta", que, más poderoso que todo un ejército, logró lo que no habían logrado sus enemigos.

Una guerra por medio sueldo

Génova fué el mayor enemigo de Córcega. En numerosas ocasiones los genoveses atentaron contra la libertad de la isla, y hasta llegaron a avasallarla temporariamente, cobrando tributo a los corsos.

En este hecho se originó una de las más sangrientas guerras que los isleños iniciaron por su libertad. En una ocasión, los soldados encargados de cobrar dicho tributo llegaron a la morada de un anciano corso. Este comenzó a poner las monedas que tenía en manos del oficial que dirigía el grupo de soldados; pero, después de haberlas dejado todas, se encontró con que todavía le faltaba una moneda de medio sueldo para completar la suma requerida. El anciano rogó, imploró. Mas fué en vano: el oficial reclamaba el pago íntegro de la deuda. Con voz autoritaria dijo que regresaría al día siguiente y que si el corso no podía pagar su deuda, iría a la cárcel.

Cardone, que así se llamaba el anciano, se echó al camino para tratar de reunir aquella miserable suma. Pero a medida que andaba, su ira — la ira siempre fácil del corso — se apoderó de él. Increpó a los jóvenes que hallaba a su paso, tachándolos de cobardes porque no resistían al invasor... Poco después estaba formalizada una resistencia que se convirtió en seguida en una guerra que había de durar 40 años.

Pascual Paoli

Durante esa guerra comenzó a hacerse popular el nombre de un oficial corso: Pascual Paoli, uno de los héroes más queridos de la isla. Fué él quien dió a los isleños las primeras leyes, quien organizó el país, iniciando una era de prosperidad como nunca se había conocido. Desgraciadamente, sus ejércitos no pudieron resistir por mucho tiempo a las fuerzas más poderosas de los enemigos, y al cabo de años de heroica resistencia hubo de capitular.

¡Génova, mil piastras!

Los genoveses, deseando aniquilar a sus incansables enemigos, en una de las tantas luchas que sostuvieron contra los corsos, solicitaron refuerzos a uno de los monarcas europeos. Este se los concedió, pero pidiendo, entre otras cosas, una indemnización de mil piastras por cada uno de sus soldados que cayera en la isla.

Llegó esto a oídos de los corsos, excelentes tiradores que ejercitaban su pulso a diario, ya en la guerra, ya tirando sobre las cabras salvajes en tiempos de paz. Desde entonces afinaron aún más su puntería sobre los soldados enemigos, y cada vez que veían caer uno, gritaban con fiereza:

—¡Génova, mil piastras!

El rey de Córcega

En la historia de Córcega existe un capítulo inverosimil: la historia del rey de Córcega, un aventurero que, mediante un golpe de audacia, logró ser proclamado soberano de la isla por un grupo de patriotas que veían en él al hombre capaz de libertarlos del yugo enemigo. En verdad, Teodoro de Neuhoff, que así se llamaba el rey de Córcega, dictó leyes dignas de un buen gobernante y realizó actos que indicaban en él a un individuo capaz de llevar a buen puerto la nave del Estado; pero como a todo aventurero, su aventura le salió mal. Falto de recursos, embarcóse un día para el continente, con el fin de interesar a los poderosos, pero fracasó y Córcega no supo nada más de su rey. Las crónicas dicen que murió en una cárcel de Londres, a donde fué a parar acusado por sus deudores.

Los bandidos. La "vendetta"

Parece ser que la sangre de los corsos no se avenía con la paz y la tranquilidad. Quizá sea por eso por lo que, cuando terminaron en época reciente todas las guerras que durante años tuvieron en continua agitación a la isla, surgieron como por encanto esos personajes de novela, pintorescos pero temibles: los bandidos. Los hubo de todas las cataduras físicas y morales, y algunos llegaron a hacerse célebres por su ferocidad o por su excentricidad.

Los más famosos personajes, entre los que se hicieron "bandit d'onore e di vendetta", fueron: Nuncio Romanetti, que cayó bajo el puñal de la "vendetta", en Lava; Bertoli, "rey de Palneca"; Spada, "el tigre de la Cinarca", y Caviglioli, "señor de Catagnare". Spada recibió una vez a un operador cinematográfico que obtuvo fotos del bandido en su residencia. Bertoli daba órdenes mediante avisos insertos en los diarios de Ajaccio. Firmaba y sellaba sus cartas. Todo esto parece un tanto risueño, pero no hay que olvidar que los bandidos estaban siempre prontos a dar muerte al primero que les resistiera.

En cuanto a la "vendetta"... Hoy ha sido desterrada ya de Córcega, pero hubo un tiempo en que cobraba un duro tributo de vidas. Cuando el puñal era empuñado por una mano a la que impulsaba el rencor, la codicia o la ambición, la sentencia se cumplía siempre, tarde o temprano. El hierro iba a hundirse, invariablemente, entre las sexta y séptima costillas de la víctima.

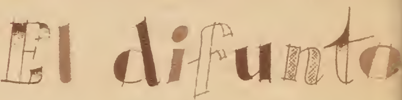
* * *

Y por si todo lo dicho fuera poco, Córcega —que acaba de revivir ahora el espíritu indómito de la raza— tiene en Ajaccio la sombra formidable de Napoleón Bonaparte. Sombra capaz, por sí sola, de elevar a la isla mediterránea a los primeros planos de la historia.



Corti, la antigua capital histórica, presenta también en su edificación y en sus estrechos y tortuosos callejuelos el aspecto típico de las ciudades de Córcega. La alta y esbelta torre pertenece a la iglesia de Notre Dame.





No hagáis nunca mañana lo que podáis hacer pasado mañana.

B. F.

El sujeto de mi historia era uno de esos hombres llamados filósofos. Había nacido simultáneamente en dos casas diferentes de Boston. Las casas existen aún, y lucen en las fachadas sendas inscripciones relatando el hecho.

Las inscripciones son bastante claras, mas, si no lo fueran, sería lo mismo, pues los habitantes llaman la atención de los forasteros sobre estas dos casas, en ocasiones dos y aun más veces por día.

El protagonista de mi historia, no vicioso por naturaleza, en edad temprana comenzó a prostituir su talento, inventando máximas y aforismos, ideados con el endiablado intento de atormentar a las generaciones de los tiempos venideros.

Hasta los actos más sencillos de nuestro hombre iban encaminados a que pudieran servir de ejemplo a los niños de todas las edades, que al faltarles aquel tormento hubieran podido ser muy dichosos.

Sin duda, con esta idea, quiso ser hijo de un fabricante de jabón, poniendo así en gran aprieto a los niños de las generaciones futuras que quisieran llegar a ser algo de fuste, sin ser hijos de jaboneros.

Con aviesa intención, del que no hay otro ejemplo en la historia, trabajaba todo el día y pasaba las noches en vigilia, haciendo creer que estudiaba álgebra, casi a obscuras, para obligar a los otros niños a hacer lo propio si no querían verse expuestos a que a todas horas se les restregara por las narices el nombre de Benjamín Franklin.

Como si lo apuntado no fuera más que suficiente, encontraba un placer en alimentarse únicamente de pan y agua clara y en estudiar astronomía mientras comía; endiablado pensamiento que después ha causado la desgracia de millones de niños, cuyos padres habían leído la perniciosa biografía de este incomprensible personaje.

Sus máximas estaban preñadas de animosidad contra los niños. Todavía hoy no puede ningún muchacho dar un paso tomando por guía a su instinto natural sin que le salga al encuentro con alguno de los eternos aforismos. Si compra el chiquillo diez centavos de golosinas, su padre le dice: "Recuerda, hijo mío, las palabras de Franklin: "cinco centavos por día hacen muchos centavos al año", y este extemporáneo recuerdo da al traste con toda la alegría del muchacho y amarga todo el dulzor de las golosinas.

Si quiere el chiquillo jugar un rato, acabada su tarea cotidiana, el padre no se olvidará de decirle: "el recreo es un ladrón del tiempo".

Si el muchacho hace una acción buena no logrará nada en premio, porque "la virtud tiene en sí misma la recompensa".

Y el pobre niño es atormentado sin cesar y se le priva hasta del sueño, porque Franklin dijo un día en uno de sus momentos de inspiración perniciosa:

Toma y deja la cama muy temprano
y vivirás dichoso, rico y sano.

Como si hubiera modo de darle a entender a un niño que se puede ser dichoso, rico y tener buena salud, si se le impide dormir, que es la única riqueza, y la sola dicha que apetece.

No tengo palabras para expresar los malos ratos que mis padres me han hecho pasar, obligándome, mal de mi grado, a respetar la ya transcrita aleluya. El resultado natural es mi estado presente de debilidad general, de pobreza y de locura. Mis padres tenían por hábito hacerme levantar en ocasiones ¡antes de las nueve de la mañana! Si me hubiesen dejado reposar todo el tiempo que mi organización demandaba, otra hubiera sido mi suerte. Seguramente tendría yo ahora un almacén o una fábrica, y todos me respetarían.

¡Valiente vejez tuvo el hombre cuya historia relatamos!

Para permitirse el placer de jugar a la cometa, en domingo,



habia ideado atar una llave al bramante y hacer creer que pescaba rayos. Y el público ingenuo, que le había visto, embobado volvía a sus casas ponderando la sabiduría de aquel viejo contumaz profanador del día santo.

Si alguien le sorprendía jugando solo al peón, cuando ya tenía más de sesenta años, afectaba rápidamente una postura adecuada para hacer creer a los crédulos, que estaba observando cómo crecía el césped, como si a él se le hubiera dado un comino del crecimiento.

Mi abuelo le conoció.

"Benjamín Franklin, decía con inaguantable frecuencia, estaba siempre atareado".

Si se le encontraba en su vejez, ocupado en cazar moscas, haciendo montones de arena, o patinando en su casa, tomaba en seguida una actitud grave, espetaba una máxima y se iba orgulloso con la cabeza erguida, procurando aparecer muy ocupado. Era un viejo travieso.

A él se le debe la invención de una estufa, que en menos de cuatro horas vuelve loco al hombre de cabeza más segura. Fácil es adivinar la satisfacción diabólica que debió tener al darle su nombre.

Siempre estaba a punto de referir vanidosamente cómo hizo su entrada en Filadelfia, sin otras provisiones que dos chelines en el bolsillo y cuatro panes bajo el brazo. Pero, en realidad, si nos ponemos a examinar el hecho con verdadero espíritu crítico, la cosa tiene bien poco de particular. Cualquiera hubiera podido hacer otro tanto.

A este hombre tan traído y tan llevado, pertenece el honor de haber sostenido que el soldado pelcaba en mejores condiciones armado de arcos y flechas, como en los tiempos lejanos, que haciendo uso de las bayonetas y de los fusiles modernos. Decía, con su buen sentido habitual, que la bayoneta podía ser muy útil en ciertos casos, pero que no creía que fuera de gran utilidad cuando el enemigo estaba muy distante.



Benjamin Franklin

Por ***MARK TWAIN***

DIBUJOS DE RAUL VALENCIA



Benjamín Franklin hizo muchas cosas de innegable importancia para su nación, nación nueva, que adquirió respetable celebridad por haber sido la cuna de este grande hombre. No trato ahora de aparentar ignorancia ni de disminuir sus méritos. Sólo deseo reducir a su justo valor las máximas presuntuosas, que quiso dar como nuevas, y que en puridad no son sino gastadas vulgaridades que ya se miraban como insubstanciales bobadas en los tiempos de la torre de Babel; quiero también dar al traste con su enloquecedora estufa, con sus teorías militares, con sus desplantes para hacerse notar cuando llegó a Filadelfia; en una palabra, protestar de su manía de perder miserablemente el tiempo inventando necedades, en lugar de ir a vender sebo o dedicarse a fabricar bujías.

He querido, sobre todo, destruir, al menos en parte, la desastrosa idea fija en todos los cerebros de los padres de familia, para quiénes es artículo de fe que Franklin adquirió su genio entregándose a trabajos pueriles, estudiando a la luz de la luna, levantándose a medianoche en vez de esperar el día, en la cama, como un hombre razonable. He querido formular un voto de protesta contra la idea muy extendida de que aplicando con rigor un programa semejante, se logrará hacer un Franklin de cada hijo de un loco.

Ya es hora de que nos demos cuenta de que todas esas excentricidades deplorables del instinto, son, cuando más, las *pruebas* y no las *causas* del genio.

Quisiera haber sido yo el padre de mis padres durante algún tiempo, para hacerles comprender esta verdad, y disponerles a dejar a su hijo que llevara una vida más agradable.

Cuando yo era niño se me obligó a fabricar jabón, aun siendo mi padre hombre rico; se me ha obligado a levantarme muy de mañana; a estudiar geometría en ayunas; a ir a vender los versos que yo componía; y a obrar en todo exactamente como Franklin, con la risueña esperanza de que llegara a ser un Franklin. ¡Y ya veis en lo que he venido a parar! ◈

★ ★ ACTUALIDADES

EL DIA DE LAS AMERICAS

Con hondo fervor patriótico y amplia adhesión popular, realizáronse en todo el país diversos actos en celebración del Día de las Américas, actos que alcanzaron gran lucimiento y durante los cuales se puso de manifiesto el claro sentido de confraternidad americana que anima a nuestro pueblo. En las presentes fotografías se da cuenta gráfica de algunos aspectos del programa de festejos, llevado a cabo en la capital federal, y de otros actos que tuvieron origen en la iniciativa privada. Aquél culminó con la gran concentración realizada en la plaza de Mayo, ocasión en la que el presidente de la República, general Edelmiro J. Farrell, dirigió al pueblo una vibrante alocución.



Ante el general Farrell y altas autoridades de la Nación, es izada la bandera argentina en la Plaza de Mayo.



Escuchando la palabra del presidente.



Parte del público que concurrió al acto realizado por la Asociación Cultural "Clorinda Matto de Turner".

Los cadetes del Colegio Militar, que lucieron su característica marcialidad.



HOMENAJE. — Con motivo de cumplirse un nuevo aniversario del fallecimiento del escultor Torcuato Tosso, los alumnos de la escuela-taller de la Asociación de Artistas Argentinos rindieron un significativo homenaje a su memoria, en el estudio del maestro. En la fotografía aparece haciendo uso de la palabra, durante el acto, el profesor Bortolomé Tosso.

ENLACE. — En la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, en Ramos Mejía, se efectuó recientemente el enlace de la señorita Angela María Rosas con el señor Jorge Alberto Rosas. Después de la ceremonia religiosa, realizóse una lucida fiesta en casa de la novia.



GRAFICAS ★ ★



EXPOSICION. — Con asistencia del secretario de Trabajo y Previsión y ministro interino de Guerra, coronel Juan D. Perón, llevóse a cabo el acto inaugural de la exposición de cuadros del pintor Luis Crispino, quien ha donado el importe que se obtenga en la venta de sus obras, para la colecta pro damnificados de San Juan. En la fotografía aparece el coronel Perón junto al señor Crispino, rodeados ambos de parte del público asistente, durante un instante del citado acto.

TRIGO ARGENTINO PARA GRECIA. — En el buque "Soggot" embarcóse, para Grecia, la primera remesa de trigo argentino. El archimondrita de la Iglesia Griega, monseñor Fotios F. Pantos, destacó la significación del acto, al que concurrieron, en representación oficial, el subsecretario de Relaciones Exteriores, doctor Oscar Ibarra García; el de Agricultura, mayor Juan Carlos Lorio; el ministro de Grecia, señor Vassili Dendromis; el de Suecia, señor Otto W. Winther; el director general del ministerio de Relaciones Exteriores, doctor Carlos L. Torriani; el director general de Comercio e Industria; doctor Ovidio Schiopetto; el director de Asuntos Económicos de la Cancillería, doctor Alberto A. Bonfante; el delegado de la Cruz Roja Internacional y otros altos funcionarios.





CULTURALES. — En el teatro Juan B. Justo llevóse a cabo uno de los actos culturales correspondientes a su Ciclo 1944, acto que tuvo por objeto recordar la personalidad de Roberto J. Payró. El elenco del teatro leyó e ilustró algunos cuentos del citado escritor, y el señor Pablo Rojas Paz disertó sobre el tema "Una conversación sobre Payró", previa presentación del orador a través de sus escritos. Se ve aquí un sector del selecto público que asistió al citado acto cultural.

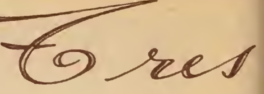


LA REINA DE LA VENDIMIA VISITA NUESTRA CASA. — La señorita Olga Varas, que fuera objeto de diversos agasajos en esta Capital, con motivo de haber obtenido el título de Reina de la Vendimia durante las fiestas realizadas en Mendoza, visitó recientemente nuestra casa, ocasión en la cual le fué obtenida esta fotografía.



DESPEDIDA DE SOLTERA. — Muy lucido resultó el "cocktail" con el que un numeroso grupo de amigas agasajó a la señorita Dora Secco, para despedirla de la vida de soltero. Rodean aquí a la agasajada algunos de las personas que asistieron a la demostración.

ILUSTRACION DE RAUL VALENCIA



Por
EDUARDO MALLEA
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

1. La fuerza encontrada en los creadores

Lo difícil, lo muy raro, es dar a tiempo con el libro que necesitamos. Por momentos, nuestro oculto apetito reclama una voz autoritaria, un aparato que tenga el alma erudita como la especie patriótica; por momentos, el libro poético y remansado; por momentos, la voz polémica, la acusación, el agror, la invectiva; por momentos, el pleno tratado; por momentos, la lectura que apenas roce la superficie del espíritu. Pero todo tiene que ver con lo deliberado y voluntario: Lo grave no es saber lo que se necesita, sino necesitar sin saber exactamente qué. A veces — tantas — andamos buscando un libro con el que nuestra alma no da, y da en cambio con otros textos que le vienen a destiempo y sin sazón y que por lo tanto son lecturas inútiles. Y también, a la inversa, de pronto andan algunos libros buscándonos, nos rozan, nos rodean, se nos acercan, inquiriendo la sazón de nuestra alma. Y a veces el desencuentro es tal, que leído hoy un libro ya leído ayer nos sorprende lo distinto que es, lo nuevo que es, lo mal que lo vimos entonces y lo claro que lo vemos ahora. Sí, lo difícil es dar a tiempo con la lectura que necesitamos.

Yo, hace muchos años, creía en el arte puro. En ocasiones me iba por ahí con una frase, rumiándola, endiosándola, adorándola. Me bastaba para gozar, me bastaba para vivir. En esos tiempos leía a Homero más por el canto que por la hazaña. Y de igual modo a San Juan de la Cruz y al otro San Juan. Después vino el tiempo en que la literatura me pareció poca cosa no siendo vía, vía espiritual que sale y desemboca en algo, cuyo canto va más allá del admirable canto de la letra. Entonces fué cuando me puse a leer a los más disímiles historiadores — desde el viejo Plutarco hasta el portugués Herculano — y a los exégetas místicos. Y no siempre fué eso lo que necesité.

Lo que necesité muy a menudo fueron libros fuertes, libros en los que corriera un aire fuerte y donde entrara uno a ver vivir. No digo a ver moverse gente: digo *a ver vivir.*

Siempre me impresionaron las grandes peculiaridades conflictuales del vivir. Eso del arte por el arte es cosa tan burguesa y vieja. Todo lo que contiene posibilidad de grandeza tiene en sí vigencia de conflicto. Lo que no atiende al conflicto es materia estéril. Inclusive la letra literaria misma posee o no su potencialidad de conflicto. Una letra íntegramente feliz carece de verdadero interés, o bien el interés que tiene es un interés para entendidos, un interés para gente a quien le importa sobre todo el cómo puede lograrse, mediante recursos dados, una dicha. ¿Pero de qué vale eso? El conflicto es lo que presta a la argumentación su levadura.

—¿Pero qué es el conflicto, sino los elementos de auto-antagonismo, de auto-contradicción? Del jugar de esos elementos nace la vida, trátese de la materia que se trate, y por eso hay tanta razón en eso de decir que la gente feliz carece de historia (porque la historia es historia de conflictos, pues allí donde no hay conflicto no hay verdadera dialéctica, hay sólo secuencia pasiva, y la secuencia pasiva es vegetación o inercia o adormecimiento).

Claro está que los libros en que el conflicto de la vida que albergan sea fuerte son demasiado pocos, asombrosamente pocos. Uno de pronto se queda admirado de lo poco que son. Casi toda la literatura escrita es repetición; los libros que contienen conflictos vírgenes, conflictos auténticamente eternos, se pueden contar con los dedos de la mano. Y para contarlos, y contarlos bien, hay que tener presente ante todo este dato: un gran libro es aquel que siendo él un pensar sobre el vivir genera en su lector un pensar sobre el vivir. O dígase morir, que es lo mismo. ¡Y qué vida da un pensar fuerte sobre el vivir! En el libro de un legítimo, de un raro creador, hallamos siempre un rigor virgen que sirve al hombre, que nos sirve.

Nada da tanta fuerza como un bello mensaje que se cruza con nosotros. Aprendamos a repensar hasta el extremo una cosa: la fuerza encontrada en los creadores.

2. Inepcia ante la ventana de un hotel

Estoy solo. Abro la ventana y miro la plaza. Es tan hermosa, tan densa, que, todo lo grande que es, no se ve un fragmento de su piso, toda su visión, lograda desde arriba, ofrece copas, copas, copas, de verdes intercomunicantes.

No he trabajado nada. Me asomo y miro la ciudad. ¡Qué frondosidad, qué verde, en el techo de la plaza, techo mórbido y palpable cuando cae la tarde y el color se aprieta, obscurece, madura! Del otro lado se ven las mansardas francesas; una es la de la Cancillería, la otra es la de no sé qué vieja mansión. Y más lejos los rascacielos y una casa de departamentos con mucho cristal que parece importada de Holanda y podía estar en Amsterdam o en La Haya.

¡Qué sensación de inepcia me invade! No he trabajado nada; no puedo trabajar. Ahí están los papeles en blanco. No he leído; no puedo leer. Ahí están los libros abiertos. Y sobre la mesa, alineados, descansan los libros blancos regalados por Francis S., esta versión de lady Burton de "Las mil y una noches".

Tengo, por hoy, que limitarme a ser este pasivo contemplador. Y mi mente no ve más allá de la ciudad. Durante los últimos días he trabajado en exceso y la mente se defiende y disgusta. La mente es mala sirvienta. Le gusta más mandar que ser mandada. Le gusta dirigir. En cuanto uno le exige, se cierra, se rehusa, se altera, establece los rigores de su propia insubordinación, y es capaz, en casos extremos, hasta de emanciparse del todo después del último de los rompimientos...

Estoy ante la ventana, en este alto piso, alto sobre las copas de los árboles, alto sobre la ciudad, alto, casi a la altura del cielo que visita los alrededores de Retiro, que rodea la Torre de los Ingleses y rasguña las hojas de los palo-borrachos, en el declive ascendente hasta el corazón de la plaza.

Lo que siento es una impresión de ineptitud. A los artesanos de la expresión nos viene a veces de nuestra circunstancial esterilidad este intolerable sentimiento de inepcia, esta sensación amarga de que nuestras fuentes se han secado y de que por el momento somos inútiles en el mundo. Esto produce un gran desabrimiento y, en su extremo grado, la acedía dantesca. ¡Qué dura espera la de atender a que se junten de nuevo, se entrecolecten, nuestras fuerzas! Sentimos tamaña sensación de ineptitud, nos apoyamos en el alféizar, miramos por la ventana la tarde concertada sobre la plaza. ¡Qué tranquila es la función de estos árboles, la función de la tarde misma, tan liviana, tan

motivos literarios

aérea, tan seguramente encaminada en el tiempo! En cambio, nosotros — ineptos — estamos aquí presenciándola sin función, *desœuvrés*, sin obra entre manos, inservibles, como no sea para contemplar la tarde desde esta alta ventana de hotel.

Quisiera que por lo menos se dibujara en la tarde el escorzo de mis trabajos futuros. De uno de ellos, al menos. Pero ninguna línea concreta, material, discernible, turba el espacio gaseoso. ¿Por dónde empezaré a volver a trabajar? La tarde no contesta nada. La tarde recibe los rumores, los humos de la ciudad; la tarde se atardece. Y yo no puedo pensar en nada aislable, en nada útil; sólo puedo mirarla, y nada más.

Inepto como uno se siente, ¿qué podrá uno hacer? Voy viendo los cambios de luz en el cielo casi sin nubes, índigo, parecido a ciertos cielos de Florencia que no parecen transitar casi de su matiz a la noche en lo alto de la colina fiesoletana.

Puedo, si no pensar, por lo menos recordar, y recuerdo las tardes de color parecido a ésta, en una primavera igual, cernidas sobre el Rialto o sobre el Lung'Arno. Yo era entonces mucho más joven y me sentía más inepto todavía que ahora; cada día europeo parecía pedirme mi tributo de obra y amonestar de golpe a mi ocio americano. Al fin, después, libro tras libro, algunos trabajos se han acumulado. Pero como la labor de cada cual no tiene fin, acá estoy de nuevo en medio de la amargura de la pausa, sin nada por esta tarde que hacer. Mis planes comienzan después de hoy. Todo eso que deberé escribir es para otro día. Ahora no siento más que la presente inepcia. ¿Qué importa tener muchos planes si nuestra hora está vacía?



Ante mí se van formando los conjuntos blancos que el cuerpo de las nubes enrola en el cielo ¡Quién tuviera esa posibilidad de movimiento! Ya es tarde y dentro de poco la noche habrá caído sobre la plaza, sobre mi cuarto, sobre las hojas en blanco que reposan en mi mesa, sobre la gente albergada en este hotel.

3. La lectura de un largo libro sobre un filósofo

Concluyo la lectura de un libro voluminoso sobre un filósofo. Hallo, al azar, sobre él, un artículo crítico: el articulista se pregunta por qué habrá escrito el autor un libro tan voluminoso sobre su biografiado, por qué habrá querido ahogarlo con tanta agua. Y el reproche me parece verdadero.

Todo viaje demasiado largo nos hace olvidar sus puntos esenciales. Todo canto demasiado largo nos escatima a la larga los deleites melódicos. Todo discurso demasiado largo nos aparta de sus trozos angulares. Y así este libro demasiado corrido y harto profuso sobre un viejo filósofo descarga sobre su memoria demasiadas paletadas de palabras.

El ideal de una vida ha de ser poder ser contada en términos sucintos. Después de haber escrito tanto, de haber vivido tanto y de haber amado tanto, Stendhal no halló mejor fórmula para su tumba que aquella inscripción ática: "Arrigo Beyle, milanese — Visse, Scrisse, Amó". Y toda esta digresión que hemos leído en torno a la existencia de un raro meditador, lejos de acercarnos, nos aleja de su vida misma porque esa vida nos llega demasiado explicada. Y el explicar demasiado supone explicar demasiado poco.

Nos olvidamos con demasiada frecuencia que el buen hablar no consiste en un ejercicio de acumulación, que el más justo signo de la inteligencia no recae más que sobre su función selectiva. Bien dice León-Paul Fargue, hablando de escritores, que bueno es aquel que mata una palabra cada día.

No hay sabiduría gárrula, no hay sabiduría de mucha verba. El conocimiento no es tal hasta que no ha hallado su fórmula, y una fórmula es siempre estricta. La definición misma de lo que es fórmula reclama "palabras precisas y determinadas". Cuando algo se llega a saber bien, no se necesita para expresarlo más que un mínimo sorprendente de palabras. Así nos asombra la lacónica destreza con que el poblador del campo nos advierte de una fatalidad natural, nos previene o nos asegura frente a los modos que en la atmósfera prevé, o en la tierra o en el cielo. Cuando hablamos demasiado es que buscamos demasiado. Y en esa persecución, por lo tanto, no nos acompaña la gracia.

¿Por qué, pues, este autor ha cubierto de palabras la vida que se propuso revelarnos? Cuando queramos mostrar a alguien no señalemos de él más que aquello que lo acuse sin ocultarlo. ◈

Eduardo Mallea



40 HORAS

40 horas de encierro.

CAMA alta. Con los pies colgando sobre el vacío (un puente sobre el río), dejo correr el tiempo. Me dispongo a pasar 40 horas de encierro. 40 horas sintiendo el incansable galope del tren, viendo los mismos objetos engrillados a la pared y contemplando el paisaje en marcha. Calor y polvo. En el ventilador hay una araña de patas retorcidas que aprisionó una libélula de metal.

Las ideas son de humo; nacen netas, claras, y luego se deforman, se ablandan y se diluyen. Sin embargo, me sostiene una promesa: el Norte. Sé que el segundo día sucederá un milagro del otro lado de la ventanilla, y que los ojos cansados se refrescarán con las maravillas eternas y siempre nuevas de nuestra tierra.

Pasan las horas y siempre aquel galope de las ruedas, el trueno de los puentes y el zumbido del ventilador. Tengo la sensación angustiosa de no ser dueña de mis movimientos. He encendido la luz por décima vez. No puedo entender mi novela. Nerviosidad, un comprimido y sueño.

Charlas en el restaurante y un borrón en el paisaje

Ya ha pasado una noche. Procurando guardar el equilibrio, me dirijo al vagón-comedor a desayunarme.

—Fruta y café. Además, papel y lápiz. Escribo con letra de primer grado.

Al poco rato entablo conversación con mi compañero de mesa. El cansancio es un puente sobre el retraimiento. Conversamos.

Es un hombre encanecido, de rostro inteligente y ojos que miran muy adentro. Contempla el correr apresurado del lápiz, y dice sonriendo, con esa suave amargura irónica de los muy inteligentes:

—Escribir es desangrarse. Cuando el espíritu es joven, la sangre corre rica, a torrentes; hay un especie de apuro de dar. Cuando los años pasan, cada idea es vida que se pierde, y uno se vuelve cuidadoso y egoísta.

—Sin embargo, usted las derrocha al hablar.

—¿Tan viejo parezco?

Callo, avergonzada de mi torpeza. Como siempre, he hablado a impulsos. Busco refugio en el paisaje. Mi compañero sonríe y fuma.

Maizales de hojas lacias y entre ellos la carita amarilla de los mirasoles; pastos requemados por el sol y peinados por el viento.

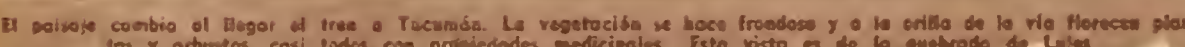
Llegamos a Córdoba. Letreros ofreciendo alfajores, gente de bota y bombacha, caras curtidas; changadores atareados; valijas rotuladas; ponchitos al hombro.

Una campana conventual y partimos. Allá, atrás, dejamos manos extendidas en un adiós largo.

Fondo de casas, intimidad vergonzosa de los hogares humildes, hornos para hacer el pan y "changuitos" subidos a los alambrados que dicen "adiós al tren".

Por todas partes árboles cortados, pilas, paredones de troncos, cadáveres mutilados a los que van a incinerar, bosques enteros cercenados, divididos; árboles de médula roja, sangrienta... Cebiles, quebrachos, que un día elevaron al viento sus brazos abiertos acunando nidos...





El paisaje cambia al llegar el tren a Tucumán. La vegetación se hace frondosa y a la orilla de la vía florecen plantas y arbustos, casi todos con propiedades medicinales. Esta vista es de la quebrada de Lules.

DE FERROCARRIL

Por Dinorah Olmos

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

—¿Será posible que no se agote nuestra riqueza forestal?

Seguimos la marcha.

—Vea qué cuadro para una exposición —dice mi ocasional compañero.

Un rancho de totora y adobe, varios sauces que se inclinan a beber en un arroyito manso donde se deslíe una acuarela rosada y un palenque donde un caballo en descanso parece meditar. Allá detrás, ondulaciones de montañas verdes y, sobre el cielo liso, alas agudas que cortan el aire.

—El humo del tren ha puesto un borrón en mi paisaje —dice pensativo.

—Pero el fumino del viento lo dejará todo limpio —replico.

—Pesimismo y optimismo — dice riendo.

Contemplo las montañas de lomos largos, estirados. Allá lejos hay colinas azules, celestes, que se funden en el firmamento. Allá, lejos, lejos..., está el caminito del cielo...

Límite de Córdoba y Santiago - Salinas Grandes.

Estamos llegando al límite entre dos provincias.

Los vendedores se amontonan a la llegada del tren. Venden sandías, uvas, canastas de paja tejida, abanicos de plumas teñidos de rojo y violáceo.

—¡Cómpreme uno, niña; sea buenita!

Ojos suplicantes, pies descalzos, cabello lacio y sucio, caritas chupadas, miserables. Lucha por vivir, desesperanza de rostros grises de polvo y de tristezas. Hemos llenado nuestra mesa de cosas inútiles..., canastitas con flores de papel, pantallas, fruta verde e incomible.

Partimos. Polvo y desolación. Ranchos levantados de la tierra, con horcones retorcidos, con aleros desflecados y, junto a ellos, árboles amigables con los brazos extendidos como si quisieran cobijar tanta miseria.

—Mire ese ranchito; apenas si es mayor que el de un hornero.

Dolor y sufrimiento bajo el cielo gris, y tierra para los pies descalzos. Contemplo las criaturas, flacas, obscuras, quizás fuertes como el "churqui" o el "espinillo", pero tan faltas de todo... ¡Dios mío!

Pueblos pobres, escalonados a lo largo de las vías; dolor de la patria, que quisiera cobijarlos; problema para los gobernantes y deber de protección para todos los argentinos.

Una linda tucumana, emponchada y a caballo, vuelve de sus compras con la alforja llena. Criatura obscura, fuerte como el churqui..., habitante de un rincón de nuestro suelo.

Tierra para los pies descalzos, pueblos pobres escalonados a lo largo de las vías, polvo y desolación, y algunos árboles que extienden sus ramas como si quisieran cobijar tanta miseria.



Un rancho, varios árboles, un palenque donde dormitan los caballos... El todo, un cuadro para una exposición.

Porque en ese rincón de nuestro suelo han nacido almas grandes e ilustres que le han dado honor y gloria.

Pasan las horas. El paisaje cambia; la vegetación desaparece.

—¿Qué es eso? ¡Parece que hubieran derramado talco sobre el suelo! Vea que blanco está todo...

—Son las salinas. Hasta donde alcanza nuestra vista, todo está "nevado" de sal.

—Mire cuántos vagones llenos de bolsitas blancas..., esto es riqueza que se pisa, y que se palpa.

Mi desayuno ha terminado. Me despido y vuelvo al camarote, dando tumbos por el pasillo estrecho.

Pájaros y flores.

Ya estamos en la tarde del segundo día. Nos acercamos a Tucumán. Santiago se viste de fiesta. Un verdadero parque se desliza al costado del tren; pasan mujeres emponchadas a lomo de burrito.

A la orilla de la vía se abren flores amarillas y grandes.

—Son las flores de la "Queyusisa", y sirven para calmar las neuralgias. Esa planta verde es la del "jume", que se emplea para jabones. Aquella otra también tiene propiedades medicinales. Para esta gente, la farmacia está en el campo.

—¿Ve ese pajarito? Es una "carrasquita", que hace su nido de cerda en los huecos de los árboles, y aquel que se ha echado a volar se muda de domicilio cuando los pichones son grandes, y los deja dueños del nido antiguo.

—¡Qué generoso!

—Es un filósofo a su modo.

—¡Qué nube de mariposas!...

—Son los "pilpintos", los barquitos del viento...

Contemplo todo aquello y me complazco en la belleza del campo nuestro, de la tierra linda que nos regaló Dios. Cuadros que, si algún día debiéramos dejar atrás, se nos quedarían fotografiados en los ojos, tristes para siempre, mientras los recuerdos llorarían en el argentino corazón.

Pasan hombres con sombreros aludos, a lomo de mula y con guardamontes. Los ponchos rojos son la pincelada sangrienta en el paisaje.

¿No fuma, mi niña?

Cae la tarde. Sobre el cielo gris hay, casi a ras del horizonte, una pincelada violeta.

Paramos en una ranchada pobre. Sobre platos de paja trenzada nos ofrecen "quesillos" blancos y delgados como hojas de papel, dulces y frutas.

—Cómpreme unos higuitos, sea buenito, señor...

—¿A cuánto?

—A diez la docenita.

Comemos higos de tuna, morados y verdes, limpios de "janas", y de carne salvaje y sabrosa.

Estación Lamadrid. Bajo la ventanilla se apiñan nuevas vendedoras.

—Arrope de tuna...

—Cigarritos de chala..., chalita..., para las niñas bonitas...

—Quesillos, quesillos...

—Cigarritos de chala... ¿No fuma, mi niña? Si no lo hace, no sabe lo que es bueno...



40 horas de tren y al final del viaje, Salta, ciudad serena.

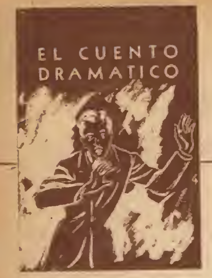
—Dulces..., dulces..., arrope...
—Oiga..., déme un cinco.
El muchachito me mira con ojos audaces. Detengo el vuelo de la moneda y pregunto:
—¿Y vos, de dónde sos?
—Y... yo soy de Tucumán... ¿Di 'ande i de ser, pué?
—De Santiago.
—Di 'ande... más se quisiera Santiago...
Calor húmedo, insoportable. De pronto alguien exclama:
—¡Está lloviendo! ¡Qué bendición!
El agua mansa moja los campos en sombra sobre los que, pese a la lluvia, brillan por cientos y millares las luciérnagas. En la noche que nos envuelve, viven y sueñan en el mundo misterioso que les pertenece, y son polvo de estrellas sobre los campos negros.
Asomo los brazos y los empapo en lluvia. Un relámpago quiebra el cristal de un lago.
El camarote se llena del hálito húmedo y de las estridencias de los grillos. De vez en cuando una estación, con sus vagones grises y sus chiquillos de cabello mojado.
Cansancio. Alguien está derramando arena en nuestro interior. Pero sentimos el reclamo de la página blanca.

La promesa del Norte.

Es de mañana. Abro la ventanilla; contenta como en un día de Reyes, y... allí está lo esperado.
Campos inmensos de naranjos que se elevan y trepan a la montaña. Paisaje de leyenda. Paredones rojos que, por falta de estratificación, se asemejan a vertiginosas columnas verticales, como las del templo de Luxor.
En esta parte de nuestro país, no sólo es dable contemplar la belleza desnuda de la piedra, sino las maravillas de la selva, que todo lo invade. Helechos, cascadas, hilos de agua, desfilan ante los ojos asombrados que miran desde el tren. Torrentes blancos de espuma, campos color esmeralda, flores y enredaderas y, allá, en el fondo, las montañas con sus jirones de niebla.
—¿Qué valle es éste?
—Este es el valle de Lerma, el rincón de patria para siempre unido a nuestra historia.
—¿Ya estamos en Chachapollo?
—Sí; ya hay que pensar en bajar.
Urgencia de valijas reclamadas por el camarero, polvo que se sacude, vistazo general a las cosas que a fuerza de mirarlas ya son nuestras. Estridencia de frenos, manos amigas, changadores...
—¡Aquí..., aquí, querida!... ¡Cuánto tiempo!...
Entre el tumulto se destaca una silueta delgada y gris. Una cabeza encanecida se descubre y un par de ojos inteligentes, que miran muy adentro, buscan los nuestros.
Estrecho la mano de mi compañero de unas horas por primera y última vez, mientras trato en vano de retener su nombre compuesto.
Salimos de la estación mareados de movimiento. Subimos a un taxi moderno y, después de 40 horas de tren, entramos en la ciudad serena, en la ciudad sin fiebres que es nuestra Salta la hermosa. ◈



ciudad sin fiebres, metida entre la selva y la montaña.



La virtud

¿Mujeres virtuosas?... Las hay. En mi vida encontré una. En Tierra Baja, en la Guadalupe, en 1904. Sí, podré vivir muchos años sin olvidar a esa virtud, verdaderamente incorruptible.

Tratábase de una señora de Vermonde, una criolla de antigua cepa francesa, un poquitín tostada, pero muy poco. Apenas se advertía. En Tierra Baja, donde domina el elemento negro, pasaba por blanca, por lo menos entre el grupo de extranjeros al cual yo pertenecía. Era lindísima, de cabellos de un rubio ceniciento, admirables ojos negros y con un talle que cabía entre dos dedos. Nada de marido. Pero hubo uno alguna vez, y eso bastaba para colocar a la señora de Vermonde entre la categoría de las mujeres que no tienen amores con el primer venido hasta después de cumplir con algunos preliminares.

Por mi parte, deseaba sinceramente que ese recién llegado fuera yo. Y, con placer, hubiera afrontado todos los preliminares necesarios. Habíame embrujado ese talle de avispa. La señora Vermonde llevaba siempre corseletes a la moda antigua y vestidos que se hubieran creído de crinolina, pues el dibujo de sus formas no se adivinaba tras ellos, escondido, perdido, inmerso en la ola rumorosa de adornos y de encajes. Pero el talle de la mujer emergía tan esbelto y orgulloso de la oleada fragante y suave, que se la hubiera creído una nereida asomando por encima de la espuma.

Lo peor de todo residía en que la señora Vermonde era una coqueta insaciable. Una docena de enamorados rondaba eternamente en torno de sus faldas. Y, lejos de sentirse molesta ante las atrevidas tentativas, ella parecía hallar placer provocándolas, para después volcar olas de aceite sobre tanta pasión encendida. A primera vista, se le hubiesen atribuído, por lo menos, seis enamorados dichosos. Pronto disminuí la cantidad. Pero, al fin de cuentas, me persuadí de que ella era por lo menos la amante de Breva, el lugarteniente de navío que jugaba tan bien al tenis. Me convencí de ello durante un *match* que ganó Breva ante los ojos de la señora Vermonde. Tal como ella, estaba yo entre los espectadores. Y mientras el oficial, la raqueta en alto, con los brazos y el cuello desnudos, desplegaba ante nosotros su gracia robusta, sorprendí varias veces fija la mirada de la mujer en esos brazos, y en esa nuca. Sorprendí la expresión furtiva y apasionada de sus ojos, la mirada de un animalito goloso, presto a saltar sobre lo que despierta su tentación... En lo que se relacionaba con la expresión de esos ojos femeninos no cabía la menor duda.

Hasta tal punto estaba convencido, que no pude resistir al deseo, pocos días después, de felicitar a Breva por su buena suerte, con algunos cumplimientos de dudoso gusto. El hombre no se enojó, lo que no dejó de sorprenderme tratándose de un muchacho respetuoso de la reputación de las mujeres.

—¡Ah! ¿Usted también?... —me dijo con ironía—. ¿Usted es de los que cree que soy el último en merecer los favores de esa señora?... Lo lamento por usted, que es también el último entre los treinta que suponen lo mismo.

—¡Pero, querido!...

—¡Pero, querido, sin embargo lo niego y digo la verdad! La discreción debería impedirme pronunciar una sola palabra, pero esa mujer se me ha insinuado tantas veces como después me ha eludido, y por lo tanto me creo libre de toda consideración para con ella. Confieso en voz alta lo que pienso de ella: habría que ahorcarla... La señora de Vermonde es el diablo. Sí, el diablo, que es el único ser incombustible que vive voluptuosamente entre las llamas. Es preferible que no caiga nunca en sus garras. Todos los suplicios infernales, comprendido el de Tántalo, le parecerán, al lado del que le tocará sufrir, una tontería.

Suspenso, desconcertado, me fuí.

Sin embargo, Breva no me engañaba; de eso no me cabía la menor duda. Pero, por otra parte, había visto yo, con los míos propios, los ojos del "ser incombustible", durante el *match*. Y eran ojos ardientes, ojos de pasión y de locura. No pude equivocarme... Pero, ¿y entonces?...

Una tarde obtuve una cita de la señora de Vermonde. ¡Oh, nada de decisivo, ni siquiera de comprometedor!... La señora aceptó pasear conmigo, al atardecer, por un bosquecillo cercano de la ciudad. Nada más. Ni siquiera podía apelar al recurso de extraviarnos en la espesura, pues los senderos eran pocos y los matorrales impenetrables. Apartarse de los linderos del bosque resultaba imposible.

Marchamos entonces por sus linderos, bajo la sombra todavía entrecortada por el sol. Helechos arborescentes alternaban en los bordes del sendero con pendientes de hierba tupida. La mezcla prodigiosa de dos tipos de vegetación, la tropical y la de climas más templados, abundantes tanto la una como la otra, surgía de todas partes a nuestro alrededor. Callaba, hasta olvidarme de hacerle la corte a mi compañera, sobrecogido ante el impresionante silencio de la floresta, confundido ante la majestad muda, pero viva y violenta, de esa legión de troncos convulsos, innumerables, de ese follaje opaco, semejante a la bóveda de una catedral, y de su profundidad indefinida, inexplorada, bella, y que sin embargo sirve de refugio a flagelos desconocidos en Europa: el paludismo, la fiebre amarilla, la elefantiasis, la lepra...

Me olvidaba de hacerle la corte. Pero la señora de Vermonde, como siempre provocativa, me propuso que nos sentáramos al borde del sendero, y aprovechó la ocasión para reprocharme, no sin ironía, mi silencio:

—¡Y pensar que vacilé tanto antes de acordarle esta cita!... Me hubiera decidido con más rapidez si hubiese sabido que usted era tan discreto...

Sin duda, deseaba que lo fuera menos. Me lancé entonces, cortésmente, por los senderos del flirt. Satisfecha, la mujer replicó con mucha gracia. Las palabras osadas no la asustaban y parecía rozar la pasión de los hombres como la mariposa el vidrio ardiente de las lámparas.

Caía la noche. El lugar estaba absolutamente desierto. Arriesgué alguna caricia, que sazonara las palabras. Me abandonó sus manos y no se enojó demasiado cuando mis labios se deslizaron hasta su cuello. Llevaba un corpiño criollo, de linón blanco y adornado con muselina, y, como siempre, sus amplias faldas almidonadas, que le agradaban tanto y que ninguna moda la obligaba a desechar.

De la garganta, mi beso pasó a la nuca. Bruscamente me rechazó cuando mis brazos apretaron su talle.

—¡Basta!... ¡Soy muy tolerante, pero mi bondad tiene límites!...

Pero cuando yo he tomado por el talle a una mujer, no tengo la costumbre de abandonarlo. Ella se enojó, con más rapidez de la que yo esperaba:

—¡Terminará de una vez!... ¡Le he dicho que no quiero!

En cuestiones de amor, "no" y "sí" suelen ser sinónimos.

Miré a la mujer de frente. Mordíase nerviosamente los labios y bajó los ojos ante los míos. Pero no con la suficiente rapidez como para que yo no sorprendiera la mirada que ella había dirigido a Breva, la mirada furtiva y apasionada, la mirada de la pasión y de la locura.

Esa mirada era una confesión. Me dispuse entonces a aprovechar mi descubrimiento. Ella gritó:

—¡No! ¡No!...

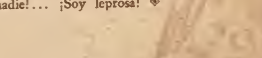
Y con todas sus fuerzas, demasiado débiles, me golpeó en el rostro. Me di cuenta entonces, bastó un arañazo, para comprender que se defendía realmente. Pero, habíame aventurado con exceso, para retroceder. Insistí, y una de sus mangas, cerca del hombro, se desgarró. Mi mano rozó entonces su carne.

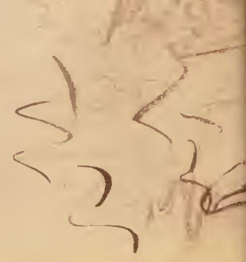
¡Dios santo!... ¡Cómo expresarlo!... He recibido, a través de mi cuerpo, descargas de electricidad; he tocado imprevistamente cadáveres ya rígidos. Eso no es nada. He hundido mis dedos, al arrancar una flor, en la espiral atroz de una serpiente escondida... ¡Pero todo eso no era nada, nada!... ¿Y esa carne de mujer?...

No, no era carne. Era una sustancia horrible y desconocida. Un metal viscoso, escamado y frígido, pero vivo a pesar de todo. Una carne. ¡Pero qué carne! ¡Descompuesta, podrida, petrificada, venenosa, carne de horror y de pesadilla!

Me aparté de un salto, enloquecido, aterrorizado. A mis pies, la señora Vermonde retorcíase como si agonizara. Y yo la escuché, desde el fondo de su vergüenza y de su desesperación, rogar y suplicar:

—¡No lo diga a nadie!... ¡No se lo diga a nadie!... ¡Soy leprosa!





incorruptible

Por

CLAUDE FARRÈRE

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

Edward Elgar, el músico



Edward Elgar



Federico Delius aparece en esta fotografía rodeado de familiares.

Acaba de celebrarse el décimo aniversario del fallecimiento del gran músico inglés, Edward Elgar.

Edward Elgar nació lejos de los grandes centros del comercio y de la industria, cerca de la ciudad de Worcester, famosa por su antigua catedral. Allí vivió durante muchos años en la casa de su padre, organista de una iglesia católica, el cual trataba de redondear sus modestos ingresos con la venta de música impresa.

Tenía un pequeño negocio al que concurrían los músicos locales para hacer sus compras y charlar un rato. Este ambiente no era quizás ideal, pero tenía sus ventajas, pues daba al joven compositor la oportunidad de informarse acerca de los sucesos en el gran mundo, de estudiar partituras y, sobre todo, de entrenar su mente y confiar en su propio juicio.

El aprendizaje de la técnica de la composición se prolongó algo más de lo que habría sido necesario si Elgar hubiera ingresado en una academia de música, como las hay en las grandes ciudades. Pero cuando este aprendizaje hubo terminado, la técnica formaba tanta parte de su personalidad como su aptitud para la melodía y la armonía. Esto lo salvó del error tan común en estos días de creer que la técnica es una finalidad en sí misma.

Cada partitura de Elgar es un amplio testimonio de su maestría del semicoral y de la orquesta, pero la perfección técnica nunca predomina sobre el pensamiento musical, sino que lo complementa; es decir, es su servidora y no su ama.

Como todos los compositores ingleses, Elgar comenzó ocupándose de los coros y de sus formas distintas. Sin embargo, fué una obra orquestal la que le proporcionó su primer éxito, o sean las variaciones sobre "Enigma", una creación de brillo singular, conocida ya dondequiera que se aprecie la música orquestal.

El oratorio "El Sueño de Gerontio" — ahora tan popular en los auditorios ingleses como la "Sinfonía Patética", o "Tristán" — consolidó su reputación tanto en Gran Bretaña como en el exterior.

En su primera presentación esta obra no fué recibida muy favorablemente, en parte debido a algunos incidentes técnicos, y en parte porque hablaba un lenguaje que la mayoría no entendía.

Hasta entonces los oratorios se habían considerado como ejercicios más o menos académicos, en los cuales el compositor demostraba su talento en el dominio de formas musicales y recursos escolásticos.

En el "Sueño de Gerontio", los expertos se vieron frente a un compositor que no se dió por satisfecho con desarrollar un tema en forma agradable y genial, sino que lo presentó como si él mismo lo hubiera vivido, como resultado de su experiencia personal. Y esta es precisamente la diferencia entre Elgar y sus predecesores, los cuales carecen todos de aquella humanidad cálida que es la característica del primero.

Oportunamente, Elgar escribió dos oratorios más: "Los Apóstoles" y "El Reino". Luego siguió componiendo una cantidad de conciertos para violín y violoncelos, dos sinfonías, oberturas y música de cámara.

Elgar se ha identificado mucho con la vida de su tiempo. Su obertura "Cockaigne" es una imagen perfecta de la vida londinense en los comienzos del siglo actual. Aunque Elgar ha escrito también marchas militares, como el famoso y muy popular "País de Gloria y de Esperanza", y piezas de música ligera, su fama viene de sus conciertos, oratorios y sinfonías, que se ganaron el aplauso de los auditorios europeos entendidos.

El arte de Edward Elgar es tan vasto que resulta imposible describirlo en pocas palabras. Pero todas sus obras se destacan por su integridad artística, que es una característica de este hombre. Es música honesta que para sus efectos no depende de trucos ni firuletes, sino que ostenta emociones hondas y sinceras y trabajo consciente.

Elgar era un hombre religioso, tolerante, que vió en la religión una apreciación de la humanidad más noble y más generosa.

Murió el año 1934 y toda Inglaterra conmemoró recientemente el aniversario de su fa-

autodidacto

Por
F. Bonavia
(CRITICO MUSICAL DEL "DAILY TELERGAPH" DE LONDRES)



Gustavo Holst

Vaughan Williams

llecimiento con la presentación de sus principales obras. La influencia del arte de Elgar sobre la actual generación de compositores ingleses es innegable. No existe la misma seguridad en este sentido en cuanto a Federico Delius.

No cabe duda de que es un compositor de pura sangre, pero uno tiene la impresión de que sus composiciones más duraderas no serán las obras grandes que encarnan ideas filosóficas (como su "Misa de la Vida"), sino esas cosiras breves y exquisitas que representan impresiones pasajeras y escritas aparentemente con la única finalidad de participar al oyente los sentimientos del músico, provocados por un hermoso paisaje o por un espectáculo.

Orras composiciones de Delius bien recibidas, son "Appálachia" y "Danza Rapsódica" —contribuciones valiosas al reperrorio orquestal—. Pero obras más breves, como "Brigg Fair" y "Oyendo el primer cucú de la Primavera", son poesía pura. Delius, que ha vivido durante muchos años en el exterior, escapó a la influencia del movimiento del renacimiento de la música folklórica en Inglaterra, que en dicho país abunda en demasía. Gustavo Holst cayó primero bajo el encanto de la canción folklórica. Sin embargo, era un hombre tan ansioso de ayudar a su prójimo, especialmente a los músicos jóvenes, tan dispuesto a organizar y contribuir a fiestas musicales escolares y eclesiásticas, que no ha podido dejar una huella profunda en la historia.

Su música coral es moderna en su carácter, provista de toda la complejidad de los sistemas nuevos. Holst era un músico de raros dones, que atribuía más valor a la substancia que a la forma de su presentación.

Su *suite* orquestal "Los planetas" y su coro "Himno de Jesús", demuestran no sólo talento, sino genio en la inventiva y distribución de las montañas deliciosas" o la "Pastoral", que pueden obrener de grandes masas cantantes y músicos.

Holst falleció en 1935.

Vaughan Williams es otro compositor inglés, felizmente vivo aún, que se ha enamorado de la canción folklórica. Inseparablemente ligada a sus encantos, hay, sin embargo, otra influencia más en la música de Williams, que viene de los poetas místicos de la literatura inglesa, como Herbet Blake, Vaugham, etc.

Tal influencia es muy notable en sus obras de características religiosas, como "El pasto de las montañas deliciosas" o la "Pastoral", que demuestran una mente intensamente original, distinción y la ausencia completa de un pensamiento rradicionalista.

Sus piezas cortas, menos ambiciosas, pero aun más encantadoras y características, como por ejemplo "La alondra ascendente", expresan quietud, contemplación y alegría en forma tan elocuente, como raras veces se ha expresado antes en música. ◈

VIDA PRIVADA DE LOS



Los chicos crecen...

En una de mis notas anteriores acerca de los "quintillizos" Diligenti, dije ya que lo más interesante del caso es el espectáculo de los mellizos en sí. Ahora podría añadir que mucho más interesante todavía es el espectáculo de su crecimiento...

En mis frecuentes visitas he podido comprobar el rápido desarrollo de las encantadoras criaturas. Los "quintillizos" no sólo son un milagro de la naturaleza por su número, sino también por su magnífico desarrollo, por su salud, por su "viveza" y por la rapidez con que se van adaptando a todas las exigencias de la vida que ahora comienza para ellos.

Poco a poco, cada uno de estos cinco hermanitos va desarrollando su carácter, su "modo de ser", su individualidad. Hoy puede decirse ya que los "quintillizos" tienen una "vida privada". Y como sin duda al lector le interesará conocer "la vida íntima" de estos cinco pequeños personajes, cuyo nacimiento ha tenido la virtud de conmover al mundo, voy a tratar de reflejarla, tal como yo la he visto a través de mis visitas, la última de las cuales se extendió a todo el transcurso de una jornada...

Un día con los "quintillizos"

Empecemos por decir que si bien todo se ajusta a un régimen familiar en la casa, con exclusión de "técnicos" y especialistas, también es verdad que ese régimen constituye un modelo de puntualidad y disciplina.

He aquí detalles exactos:

La jornada de los "quintillizos" comienza a las ocho de la mañana en punto. Cinco porciones de *quaker* ya están listas para serles servidas de inmediato.

Si el tiempo es bueno y no hay fotógrafos a la vista, entonces es posible que los "quintillizos" sean sacados para dar un breve paseo. Han pasado los buenos tiempos en que los cinco hermanitos eran llevados democráticamente a la plaza vecina para tomar sol a la vista de todo el mundo. Ahora la publicidad hecha en torno de ellos obliga a tomar toda clase de precauciones. Inconvenientes de la celebridad...

A las once, después del paseo o de una mañana de "vida social" en el interior del "corralito", se les sirve el almuerzo, consistente en una sopa de sémola, zapallo y zanahoria rallada.

A las 15 horas, los "quintillizos" toman una porción de leche.

A las 16 horas, se les da a cada uno una corteza de pan, perfectamente desmigada. Es notable la lucha que entonces se desarrolla en el "corralito". El primero que termina trata de arrebatar la corteza de pan al que tiene más cerca, y siempre hay que pacificar a los "quintillizos" cuya convivencia amenaza con convertirse en una guerra civil...

A las 18 horas llega el momento de la cena. Esta se compone de un puré de manzana adicionado con bizcochos y azúcar.

A las 20, por fin, con el baño que se administra por riguroso turno, llega el fin de la jornada "oficial". Una vez en la cama, y como último refrigerio para pasar la noche, se les sirve todavía una mamadera de leche con maicena.

Este último acto suele terminar con alguna pequeña catástrofe. La verdad es que los "quintillizos" han adoptado la costumbre de tomarse todo el contenido del biberón. Y una vez terminado lo arrojan lejos de sí, lo que obliga a tener una docena de biberones de repuesto, pues no hay día en que la costumbre de los "quintillizos" no produzca algunas bajas entre la batería de ellos...

Desde los cuatro meses disponen de coche propio

He dicho que el baño se hace por riguroso turno. Me ha sido dado asistir a él, y he visto a los célebres y pequeños personajes, metidos en la bañera, según el orden siguiente:

Primero, Carlos Alberto, o sea Carlitos, a quién también llaman "El Rubio"; segunda, María Cristina, que en familia se llama "La Negrita"; tercera, María Fernanda, la más opulenta del quinteto, conocida en la intimidad, por "La Gorda"; cuarta, María Ester que es "La Chichita", y finalmente Franco, o Franquito, a quién llaman "Machito".

Es de notarse que tanto las tres niñitas, "las tres Marías", como los dos varoncitos fueron designados con nombres de abuelos y tíos y que tal es el origen de los mismos.

Otro detalle rigurosamente inédito y que aquí damos a conocer por primera vez, es que los "quintillizos", que como se ve no carecen de nada, hasta son felices propietarios de un auto particular, propio de ellos.

Cuando cumplieron los cuatro meses de edad, su padre, ante el problema de sacarlos a pasear con toda la familia — que resulta necesaria para atenderlos —, y viendo que no cabían en el coche que poseía, resolvió adquirir un modelo espacioso y apropiado para el caso.

Compró entonces un coche del modelo llamado "micro-rural", que se adaptaba perfectamente a su cometido. Se trata de un gran auto, con carrocería totalmente rodeada de cristales protectores que dejan entrar ampliamente la luz, pero que preservan del viento y del frío a los "quintillizos". Puede decirse, pues, que los célebres mellizos se deslizan por la vida sobre ruedas...

Los juguetes y los zapatos

Hay dos cosas (aparte de los biberones) que los "quintillizos" destruyen con una rapidez verdaderamente alarmante: son los zapatos y los juguetes.

QUINTILLIZOS DILIGENTI



"LA CHICHITA", "MACHITO", "LA GORDA", "LA NEGRITA" Y "EL RUBIO" TIENEN AUTO PROPIO, ROMPEN BIBERONES POR DOCENAS Y PRONTO FORMARÁN UNA ORQUESTA

Por
Regina Monsalvo
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
FOTOGRAFIAS DE MARIO BORELLI

Un par de zapatos nuevos nunca dura más de quince días. Las niñas son las que más pronto los rompen; a las dos semanas la punta de los zapatos ya muestra graves síntomas de perforación.

Los juguetes que consiguen resistir el primer asalto, difícilmente pasan de cuatro o cinco días. En el interior del "corralito", cada nuevo "chiche" determina una batalla campal, cuya víctima, naturalmente, es el propio juguete...

Contra estos conatos de desórdenes graves, sólo hay un remedio: la música. Ya lo hemos dicho en otra ocasión, los "quintillizos" son decididamente melómanos. Basta que su padre, el señor Diligenti, o su hermano mayor Armando, se sienten al piano, para que se calme el principio de revolución. Con las primeras notas vuelve a reinar la paz y los "quintillizos" se aproximan a la baranda para no perder un solo acorde...

Formarán una orquesta

Precisamente en uno de los momentos en que los observamos así y comentando su afición por la música, medio en serio, medio en broma, nos dice su padre:

—Me alegro de que les guste la música. Porque, ¿sabe usted cuál es mi sueño?...

—No lo adivino...

—Pues llegar a formar con ellos una orquesta familiar...

Y como María Ester sigue llorando, a pesar de la música, añade el señor Diligenti:

—Como Estercita es la más llorona, me parece que ella será la que tocará el violín...

Después del auto, la casa especial

No cabe duda de que los "quintillizos" han nacido bajo una buena estrella. Si a los cuatro meses ya contaban con auto particular, podemos adelantar que antes de cumplir el año ya tendrán "su casa propia". Esta es otra primicia que damos a nuestros lectores.

Es evidente que el advenimiento de cinco chicos de un golpe, es un acontecimiento que exige que un hogar necesite ampliar su "espacio vital".

El señor Diligenti ya ha tomado las providencias del caso, y no pasará mucho tiempo sin que el nuevo domicilio, con amplias comodidades para los niños, se encuentre en condiciones de ser habitado.

Las habitaciones de los "quintillizos" estarán decoradas con motivos infantiles, y todos los detalles de "confort" se ajustarán a planos especialmente diseñados para hacer frente a las necesidades que surgen de la nueva situación.

Como se ve, nada les falta en el aspecto material a esos hermosos niños. Pero, en el aspecto afectivo y moral, todavía es más grata la atmósfera que los rodea. No hablemos del inmenso cariño con que la bella y activa señora Diligenti ha asumido desde el primer momento la inmensa responsabilidad y la difícil tarea de salvar la vida de cinco criaturas nacidas en las condiciones que son conocidas. Diremos, sí, que el método, el cuidado, la minuciosidad, el orden que reinan en el hogar de los "quintillizos" constituyen un verdadero ejemplo que no se podría superar. Así se explica que estas criaturas que hicieron temer por su vida, sean hoy niños de un desarrollo realmente excepcional, hasta el punto de que ninguno de ellos pesa menos de nueve kilos...



Un día pasado con los mellizos Diligenti, nos pone ante una alternativa: no se sabe qué admirar más, si el floreciente desarrollo de estos niños encantadores, o la suma de cuidados, de abnegación y de amor maternal que ha hecho posible el bello milagro... ◈

El gran señor don Ricardo J. Freyre



Ricardo Jaimes Freyre, señor de la poesía, cuyos versos se tiñen con nostalgias de la Villa Imperial de Potosí.

El romanticismo fué también aquí en América la democracia en las letras, y estaba bien. Pero, al surgir el modernismo, toda América se acuerda con añoranza, de su aristocrático pasado virreinal. Y las imágenes correspondientes pueblan los versos. Insisto en esta interpretación del modernismo, porque me sobra razón; porque no es otro, en efecto, el porqué de sus marquesas y de sus pavanas y gavotas.

¿Qué habrá de hacer Potosí, entonces, como no sea acordarse de sus justas y torneos? El lugarteniente lírico, que representará a la meseta altoperuana en la gran cruzada de Rubén Darío, será Ricardo Jaimes Freyre, que si nació accidentalmente en Tacna, se formó a la sombra de la famosa Villa Imperial.

¡Qué digo! Ricardo Jaimes Freyre, ese noble señor de la poesía, ese príncipe de las letras americanas, se levanta como un albacea de los antiguos tiempos, casi como una aparición que procediese, por ejemplo, de los *Anales de la Villa Imperial de Potosí*, que escribió a comienzos del siglo XVIII, D. Bartolomé Martínez Arsanz y Vela, "natural de dicha villa", para perpetua noticia de sus portentos. Raros portentos, de muy diversas especies: desde los del cerro maravilloso hasta los de la religión y las armas; pues allí acontecieron no pocas de las sangrientas batallas de los vascongados y extremeños en la célebre y larga guerra de los vicuñas, y allá floreció el milagro —y bastante asimismo la milagrería— entre ominosos triunfos de Satanás.

Pero detengámonos en sus fiestas, que es lo que importa a nuestro propósito. Potosí fué el escenario de los mayores y más aparatosos torneos caballerescos del Nuevo Mundo. Allí los juegos, allí los toros, allí las gallardas destrezas de los caballeros, allí, a los balcones de la plaza, las matronas y las doncellas. Y en los torneos, felizmente incruentos, caballeros como aquel don Francisco Arsanz, montado, dice el veraz cronista, "en poderoso caballo chileno", muy bien armado, y sobre las armas. "precioso vestido bordado en damasco azul, sembrado de muchos diamantes, esmeraldas y rubíes". Luciente casco a la cabeza, y en él "muchas plumas verdes, azules y encarnadas"; lanza en la mano diestra, y a la siniestra, escudo en que brillaban las piedras preciosas; "y abajo esta letra: *Desde el alba vine aquí*".

Entretanto, ¿pareció menos airoso D. Esteban de Luna, en su caballo negro, con su vestido de brocato encarnado, "guarnecido de cadenas de oro y lazos de perlas"; con su brillante casco, y en él una sierpe de oro, de ojos y lengua de rubíes?

Pero qué mucho el vestir así los caballeros, si era de ver el lujo con que venían enjaezados los caballos mismos; en el uno, jaeces de oro y perlas; crines y cola, con cintas verdes y azules, y la silla y los estribos, de filigrana de oro; en el otro, la silla bordada de oro, así también el anca; la cola, entretejida de lazos de oro y perlas, y penacho de plumas blancas, azules y amarillas.

¡Qué gracia, qué señorío y qué empaque! Y al rodear la plaza, qué "caracoleos y sumisiones" a las barandas de las damas.

De allí viene Jaimes Freyre y de aquellas nostalgias —no de reflejos del Directorio francés— habrá de teñirse su obra. Juan B. Terán habló muy acertadamente del abolengo medieval de ese espíritu.

Pues bien, al conjuro de la poesía nueva se yergue en la ilustre ciudad aquel marqués, porque lo era en el porte, en la palabra, en la estampa, Ricardo Jaimes Freyre. ¿Y qué dirá Potosí por sus labios, como no sean nostalgias galantes?

En efecto, quitado de *Castalia Bárbara*, todo lo que pareciendo nórtico —el canto de Lok, o ese otro del dios silencioso que tiene los brazos abiertos—, todo lo que pareciendo nórtico no es más que metáfora potosina, el resto, en lo esencial, resulta solamente nostalgia de los virreyes, enmascarada en visiones de otras cortes, por muy explicable pudor histórico:

Aquí lo tenemos:

Deja que empolve tu cabeza blonda,
¡oh mi amada, maligna y hechicera!
Serás, bajo la nívea cabellera,
una joven duquesa de la Fronda.

¿Y los versos a la vizcondesa de Figueiras? La voz del poeta es tan rendida como conviene que sea:

En ese bosquecillo, bajo la umbría
que forman los bambúes y las palmeras,
hablaremos, si os place, señora mía,
de vuestras ilusiones y mis quimeras.

Hasta que abierto el corazón, dice llanamente su verdad:

Villano, trovador, fraile o guerrero,
con hoz, breviario, bandolín o espada,
fuera hermoso vivir en la pasada
heroica edad de corazón de acero.

¿Y esta otra imagen?

El padre abad espía. Por la grieta
que abre el muro rugoso del convento
ve en la celda un infolio amarillento
donde hay una mayúscula incompleta.

Luego hallamos una composición, en que están muy bien disfrazados los torneos antiguos de la Villa Imperial, en imaginadas justas provenzales:

Darías al vencedor
los simbólicos trofeos
en los galantes torneos
de la ciencia del amor.

Y entonces:

Incensado por el aura
de la dulce Poesía,
en tus manos dejaría
su cetro, Clemencia Isaura.

Si no supiéramos lo que es Potosí, pensaríamos en otras lejanías. Sabiéndolo, no hay por qué. De manera que la visión potosina se nos impone en versos como los de *Crepúsculo*, donde:

Por estrecha hondonada pasa el sendero,
entre rotos peñascos y ardua maleza,
y tiembla en las rojizas cimas abruptas
la luz desfalleciente de las estrellas.



y su poesía

Por

ARTURO CAPDEVILA

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

Potosí, fiera vecindad de Potosí, es lo que está presente en su poesía:

> Con su lúgubre risa rueda el arroyo
> arrastrando sus aguas hondas y negras,
> y erguidas en los flancos de las montañas,
> hacen signos burlones las ramas secas.

Potosí, aquella misma imponente Potosí, de la que dijo el viajero Andrews que era "una presa del infierno y de Mammon, sin fuego y azufre, acaso por falta de combustible"; de la que dijo también que "semeja a la ciudad de un príncipe del pecado, extraña, desierta, solitaria, misteriosa"..., esa Potosí de tremendo hechizo, está presente sin duda en ese otro poema —una agua fuerte— que lleva título de *Las noches:*

> Risas y alaridos
> flotan en la noche callada...

Como es también soledad potosina, zahareña, lo que hay más allá de estos otros versos, en que:

> Por las blancas estepas
> se desliza el trineo.
> Los lejanos aullidos de los lobos
> se unen al jadeante resoplar de los perros.

¿Entendido? De quien se trata, una vez más, no es sino de Potosí. Versos como los siguientes son bien potosinos, por cierto:

> Nieva. Parece que el espacio
> se envolviera en un velo.
> . . . .
> El infinito blanco
> sobre el vasto desierto.
> . . . .

> Entre los dos sudarios
> de la tierra y el cielo,
> avanza en el Naciente
> el helado crepúsculo de invierno.

"Era muy grande en él —señala en breve pero sustancioso estudio, don Manuel G. Valvidia— el influjo del pasado. Acaso por eso amó tanto a Potosí que él (nacido, como sabemos, en Tacna) eligió como cuna"... "Yo lo vi —añade este escritor, cuyo conocimiento debo al hijo del poeta, don Víctor Jaimes Freyre—, yo lo vi por las callejas de la Villa Imperial, alma antigua, caminando con paso de hidalgo y gesto de conquistador o guerrero, retorciéndose el mostacho de guías mosqueteriles... mientras loaba los viejos escudos que blasonan las viviendas"...

Potosí era su tierra, porque era la tierra de los Jaimes, lo dice el poeta en carta a su hermano Raúl, donde agrega: "¡No puedes imaginar cómo me llama Potosí, desde las tapias de su cementerio! Me parece... que los gérmenes ancestrales se agitan dentro de mí... Estas no son retóricas ni fantasías. Es una inquietud permanente".

Potosí: he ahí la cifra lírica de la musa modernista de Jaimes Freyre. O sea que siempre damos con la misma comprobación exactísima, por sorprendente que pudiera parecer cuando comencé a divulgarlo: el modernismo, tenido por tan europeo y tan exótico, no fué, en América, sino nostalgia artística de España.

Yo que gocé el privilegio de recibir de las manos de Jaimes Freyre, en memorables justas poéticas tucumanas, la hoja de laurel que en mayor aprecio he tenido, como que la recibía de un real sacerdote del Gay Saber —sacerdote, sí, de esa religión del Gay Saber, tan misteriosa y mal sabida de poetas, ¡ay!, y tan verdadera—, siento ahora como una especie de felicidad intelectual serenísima al poder revelar ante la sombra veneranda del poeta de *Castalia Bárbara* la clave de su tristeza y su suspiro. ◈



Potosí: El arco de Cobija y, al fondo, el cerro de Potosí. Extraño, desierto, solitario, misterioso, tenía un tremendo hechizo que llamaba al alma del poeta.

EL CUENTO PARAGUAYO

EL PAYE

Dos hijos muertos en el Chaco. Uno, en Nanawa, al tratar de abatir una ametralladora, que no los dejaba avanzar; el otro, más allá de Fortín Toledo, en una picada abierta, perdido en el desierto. Pero aun le quedaba a *Ña* Ramona, un tercer hijo. El más pequeño de todos. Flaco, esmirriado, con las piernas largas y huesudas, bien le venía el apodo de *Mbopí pucú* (1), con que en Paraguá lo conocían. Había conseguido retenerlo junto a ella. Luchó por él, para que no se separara de su lado. Lo consiguió al fin, para lo que le sirvió el precedente de sus otros hijos muertos en la guerra.

Abstraído de todo, *Mbopí pucú* pasaba su tiempo junto a la iglesia, en la plaza, cuadrada como casi todas las de los pueblos del Paraguay, en medio de la cual, el templo parecía servir de cimiento a la población, la que cercaba a éste, extendiéndose en calles de tierra, con hondas huellas hechas por el paso de las carretas. Era ajeno al mundo que le rodeaba. Ensimismado siempre, mustio, silencioso, sus ojos muy abiertos parecían querer escrutar el paisaje, monótonamente verde, que, a lo lejos, entre lomas y declives, se extendía.

No siempre había sido así. Años atrás, no muchos, él vivía como los demás: iba hasta la capuera a ayudar a su madre, y, al caer la tarde, se reunía con los otros mozos para ir juntos al arroyo. En poco tiempo comenzó a enflaquecer, a pegársele la piel, como un guante, a los huesos, y a alejar su mirada, perdida en lontananzas, como si su cerebro se hubiera sumergido, de pronto, en un abismo de sombras.

—Al hijo de *Ña* Ramona han debido darle un *payé* (2) —decía la gente, al ver reclinada en la pared de la iglesia la figura enclenque, misérrima, de *Mbopí pucú*.

Ña Ramona callaba. Ella continuaba juntando cocos en el monte cercano, o iba a la capuera a ayudar a los hombres en sus faenas. Al mediodía preparaba el locro, y silenciosos, madre e hijo, dejaban transcurrir los minutos, y a veces las horas, uno frente al otro, sin pronunciar palabra.

No era que *Ña* Ramona no se preocupara por su hijo, sino que en su imaginación iba lentamente fraguando el remedio que pusiera término a su situación. En su mente, plena de nebulosas, se había clavado con exactitud una idea: encontrar el remedio contra el *payé*, que podría hacer recobrar a su hijo la alegría perdida y, con ella, la salud.

Las medicinas de los curanderos, hechas con raíces de *caane* o con flores de *Yatei-caá*, para nada habían servido. *Mbopi pucú* continuaba ensimismado, tristón, solitario, como encerrado en su propio cerebro, sin apenas escuchar, contestando con monosílabos a las preguntas.

(1) Murciélago largo.

(2) Hechizo, sortilegio.



Por
Guillermo Cabanellas

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIONES DE VALDIVIA

Una tarde, en que la tormenta rompía con su diapasón de voces los silencios del bosque cercano y en la que los relámpagos iluminaban un cielo negruzco, *Mbopí pucú* fué a refugiarse, temeroso, como no lo había hecho en mucho tiempo, en el regazo de su madre.

—¿M'hijo, que tenés? —le preguntó *Ña* Ramona.

—¡Son ellos, ellos, mis hermanos, que los tengo aquí dentro! ¿Por qué no fuí al Chaco, donde hubiera muerto? ¡Aquí los tengo, gritándome mi cobardía a todas horas!

La voz de *Mbopí pucú* era un gemido lleno de angustias e inquietudes, como un lamento que saliera de su pecho. El rostro, en el que los pómulos salientes acentuaban su faz cadavérica, daba la impresión de que en su cerebro se agitaban sombras y espectros, hechos realidad, no en su fantasía, sino en su carne.

—¡Tus hermanos no son; no pueden ser! Han quedado para siempre en el Chaco —repuso angustiada la madre.

—¡Sí, son ellos, los oigo! ¡Pero no puedo verlos, porque están dentro de mí!

Callaron. Se sentía la lluvia golpear monótonamente sobre la techumbre de paja del rancho. La tormenta daba la impresión de haberse ido a refugiar más lejos del bosque, y de ella se escuchaba como un eco, cada vez más lejano, de voces roncas.

De pronto, *Mbopí pucú* rompió el silencio, para decir con voz clara:

—¡Me voy para siempre! No sé adónde, pero lejos, al lugar en el que he de encontrar los cuerpos de mis hermanos, a los que les devolveré el alma que llevo clavándoseme en el cerebro.

Le vió levantar la cortina que cerraba la entrada del rancho, y perderse en la tarde, ya semioscurecida, sin volver la vista atrás, caminando derecho, con el paso firme y seguro, como no la hacía en mucho tiempo. Y tuvo la sensación *Ña* Ramona, en ese momento, de que la habitación vacía, volvía a recobrar el calor de años atrás.

Por vez primera, hacía tiempo, se sintió acompañada, y su soledad se quebraba, como la luna a las nubes, en los primeros balbuceos de la noche.

Se asomó a la puerta del rancho. A lo lejos, en lo alto de la loma, vió perderse la silueta de su hijo, y, como sombras tenues, imperceptibles apenas, dándole escolta, creyó advertir junto a él otras figuras, las de sus otros dos hermanos. ◈

EN VISPERAS DE LA INVASION...

LOS OJOS DE INGLATERRA



Cuando sir Douglas se vió abocado al problema de iniciar la ofensiva contra Europa, con escaso número de bombarderos, él y sus hombres resolvieron, en gran parte, el arduo problema. Hoy en día el panorama es bien distinto.

Desde el Artico hasta Gibraltar...

Si fuera posible penetrar en la magnífica sala de operaciones situada en "cierto lugar de Gran Bretaña", a cualquier hora del día y quizás de la noche, se podría observar a un corpulento jefe de la R. A. F., con su gorra de uniforme ladeada al estilo tradicional de Boatty, absorto en el estudio de un enorme mapa, probablemente el mayor del mundo utilizado en cualquier teatro de la guerra.

El jefe en cuestión, mariscal del Aire, sir W. Sholto Douglas, ha asumido su puesto de mayor responsabilidad a la edad de 51 años; es jefe del Mando de Costas, o, utilizando el lenguaje de la R. A. F., "obispo" de una "se-

VIGILAN 5 MILLONES DE MILLAS DE OCEANO

Por
Peter O'Neill
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

te" que se extiende desde el océano Artico hasta Gibraltar y desde Noruega hasta la mitad del Atlántico.

Se ha encargado de esta jefatura en el momento preciso en que el Mando de Costas se prepara para la labor más importante que haya podido acometer desde su fundación, pues es evidente que "los alas de Inglaterra", como se llama a veces a esta poderosa organización, jugarán un papel vital en la invasión de Europa, dondequiera que esta tenga lugar.

Un piloto temerario

Sholto Douglas siempre ha aceptado gustoso las situaciones difíciles. Su carrera militar empezó en el año 1914, en que abandonó la tran-



He aquí al mariscal del Aire, sir Sholto Douglas, el hombre responsable de la vigilancia de cinco millones de millas cuadradas de océano.

Cuando llegue el momento de la invasión, el Mando de Costas ayudará y protegerá a la enorme flota que ha de ponerse en acción. Este cuadro es un buen anticipo de lo que sucederá entonces sobre las aguas del Canal de la Mancha.

quilidad de Oxford para convertirse en segundo teniente de artillería ligera. Al cabo de unos dos meses descubrió sus verdaderos deseos, y, a mediados del año 1915, consiguió su traslado a la escuadrilla Nº 2 del "Royal Flying Corps", en calidad de oficial observador. Con gran rapidez ascendió a la categoría de teniente coronel, llegando a ser jefe de las escuadrillas números 43 y 84, y pasando más tarde al cuartel general aéreo Nº 22 en Francia. Ganó la D. F. C. (Distinguished Flying Cross — Cruz del Mérito Aéreo) por haber derribado su escuadrilla, entre el mes de septiembre de 1917 y el final de la guerra, 149 aparatos enemigos, además de destruir otros doscientos por distintos procedimientos. Douglas, aun en aquellos tiempos, no era exclusivamente un hábil administrador con magníficas dotes de mando, sino también un piloto atrevido. Los aparatos de entonces eran, por no decir otra cosa, poco seguros; un día, sin embargo, durante el período en que mandaba una unidad en Stirling, Escocia, le pidieron que diera una exhibición de vuelos acrobáticos para una fiesta al aire libre que se celebraba en la localidad.

Los organizadores pronto se arrepintieron de ello; el joven Douglas se precipitó a gran velocidad en su extraño biplano sobre las mesas de los invitados, a tan poca altura, que salieron despedidas las tazas y los platos, así como los sombreros y abrigos de los concurrentes al acto; éstos huyeron despavoridos. En Francia, uno de sus ejercicios favoritos consistía en elevarse en un aparato de dos plazas, y, en pleno vuelo, cambiar de asiento con su pasajero. El personal de tierra observaba con horror la operación que parecía imposible pudiera realizarse en el aire.

La guerra aérea

En el transcurso de su carrera, sir Sholto ha alcanzado las distintas graduaciones a edades muy tempranas; en 1920 fué comisionado permanentemente, antes de cumplir los veinticinco años era comandante de un grupo (wing commander), y cuando hizo el curso en el Imperial Defence College fué el número uno de la promoción de 1927. Fué el más joven en alcanzar la categoría de Group Captain; posteriormente fué trasladado a Khartoum y, en 1937, ascendió a Air Commodore, siendo el más joven del cuerpo en ostentar este cargo. El 1º de mayo de 1940 fué nombrado segundo jefe del Estado Mayor del Aire, poco antes de reemplazar a lord Dowding como jefe del hoy famoso Fighter Command. (Mando de Cazas).

Durante el periodo que duró este último destino, sir Sholto tuvo muchísimas preocupaciones. Entre ellas figuraban la escasez de aparatos de caza, sobre todo de los tipos que hacían falta, la carencia casi total de interceptores nocturnos (night interceptors) y un sinfín más; sin embargo, cosechó tantos éxitos en las batallas defensivas libradas durante la noche, que la Luftwaffe se dió pronto cuenta de que los bombardeos nocturnos empezaban a resultar muy caros.

Resueltos estos problemas, sir Sholto fijó su atención en las primeras fases de la ofensiva aérea contra Europa. Todas las empresas difíciles encomendadas a las fuerzas a su mando han sido resueltas bajo su inspiración; hasta ahora, siempre ha solventado la situación con gran éxito. Cuando el mayor problema de Inglaterra era el bombardeo nocturno enemigo, Douglas fué uno de los principales autores de su solución; cuando el problema consistía en iniciar la ofensiva contra Europa con un escaso número de bombarderos, Douglas y sus hombres se hicieron responsables de una gran parte de ella, sirviéndose de aparatos de caza que acababan de salir de las fábricas con destino a las fuerzas de defensa.



Este es el gigantesco mapa sobre el cual se marca la posición de los barcos aliados o enemigos que se hallan en el mar, así como la de los aviones que vuelan sobre la inmensa "parroquia".

El mando de costas

La labor de sir Sholto Douglas consiste actualmente en vigilar los cinco millones y medio de millas cuadradas de océano y trabajar en plena colaboración con la marina y las fuerzas aéreas americanas establecidas en Inglaterra. Sus pilotos tienen órdenes de localizar y atacar a cualquier aparato submarino o barco de superficie enemigo que se encuentre dentro de esta zona.

Los éxitos obtenidos, aún no son del dominio del público; sin embargo se sabe que cuando se escriba la historia completa de la batalla del Atlántico, nos sorprenderá el papel importantísimo que en ella habrá jugado el Mando de Costas.

La vida de los pilotos del Mando de Costas se compone de interminables horas de vuelo sobre las grises aguas de un monótono océano; éstos son los hombres que vuelan los aparatos de gran radio de acción, los hidros y aviones de tierra que castigan a los alemanes con la misma dureza en mitad del Atlántico y en el Canal de la Mancha, como en el mar Cantábrico, convertido desde hace tiempo en cementerio de barcos alemanes. Utilizan un gran número de aparatos americanos, entre los cuales figura el magnífico "Hudson" que ha luchado en Inglaterra desde el año 1939; disponen de aparatos capaces de permanecer en el aire más de veinte horas seguidas cubriendo distancias de 3 mil millas, constituyendo en todo momento una amenaza mortal para el enemigo que en cualquiera de sus formas se aventure a cruzarse en su camino.

En vísperas de la invasión

Al acercarse el día de la invasión, la labor del Mando de Costas es la de observar todas las señales de preparación por parte del enemigo a lo largo de la totalidad de la costa de Europa; cerrar el paso a los barcos mercantes que a toda máquina se dirigen a Alemania, cargados con víveres y suministros de necesidad vital; vigilar a la marina de guerra alemana, o mejor dicho, a lo que queda de ella, cuando se aventura a salir a la mar; dar escolta a los barcos mercant aliados que traen cargamentos necesarios para la ofensiva; pero sobre todo mantener hegemonía en la batalla del Atlántico.

Cuando llegue la hora, el Mando de C tas contribuirá con sus bombas, granadas ametralladoras al torrente de metralla q lloverá sobre las defensas de Europa. A mismo tiempo tendrá que ayudar a la e colta de los transportes y barcos de sum nistro, y, como siempre, vigilar a la flo enemiga.

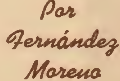
El mapa descrito es de proporciones enormes que la muchacha encargada de ma tenerlo al día tiene que moverse en u plataforma levadiza a la cual está firmeme asegurada. En él, sir Sholto puede ver todo momento la posición de todos los b cos aliados o enemigos que se encuentran la mar, así como las fuerzas aéreas que vu lan sobre su inmensa "parroquia". Llega el día en que se observen concentracion en algunos puntos, que aumentarán a medi que se organicen las fuerzas.

Entonces habrá empezado la empresa m importante en la carrera del mariscal Sholto Douglas. ◈



GUIA CAPRICHOSA DE BUENOS AIRES

Las Catalinas




Por Fernández Moreno

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
DIBUJOS DE
RAUL ROMERO

SIEMPRE hemos tenido los ojos y el alma ansiosos de conventos. Pues aquí está este de las Catalinas en la esquina de San Martín y Viamonte. Detrás de un jardinillo de baldosas, con palmeras y magnolias, se alza la fachada de la iglesia. Hay una marquesina llena de sol, y dos hornacinas con



imágenes y palomas. La verja negra por delante. La torre no muy alta a un costado. Un ala del edificio, menos característica, vuela por Viamonte, y de la que nos olvidaremos por hoy.

Pero esta otra de San Martín, detiene e impresiona. Gris, rugosa, fría, cortada violentamente contra el cielo, sin balaustres, sin ningún perifollo, irregular, como una página de un viejo libro abierta sin ningún cuidado, a tajos de plegadera. Carga además con la chapa de la calle, con algunos cuantos avisos descoloridos, con letreros hechos con tiza escolar, y atravesada, para colmo, por un doble: "Es prohibido pegar carteles".

Hacia la parte superior hay una fila de ocho ventanas rehundidas que nunca se abren, y dos más abajo, enrejadas, defendidas también por el polvo, donde parece acumularse el tiempo, sin plumero capaz de ahuyentarlo. ¿Hacia dónde caen estas ventanas del otro lado? ¿A celdas, a crujías, a huertos? ¿Alcanzará el chirrido de los tranvías, el paso de los transeúntes, a turbar la oración, a trepar por ella como un alambre mohoso por el tallo de un lirio?

A mitad de esta fachada cuelga, como un recuerdo o como un adorno, a modo de un escapulario sobre un pecho, una media puerta de cemento, trunca, pesada, que angustia. Hacia abajo corre una acera angosta, de pequeña ciudad eclesiástica. Por arriba se superponen las tejas verdinegras, adivinadas, y el azul.

Frente por frente hay un gran caserón comercial, más allá un hotel, más acá una oficina de correos. No comprende uno la calle actual con las persianas metálicas, ni el buzón rojo, ni el foco blanco. Habría que levantar otra fachada paralela, de otro convento, de un palacio, de un hospital. Aproximarlas e inclinar hacia arriba ambas construcciones, para que el arroyo resultara tortuoso, oscuro y enguijarrado, cosa que el que se aventurara por él fuera limpiando las paredes con el ferreruelo y sonando la espada. Pero habría que amontonar muchas sombras: unas sombras suntuosas, espesas, como sólo sabían distribuir las manos pulidas de los señores virreyes.

El fondo del colectivo



EL más precioso adorno del colectivo es este niño, ese pilluelo que, de un brinco, en mitad del tumulto, salta sobre él, hace cola y se sienta en sus hierros como puede.

Una pierna le cuelga, morena, vellosa, dorada. Un brazo va en alto, que mueve gozosamente, como si llevara una flor, y con el otro se abraza a la rueda de auxilio, la rodea, se adhiere a sus asperezas. Parece un pequeño dios, desgarrado y feliz, del que dependiera el número de vehículos y la velocidad del tránsito.

La calle de verano es una sucesión de espejos, de reflejos; una repetición de árboles en el apogeo de su redondez y de su verdura. El coche del chico se detiene bruscamente. El que viene detrás avanza, al parecer, irrefrenable. El diosecillo moreno va a ser aplastado. Pero él se encoge, aprieta su divinidad y sonríe. ✠

EL CUENTO HISTORICO



BAJO EL CIELO

—¿Así que has resuelto ir?

—¡Es claro! — las manos morenas y recias de Ramón sostenían las pálidas y temblorosas de Matilde por entre el enrejado de la ventana.

Empezaba a clarear. En el límite, contra un cielo plomizo, las sinuosidades de las sierras iban perfilándose más nítidamente a medida que avanzaba la mañana. El pueblo, quieto, recostado en el valle, dormía aún.

En el semblante de los enamorados reflejábase zozobra, incertidumbre, acentuadas por la pasión: él, iba a la guerra; ella, esperaría, resignada, el regreso bordando a la luz de los velones, haciendo visitas acompañada por la negra Juana o asistiendo a la misa de siete.

—¿Tu tata está en casa?

—Chisss..., padre duerme... ¡si supiera que estás aquí! — y dando vuelta a la cabeza miró hacia el interior de la casa poblada de sombras —. Toma, para ti..., llévalo de recuerdo..., es un escapulario que traje de España, ¿sabes? Fué de mi abuela. ¡Siempre nos ha protegido la Virgen del Carmen! También te protegerá a ti.

Ramón lo tomó con visible emoción; lo acarició en el hueco de su mano, y lo besó.

—Trae..., trae..., acércate... Yo te lo pondré.

Ramón acercó su rostro a la reja; desabotonó la alba camisa, sintiendo un inmenso gozo al roce de las manos enamoradas de Matilde.

—Ya está... — dijo ella, y dando vuelta rápidamente a la cabeza, agregó —: Chiss... me parece que oigo pasos... Vete antes de que sea más de día..., ¡que Dios te ampare!

—Adiós... Ya sabes que voy con las tropas del general Belgrano...

—¡Ah!, ¿no sabes una cosa?

—¿Qué?

—El pardito Tiburcio me dijo anoche en gran secreto que Luis Antonio marchó con los españoles... El lo sabe por su amita Eulalia. ¿Será cierto?

—¡Umm! ¿Y tú lo crees?

—¡A lo mejor!

—Cosas de Eulalia; para intrigarte... ya no sabe qué hacer... No hagas caso. Nada digas a nadie de esto. ¡Ni a tu padre!, ¿eh?

Ramón, ágil, decidido, se enhorquetó en su caballo y después de mandar a Matilde, con la punta de los dedos, el beso de despedida, perdióse al galope en el camino, envuelto por la bruma del amanecer, rumbo a Los Nogales.

Matilde quedóse con el corazón en suspenso, fijos los ojos enamorados en el jinete, con las manos en el aire, ansiosa de que el beso enviado a su vez por ella siguiera a Ramón. Una luz rosada comenzó a difundirse sobre las cumbres. Las montañas iban azulándose. El saludo de un gallo, aquí, allá, acullá, se alzaba en la quietud de la hora.

Cuando ya Ramón había desaparecido por el camino florecido de naranjos, Matilde, sigilosa, leve, oprimida por la angustia de la partida y los acontecimientos de la guerra, recogióse en su habitación. Al punto oyó pasos lentos, pesados. Luego una carraspera. Reconoció a su padre.

* * *

Hacía muchos años que don Ricardo de Arcos había llegado a San Miguel del Tucumán con su única hija: Matilde. Eran de Castilla. El era alto, enjuto, de vivo mirar, de notable prestancia y no menos humos, pero de noble corazón.

Vino, como muchos españoles, a probar fortuna o por espíritu de aventura. En don Ricardo prevalecía lo primero: rehacer su fortuna en el anhelo de dejar a su hija, al morir, un patrimonio que la resguardara de todo evento. En San Miguel del Tucumán abrió un negocio de ponchos, matras y otros tejidos hechos por los industriosos nativos del Norte. En esos días de luchas, no faltó quien hiciera correr la noticia de que don Ricardo prestaba ayuda a los realistas, inclusive al general español Tristán, no sólo con dinero, sino con mantas y géneros para los soldados. Pero nada llegó a confirmarse. Se le tenía por un hombre de sentimientos republicanos, y, por lo tanto, acérrimo enemigo de Fernando VII. Se le apreciaba por su nobleza y por sus sentimientos de afecto al país donde vivía.

Don Ricardo, aunque no se oponía abiertamente a los sentimientos amorosos de su hija Matilde, hubiera visto de buen grado que aceptara a Luis Antonio, joven español nacido en Toledo, hijo único de un rico hacendado, quien, por espíritu de aventura, según se susurraba, habíase embarcado para América, como tantos españoles de su tiempo.

Pero Luis Antonio tenía fama de holgazán, mujeriego y jugador. No se le conocía empleo ni oficio, lo cual daba pábulo a conjeturas y murmuraciones de toda índole, pues se afirmaba que poseía una desahogada posición económica. Gustaba de la charla en los cafés y tabernas, de la polémica, y, sobre todo, habíase hecho notable en la población por los versos de apasionado tono amoroso que enviaba a granel a cuanta dama conocía: un rendido y apasionado enamorado, como el Don Juan clásico.

Como Luis Antonio era un apuesto buen mozo, de moreno rostro, en el que brillaban dos grandes y apasionados ojos claros, no eran pocas las niñas que suspiraban tras las rejas de las ventanas a la espera de la presencia del galán. Pero fué tanta y tan vana su condición de Don Juan, que la desilusión y el desprestigio pronto cundieron entre aquellas niñas de pálido rostro, de lánguido mirar y heridos corazones. Luis Antonio de Urquiola era, pues, el polo opuesto a Ramón: ni éste era un enamoradizo Don Juan, ni poseía el refinamiento ni la apostura de aquél. Pero, en cambio, lucía virtudes esenciales de la raza española: arrojo, pasión, nobleza, y, sobre todo, un sentimiento cabal del hogar y de la patria. De pasiones más rudas y fuertes que Luis Antonio, y de carácter también más enérgico, por haber conocido desde niño las rudas faenas del campo: yerra, esquila, zafra, etc., logró despertar en Matilde una honda pasión, más firme que la que pudiera inspirarle Luis Antonio, que la había galanteado también.

Cuando Luis Antonio supo de los amores de Matilde con el criollo Ramón, sintióse herido por los celos, puesto que de todas las que había festejado, ésta era la única por la cual llegó a sentir una verdadera atracción. El amor propio lo mortificaba. Sentíase humillado. Y era así cómo rondaba la casa noche y día a la espera de una propicia ocasión para abordar a la tornadiza Matilde. Fué en vano: la llama del amor alentaba sólo para Ramón.

* * *

La negra Juana, una negra gordinflona y buenaza, en cuya boca de lacre brillaban las filas de dientes de arroz, levantóse muy temprano para ofrecer a su amito el sabroso mate amargo, como de costumbre, a la sombra del viejo y proficuo parral.

Un ambiente de guerra agitaba la ciudad. La tensión y la incertidumbre habíanse apoderado de sus pobladores. Se sabía que las tropas realistas partían esa mañana de la ciudad para hacer frente a las del general Belgrano.

—Dime, Matilde, ¿con quién hablabas al amanecer? ¡Ya sabes que te prohibo eso! ¡No es digno de ti! No te olvides de que eres la hija de un Arcos...

—Padre..., era Ramón. ¿Para qué ocultárselo? Vino a despedirse...

—Eso quería saber. No me mientes, ¿verdad? ¿No era Luis Antonio?

—¡Por Dios, papá! Pero, sabe..., el negro Tiburcio me ha dicho que se marchó con Tristán...

—¡Ah, cumple con su deber!... ¡No olvides que es español!

—¿Y Ramón?

—Ramón cumple con el suyo: es criollo.

Matilde, con la mirada vagarosa, observaba de hito en hito el rostro cenceño del padre, ensombrecido por tristes presagios. Ansiaba escrutar sus sentimientos. Sufría ante esa encrucijada: ella amaba al criollo, amaba a su padre, y quería a su país: veía la figura de bronce del criollo Ramón desafiando la muerte. Consolábase al pensar que, cuando retornara, se casarían.

Matilde pensaba que, a esas horas, Ramón estaría peleando. Alzó sus bellos ojos y contempló con vagos temores el bello cielo tucumano.

Inquirió temerosa:

—¿Quién ganará, padre mío?

—Tristán es un buen general... También es Belgrano... — su voz era opaca, tembloro

DE TUCUMAN

Por ***Juan García Orozco***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE MARIANO ALFONSO



Su semblante pareció contraerse de incertidumbre y de molestia.

❦ ❦ ❦

Al atardecer de ese día, a la hora en que las calles y las casas empezaban a alumbrarse con faroles y velones, un ambiente de pavor y de incertidumbre envolvía a la ciudad. Muchas noticias llegaban: que los realistas peleaban en Los Manantiales y ponían en fuga a las tropas de Belgrano; que los realistas retrocedían ante el empuje de las columnas mandadas por Balcarce, Dorrego o Vallejo. Nadie sabía ciertamente la verdad.

Don Ricardo, sentado en su sillón frailero, iluminado su sombrío rostro por la amarillenta luz de los velones, estaba ansioso de noticias ciertas. Matilde, en su aposento, hincada ante la estampa de la Virgen del Carmen, rezaba por la buena suerte de Ramón y el triunfo de los criollos.

Unos aldabonazos dados en la puerta, asustaron a la negra y transfiguraron el apesadumbrado rostro de don Ricardo. Viró su mirada inquieta. Se alzó rápidamente de su asiento y observó a la negra, con evidente sorpresa.

—¿Quien será, mi amito?

—Deja, voy yo...

—¿Dónde va, padre? — interrogó angustiada Matilde, que acababa de salir de su cuarto.

—¿No has oído? Han llamado a la puerta.

—¡No salga! — imploró la hija, como si presintiera algo grave, tomándolo de las manos.

—Deja, hija. ¿Qué puede ser?

Don Ricardo, envuelto en su capa española, llegó hasta la puerta con ágiles y nerviosos pasos.

—¿Don Ricardo de Arcos? — interrogó un soldado.

—Para servir a ustedes...

—Dése preso; se le acusa de traidor...

—¿A mí? — sus palabras salían opacas, contenidas por la rabia —. ¿A mí? Pasen ustedes..., y hablaremos... Debe haber un error...

Los soldados criollos se introdujeron en la casa.

—Mi padre no es un traidor... — habló la hija fuera de sí, con la mirada encendida por la cólera y el miedo.

—Tendrá que venir con nosotros. Tenemos esa orden. Debe ver al coronel.

—Si es así, iré — repuso don Ricardo, altiva la cabeza entrecana, viva y fulgurante la mirada, sacudida el alma por tan insólito atropello.

—Padre, ¿dónde va? ¡Por Dios! — Matilde se aferraba al cuerpo del padre, acariciándole los cabellos, el rostro, las manos...

—No te aflijas, hija. Tú conoces bien a tu padre. Es, desde luego, una calumnia o un lamentable error... — y dando un portazo salió rodeado por los soldados que habían venido a prenderle.

Matilde, desolada, transida de dolor, salió con la negra hasta el medio del carril y quedóse sollozando mientras la erguida y noble figura del padre se perdía en las sombras de la noche.

Pero en ese instante llegó el negrito Tiburcio, corriendo, falto de aliento, para decir al grupo de soldados que los realistas estaban peleando y que se retiraban.

Matilde al ver que el grupo habíase detenido, corrió hasta ellos seguida por la negra Juana.

—¡Mi amito no es un espía! ¡Es una calumnia! — gritaba la negra, sollozando.

Pero la sorpresa los inhibió a todos: en ese instante llegaba a todo galope, sudoroso, con el brazo vendado, Luis Antonio. Y gritando, dijo:

—¡Alto, señores! ¿Qué hacéis? Don Ricardo de Arcos no merece esa infamia... Estoy arrepentido...

—¿Conque tú te has valido de esta cobardía?... ¡Ya sé, ya sé! — respondió colérico don Ricardo. Y echando una mirada a la hija, la cual estaba a su lado, temblando, llorosa, agregó—: ¿Ves, hija, ves de lo que es es capaz un hombre despechado?

Grupos de soldados criollos comenzaron a llegar al galope. Estaban sudorosos, agitados, con la expresión de la lucha en los rostros quemados.

—¡Ramón! ¡Ramón! — Matilde se vió estrechada entre los enamorados brazos de él.

Las campanas, al amanecer, anunciaban una victoria de las tropas criollas. Victoria justa de una causa noble. Matilde de Arcos, la hija del viejo y noble español, había visto triunfar sobre las reyertas de familia el amor, el firme amor que siempre sintiera por el criollo. ❦

EL MISTERIO DEL NIÑO ASESINADO EN

LAS LEYENDAS DE BARRANCA YACO. ¿QUIEN FUE EL NIÑO ASESINADO

El progreso no ha penetrado en forma activa en la zona del antiguo camino que desde la época colonial comunicaba Buenos Aires con el Perú. Este factor ha sido su salvación, desde el punto de vista histórico. La mayor parte de los templos y una parte de las postas y casas aun se conservan, cargados de años y de tradiciones, y el espíritu puede saturarse de leyendas, de paz y de olvido, huyendo de este mundo tan complejo y afiebrado en que vivimos.

Ahí están los nombres históricos, mantenidos felizmente en la toponimia actual: Tulumba, Totoral, Macha, San Francisco del Chañar, Río Pinto, Sinsacate...

Los naturales de esos lugares aun mantienen en su retentiva los hechos históricos, deformados, claro está, por las generaciones o por el afán de rodearles de aspectos más atractivos. Así siempre ha nacido la leyenda.

Pero es curioso observar que la tragedia de Barranca Yaco mantiene vivo el interés, y que, de acuerdo a la verdad, o alterados, los episodios afloran a los labios de los nativos, y la figura de Facundo parece agigantarse en el tiempo. El sentido del coraje y el espíritu religioso pugnan en estos hombres sencillos que no pasan indiferentes ante Barranca Yaco.



El lugar donde cayeron Quiroga y sus compañeros, en 1835, es hoy histórico. Helo aquí, señalado con un cartel a la curiosidad de los viajeros.

Los asaltantes de Barranca Yaco eran milicianos que cumplían una orden superior; su capitán les ordenó atacar la galera y lo hicieron; se les ordenó matar y lo cumplieron. Ignoraban de qué se trataba. Era el gobierno que mandaba. Pero el horror del asesinato que quedó en sus almas, se trasuntó en las canciones que al compás de la vihuela se cantaban en las pulperías, y se recogió en las leyendas que aun flotan como si fueran las almas de los muertos que ellos creen en pena, porque no obtuvieron cristiana sepultura. Por eso poco después del crimen aparecieron varias cruces en Barranca Yaco, que luego desaparecieron. No fueron los nativos, indudablemente; capaces de matar por orden de sus jefes o en bravíos entreveros, no lo son de profanar el recuerdo de los difuntos.

El niño postillón asesinado es el que más encendió el temor supersticioso de aquellos hombres. Se dice que de noche se oye su llanto que es como un chillido desgarrador; un niño que llama a la madre ante el horror de la muerte. Se habla de susurros silbantes de almas en pena.

José Santos Pérez, el matador de Quiroga, creía ver venir por el camino el caballo del niño postillón degollado en Barranca Yaco. Venía animándolo y era imposible huir de él.

La leyenda se esparció diciendo que el caballo blanco mantenía una mano de sangre que nunca podía desaparecer: era la mano del niño que al ser muerto la aferró a él.

Acaso esta leyenda sea la deformación de lo que apunta el doctor Juan B. González en el capítulo "Barranca Yaco" de su libro "Removiendo el pasado", en el cual dice: "A las pocas horas de haber pasado la galera por Los Talas, ha aparecido cerca de la casa un caballo ensillado con una mano roja estampada en el cuello; se hacen investigaciones y se descubre que pertenece a uno de los que tiran la galera. El capataz de la estancia va a poner en claro lo que ha sucedido y la realidad se encargará de confirmarlo. Al recorrer el campo ha tenido un encuentro bien desagradable. Santos Pérez, con su partida, está abriendo el cerco de rama, para atravesar, sin ser visto, el bosque en la mañana del crimen; al ver al capataz se aproxima y le dice: "Si usted cuenta a su patrón o a cualquiera, que me ha visto, lo he de matar en dondequiera que esté". El pobre hombre enmudeció de terror y el secreto fué descubierto después del suceso, cuando se tenía la evidencia de que el general Quiroga había sido asesinado. Santos Pérez sabe que los viajeros se aproximan rápidamente, por chasques que le traen la noticia, y para ganar tiempo y evitar que su presencia sea conocida, ha preferido internarse entre los bosques para ocultarse en la sombría y misteriosa barranca. De ahí su amenaza al capataz, que, bajo la sugestión de aquél, ha revelado después a su amo, en el mayor secreto, la entrevista con Pérez.



Una versión de lo que fué el asesinato de Barranca Yaco, según un cuadro de la época. Fué entonces cuando Santos Pérez mató, con su propio mano, al niño postillón.

BARRANCA YACO

LAS DISCREPANCIAS DE LOS HISTORIADORES

Por

Ramón de Castro Esteves

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

El episodio del niño asesinado en Barranca Yaco, junto con los demás hombres de la comitiva, ha dado pábulo a muchas versiones. En este punto, como en otros, los historiadores están en desacuerdo, y los lugareños aumentan la confusión. La verdad no ha podido lograrse, y por ello es por lo que no acoto en este trabajo ninguna versión como exacta, prefiriendo apuntar las varias que se han afirmado, para hacer notar su divergencia.

Sarmiento, en su "Facundo", dice:

"—¿Qué muchacho es éste? —viendo al niño de la posta, único que queda vivo.

"—Este es un sobrino mio —contesta el sargento de la partida —; yo respondo de él con mi vida.

"Santos Pérez se acerca al sargento, le atraviesa el corazón de un balazo, y en seguida, desmontándose, toma de un brazo al niño, lo tiende en el suelo y lo degüella, a pesar de sus gritos de niño que se ve amenazado de un peligro".

En el asalto intervienen dos sargentos. Sarmiento habla del "sargento de la partida".

En el relato que David Peña hace en su libro "Facundo" (pág. 422), se mantiene el parentesco: se trata de un sobrino, pero el tío es solamente un soldado cuyo nombre no se da.

Veamos lo que dice: "Nadie escapó, con excepción del correo Marín y del asistente de Ortiz, que se salvaron porque al oír las detonaciones se desviaron en precipitada fuga hacia el este. Los asaltantes desjarretaron caballos, mataron, degollaron. Un niño presenciaba lívido el cuadro.

"—Y éste, ¿quién es? — pregunta Santos Pérez, extrañado de que Figueroa, su segundo, dejara con vida aquel testigo.

"—Un sobrino mío — dice un soldado —; yo respondo por él.

"—Tomá, entonces — le contesta Santos Pérez, pegándole un tiro en el corazón; y dirigiéndose al espantado niño, con el sable enarbolado, bájalo de un tirón y lo degüella, echándolo a un costado del camino.

"Entre la caterva los había especialistas para separar cabezas. Arrastraron a los heridos a unas cuantas varas del sendero y allí los degollaron a todos".

Cárcano, como Peña, dice que se trata de un soldado cuyo nombre expresa: Benito Guzmán, pero ya no se trata de un sobrino, sino del "hijo de una familia amiga".

Y agrega que, ante los ruegos del soldado, Pérez dice:

"—No puedo, por ordenarlo asi mis jefes.

"Guzmán insiste humildemente, y recibe por respuesta definitiva un balazo en el "ombligo" y otro en el "costillar", y muere seis días después, sin permitírsele confesar para evitar revelaciones".

Este soldado Benito Guzmán no figura en la nómina de los que estuvieron presentes en el crimen (Causa criminal, pág. 70).

Damián Hudson manifiesta una evidente inexactitud cuando dice que el niño postillón consiguió huir.

Después de la matanza de Barranca Yaco llovió intensamente. Pareciera que la Naturaleza quisiese borrar las huellas sangrientas sobre el viejo camino de postas al Alto Perú.

A los costados del camino han florecido las pencas en rojos pétalos, como si la sangre de Barranca Yaco hubiera nutrido sus colores.

Añoranzas de un tiempo que fué; emociones sutiles de un pasado de pasión, de bravura y de sangre, yo os evoco melancólicamente sobre el viejo camino de postas, la histórica ruta de los conquistadores y de los guerreros de la independencia, hoy casi abandonada, para dedicaros este recuerdo conmovido después de un siglo, frente a la hondonada trágica de Barranca Yaco...

FIGURAS DEL RENACIMIENTO

ARETINO, EL DIFAMADOR QUE QUERIA

La nueva época

HACIA el siglo XIV, la Edad Media gótica y teológica tocaba a su fin. Se extinguía así un mundo en el cual todas las actividades del hombre, espirituales o terrenas, se desarrollaban bajo el signo de lo universal. La sociedad se transforma, cambia la constitución del Estado, la organización de las milicias, y se forman las grandes cortes, antecedentes de las modernas. En el campo literario, en el verbo potente de la Divina Comedia, hay todavía resonancias medievales. Su plan y su inspiración son medievales, pero el poema presenta una sucesión de planos poéticos tan íntimos e individuales, que hacen del Dante el iniciador de la Epoca Moderna.

Es decir, que a la Edad Media sucede otra de caracteres opuestos, y el más importante es el nacimiento del individualismo. Frente al hombre medieval que no existe como individuo, sino formando parte de una raza o una corporación, se levanta el hombre moderno, individual y libre. En el esplendor de las nuevas cortes nace el cortesano, se nota un gran aumento de lujo, y la riqueza y uno de los detalles más significativos de este cambio es la cada vez mayor preponderancia social de la mujer. En efecto, gracias a la idea de Francisco I, rey de Francia, las damas de la nobleza, que languidecían prisioneras en sus "chateaux", animaron con su belleza, cuando no con su ingenio y sus intrigas, fiestas y salones. En este gradual crecimiento de la intervención de la mujer y la pompa mundana, no se vió libre ni la corte pontificia; antes bien, los papas rivalizaron con los demás príncipes.

Todo esto no es sino la culminación y consecuencia de un largo proceso histórico, cuya expresión total está dada por el llamado Renacimiento Italiano.

Pietro Aretino, hombre de gran talento, fué el más peligroso de los difamadores a sueldo de la época del Renacimiento. Llevó una vida regalada y recibió pensiones de grandes soberanos, como Carlos V.

Renacimiento y humanismo

Con el Renacimiento — retorno al mundo antiguo — nace el Humanismo. Toda la antigüedad greco-latina, todas las riquezas artísticas del mundo pagano resurgen por la pasión de los humanistas. Los autores clásicos se divulgan, y Platón, Aristóteles, Aristófanes, etc., se incorporan a la cultura de la época, no merced a una curiosidad arqueológica, sino cobrando actualidad vital. Se hacen de esos autores ediciones magníficas, acompañadas de notas y comentarios de los eruditos de la época.

Los horizontes se amplían; todo adquiere un nuevo sentido, y surgen personalidades que se destacan en las más variadas ramas del conocimiento y la expresión artística. En una carta que Leonardo de Vinci escribe a Milán, ofreciendo sus servicios a Ludovico el Moro, le presenta una lista de sus aptitudes que asombra: procedimientos para construir puentes, maneras nuevas de sitiar plazas, nuevos sistemas de cañones y morteros, y dice textualmente al fin de su carta: "Puedo realizar esculturas en mármol, bronce, terracota; en pintura puedo hacer lo que otro, sea quien fuere, etc. etc.".

Crece y se practica el ideal del hombre universal, del hombre omnisapiente, y sus exponentes se llamaron L. Batista Alberti, Pico de la Mirándola o el prodigioso Leonardo.

El hombre de letras

La cultura así sentida fué una verdadera necesidad vital para los italianos de la época. Consecuencia de esto es la cada vez mayor importancia social que adquiere el hombre de letras. El literato — humanista — es, a partir de entonces, el hombre por excelencia; se lo protege, se lo ampara y halaga, y los príncipes se rodean de ellos, satisfaciendo su vanidad y sus afanes de cultura. A veces, los utilizan como secretarios o como agentes diplomáticos. El más conocido es el caso de Nicolás Maquiavelo, el secretario florentino.

La significación social del literato era tal, que en el orden práctico y moral constituía una fuerza temible. Un escrito podía entonces asegurar o destruir las pretensiones de inmortalidad de cualquier príncipe.

Pietro Aretino

Una señalada manifestación del ingenio italiano del Renacimiento, especialmente en Florencia, fueron las llamadas "beffe" (burlas) y en general el chiste. Hay un sinnúmero de autores de verdadero ingenio, capaces de pasar de la historia picaresca a las burdas obscenidades callejeras. Muchos se ganaban la vida en tales menesteres, contando sus chistes y burlas en las cortes, donde se los consideraba en un plano superior al del bufón tradicional. Estas costumbres fomentaron hasta un grado increíble una especie de maledicencia sistemática que no respetaba nada y de la cual ninguno se vió libre.

Surgen así los difamadores profesionales. Hombres cultos, ingeniosos, muchos de ellos con su buena dosis de resentimiento, conscientes de su fuerza y del temor que inspiraban, vendían su pluma al mejor postor.



Era la época durante la cual descollaban los talentos de los grandes hombres, a cuya cabeza estaba el prodigioso Leonardo de Vinci.

Pietro Aretino fué el más conocido y el más peligroso de todos. Formó su cultura en Roma, pero vivió en Venecia los últimos 25 años de su agitada vida. Eligió a Venecia, porque era la única ciudad que despertó su simpatía y por lo tanto la única a la cual excluyó de su maledicencia. Por otra parte, Venecia fué entonces la ciudad más famosa de la península, llamada "sede principalissima del piacere"...

El Aretino hizo de su gran talento una ver-

SER CARDENAL

Por
Alberto Girri
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

era industria, y son numerosos los dones mercedes que recibió de quienes lo utilizacomo maestro del chantaje y la difamapagada. Llevó una vida regalada y repensiones de soberanos, como Carlos V; cosa probada la influencia que ejercicsus escritos sobre la opinión pública. Colos *Ragionamenti*, redactaba sus libelos estilo agudo, directo, sobresaliendo su incáustico y observador. Estas virtudes ecen en su tan conocida obra y tan vada a través del tiempo. Para comprender licencia e inmoralidad de que se acusa a *Ragionamenti*, es necesario tener en cuenla transformación que durante el Renaci-o se produce del fenómeno del amor. una reacción contra el exagerado idealisde la Edad Media y una sana sensualidad or físico lo invade todo. Aun artísticate comienza a tener gran prestigio el desfemenino, tal "El nacimiento de Venus", de Botticelli.

Mas tarde, con el Tiziano, llega a alturas andesconocidas el culto de la belleza femea. De este concepto naturalista del amor bría de nacer un espécimen social antes desconocido: la cortesana; mujeres amantes personajes grandes y pequeños, sobre los les ejercieron influencia tal, que algunas de ellas pasaron a la historia. La más famosa de estas cortesanas fué la llamada Imperia, amante de Agostino Chigi, uno de los hombres más acaudalados de la época.

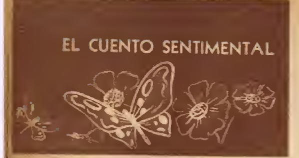
El Aretino, con sus *Ragionamenti*, no hizo sino reflejar y satirizar facetas de la vida de sus contemporáneos, y si examina los aspectos más groseros de esa vida es porque todo idealismo estaba proscripto. Su catadura moral nada tiene que ver con su talento de escritor, y el Aretino, a pesar de su infame oficio, no vaciló en aspirar al cardenalato, pretendiendo para ello la ayuda de Carlos V. Este hombre del Renacimiento, comparable en muchos aspectos a Benvenuto Cellini, no sólo cosechó en su vida dones y honores, pues en más de una ocasión los ofendidos pusieron en peligro su vida mediante sendas palizas y hasta puñaladas.

Pero él se burlaba del mundo y aprovechaba sus debilidades. "Io mi rido dei pedanti", como dijo en alguna de sus cartas. ❖

Carlos V fué uno de los soberanos que no vacilaron en proteger a Aretino. Le concedió muchos honores y riquezas, y el talentoso hombre de letras pretendió que aquel sostuviera sus pretensiones al cardenalato.



Venecia fué la única ciudad que contó con las simpatías de Aretino. Se la consideraba entonces como "sede principalissima del piacere".



NOCHE AZUL

CUANDO mi tía Rosa Esther me vió llegar, desembozó su contento con una tanda de exclamaciones de alegría: "¡Por fin llegaste!" Me esperaban como a un salvador. Había venido yo, solo, en un tren de pasajeros; me había atraído ella con su pensamiento; ella, mi prima María del Carmen, quien me escribía semanalmente, desde hacía años, desde que comenzaron mis estudios universitarios.

—Mi Carmencita te espera como si fueras a aumentar la vida.

—Lo sé; lo sé —repetí y observé la repentina palidez de dama Rosa Esther.

—¡Ay, hijito; ya lo verás! ¡Está acabada!...

—No ha de ser tanto... Acaso le falte la voluntad, el gran deseo de vivir.

—¿Y qué se tiene con el deseo sólo?

—...¡Ah, yo le daría la mitad de mi vida!

—¡Ay, hijito, si se pudiera!... ¡Pero cómo! Cuando te fuiste estaba gordita, hecha una alhajura. Y ahora... ahora... ¿qué vas a hacer?

—Yo... lo que le prometí. Vengo a cumplir la palabra que le di a ella.

Y yo venía a pagar una deuda grande, grandota, de amistad y de amor. María del Carmen, casi, casi había formado mi carácter; contra la duda había sido el entusiasmo, el optimismo; tenía una fe firme en mi triunfo, y por ella yo había dedicado mis años mozos al estudio; separados por doscientas leguas de distancia, vivíamos juntos, como el uno para el otro, mirándonos siempre, en cualquier instante, con los largos ojos de la imaginación y el recuerdo. ¿Qué son las leguas cuando dos se quieren? Es real la trasmisión del pensamiento; se llevan, inesperadamente, a otras almas, nuestros deseos, nuestros sueños. Cruzábanse nuestras cartas para anunciarnos que muy a menudo coincidíamos en nuestros gustos, en nuestros deseos. Y yo, conociendo sus sentimientos, estaba seguro de su amor y sólo pensaba en terminar la carrera que ella misma me había elegido.

Dama Rosa Esther, pálida, como asustada, quiso prepararme para recibir la grave noticia.

—Todo lo sé —le dije serenamente.

—¿Cómo, hijo?

—Sí... sí...

—Pero...

—No tengo miedo a...

El llanto, su llanto materno, apareció entrecortado, contenido, hondo; casi un quimérico llanto interior. En su última carta, mi prima María del Carmen me había escrito: "No temo a la muerte; acaso sea el mejor de los sueños... ¿Soñemos juntos?; ¿te animas?

Vivían solas; eran como dos almas hermanas. Una casona señorial, con naranjos y limoneros, con un bosque de tacuaras en el rincón más amplio del patio grande, para dos, para la madre y su hija. En los floreros de las galerías de arcos, estaban fresquitos, como salpicados de rocío, los jazmines del Cabo y las diamelas que ella, María del Car-

por **Fausto Burgos**

...AL PARA "...EOPLAN"

ILUSTRACIONES DE M. ALFONSO

...bía cortado para mi regalo, para que ... viera, en cuanto pisase su casa. Se ... dicho: "Le gustan las flores; aquí es-..."

...n arrebato, ningún esfuerzo; un vi-...si de niebla...

Se ...bia dicho: "Le gusta el rocío de la ... en los pétalos blancos... Aquí lo tie-... En cada gota hay una luz..."

...pedí a tía Rosa Esther que me dejara ... verla solo; ella me esperaba; el deseo de ... vida.

❦ ❦ ❦

—Ya me ves...

...a profunda vida interior se anunciaba ... sus ojos. A la umbría de una glorieta de ...in-diamela, que aromaba el aire. Mari-... amarillas, azules, rojizas, se asentaban ... las flores del jardín, un jardín de ensue-... como lo soñaba, como le placía a ella. ...aría del Carmen aguardaba tranquila, ...da, bajo un florido y silvestre techo, el ... sueño.

—Me avergüenza esta tos porfiada — me ... apenas pudo sonreirme—. Si no fuera ... esta tos, diría que estoy sana, sanita y ...na y que ya puedo casarme con mi pro-...do... ¡Pobre de él! Mira lo que el Des-... le ofrece: una flor marchita. Pero no se ... quemaron los pétalos con la ausencia y el ..., sino con su propio fuego.

—¿Así será? ¿De tanto quererme?

—Así es.

—¡Qué lindos colores tienes!

—¿Yo?... Me pinté... ¿Te lo has creí-...? Soy... como el papel...

—¡No!

—¡Sí!

—Y no disminuiste el peso.

—Peso más; pero es fofo, no vale nada; ... de las inyecciones.

—Lindo el rosa de la cara.

—Si fuese mío... No sufras por mí; yo ... siento completamente feliz a tu lado. A ... de mes, quiero que venga el sacerdote. ¿...es, Tacacho?

—Oigo y digo que sí; que está muy bien.

—Quiero que nos case aquí, en casa, en ...tra capilla. ¿Oyes, Tacacho?

—Oigo y acepto — le repuse acariciándole ... labios, los cabellos.

—¡Ay que me gusta!... También en los ... tengo lindo color, ¿no?... Me los he ...do. Dame tu pañuelo... Mira... y aho-... ¿cómo son?

—¿Cómo son? ¡Como los quiero!

—...Que nos case en nuestra capilla. La ...ré de flores. ¿Oyes, Tacacho?

—Oigo y digo que me parece muy bien — ... a repetir, acariciándole esta vez las ...las sonrosadas—. ¡Qué feliz voy a ser!

—¿Y yo?...

—Vos... ¡Pobre Tacacho!

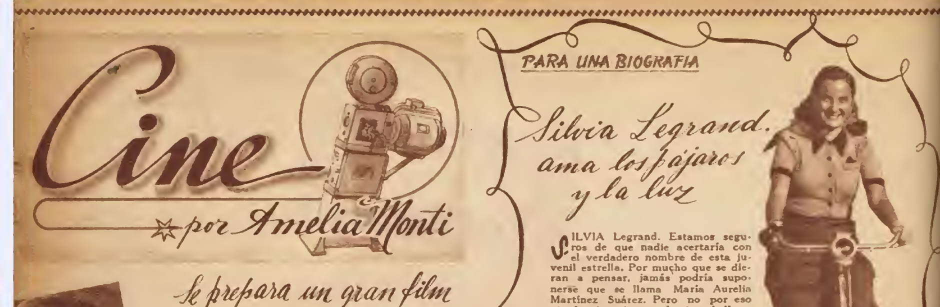
—¿Pobre? ¡Feliz de mí que vivo para un ...r profundo!

—¿Oyes?...

—Pero..., ¿qué te pasa, Carmencita?... No ... qué he visto en tus ojos...

—¿Sabes?... Es que acabo de ver, como ... un relámpago, una noche azul, comple-...te azul, con mariposas doradas. Una ...e de misterio, dispuesta a no transfor-... nunca, jamás, en día; acabo de ver ... noche con la bella promesa de ser azul ... siempre...

Y me apretó las manos y sus ojos me mi-...ron honda y tiernamente y se fueron ce-...do, cerrando, en la intensa dicha del sue-... largo... •



Cine

por Amelia Monti

Se prepara un gran film

LOS estadounidenses saben y pueden ser reposados y minuciosos cuando lo que tienen entre manos vale la pena. No siempre el "record" de velocidad los ciega y el apremio de producir domina sus actos. Un caso concreto es el que brinda "El manto sagrado", película basada en el libro de Lloyd C. Douglas, por cuyos derechos se pagaron trescientos mil dólares. Frank Ross, productor de R. K. O., y un conjunto de escritores especializados están trabajando en la adaptación del libro, y, aunque ya llevan seis meses de tarea, afirman que aun les faltan cuatro meses, como mínimo, para dar por terminada la empresa. En cuanto a la filmación, los técnicos calculan que demandará un espacio de tiempo que superará los seis meses. Claro está que "El manto sagrado" constituirá un espectáculo superior al de "Ben Hur", por ejemplo, y que el haber confiado su realización al más joven de los grandes directores de Hollywood, Mervyn Le Roy, se considera como todo un acierto de Frank Ross. Es así como en la Meca del cine se preparan los grandes films.

Vuelve Luise Rainer

SE dice que es muy posible que Luise Rainer, la gran actriz austríaca, venga a Buenos Aires al frente de una compañía teatral. No se olvida su extraordinario trabajo en "El gran Ziegfeld", ni en "La buena tierra", de lucimiento tan personalísimo. Hace tiempo que no figura Luise Rainer en el reparto de ninguna película. Se la había olvidado un poco. Ganada por la escena, dió un tanto la espalda al cine. Su última película fué "Escuela dramática", estrenada en 1938. Este film no alcanzó el éxito de los dos primeros nombrados. Fué entonces cuando decidió la actriz no aceptar ningún papel cinematográfico que no estuviera de acuerdo con su temperamento. Ahora vuelve al cine. Paramount le brindó la nueva oportunidad que tanto esperaba, designándola protagonista de "Rehenes", película basada en la novela de Stefan Zweig, que dirige Tuttle.

—El personaje me gusta — declaró la estrella —. Es una mujer de gran vida interior, sufrida y atormentada, que se mueve dentro de un cuadro de impresionante realismo. Por eso he aceptado, gustosa, interpretarlo, y lo he tomado con todo el entusiasmo de que soy capaz.

Esto hace suponer que Luise Rainer tiene en sus manos otro trabajo de consagración.

PARA UNA BIOGRAFIA

Silvia Legrand ama los pájaros y la luz



SILVIA Legrand. Estamos seguros de que nadie acertaría con el verdadero nombre de esta juvenil estrella. Por mucho que se dieran a pensar, jamás podría suponerse que se llama María Aurelia Martínez Suárez. Pero no por eso pierde ni en juventud, ni en belleza, ni en la rapidez con que logró abrirse camino en la pantalla. Es, desde luego, argentina. Nació el 23 de febrero de 1927. A las diez de la mañana. Pleno verano. Pleno sol... Es, desde mediados del mes pasado, casada... Cursó estudios primarios y algunos cursos de danza. Empezó como extra en películas de conjunto, como en "Hay que casar a Niní", en la que hizo un papel insignificante. Después comenzó a destacarse ya en "Novios para las muchachas", "La casa de los cuervos", donde dejó marcado un perfil; "Soñar no cuesta nada", "El tercer beso", "Un nuevo amanecer". "Siete mujeres", su último film, ya la coloca al frente de un reparto sobre camino ascendente, firme. Es de carácter sencillo y alegre. No le gusta hablar más que de lo que sabe. Le gustan los deportes y la lectura comprensiva. Ama los pájaros y la luz. Sueña con tener una casa clara, un cariño grande, tranquilidad y paz... Es rubia y de ojos celestes con diminutas estrías azules.

MISCELANEA

La producción de Borsa Juan ya se puede considerar realizada. Las últimas escenas de "Centauros del pasado" han sido rodadas en gran estilo —según se nos asegura— en el pintoresco escenario de las barrancas del Paraná y con la colaboración de nuestra muchachada bajo banderas. Si la película vale lo que suponemos y lo que los de la casa aseguran, tendremos así doble motivo para ver en ella el trocito de patria que todos deseamos admirar.

En Río de Janeiro se ha impuesto "La guerra gaucha" por sus propios reales. Prensa y público le han dispensado una excelente acogida en la que no se advierten eufemismos de "buena vecindad". O dicho en otras palabras: a los cariocas les gustó el film por sí mismo y les gustó tanto, que la Asociación Brasileña de Prensa tendió su mantel a Amelia Bence, Francisco Petrone y Homero Manzi.

ENTRE ASTERISCOS

Cary Grant es uno de los astros más accesibles a las entrevistas. Pocas veces —como no se lo impida la filmación— se niega a recibir a sus amigos cuando está en el estudio. Tiene, además, un bar especial para las admiradoras...





Betty Field ha vuelto a sus actividades cinematográficas con más entusiasmo que nunca, después de haber estado alejada de la pantalla debido a sus deberes maternales. Hay que tener en cuenta que Betty Field es una madre joven, amorosa y feliz.

Aunque parezca mentira, Michele Morgan, la sugestiva e inquietante intérprete de "El muelle de las brumas" ha aceptado intervenir en una película de carácter musical. Dice que si bien una actriz debe tener una modalidad especializada, también tiene el deber de saber hacerlo todo.





Una de las estrellas que recibe más correspondencia en los estudios de R. K. O. es Ginger Rogers. Encabeza la lista de las figuras del sello con más de 4.500 cartas mensuales. Si bien no alcanza a contestar más que aquellas de mayor importancia, las lee todas.

Eddie Cantor empezó contando en tabladillos de segundo orden, desde muy jovencito. Huérfano de padre y madre desde un año de edad, fué criado por su abuela, que se dedicó a él con acendrado amor. De uno de esos tabladillos lo sacó un conocido empresario que lo llevó a la revista modesta de donde tuvo la suerte de pasar a manos del gran Ziegfeld, y empinar su carrera.



REPORTAJE EN CINCO MINUTOS

Rita Hayworth, la estrella de los "ojos brujos"

Si hay alguna estrella que ha logrado una rápida carrera en la pantalla, esa es Rita Hayworth. No fué ella la que caminó hacia Hollywood, sino Hollywood quien la llevó hacia... Avidos de caras nuevas y de mujeres sen-...males, los directores, mejor dicho, los "des-...cubridores" de estrellas, echaron sus ojos y sus ... sobre Rita en cuanto apareció en el am-...te escénico de Nueva York. No fueron un... diez, los primeros que se le acercaron...

—¡Pero, señores!... —decía la asediada Ri-... —. Yo no puedo dividirme en tantos peda-... ¡Que hable uno por uno y... ... lo ... pensar después!...

...no de los representantes de Columbia ...amos, una silla de "primera fila". Su turno ... tenía competidor y... no dejó tiempo a ... ...ran los demás.

—Me convenció. ¡Qué le vamos a hacer! —...a la bella solicitada a cada uno de los ...—. Veremos más adelante.

... Rita Hayworth tomó pasaje para Hollywood ... la esperaban, con la "reclame" acostum-... las autoridades del estudio. Verla y ...tarla fué cosa de un minuto. Retratos, re-...jes, artículos extraordinarios... Todo ... poco para la publicidad alrededor de aque-... mujer esbelta, de prestante figura y arrogan-... andar. De ojos encendidos... "Ojos brujos", ... dijera cierto cronista, subyugado por la ...lumbrante belleza de la estrella. Y... apare-... en la pantalla, se impuso en la película y en ... admiración de todos: del público, de la cri-... y de los productores, que empezaron a dis-...rsela, ofreciéndole más y más.

—Pero yo —afirma con risa seductora Rita— ... puedo ser desleal con mis "descubridores"... ... ahora me quedo aquí. Pese a que dicen de ...ue soy impulsiva, inconstante, vehemente, y ...peramental, y... ¡qué sé yo cuántas cosas ...! Cuando me encuentro bien en un sitio, me ... en él.

—Sin embargo, Rita —dijo alguien—, interpre-... usted "Sangre y arena" fuera de Columbia...

—En efecto. Me "prestaron" para esa sola ...cula. Necesitaban una figura de mujer more-...na, de tipo hispano, para ponerse frente a Ty-... Power, y me eligieron...

—No diga que sin gran resultado para usted.

—Es posible... Como también es posible que ... llegaran a suponer ese resultado ni los pro-...tores, ni el director, ni Tyrone, ni... yo, ...que quizá fuí la más sorprendida.

—Es que fué una revelación...

—Fué el papel, el tipo, las situaciones...

—¡Y usted! ¡No hay quien se olvide de aquel: "¡Hala! ¡Hala, Toro!". No me diga que no. ... aquello no se olvida.

Envuelta en un "deshabillé" rojo, vaporoso y escotado, la estrella se inclina levemente y sonríe con suavidad. El cronista se turba. No sabe qué añadir. Mira sin parpadear la figura inquietante. Le parece una llama que ondula y crece. Una luz. Un raro resplandor de lumbre... Aun atina a preguntar...

—¿Y ahora?...

—Ahora, "Las modelos", para Columbia. Una película que hará "trepidar"... Suntuosa, artística, original, magnífica... Y en lo que a mí respecta, lo mejor que he hecho...

—Después de aquella palpitante doña Sol...

—Como ustedes juzguen...

Ni una palabra más. Ni aun cuando se le preguntó por qué, habiéndose comprometido con Víctor Mature, para casarse con él cuando regresara del frente, se casó con Orson Welles cuando nadie lo esperaba... Rita, la bella, la insinuante Rita, se limitó a responder que "Eran cosas del corazón, demasiado personales..." Dió su palabra a un voluntario que "había que alentar". Pero su felicidad era sólo suya, y está segura de no haber hecho ningún mal... Al contrario... Lo malo hubiera sido haberse casado con Mature sin amor..., luego con Welles.



Orson Welles ha vuelto a "darse el gusto" realizando una película de gran sugestión fotográfica y subjetiva. Es el vigoroso drama de dos seres entre los que se impone un apasionante y espantoso secreto. Hay que añadir, para mayor abundamiento de detalles, que la acción transcurre en una casa señorial de hace un siglo. También Welles ha tenido refinado tino al elegir a Joan Fontaine para el papel central.

Dijo Adolph Zukor:

"Hoy, el cine es un luchador; mañana deberá ser un embajador. Pero siempre será una forma universal de expresión humana y artística capaz de acercar a todos los pueblos del mundo."



LAS AVENTURAS

Hugo Torres es el empleado más joven del antiguo y tan poderoso Banco de la Industria y el Comercio de la Ciudad de Buenos Aires. Tiene dieciocho años, pero entre el personal, por contraste, parece un niño.

Se destacan sus mejillas rosadas en medio de tantos rostros pálidos; su cabello revuelto rompe la monotonía de los peinados cuidados y las calvas brillantes, y sus movimientos espontáneos y nerviosos chocan con las actitudes estudiadamente serenas de los demás, que, conscientes de la importancia social y económica de sus delicadas funciones, se envuelven, para su distinción, en una apariencia pomposa, como los artículos de regalos en papel celofán. Es que saben que en el mundillo oficinesco ocupan una categoría superior.

Naturalmente, Hugo Torres no piensa nunca en nada de esto, y la única diferencia en que él repara, es la del sueldo, tres veces menor que el del jefe, por ejemplo.

Por ello es por lo que Hugo Torres ha venido trabajando desde hace un año con tanto ahinco, con tan fervientes deseos de hacer méritos, de llamar la atención de sus superiores, de conseguir, en fin, un aumento de sueldo.

Obsesionado por lograr su propósito, Hugo devora cuanto trabajo llega a sus manos, inclinado sobre el pupitre, la vista clavada en el papel muy blanco cruzado en todos los sentidos por rayas rectas, paralelas y perpendiculares, que son como las vértebras del mismo, y que a veces parece como si quisiesen separarse de él, y Hugo las ve elevarse, elevarse hacia sus ojos. Pero ya no se deja engañar más. Sabe que basta con pestañear un poco, y los ojos tan jóvenes vuelven a ver bien; las líneas sabiamente distribuídas siguen dibujando celdas perfectas, para que él pueda llenarlas con muchos números, que allí quedarán prisioneros *in aeternum*.

Sí, Hugo se concentra en su trabajo; no conversa, no ríe, no se distrae, no mira el brillo del sol a través de las ventanas muy altas, no mira a la gente que pasa y se va, no sigue con los ojos los pasos femeninos, no ve a ninguna mujer.

Para tener una idea cabal de su eficiencia como empleado, podríamos compararlo con su jefe (guardando las distancias, se entiende), un francés de edad madura, que entra a las ocho de la mañana y se retira a las ocho de la noche.

Así las cosas, cuando Hugo cumplía un año y un mes de empleado en el banco, el francés, muy ceremoniosamente, despacio, como paladeando las palabras, le habló largo rato.

Y el muchacho, emocionado, escuchó cómo el viejo, con gestos grandilocuentes, le comunicaba que, en justa recompensa a sus afanes, se le aumentaba su salario.

A partir de ese momento no veía la hora de llegar a su casa. Por fin, ebrio de alegría, pudo contar toda la escena a sus padres, detalle por detalle.

Ellos lo escucharon con la boca abierta, como si bebiesen el aire que traía sus palabras.

El padre, un honrado trabajador, poniéndole su mano callosa de obrero en el hombro, le dijo, rebosante de orgullo, de fe y de entusiasmo:

—Estos son hijos; sigue así siendo bueno y constante, y cuando tengas cuarenta años, todavía joven, podrás ganar como tu jefe cuatrocientos pesos por mes.

El muchacho se quedó frío; la sonrisa se esfumó en sus labios. Miles de gotitas de sudor bruñeron su rostro. Claro, él no lo había pensado. Para poder ganar cuatrocientos pesos como empleado habría de esperar aún veinte años de trabajo, día tras día, semana tras semana, mes por mes, igualmente monótonos, igualmente inútiles, entre esas paredes que acortaron la vista de tantos ojos, rodeado de rejas por todos los costados, tan débiles por sí mismas, pero tan fuertes como símbolos.



Él, que había soñado con mil aventuras, con conocer todas las regiones del mundo que herían su imaginación, con la sugestión irresistible de lo desconocido, con conseguir mujeres bellísimas a las que ofrecería su riqueza y su poder, condenado a vivir por siempre en la oficina de un banco.

Cuanto más daba vueltas al asunto en su cabeza, más adquiría Hugo la certeza de que sus ilusiones nunca habrían de pasar de tales.

Porque, evidentemente, lo probable, lo lógico, en su vida eran veinte años de trabajo, y, entonces, el señalado triunfo de cuatrocientos pesos por mes.

—No me alcanzan ni para tener un auto —dijo en alta voz, cortando el curso de sus pensamientos— Y esto siempre que sea bueno y constante.

Y pensó, mortificado, cuántas cosas significan en la vida de un hombre estas dos palabras aparentemente tan inocentes.

Recordando estos sueños suyos, buscó, analizándola profundamente, la forma cómo había imaginado que le llegarían los viajes, la fortuna y las mujeres. Y halló que siempre las había conseguido en alas de maravillosas aventuras.

Entonces se retrajo a su realidad actual y estudió el ambiente que lo rodeaba: la casa, la escuela, el club y el banco. Pensó, además, en las personas que conocía, aparte de sus padres. Entre las mujeres, una chica del club que lo miraba mucho; una joven estudiante universitaria vecina suya que jamás lo había mirado, y la hermana de un amigo a quien pensó que gustaba, porque al verlo enrojecía.

Entre los hombres recordó a su amigo más íntimo, un ex compañero del colegio, y luego a su jefe.

Al llegar a este último, completamente decepcionado, Hugo Torres se convenció:

"No, decididamente, en el mundo no existen las aventuras, salvo en las imaginaciones enfermizas de los escritores".

Esta frase, que levó no recordaba cuándo ni dónde, lo había impresionado mucho, la olvidó después, y ahora la recordaba para hacerla suya, dolorosamente, con la autoridad de la experiencia.

Su nueva y desilusionada manera de pensar influyó sobre su vida poderosamente. Quedó desconcertado, decaído, pesimista. Perdió todo interés por su trabajo en forma tan evidente, que ya los compañeros chismeaban con él sobre los jefes; más de una vez les oyó decir:

"Para mí que al francés la señora lo echa de casa, si no no se explica..."

Además, en un gesto definitivo que anulase su vida anterior, como el militar que quiebra su espada, o el sacerdote apóstata que quema sus hábitos, Hugo Torres decidió dejar de leer novelas. Falta decir aquí que hasta el momento había sido un lector apasionado.

Ahora la cuestión era clara: él leía novelas para aprender a conducirse cuando la vida le presentase la oportunidad de embarcarse en aventuras, como puede estudiar un militar, en libros sobre el arte de la guerra. Pero no existiendo aquéllas en la realidad, era inútil seguir perdiendo el tiempo con las de fantasía.

Y se dirigió a la biblioteca circulante de que era socio, a devolver los libros que tenía en préstamo.

Lo atendió una mujer de rostro bondadoso y mirar comprensivo, con la cual el joven solía conversar a menudo. Esta vez, aparte del concepto que le merecían los libros, él agregó sus desconsoladas y pesimistas apreciaciones acerca de la inexistencia de las aventuras. Y sus palabras fueron amargas y sentidas, y tradujeron, con la elocuencia que otorga la sinceridad, su desilusión y desesperanza.

La mujer lo envolvió con su mirada azul; sus labios se curvaron en una sonrisa triste, y le dijo: "Yo creo que no existen para quienes tienen de ellas un concepto abstracto e inhumano, o para quienes les tienen miedo. Estos últimos las perciben; se dan cuenta cuando se encuentran en el comienzo de alguna, pero acobardados, sin confianza en sí mismos, se apartan, les huyen."

El muchacho salió sumamente inquieto. ¿Tendría razón aquella mujer? Sus ojos de mirar muy profundo parecían haber visto tanto...

En el ómnibus aun continuaba dando vueltas a esta idea, completamente ensimismado. Hasta que una chica morocha, de cabello largo que le llegaba hasta los hombros, y el talle

por ***Vicente J. A. Vigo***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE FAIRHURST

...ría que podía enlazarse con las manos, se ...ó de pie justamente a su lado, rozándole ... el ruedo de su vestido alegre. Entonces ... la contempló con masculino descaro, deta... por detalle, desde el cabello hasta los pies, ...rvando con placer que la joven era muy ...da.

Le gustaría conocerla. Pensó dejarle su asien..., pero se dijo que ya no se usaba; además ...bían pasado varias cuadras, y con ellas el momento oportuno. Tenía miedo de ser ri...culo, concluyó en su razonamiento. Pero re...rdando las palabras de la vendedora, en el acto ofreció su asiento a la chica.

Ella le agradeció sonriente y a partir de ese momento le devolvió con exactitud matemáti... todas sus miradas. Y eso que Hugo buscaba ... ojos a menudo.

De pronto comenzó a acariciar la idea de seguirla. Y lo había decidido así, cuando la ...encita se levantó para bajarse. Mas ella pasó a su lado tan juiciosamente, tan sin reparar en ... que se dijo: "No, no la sigo, tengo miedo".

¡Ah!... ¿Miedo?... No. Volvió sobre sus pensamientos. Apresuradamente alcanzó a ba... una cuadra después. La desanduvo de pri..., pero ya inútilmente; por más que hizo no ...siguió divisarla por ningún lado.

Aun así, regresó bastante tranquilo a su casa. Caminaba despacio, porque le gustaba andar ... por las calles. Le permitía abstraerse en ... pensamientos. A veces hasta soñaba. Ahora ... ante sí el rostro amable de la vendedora, ... dientes brillantes tras los labios muy rojos, ...ramente entreabiertos por su sonrisa dul... Oía sus palabras. Le parecieron una espe...za. Quiso creer en ellas.

Detrás de él comenzó a resonar el compás ...e y nervioso de unos pasos femeninos. Se dió vuelta y alcanzó a distinguir, en la cla...curidad, la figura delicada de una mujer ...ven. Entonces preparó el requiebro y estra...camente caminó por el centro de la ace... para que pasase bien junto a él. La chica ... iba acercando. la sintió a su lado; Hugo la ... con el piropo a flor de labio..., pero ... frase galante no llegó a vivir.

Fría, indiferente, orgullosa, la chica univer...taria pasó ignorándolo.

La siguió con la mirada prendida en su talle ...xible.

Con amargura, se dijo que ella se estimaría ...to por ser estudiante universitaria con un ...venir lleno de perspectivas, mientras que ...

Él..., sí. ¿Por qué no era universitario? ...ro... ¿Por qué?

Había terminado con éxito sus estudios se...darios, destacándose en todo momento. Muchos compañeros suyos estaban en diver... facultades y habrían de ser médicos, o in...nieros o profesores.

El hubiera podido seguir también cualquiera de esas carreras. Naturalmente le hubiese exi...do sacrificios. Porque en su casa era necesa... que él trabajase. Pero no hubiese sido el primero que trabajara y estudiase al mismo tiempo.

Recordó entonces su manera de pensar dos ...os antes. Decidirse a abrazar una carrera mientras se trabajaba, era una aventura arriesga... Porque tanto una cosa como la otra exigen ...dicación y empeño. Además, los estudios uni...ersitarios demandan grandes gastos, y si él lle...se a perder su empleo por no consagrarsele ...bidamente, sus estudios quedarían por fuer...za interrumpidos. Los derechos universitarios se acumularían y quién sabe si les podría hacer frente.

En pocas palabras... "Había tenido miedo". ¿Estaría todavía a tiempo?

Ahora comprendía todo claramente. La mujer tenía razón. Había tenido ante sí la aventura, la oportunidad de luchar para merecer un destino mejor, pero se había apartado, había huido.

Afortunadamente, al día siguiente comprobó con júbilo en la Facultad de Derecho que podía aún rendir examen de ingreso a principio del próximo año.

Desde entonces estudió con serenidad y firmeza, sin apresuramiento, pero también sin desmayos. Concurría a las clases de un incorporado y cuando al mes de haber ingresado comparó su preparación con la de sus compañeros, se sintió sumamente satisfecho.

Como sabía que generalmente ingresaba un 50 % de los alumnos que allí se preparaban, llegó a sentirse, en sus arrebatos de optimismo, seguro de su éxito.

En su empleo volvió a trabajar con entusiasmo y eficiencia.

Tenía un motivo muy importante para conservarlo.

Hasta que llegó, por fin, el momento de la prueba. En ella, aunque tuvo algunos tropiezos, supo siempre conservar su propio control, y, seguro de sí, no olvidó ninguno de sus conocimientos; apeló a todas sus reservas, y rindió en verdad cuanto podía dar.

Cuando los exámenes terminaron les comunicaron que en la semana siguiente sabrían el resultado.

Fueron unos días de verdadero sufrimiento; lentos y terribles. La confianza desapareció y el más negro pesimismo hizo presa de él. Es que había visto y escuchado muchos exámenes más brillantes que el suyo. Muchachos que no habían dejado nunca de estudiar, que tenían completamente frescos los estudios secundarios.

Se dió cuenta de que tenía miedo y no pudo evitarlo.

Cuando fué el día señalado para conocer las notas, a pesar de la impaciencia con que lo había esperado, Hugo llegó entre los últimos hasta la vitrina en que figuraban los aprobados. Se fijó como si tratase de abarcar todos los nombres con una sola mirada. Después en forma más detenida. Pero fué inútil. No se encontró. Sintió que la sangre se le agolpaba en las sienes, y los ojos húmedos, nublados, no veían, por más que él parpadease ligero una y otra vez más.

Una mano pesada se apoyó en su hombro.

—Bueno, ahora sí que comienza el estudio en serio —dijo una voz tras sí.

—Entraste —musitó Hugo.

—Sí, estoy aquí, tres nombres debajo del tuyo. No figuramos muy bien, pero...

Hugo no lo escuchaba.

Allí delante de él, bien a la vista, estaba anotado con todos sus nombres: Hugo Carlos Alberto Torres.

—Dios mío; cuántos nombres; mis padres pensaron que habían tenido un príncipe cuando nací yo —dijo en voz alta, y rompió a reír.

Después de haber mirado largo rato la vitrina, se fué caminando despacio por las galerías. Bajó las escaleras a saltos. Pensó llegar a su casa cuanto antes. Necesitaba de alguien que le escuchase. Ya en la calle, sorprendido, vió parada en una esquina a la chica universitaria. La miró con cariño. Cuánto le debía sin conocerla siquiera.

Ella (¿sería el destino?) miraba para otro lado.

Hugo la contempló detenidamente. "Tiene mi misma edad", se dijo.

Al volver la cabeza la chica lo vió, y antes de que apartase sus ojos, él, instintivamente, la saludó.

La muchacha, para su sorpresa, le contestó en seguida.

(CONTINUA EN LA PAGINA 96)

MEDALLONES DE SANGRE

LA TRAGEDIA DE

El grupo de fugitivos en el que va Marco Avellaneda se ha detenido con un movimiento de sorpresa y de contrariedad. Por un instante se consideran perdidos. Pero no; aquel pelotón de soldados que se acerca no pertenece al ejército enemigo que acaba de vencerlos; todos reconocen al comandante Sandoval, que viene a su frente, un comandante de Lavalle. Se trata de un grupo de fugitivos, como ellos. Y los dos grupos se juntan, ya que los dos siguen el mismo camino, con idéntica finalidad: salvarse.

Sin embargo, aunque marchen juntos, los dos grupos no se mezclan. Los hombres de Sandoval, que son mayoría, tienen una actitud extraña, llena de reservas, frente a Marco Avellaneda. He aquí el hombre que soñaba con derrocar a Juan Manuel de Rosas, que se rebeló contra su omnímodo poder, que hizo que Tucumán desconociese su autoridad, que organizó la Liga del Norte contra la tiranía y que, en defensa de su causa, contaba con Lavalle y Lamadrid, ahora, un fugitivo como ellos. Pero ellos nada o bien poca cosa significan para el vencedor; en cambio aquel hombre...



Marco Avellaneda.

Lo observan en silencio y luego se miran entre ellos, también en silencio... Hasta les parece mentira que aquel niño —porque Marco Avellaneda tiene algo de infantil en su rostro de boca pequeña y grandes ojos—, sea el mismo que conmueve a las multitudes con su palabra y ha coligado a las provincias del norte contra Rosas.

Terrible enemigo es éste, como lo es el general Oribe, a quien ha enviado para sofocar aquella insurrección y que, una vez triunfante, impondrá su terrible ley a los vencidos. ¿Cómo salvarse? Hacia dónde los lleva aquel camino? Quien presenciara su paso desde lejos, no sabría si Sandoval y sus hombres siguen al grupo en que va Marco Avellaneda o lo llevan detenido, custodiándolo.

La casa de Tucumán donde nació Nicolás Avellaneda, hijo de Marco, mártir de la lucha contra Rosas.

Marco Avellaneda va al encuentro de sus padres, como en otros momentos decisivos de su vida. Cuando se marchó de Buenos Aires, una vez terminados sus estudios, para justificar el alejamiento de la ciudad que tantos motivos de seducción tenía para su espíritu, escribió: "Debo vivir a su lado y acompañarlos hasta el sepulcro, en retribución de lo mucho que les debo. No tienen otro hijo que yo, y sería el más cruel de los hombres si los abandonase". El también es ahora padre, y con los suyos están su mujer y su hijo.

¡Qué distinto es el camino que en las dos ocasiones le lleva a ellos! Entonces dejaba a sus compañeros de universidad; a íntimos amigos, como Alberdi y Juan María Gutiérrez, en cuyo período había empezado a escribir; dejaba un ambiente que le era grato, el centro intelectual y político de la nación, donde podía desarrollarse ampliamente su personalidad, que ya se anunciaba con extraordinario brillo. Dejaba todo aquello para ir al encuentro de sus padres en su bello y lejano Tucumán; dejaba todo aquello y dejaba también a Juan Manuel de Rosas, enseñoreándose de los destinos de su patria... Se llevaba, en cambio, íntegra, su ilusión. Y ahora se encuentra con su ilusión rota, como un mundo de cristal que se le hubiese caído de las manos. Y, cercándolo por todas partes, Rosas.

Sí, Rosas hasta en el pensamiento de Sandoval y sus soldados, a quienes su instinto de conservación —la derrota es como un naufragio— lo va acercando. Su astucia y su egoísmo los empuja hacia el vencedor. Pero ¿cómo incorporarse a sus fuerzas? ¿Cómo justificarse? ¿Qué méritos alegar?

Y la gran infamia se consuma.

Para el joven idealista estaba reservada la prueba más atroz de la derrota: aquellos soldados que hasta ayer no más se batían por su causa, la causa de la libertad, discurren entregarlo —a él y a sus amigos— al general Oribe, con lo cual tienen asegurado el perdón y la incorporación a sus filas.

En el proceso de aquella traición inaudita, van de Sandoval a Oribe, y de Oribe a Mariano Maza, el más famoso "degollador".



La plaza de la ciudad de Tucumán, en 1841. Allí estuvo expuesta durante quince días, clavada en una pica, la cabeza de Avellaneda.

METAN

Por

Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Y en el campo de Metán se desarrolla la espantosa escena, que no podría ser representada ante ningún público, sin que éste se levantara horrorizado de sus asientos, como ante algo que materialmente no puede ser presenciado por ojos humanos. A Marco Avellaneda se le obliga a presenciar el degüello de todos sus compañeros, para que vea, en todo su horror, la muerte que le espera, para que muera de la muerte de todos sus amigos, además de morir de la suya. A propósito, van retrasando la ejecución. Pero declina la tarde y el verdugo se apresta a su tarea, porque no quiere que la luz del día —aquel inolvidable 3 de octubre de 1841— deje de iluminar su obra. Después de mellar el cuchillo, ordena a su víctima que se eche sobre el pasto, entre los charcos de sangre de los demás decapitados, y comienza su horripilante tarea, que no se limita a cortar la cabeza del mártir, sino que también le arranca a tiras la piel de la espalda, con la cual sus victimarios se harán, luego, rebenques, diciendo a los que con ellos flagelaban: "¡Esto es del cuero de tu gobernador, trompeta!"

El "degollador" luce su arte entre un coro de risas y de cantos, que da a la escena un carácter de báquica orgía, de salvaje holocausto. Es la embriaguez de la sangre, la embriaguez más terrible, porque es la embriaguez de la fiera.

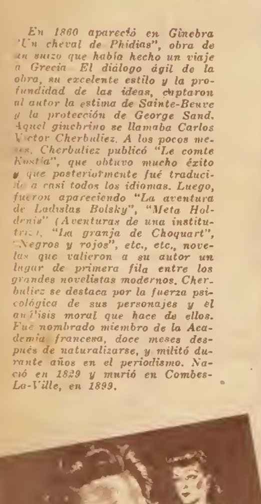
Su cabeza, después de estar colocada en un poste en el propio campo de Metán, fué llevada a la ciudad de sus sueños, donde estuvo quince días clavada en una pica en la plaza donde el pueblo se congregaba para oír su palabra inspirada. Y su cabeza estaba allí para dar inmortal validez a sus palabras: "Yo cumpliré mi juramento: los bárbaros no dominarán a Tucumán sino después de haber pisoteado mi cadáver".

La intercesión de una mujer hizo que la cabeza desapareciese una noche.

En aquel gesto de piedad empezaba la glorificación del mártir. •

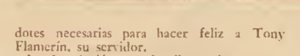


AVENTURAS DE



En 1860 apareció en Ginebra "Un cheval de Phidias", obra de un suizo que había hecho un viaje a Grecia. El diálogo ágil de la obra, su excelente estilo y la profundidad de las ideas, captaron al autor la estima de Sainte-Beuve y la protección de George Sand. Aquel ginebrino se llamaba Carlos Víctor Cherbuliez. A los pocos meses, Cherbuliez publicó "Le comte Kostia", que obtuvo mucho éxito y que posteriormente fué traducido a casi todos los idiomas. Luego, fueron apareciendo "La aventura de Ladislas Bolsky", "Meta Holdenis" (Aventuras de una institutriz), "La granja de Choquart", "Negros y rojos", etc., etc., novelas que valieron a su autor un lugar de primera fila entre los grandes novelistas modernos. Cherbuliez se destaca por la fuerza psicológica de sus personajes y el análisis moral que hace de ellos. Fué nombrado miembro de la Academia francesa, doce meses después de naturalizarse, y militó durante años en el periodismo. Nació en 1829 y murió en Combes-La-Ville, en 1899.





Señora: Ya me habían advertido que usted ponía gran empeño en casar a mis amigos. Y hoy me lo confirma usted misma en esa carta que me envía desde las orillas del Rin, en la que me expresa que tengo mucho talento y un carácter encantador, y al mismo tiempo me ofrece la mano de una deliciosa joven, que me convendría grandemente como esposa, pues es alemana y música, como usted; que adora la pintura, en especial la mía; que posee una imaginación poética y domina la ciencia culinaria; en una palabra, que reúne todas las dotes necesarias para hacer feliz a Tony Flamerin, su servidor.

La descripción que de ella me hace es tan minuciosa y precisa, que me parece estar viéndola, con sus blondos cabellos y su inmaculado delantal de cocina atado al cuello; con un cucharón en la diestra y un libro de cantos dorados en la otra mano, vigilando con un ojo una cacerola, mientras por el otro vierte amargas lágrimas provocadas por los infortunios de *Egmont y de Clara.* Sinceramente agradezco a usted sus buenas intenciones; pero, en primer lugar, ¿está bien segura de que no estoy casado ya del todo, o casi, o medio casado? (pues bastantes matices hay en todo esto.) Y además, hay un punto delicado: me asegura usted que su amiguita tiene los ojos de color azul celeste. ¡Ay, señora! ¡Ojos celestes!... Tengo que referirle toda una historia a este propósito...; usted es discreta y me guardará el secreto. Así que comienzo:

I

Contaba yo veinticinco años, o poco menos, y desde hacía tres estudiaba pintu-

UNA INSTITUTRIZ

(META HOLDENIS)

TEXTO INTEGRO
de la famosa novela de
VICTOR CHERBULIEZ

TAPA E ILUSTRACION DE ARTECHE



ra con un gran maestro, a quien usted conoce, cuando recibí una carta de mi padre, bonrado tonelero borgoñón, retirado del oficio desde hacía poco tiempo. Dicha carta, escrita en términos precisos, me obligó a partir presurosamente para Beaune. El arreglo del equipaje fué cosa de un momento. En verdad le diré que estaba intranquilo, inquieto acerca de mi conducta, y temía ver la cara y el entrecejo de mi padre. No es que la conciencia me acusara de graves pecados. Amaba yo ardorosamente la pintura; en ocasiones trabajaba durante tres semanas sin descansar y sin otorgarme la menor distracción; pero, de vez en cuando, me desbocaba de pronto y me desquitaba cometiendo, sin tomar respiro, tres o cuatro locuras gordas. Lo que más costoso hace los placeres juveniles es la vanidad. Me entusiasmaba dar que hablar de mí y asombrar al público curioso, pero la admiración de mis amigos costaba cara y mi bolsa no estaba muy repleta. Aun no había meditado acerca de esta frase del sabio: "La diferencia entre el hombre que ha alcanzado la fortuna, y el que la tiene que alcanzar es tan inmensa, que casi no parecen criaturas de la misma especie".

A la llegada, encontré a mi padre en un patiecito adoquinado donde solía fumar su pipa. Con los brazos cruzados, inmóvil y silencioso, examinó mi vestimenta, que no era la de un aprendiz de pintor, y movió repetidamente su voluminosa cabeza borgoñona, la cual relucía más que las duelas de sus toneles. Sentóse luego en un barril y me dijo:

—Tony Flamerín, mi único hijo, colócate aquí, en pleno sol, mira hacia el suelo, y verás la sombra de un loco.

—Hay locuras felices —le respondí—, y la mía terminará bien.

—¡Sí, en la miseria!—contestó secamente, y lanzó al aire tres bocanadas de humo de la pipa.

Después prosiguió, elevando la voz:

—Tony Flamerín, quisiste ser pintor; se te ha metido, neciamente, en los sesos que eres un hombre de talento; la única habilidad que te conozco es la de comer el trigo antes de que madure. De esto tiene la culpa tu pobre madre; ¡Dios se lo haya perdonado! Estaba convencida de que tenías la cintura demasiado delgada y muy blancas las manos para ser tonelero, como tu padre. ¡Eso es!, se mandó al señorito a casa de un comerciante de Lyón, el cual, al cabo de un año, lo despidió porque llenaba con dibujitos de paisajes las letras de cambio de su patrón. En esto, la bondadosa mujer muere dejando a este granuja su fortuna personal; es decir, veintiocho mil quinientos francos, y, cansado de luchar, le permito a este gran genio que vaya a París con el fin de estudiar pintura... Tony, mira tu propia sombra y dime si no es la de un loco. Tony, hazme el favor de calcular cuánto te quedará de los veintiocho mil quinientos francos que te dejó tu difunta madre...

Miré mi sombra y no me pareció que era la de un loco, pero tenía el aspecto contrito de quien le pesa su conciencia...

—Tony —prosiguió mi padre—, has pasado tres años en París, no has ganado un centavo y en cambio gastaste dieciséis mil francos, sin contar los centavos.

—Dos mil el primer año —le dije—, cuatro el segundo, ocho mil el tercero... Van formando una progresión geométrica... Confieso que es demasiado correr, ¡pero también...!

Al pronunciar esta última palabra, me relamí sin querer, y no pude menos de sonreír, pues me estaba acordando de cierta carita vivaz y graciosa. Moví la cabeza, el semblante risueño desapareció y ya no vi más que los redondos ojos de mi padre, centelleantes de cólera.

—¡Pues no parece que lo tomas a broma! —exclamó, arrojando violentamente contra el suelo la pipa, que se hizo añicos.

—¡Al contrario!— contesté—. Cuando parece que me río es cuando en realidad estoy más serio.

Y me acerqué para darle un abrazo. Pero me rechazó enojado. Entonces confesé mis culpas con tal humildad, y le prometí tan formalmente enmendarme, que concluyó por calmarse.

—No se trata de mohines ni de juramentos que no vienen al caso —exclamó—. Tengo que proponerte una cosa. Si la rechazas, hemos concluido para siempre; no consentiré en verte nunca más.

Le rogué que me explicase de lo que se trataba. Bien pronto me enteré.

Un tío mío, Gedeón Flamerín, había emigrado a América hacía unos doce años. Allí había hecho fortuna, fundó una casa de banca, que prosperaba, y a la sazón era un personaje importante. No se había llegado a casar, le pesaba la soledad, y había escrito a mi padre con el fin de ofrecerle que me llevaría consigo. Ofrecíale encargarse de mi porvenir, prometiendo por adelantado considerarme como a hijo suyo, asociado y sucesor, tres calificativos que me causaron escalofríos. Tan sólo exigía que, antes de embarcarme para Nueva York, fuera a pasar unos meses a Hamburgo y a Londres para aprender el alemán y el inglés. Pero aun me sorprendió más la postdata de su carta, que decía así: *Mi sobrino Tony, según estoy enterado, es calavera. No es un mal grave. Es menester que la juventud emplee sus energías; sin embargo, el exceso no deja de ser exceso. Cásalo; no hay como el matrimonio para meter a un joven en vereda. Si Tony encuentra en Beaune o en Hamburgo una buena muchacha, que consienta en ser mi nuera, la recibiré con alegría.*

No pude contenerme por más tiempo. Aquellas palabras, "mi nuera", me exasperaron.

—¡Intentar convertirme en marido! —exclamé—. ¡Ah, eso pasa de la raya! ¡La carta es desagradable y la postdata odiosa! ¡Qué diablo! ¡Cuando se brinda a alguien un vino que le desagrada, al menos debe procurarse que en el vaso no haya ninguna mosca!

—¡Te dejo que reflexiones! — gritó mi padre, cuya indignación había vuelto a su apogeo—. Tu tío te brinda con la fortuna, puedes sacrificarla si quieres por la pintura al óleo. Sólo te advierto una cosa: no cuentes ya conmigo. Yo comencé sin nada. A fuerza de trabajo y de privaciones llegué a reunir cuatro mil francos de renta. A fe de borgoñón, pienso vivir cómodamente y mucho tiempo, te lo prevengo; estoy constituído para ello, y no obtendrás nada de mí hasta que me entierren. Con estos datos forma tu composición de lugar. ¡Está escrito aquí!

Y al decir esto se golpeó la frente. El gesto era bien expresivo, pareciéndome que, en efecto, la escritura estaba en regla.

—Mañana —añadió mi padre— te presentaré las cuentas y te entregaré el resto de la herencia de tu madre; es decir, doce mil y pico de francos, pues no quiero ser tu cajero y defender tu dinero en contra tuya. ¡Ojalá te lo comas de un bocado! Cuando tengas que elegir entre el hospital y Nueva York, entonces te resignarás a probar el vino de tu tío, y te tragarás hasta la mosca inclusive. ¡Amén!

De haber seguido mi primer impulso, en el acto hubiera vuelto a París. Mas, a pesar de la opinión de mi tío, yo no era un loco. Mi opinión era que no está permitido a un artista ser mediano, y que nada hay más necio que un pintor sin talento. A pesar de que tenía confianza en mi valía, las convicciones mejor asentadas tienen instantes de vacilación. Al cabo de dar al asunto mil vueltas en mi cabeza, me dije:

—Después de todo, hay medio de acomodarse con el cielo y también con mi tío Gedeón. Ya que él lo desea, voy a estudiar el alemán en Alemania; no por eso dejaré de pintar. Dentro de un año, me habré dado exacta cuenta de mi propio valer y de mis aspiraciones.

Como consecuencia natural de este razonamiento, resolví ir a estudiar, no a Hamburgo, sino a Dresde, porque me era sumamente necesario un museo.

En seguida lo decidí. Mi vehemencia natural no se aviene a las vacilaciones. Comuniqué mi resolución a mi padre, sin participarle mis ocultos proyectos, y el autor de mis días me recompensó de mi sensata determinación con una vigorosa palmada en la espalda, y durante los quince días que pasé con él, agotó la bodega para mantener mi buen humor. Al fin, cierta mañanita me despedí de él y me marché llevando en mi alma su bendición y en el bolsillo trece mil francos. Me sentía algo emocionado por esta aventura.

El destino quiso que aprendiese el alemán antes de llegar a Alemania. Viajé entre Beaune y Ginebra a solas con un hombre regordete, entre dos edades, de cutis fresco, semblante atractivo y respetable, que se llamaba don Benito Holdenis. Expresábase de manera suave e insinuante acerca de todo, insistiendo sobre la necesidad de mejorar la suerte de los pobres, de crear jardines para los niños y de desarrollar en las muchachas, desde la más tierna edad la reflexión moral y el concepto del ideal. Primero pensé que este filántropo sería algún eclesiástico protestante, pero él mismo me expresó que era comerciante en quincalla, y que desde hacía diez años había dejado Elherfeld, su patria, para establecerse en Ginebra, en donde dirigía una importante casa comercial.

Confieso que su conversación era harto elevada para mí; no obstante, aparenté apreciarla y le dije que le agradecía en extremo que me hubiese tomado, sólo a causa de mi aspecto, y de lo correcto de mi porte, por un hijo de familia que realizaba un viaje de recreo. Me preguntó, en tono discreto, donde se hallaban las propiedades de mi padre. Le respondí sin mentir, pero me valí de cierto arte en mis contestaciones, y la buena opinión que había formado de mí, no amenguó en lo más mínimo. En una palabra, busqué y hallé la oportunidad de abrir mi cartera de modo que viese lo bien provista que estaba. Al notarla tan repleta, prorrumpió en una exclamación que me halagó grandemente. No podía sospechar el buen señor, que, al igual que el filósofo, yo lo llevaba todo encima. ¡Ay!, ¡qué necios son los jóvenes!

En fin, nos hicimos tan buenos amigos, que al descender del tren se puso a mi entera disposición, me dió las señas de su casa, y exigió que le prometiese visitarlo, si me quedaba unos días en Ginebra.

Mi propósito era el de no detenerme allí, pero el hombre propone y Dios dispone. Dió la casualidad que, al salir de la fonda de la estación, me tropecé de manos a boca con un joven americano, de seis pies de altura, llamado Harris, al que había conocido en París de modo casual. Acudía al estudio de vez en cuando, pintaba alguna que otra vez, para distraerse, pero su principal ocupación era la de gastar sus rentas y tratar de divertirse, pero sin lograrlo. Ginebra no le distraía; al verme, levantó sus largos brazos hacia el cielo y bendijo a la Providencia por el inesperado encuentro que le deparaba para disipar su aburrimiento. Me convenció su elocuencia, y alquilé una habitación en el hotel de las *Bergues* donde él se hospedaba, y, durante dos semanas nos entregamos, desde por la mañana hasta la noche, a excursiones por el lago, en cuyas aguas estuvimos a punto de naufragar varias veces.

Las noches las pasábamos jugando interminables partidas de naipes, bebiendo cerveza, y a veces lanzándonos los vasos a la cabeza.

Un día, realizamos un largo paseo a caballo. Yo montaba en un ardoroso alazán, y como Harris, que era un maestro en la equitación, y que por lo regular escaseaba los elogios, se dignara alabar mis adelantos como jinete, llegué a lisonjearme de que desempeñaría en el mundo un papel bastante lucido. Al morir la tarde, nos detuvimos en un mesón de aldea para refrescarnos y conceder descanso a los caballos. Frente al sitio en donde nos sentamos, estaba cenando una familia. De pie, frente a mí, una joven, que desempeñaba el papel de maestresala, trinchaba un ave asada. Llevaba un pañuelo a la cabeza para resguardarse de los postreros rayos de sol, que al través del emparrado le molestaban la vista. El color del pañuelo era de tono vivo y atrajo mi atención, pero la cara que se hallaba debajo me atrajo mucho más.

Harris me preguntó con sorna, en qué pensaba al mirar de tal modo a una fea, a lo que respondí que en materia de belleza él no era perito.

Aquella feúcha era una morena, más bien

baja que alta, con cabellos castaño obscuro, ojos de un azul claro muy suave, verdaderas turquesas, y un lunar en la mejilla izquierda. No era en verdad linda, pues la nariz era algo gruesa, la barbilla cuadrada, la boca grande y los labios un poco abultados. Pero en cambio tenía una gracia, un atractivo especial e indefinido, un cutis de durazno, mejillas parecidas a ciertas frutas que no se pueden ver sin desear morderlas; en una palabra, un semblante que atraía. Trinchaba maravillosamente las aves asadas. Sus cuatro hermanitas y sus dos hermanitos le presentaban sus platos, abriendo el pico como los pollitos cuando reclaman alimento; a todos atendió, y su padre, al que yo veía de espaldas, le gritó con voz melosa y un acento germánico que no me era desconocido:

—Meta, ¡no dejas nada para ti!

Ella respondió también en alemán, y sin duda lo que le dijo era encantador, porque exclamó él: *Allerliebst!*, lo que entendí sin haber llegado aún a Dresde.

Al mismo tiempo, dióse vuelta hacia donde estábamos, y reconocí el venerable semblante de mi compañero de viaje señor Holdenis, el cual tenía para mí el mérito de ser el padre de la más deliciosa fea que puede verse en el mundo. Me dirigí hacia él, que me recibió con los brazos abiertos, y me pidió permiso para presentarme a su señora, una mujer gorda, rechoncha, redonda como una bola, y feísima, sin circunstancias atenuantes. Me excusé de no haber ido a visitarle y antes de que me despidiera se apresuró a invitarme para el día siguiente a cenar.

—Oiga —me dijo Harris al montar otra vez a caballo—, ¿quiere usted explicarme lo que piensa hacer con esos Holdenis?

—Pintar el retrato de su hija — le contesté—. Jamás he tenido la imaginación más excitada que esta tarde.

—Es una bobería mayúscula —exclamó aplicando un fustazo al caballo—. Confieso, en justicia, que esa Meta tiene bonitas manos, flexible talle y torneados brazos; que el tejido transparente de su blusa me ha permitido ver soberbios hombros, y añado, para serle a usted agradable, que el busto cumplirá sus promesas; pero le declaro que el resto no vale nada.

—Pues yo afirmo, pobre infeliz amigo mío, que usted no tiene ojos de artista, que la hermosura convencional no significa nada, y que la señorita Meta Holdenis no concluirá su vida sin haber despertado grandes pasiones.

El señor Holdenis vivía en una confortable casa de campo situada a cinco minutos de la ciudad. El lugar se llamaba *Floreciente*, y la casa *Mi-Nido*. Ya verá usted más adelante que tengo razones especiales para no olvidar ese nombre. Al otro día acudí con exactitud a la cita, a pesar de que Harris se había empeñado en hacerme faltar a mi promesa. El señor Holdenis me recibió con la mayor amabilidad. Después de reunir a sus siete hijos, los colocó en fila, de mayor a menor, formando el conjunto la tubería de un hermoso órgano de catedral. Los fué nombrando uno por uno y tuve que soportar el relato de sus gracias, de sus hazañas, de sus adelantos. Aparenté que todo aquello me encantaba: la señora Holdenis reía con el mayor regocijo.

—¡Ah!, ¡no pueden negar que son hijos de su madre! —dijo el marido, y, mirando amorosamente a su cónyuge, le besó ambas manos, que eran regordetas y de color purpúreo.

Mientras tanto, la activa Meta, iba y venía, prendía las lámparas, hacía ramilletes para adornar la chimenea, ayudaba a la criada a poner la mesa y luego iba a la cocina para vigilar el asado. Me dijo su padre que en la familia se le había dado el apodo de *ratoncito "das Maüschen"*, porque trotaba con paso menudito sin que se la oyera andar, y tenía él don de ubicuidad.

La cena me pareció exquisita; ella había contribuído a prepararla. Lo que aun me pareció más admirable, fué el apetito del amo de la casa; temí un accidente, pero no era así. Tomamos el café en la azotea, a la luz de las estrellas; las madreselvas y el jazmín embalsamaban el ambiente.

—¡Qué importa habitar un palacio o una choza — me dijo el señor Holdenis —, con tal de que se tenga un ventanillo que permita ver el cielo azul!...

Después llamó a la prole, la colocó en círculo y le hizo entonar algunos cánticos. Meta marcaba el compás a los pequeños coristas, y de tiempo en tiempo les daba el tono con una voz de ruiseñor, límpida como el cristal.

Volvimos a la sala. A los cánticos siguieron los juegos de prendas. Al dar las diez, el digno pastor de este rebaño hizo un gesto que fué comprendido. Tan pronto se extinguieron las risas, abrió una enorme Biblia *in folio*, sobre la cual inclinó su frente de patriarca. Durante unos momentos meditó y luego improvisó una homilía acerca del texto del Apocalipsis: "Son los dos olivos, los dos candelabros que se hallan constantemente delante del Señor".

Me pareció entender que, en su idea, los dos candelabros eran los señores de Holdenis; los chicos aun no eran más que velitas pequeñas, pero, cuando se aplican, las velillas llegan a ser bujías.

Cuando cerró su gran Biblia, me levanté para marcharme. Me tomó ambas manos, y mirándome con ojos llorosos, exclamó:

—Esta es nuestra vida cotidiana. Ha tropezado usted con un rincón de Alemania en esta tierra *welche*, y, sin querer ofenderle, le diré que Alemania es el único país del mundo que conoce la verdadera vida familiar, la unión íntima de las almas, el sentimiento poético e ideal de las cosas. No creo equivocarme —agregó con una amable sonrisa—: me parece usted digno de ser alemán.

Le aseguré, mirando a Meta de soslayo, que no se equivocaba, y que sentía en mí como un llamamiento en ese sentido. Repetí lo propio a mi pobre Harris, el cual me esperaba con intensa impaciencia entre dos botellas de ron, y con una baraja en la mano.

—¿De qué pila de agua bendita sale usted? —me gritó en cuanto me divisó—. ¡Huele a virtud que es un contento! —Y agarrando un cepillo me lo pasó de arriba abajo. Quiso obligarme a que le prometiera no volver a *Floreciente*, pero no lo consiguió. Entonces, para vengarse, procuró embriagarme, mas cuando se piensa en Meta no es con ron con lo que uno se embriaga.

Señora, si yo tomé cariño a *Mi-Nido*, éste me correspondía con creces: allí me recibían con afecto, me mimaban. Cuando le comuniqué al señor Holdenis mi intención de aprender el alemán, brindóse con gran complacencia a darme una lección diaria, y como al mismo tiempo le expresara un vivo deseo de pintar el retrato de su hija, me otorgó este favor sin que tuviera que insistir en ello. El resultado fué que el sobrino de mi tío Gedeón se pasaba varias horas por día en el santuario de la virtud. Las que consagraba a la gramática de Ollendorf no eran las más agradables, no porque el señor Holdenis fuera un mal profesor, sino que acostumbrado a rezar, usaba cierta clase de letanías protestantes que me fastidiaban, repitiéndome con demasiada frecuencia que Francia es pueblo frívolo, que el ideal es letra muerta para sus poetas y sus artistas, que Racine y Corneille son unos fríos retóricos, que La Fontaine carece de gracia, y Molière de alegría. También me demostraba de modo interminable, que el alemán es el único idioma capaz de expresar pensamientos profundos y lo infinito del sentimiento.

En cambio me resultaban demasiado cortas las sesiones que me otorgaba Meta. El retrato que de ella había comenzado, era la más atractiva tarea para mí, pero a la vez la más laboriosa. A menudo dudaba de poder terminarlo con gloria, por la dificultad de expresar lo que veía y lo que experimentaba. ¿Habrá cosa más difícil que reproducir con el pincel el encanto sin belleza, y querer fijar en el lienzo un semblante de líneas y facciones indecisas, cuyo mérito estriba tan sólo en el movimiento ingenuo de la expresión, en fugaces rubores candorosos, en la caricia de la mirada y en la luminosa gracia de la sonrisa?

Pero todavía no era esa toda la dificultad: en esta angelical figura había otra cosa también que yo hubiera querido poder expresar. Señora, hay ángeles y ángeles. Los que se ven en Alemania no se parecen a otros; sus ojos, que a menudo tienen el color de la turquesa, presentan la particularidad de que, sin sospecharlo, prometen delicias en una lengua mística. El que haya viajado por la tierra germánica, comprenderá lo que quiero expresar; con seguridad habrá encontrado adorables candores que respiran la voluptuosidad que ignoran, inocencias virginales capaces de convertir a un libertino en candidato al matrimonio y a la virtud, y, para decirlo todo en una palabra, inocentes que nada saben, pero a las que nada extrañará.

Ya es mucho insistir y tan sólo deseaba explicarle por qué desconfiaba del buen resultado de mi trabajo en el retrato de Meta. Ella prestábase con gusto a las sesiones, y no parecía aburrirse conmigo. Su humor mostraba alternativas de gran seriedad y de viva alegría. En los ratos de gravedad me hacía preguntas acerca del Louvre o de la historia de la pintura. En las horas de regocijo, se divertía hablándome en alemán y obligándome a repetir diez veces sus palabras, unas tras otras. Le contestaba como podía, y mis disparates le hacían llorar de risa. Todo lo que de ella obtuve fué llamarla por su apodo de *Maüschen*, que colocaba en todas mis frases, y como su pronunciación es difícil, constituía mi más útil ejercicio.

Al final de cada sesión, para recompensarme, me recitaba *"El Rey de Tulé"*. Lo hacía con gusto exquisito. Cuando llegaba a los últimos versos, sus ojos se llenaban de lágrimas, y su voz ligera y temblorosa parecía morir en un suspiro. Tantas veces me cantó esta adorable romanza, que pronto la supe de memoria y aun hoy la recuerdo.

Esos eran nuestros pasatiempos. Además, yo tenía otro que me era personal. Al mirarla, preguntábame si amaba a esta atractiva muchacha como artista o como enamorado. Bien pronto supe a qué atenerme.

Meta peinábase con una gracia llena de abandono. Una mañana en que se le había ocurrido el desacertado capricho de alisarse los bandós, y de ocultar ciertos ligeros mechones que revoloteaban en su frente, la reté por ello, y le demostré que la correcta frialdad mata al arte. Se echó a reír, y soltó con brusco movimiento su espesa cabellera, que cayó como una lluvia por su rostro. Durante unos minutos permaneció con el codo apoyado en la rodilla, y sus ojos color de cielo me miraban fijamente a través de sus oscuros cabellos.

Ya le dije a usted más arriba lo que

puede leer a veces en los ojos de ...geles alemanes. No sé muy bien lo ...cían éstos, pero sentí claramente ... los amaba como artista, y ese día, ... al hotel, dije cosas tan extrañas ...igo Harris, que éste me declaró, ... despreciativo, que yo era hombre ... Según él, estaba ahogándome en una ... de leche, lo que, para un artista, es ... más vergonzoso.

...erdad que en mi romántico cerebro ...ban a brotar ideas muy opuestas, ...me gran admiración, tanto que al... veces me tocaba la cabeza preguntán... si era la misma que coronaba mis ... antes de conocer a Meta.

A cad... sesión que realizaba, sentía dis... en mi la antipatía hacia el matri... y me iba pareciendo que la post... mi tío no era ningún absurdo. ...ía que era un gran recurso, y un ... placer en la vida de un artista, ...jer de su casa que una la inocencia ...zón a un espíritu cultivado con el ... por las cosas bellas y esa gracia que ... la vida; una mujer práctica que se... cantando "el rey de Tulé" y cu... placeres de este mundo con hojas ...osas recogidas en el cielo.

... noche, el señor Holdenis me alabó ...costumbre germánica de los largos no...

—Ved a este joven que marcha de viaje, ...ó en tono lírico—; va a correr el ...do. Tropezará, menospreciándolos, con ...aceres ruidosos de las capitales, y la ...nción de los hijos del siglo. ¿Quién lo ... contra las tentaciones? ¿Qué talis... qué amuleto lo preservará de toda ...? .. En su mente lleva grabada la ... y pudorosa imagen de su rubia o ... novia. Ella lo espera, y él ha pro... traerle puras su alma y sus manos. ...ngel de los castos amores lo protege y ... la tentación.

¿Se lo confesaré?, este discurso, que bien ... ser una arenga *ad hominem*, me pa... elocuente. ¡Figúrese usted hasta dónde ... llegado!

El mayor aguijón del amor reside en los ... Pues desde hacía dos semanas, tenía ...sgusto de ver a diario llegar a *Flore...* un huésped de mal agüero, un barón ... Gruneck, al cual hubiera mandado yo ...umo gusto al fondo de su Pomerania. ... un solterón que frisaba en los sesenta, ...ico y catarroso, seco como un esparto, ... peluca, la espalda encorvada, atiesadas ...iernas y todo rígido, como de una pie... Me complazco en creer que padecía de ... articular, o quizá se había tragado, ... en su mocedad, un sable, que aun tenía ...gantado.

Lo que más me desesperaba era que lo ...ían con mucho agrado. Unas palabras ...das como por azar, coincidiendo con ... asiduidades, me daban mucho en qué ...r, siempre se sentaba al lado de Meta ... a un modo singular de mirarla fijando ... ojos en los suyos. Le recitaba madri...es, le ofrecía ramilletes emblemáticos, ...ornados con largas cintas blancas y ne... en las que se veía en Postdam al rey ... Prusia pasando una revista de caballería. ...rante las sesiones de pintura, le hablaba ... voz baja, en alemán. Estas largas char... de las que yo nada entendía, excitá...me furiosamente los nervios.

Un día, en que ella tenía sed, fué el ... por un vaso de agua. Se bebió la mu...cha la mitad y él agarró el vaso y apu... de un sorbo lo que quedaba, exclamando:

—¡Es un néctar!

Guardaba yo rencor a Meta porque to...ba estas familiaridades, y permitía, por ...plo, que jugase con las cintas de su delantal. Cierto es que, mientras tanto, cambiaba conmigo, algunas veces, sonrisas que ponían en ridículo al señor barón de Grüneck, pero de todos modos su complacencia no por ello me parecía menos excesiva.

Juzgué oportuno no demorar más mi declaración. Como muchacho honrado, pensé que mi primer deber era el de disipar con una explicación franca las ilusiones que el excelente señor Holdenis parecía tener con respecto a mi estado civil y a mi situación pecuniaria. No sólo había dejado yo de combatirlas, sino que hasta las había confirmado con el tren de gastos que llevaba y mi gusto por los alazanes. Precisamente ocurrió que se presentó una mañana a visitarme en mi hotel. Llegó con su acostumbrada amenidad. No obstante, me pareció ver una nube en su abombada frente, y eso me recordó que desde hacía cierto tiempo estaba preocupado y pesaroso. "Algo tiene que decirme —pensé—, y le contraría que yo no le aliente en sus confidencias".

Al principio, no me habló más que de cosas indiferentes. Pero roto el hielo y animándome por grados, le conté mi juventud, mis sueños y ambiciones de estudiante, mi última conversación con mi padre el tonelero, y la carta de mi tío Gedeón. Tuvo un momento de sorpresa; la apariencia de un hombre que despierta de un profundo sueño. Pero su turbación fué breve; se repuso en seguida y me interrogó acerca de varios puntos que había indicado yo ligeramente, y puso extremada complacencia en ocuparse de mis asuntos particulares.

Me demostró que la carrera artística es muy poco segura, que no dudaba de que yo tenía un gran talento, del cual era prueba el retrato de su hija, pero que sin embargo no debía rechazar aturdidamente la oferta de mi tío Gedeón; que el sentimiento del ideal ennoblecía todos los oficios, y que la banca no se opondría a que yo siguiera pintando en mis momentos de ocio.

—Volveremos a hablar sobre todo esto —prosiguió—; pero permítame que le regañe un poquito. ¿Cómo se lo diré? Me parece que usted no toma la vida con la formalidad que debiera. Sin embargo es una cosa bien seria; sus gastos no están en relación con sus recursos, y lleva usted demasiado lejos la despreocupación de la juventud...

Luego de una pausa, añadió:

—Me va usted a rechazar con seguridad, y a tildarme quizás de fastidioso y de indiscreto mentor... ¡Bah!, ¿me autoriza usted a imponerle una prueba? ¿No es peligroso para un muchacho de su carácter llevar más de doce mil francos en su cartera, sin contar que es tontería dejar el dinero sin producir? Guarde usted dos mil y confíeme los otros diez, que colocaré en mi casa. Gracias a la Providencia mis negocios marchan tan perfectamente, que puedo darle un fuerte interés; déjeme obrar. Los intereses, con el dividendo, pueden llegar a un diez por ciento; así tendrá usted una renta pequeña, pero segura. ¿Es mucho pedirle? ¿Es muy grande el esfuerzo? Para la fortuna, como para la prudencia, todo es comenzar.

A medida que hablaba me acariciaba para animarme y me llamaba su querido hijo. Me pareció evidente que no se hubiera interesado tanto por mi virtud si no me hubiese considerado como el futuro novio de Meta. Tomé, pues, una determinación extrema; fuí a mi secreter y saqué los diez billetes de mil francos. No le ocultaré que los contemplé con alguna perplejidad, pero al fin los entregué al señor Holdenis, que, inmediatamente, me firmó un recibo. Luego se levantó y, mirándome con ojos enternecidos, me dijo:

—Está muy bien hecho. Apostaría a que

está contenta su conciencia. Créame, esa es la verdadera felicidad.

Y me abrazó cariñosamente.

No sé si mi conciencia estaba contenta, porque no me entretuve en preguntárselo, pero yo me alegraba del trato que acababa de hacer.

Había cambiado mis diez mil francos por el permiso oficial de declararme a Meta. No quedaba más que aprovechar una oportunidad propicia, y la aceché durante varios días, sin conseguirla.

El insoportable barón de Grüneck no se apartaba un momento. Por fin, debido a su reuma, tuvo que quedarse en su aposento varios días, y yo logré el tan apetecido rato de conversación a solas con Meta. Aquella tarde llevaba ella un lazo rojo en los cabellos, cinturón del mismo color, un bonito vestido blanco cuyas mangas dejaban ver los torneados brazos. Era uno de sus días de seriedad; en la mente acariciaba no sé qué sueño, que por intervalos aparecía en el fondo de sus ojos y se desvanecía en seguida, como un fantasma al que ahuyenta la luz.

Luego de cenar, se fué sola al jardín. La seguí y la hallé sentada en un banco; me senté a su lado. La noche era templada; cantaba el ruiseñor; el crepúsculo había dejado en el horizonte un vago resplandor que se iba borrando progresivamente, las estrellas aparecían una por una y Meta, que entendía de todo, las fué nombrando todas a medida que aparecían en el firmamento. Llegó a hablar del otro mundo, de la eternidad; me dijo que en su concepto, el paraíso era un lugar en donde el alma respira a Dios sin otro esfuerzo que el que realizan las plantas para respirar el aire en la tierra. Después de escucharla durante largo tiempo, le dije al oído: mi Paraíso es este banco en donde estamos sentados, y estos ojos..., y al decir esto enlacé su cintura con mi brazo, elevé el suyo a la altura de mis labios y lo besé. Se apartó con lentitud y sin enojo, y antes de retirar su mano de entre las mías, oprimió levemente mis labios con ella. De repente alguien la llamó; echó a correr y me vi obligado a dejar para otra oportunidad el final de mi discurso.

Aquella noche dormí excelentemente; tuve ensueños deliciosos y el despertar fué aún más agradable. No me esperaban en *Floreciente* hasta la tarde, pero me apresuré a ir por la mañana, porque me pesaban en el corazón y me brotaban de los labios las palabras que el día anterior no había podido decir, y además sentía verdadera premura de comprometerme por irrevocable promesa. Entré sin llamar y no encontré a nadie en la sala. Iba a retirarme, cuando advertí que Meta estaba sentada en el mirador. La veía de espaldas, la llamé, pero una fuente cercana, que hacía mucho ruido, no le permitió oírme. Estaba acodada en una mesa redonda, y ante sí tenía una gran hoja de papel, en cuya contemplación parecía haber quedado extática. Alargué el cuello; en el papel había, dibujada a pluma, una corona de violetas y de *vergissmeinnicht* (nomeolvides), y en el medio se destacaban en letras mayúsculas estas cuatro palabras: "señora baronesa de Grüneck".

He aquí lo que contemplaba con tanto recogimiento.

Señora, ¿usted conoce las duchas escocesas? ¿Sabe lo que siente el desgraciado al que acaban de inundar de agua caliente, y en seguida le sueltan un chorro de agua fría? Una impresión de este género sufrió mi pasión amorosa. Me alejé con paso quedo y, antes de salir de la sala, me deslicé hasta el caballete donde estaba el retrato casi concluído de *Maüschen*, y con lápiz escribí en el marco: "Adoraba a las estrellas, y al barón de Grüneck", y huí como un ladrón.

Cinco días estuve sin volver a *Mi-Nido*, y los invertí en un viaje con Harris por el lago. Al otro día de nuestro regreso a Ginebra, Harris entró como una bala en mi cuarto.

—¿Sabe usted la noticia del día? —me gritó—. Un changador la contaba al portero del hotel. La casa del virtuoso Holdenis ha quebrado; la justicia lo selló todo y ha comenzado una información. El honorable hombre jugaba a la Bolsa y no fué acertado en sus especulaciones. El asunto es muy sospechoso. Se habla de un enorme déficit y se asegura que los acreedores no cobrarán ni el diez por ciento de su dinero. Afortunadamente, usted no se halla entre ellos. Donde no hay nada, el diablo nada puede llevar.

Al oír esto permanecí mudo como una estatua y pálido como la cera. Harris, al verme así, preguntó:

—¿Qué? Tony, amigo mío; dulce niño de la Borgoña, ¿este estafador halló el medio de explotar su pobreza?

Al decir esto rompió a reír y se revolcó por el suelo.

—¡Candor primitivo! —prosiguió—. ¡Unión íntima de los corazones, sentimiento poético, reino azul celeste, os adoro! ¡Oh, inocencia patriarcal, he aquí un rasgo de los tuyos!

Dijo más aun, pero yo ya había bajado la escalera, corriendo a todo escape. Con la rabia en el alma, contaba y volvía a contar en mi mente todos los placeres que uno puede procurarse con diez mil francos, y lanzaba miradas iracundas a todos los que encontraba a mi paso.

Llegué sin aliento a *Mi-Nido* y me lancé al despacho del señor Holdenis. Estaba solo, con la gran Biblia *in folio* abierta ante sus ojos. Colocó la mano encima del Sagrado Libro, que, sin duda, debió extremecerse ante aquella profanación, y dijo:

—He aquí el grande, el único consuelo.

Señora, cuando un borgoñón se encoleriza, no se detiene ante nada ni nadie.

—¿Es posible — le contesté con voz entrecortada, pero potente — que los granujas busquen consuelo en la Biblia? Pero, dígame, ¿cómo se consolarán los que fueron engañados por aquellos?

No se dió por ofendido; sólo alzó los ojos hacia el cielo, como para pedirle perdón de mi blasfemia, que era únicamente una irreverencia a su hipocresía. Vino hacia mi y, a pesar de mi resistencia, me tomó ambas manos. A mis reproches, a mis invectivas, contestó con melosas, suaves y lacrimosas explicaciones. Juró, por los cuatro Evangelistas, que al tomar prestados mis diez mil francos no había pensado más que en mi bien, y en asegurar mi dinero. Sin embargo, admitió que los había empleado en pagar un vencimiento apremiante; me pareció muy hábil en casuística y muy versado en intenciones bien dirigidas. Luego comenzó un prolijo y enrevesado relato acerca de lo que llamaba su desgracia: misteriosos enemigos habían tramado su ruina, se había dejado engañar por un estafador; un deudor insolvente había consumado su pérdida. Acto seguido, inició una serie de lamentaciones acerca de la suerte que esperaba a su santa compañera y a sus desdichados hijos. Oí sollozos en la vecina habitación, y me pareció que era la voz de Meta, aquella que para mí ya no era más que la baronesa de Grüneck.

Saqué de mi bolsillo el recibo firmado que el señor Holdenis me dió, lo rompí en cuatro pedazos y los arrojé al suelo.

—No quiero aumentar sus apuros — dije en tono de amarga ironía —. Conmigo, usted ya no tiene más que una deuda de honor, o si lo prefiere, no me debe ya nada. Su conciencia y el Evangelio decidirán.

Dichas estas palabras salí de aquel *santuario de la virtud*, decidido a no volver a él. Unas horas más tarde, después de pagar el hotel, partí para Basilea.

En el instante en que el tren iba a arrancar, un hombrecito, que andaba tieso, como si estuviese hecho de una sola pieza, apareció en el andén, y a pesar de las objeciones de los empleados, se lanzó al vagón contiguo al mío; hay casos en los cuales los reumáticos tienen alas. Este sujeto era el barón de Grüneck. Por muy pocas simpatías que se tengan dos personas, la casualidad los lleva al mismo vagón y sus pensamientos llegan a coincidir.

II

Señora: usted sabe bien cómo se procede con los peces que tienen sabor a cieno. Se les deja en agua limpia durante unos días, y poco a poco van perdiendo el gusto desagradable. Yo quise seguir un procedimiento análogo, pero en sentido inverso. Había tomado tal horror a la falsa virtud, que se me imponía la necesidad de desembarazarme de lo poco que de ella me quedaba aún, sumergiéndome para ello en algún cenagal. Me detuve en Baden, donde encontré lo apetecido, es decir, ciertas personas que se ocupan muy poco de las estrellas y menos aun en definir el Paraíso. Mostráronse complacientes para mí, pero la fortuna no siguió su ejemplo y en vano procuré recuperar al juego mis diez mil francos; al contrario, en él volaron las últimas plumas de mis alas.

Con la rabia que es de imaginar, partí para Dresde, adonde llegué tan escaso de fondos, que tuve que vender mis modestas alhajas y parte de la ropa. Estaba de un humor de perros. Si me había desengañado del vicio, aun sentía el mismo rencor hacia la falsa virtud, y desconfiaba de todas las voces cristalinas, de todos los ojos color de cielo y de todas las melosas sonrisas.

Pero estas necias exageraciones no me duraron mucho. Pronto comprendí que el mundo entero es igual por todas partes y que por todos lados hay buen trigo y mala hierba. Quiso el azar que me alojara en casa de una buena gente, que, en verdad, bien poco hablaba del cielo. Les pagué por adelantado un mes de una módica pensión. Al mes siguiente escasearon los fondos. Se lo confesé. Ellos ya me habían tomado cariño, y no sólo me dieron toda clase de facilidades para pagar cuando pudiera, sino que se brindaron a facilitarme dinero para comprar ropa, lo cual me guardé mucho de aceptar. Durante varias semanas no cené sino cada tres días, y los otros dos vivía de pan y agua clara. Este severo régimen no afectó mi salud. Estaba fuerte y robusto, y había recuperado la alegría, con la fe en el porvenir. Aunque el hambre a veces no me dejaba dormir en toda la noche, silbaba como un pinzón y pasaba los días en el museo, copiando el retrato de Rembrandt, que usted conoce, en el cual está representado con un vaso en la mano. Se me había metido en la cabeza que el mismo día en que terminara esa copia, un feliz encuentro me la haría vender; la fe mueve las montañas, suele decirse.

Recuerdo aquellas semanas de acusada escasez en las cuales conocí el hambre, el hambre verdadera, como un tiempo feliz que marcó época en mi vida. La pobreza es una buena madre, y de su enjuto seno mana una leche sana y fortificante. Trabajaba con alegría y ya no dudaba de mi vocación. Parecíame que me había revelado a mí mismo, que había descubierto mi propia voluntad y que ésta valía algo. Al salir del museo y hallarme en la calle, en medio de desconocidos que ciertamente habían almorzado, y que iban a cenar, me decía que en el universo lo único serio que había eran Rembrandt y su claroscuro. Si mi estómago clamaba de hambre, asegurábale yo que su

necesidad, lo mismo que las cenas de los demás, eran vanas quimeras, que mi tio Gedeón no existía, aunque él tuviera de ello la necia pretensión, y que, en este mundo de ilusiones, las sombras más felices son las que no se toman el trabajo de digerir.

Este período de prueba no duró tanto como para vencer mis fuerzas. Una tarde, al volver a mi bohardilla, encontré dos cartas y un paquete sellado con lacre. Una de ellas era del señor Holdenis. Había logrado saber mi dirección por Harris, a quien yo había escrito, y en un estilo de los más solemnes me decía que para eterna confusión de los espíritus ligeros, los cuales no tienen escrúpulo en herir con sus sospechas al verdadero honor, su perfecta honradez había sido unánimemente reconocida. Me enteraba de que un acuerdo había sido suscrito por sus acreedores, los cuales habían accedido a que sus cuentas fueran reducidas momentáneamente al veinte por ciento, seguros de que, con la ayuda del cielo, el señor Holdenis restablecería sus negocios, y que todo les sería reembolsado con los intereses de los intereses. Agregaba que no teniendo dos mil francos disponibles, había permitido a su hija que se despojara en mi favor de una joya de familia que valía esa cantidad, o quizá más, por la premura que tenía en darme pruebas de su acrisolada honradez. Este hombre y su modo de entender el pago de las deudas de honor me resultaron graciosos, pareciéndome que hacerme pagar por mano de su hija no era un proceder muy delicado.

Abrí la segunda carta, cuya letra era temblorosa. Contenía estas palabras:

Señor: mi pobre padre me entera de que es su deudor. Me asegura que la pulsera que usted encontrará en el cofrecito adjunto vale la suma que le debe. Al azar le mando también, sin prevenir de ello a mi padre, todas mis otras alhajas, suplicándole que disponga de ellas en la forma que le plazca, y que me guarde el secreto. Le deseo la felicidad. Para nosotros terminó para siempre.

Esa esquela, que hizo vibrar mi sensibilidad, me reconcilió algo con el recuerdo de *Mäuschen*. Llevé en seguida las alhajas a un honrado joyero que me había comprado mis dijes a buen precio, y me dijo que el brazalete valía lo más quinientos francos, y mil el collar, el medallón y la sortija que le acompañaban. Le vendí el brazalete por el precio que me ofrecía, y, empaquetando el resto, lo devolví a Meta con estas palabras:

Gracias; sobraba mucho.

Al hipocritón de su padre le escribí lo siguiente:

Señor, he hecho justipreciar la joya que me mandó. Ya no me debe usted nada. Mi ligereza perdona el resto a su honradez.

Después de esto pagué a mis caseros lo que les adeudaba, pedí permiso a mi filosofía para echar una cana al aire en el Belvedere —una vez no constituye costumbre—, y al salir de la mesa me paseé largo rato por la hermosa terraza de Brühl, que bordea la orilla izquierda del Elba. Y me decía: "¿Qué clase de mujer es esa Meta?" Y procuraba definir su carácter. Durante varias horas consecutivas pensé en ello, y al día siguiente no volví a acordarme de ella...; era yo artista y además había nacido en Beaune.

Mis presentimientos no me engañaron. En el instante en que, paleta en mano, daba los últimos retoques a la copia de Rembrandt, vi entrar en la galería a un hombre de elevada estatura, cuyo semblante atrajo mi atención. Frisaría en los cincuenta, mas su cabellera negra y abundante, en la que no se veía ni una cana, le guardaba perfectamente el secreto. De porte aristocrático, sus modales y tono eran de los mejores del mundo; tenía cara grave, casi severa, que se iluminaba de repente con la más seductora sonrisa.

No me ocupé mucho de él; contemplaba mi obra, comparándola con el modelo y hablando con mi conciencia.

A decir verdad, a ambos quedábannos algunas inquietudes. De repente, oí detrás de mí una voz que decía:

"—Si esta copia se vende, la compro yo."

Volví la cabeza apresuradamente: aquellas frases se dirigían a mí, y el comprador imprevisto que me enviaba la Providencia de los pobres, era aquel hombre de rostro grave, que sabía sonreír con tanto agrado. Llamábase el señor de Manserre, y era nada menos que el ministro de Francia en Dresde. Simpatizamos tan pronto, que al otro día cené en su casa. Ocho días después comencé a pintar su retrato, que terminé en mes y medio, y en honor del cual dió una cena de gala al cuerpo diplomático. ¡Cuánto hubiera deseado yo aquel día que el tonelero de Beaune hubiese podido, desde el fondo de su Borgoña, ver al destornillado de su hijo, festejado, adulado, elogiado por todos! A la primavera siguiente mandé aquel famoso retrato al "Salón". El gran público lo apreció poco, pero no pasó inadvertido para los artistas, los cuales anunciaron que yo habría de llegar lejos. Como decía el inteligente Holdenis, por algo se empieza.

¡Bendito sea mi tío Gedeón, que fué la causa de mi viaje a Dresde, con el fin de que aprendiese el alemán, y donde encontré al señor de Manserre! Aun cuando no fuese este hombre distinguido uno de los principales personajes de este relato, me detendría a hablarle de él, por lo mucho que le debo. Creo que las largas y buenas amistades nacen menos de la semejanza entre las situaciones o los caracteres, que de cierta conformidad en el modo de sentir y de juzgar. Somos, señora, muy buenos amigos usted y yo, y sin embargo bien poco nos parecemos. Me preguntaba yo cómo el señor de Manserre había podido tomar afecto, y admitir en su intimidad, a un muchacho con tan poco mundo, que ignoraba todo lo que no fuera su arte, que vivía y pensaba al azar, y no había reflexionado acerca de nada. Cuando se lo pregunté, me respondió que, sin hablar de mis disposiciones artísticas, de las cuales auguraba bien, le había parecido que yo tenía lo que él llamaba un buen ingenio. Por ello entendía, supongo yo, un poco de este sentido común corriente que preserva de los necios desdenes y de las fatuidades estúpidas. El poseía una mentalidad superior; había viajado mucho, observado y leído, y sus experiencias, al igual que sus lecturas, eran un serio complemento de su fineza y juicio naturales. Se comprendía que su inteligencia estaba bien nutrida y que lo había asimilado todo.

El hombre superior es aquel que desempeña bien su cargo, sin dejar por eso de saber hacer otra cosa. El señor de Manserre cumplía a maravilla con el suyo y le rendía una especie de culto. Solía decir que la diplomacia es un arte que comprende otros cuatro: el arte de informarse, el cual pide buena vista y buen oído; el de adquirir noticias, cuya condición primordial es la de saber colocarse en el lugar de los demás; el de aconsejar, el más delicado de todos; y, por último, el de negociar, en el cual el carácter debe secundar al ingenio. Creo que sobresalía igualmente en cada uno de esos cuatro conceptos. Sus despachos eran muy apreciados en el ministerio; me leyó algunos que me parecieron obras maestras.

Por cortedad, o por afán de halagar, muchos diplomáticos sólo dicen a su gobierno aquello que pueda agradarle, prefiriendo engañar a disgustar. Para el señor de Manserre, disimular verdades desagradables que pudieran ser útiles, hubiera sido deshonrarse, pero las presentaba con tanto arte, que las hacía aceptar. En sus negociaciones con los ministros extranjeros, demostraba respetar tanto a los demás como a sí mismo; le parecía que el engaño es un medio que se gasta muy pronto y la marca del escaso mérito; que llega a privar de autoridad, y que el gran secreto estriba en persuadir sin recurrir al embuste que, en su concepto, sólo convence a los ignorantes. Nada estrecha tanto el espíritu como el miedo constante a ser engañado, y es la dolencia de muchos políticos quienes, por exceso de desconfianza, dejan escapar preciosas oportunidades. El señor de Manserre no creía a la ligera, pero era capaz de confianzas prontas y generosas, de las cuales casi nunca se ha tenido que arrepentir. Esta generosidad de sentimientos, comunicábase a su modo de pensar. Veía las cosas desde un punto de vista elevado. Tenía fe en las ideas generales y en su poder. Sin negar la importancia de lo fortuito en este mundo, estimaba bastante a la especie humana para creer que los pequeños incidentes y las pequeñas intrigas no reflejan toda su historia; que la opinión es la verdadera soberana del mundo; que todos los grandes acontecimientos son la victoria o la derrota de una idea, y por eso menospreciaba por igual a los empíricos y a los utópicos. Se complacía en combatirlos a unos y otros en sus pláticas, que me han abierto el entendimiento e iluminado acerca de muchas cosas, inspirándome al propio tiempo el placer de combatir, por medio de la lectura, mi vergonzosa ignorancia.

Nuestras conversaciones fueron tomando poco a poco un carácter más íntimo; no solamente eran de política y de pintura; el señor de Manserre llegó a hablarme de sus asuntos personales. Me halagaba ser el confidente de un hombre a quien su talento y superioridad intelectual, así como su situación y su fortuna, abrían camino para llegar a todo. Y me admiré mucho cuando comprendí que los más experimentados y advertidos, aquellos que dan los mejores consejos al prójimo, a menudo se manejan muy mal en los asuntos propios.

Desde hacía siete u ocho años, el señor

de Manserre era viudo, y le pesaba la soledad. Por muy rodeado y adulado que estuviera, sentía la necesidad de constituir un nuevo hogar. Voluntariamente había dejado escapar varias ocasiones de volver a casarse, porque éstas no correspondían a las aspiraciones de su corazón. ¡Felices los ambiciosos, a quienes los éxitos satisfacen completamente! ¡Felices aquellos que no piden más que distraerse! Los que buscan su dicha en el bullicio de los asuntos y los placeres pueden tener la seguridad de encontrarla; pero ¡ay de los que tienen alma! Es la cosa de más difícil empleo en este mundo. El señor de Manserre no era ni hombre de placer ni un puro ambicioso. Unía a un espíritu grave, un corazón ardiente, lo cual es una gran complicación. Serio en sus cariños, la pasión pudo más que la prudencia, y terminó por llevarle a un escándalo, que, al estropear su carrera, le atrajo la desaprobación general; por eso puede asegurarse que lo mejor de nuestra alma es, a menudo, el motivo de grandes complicaciones.

Hacía tres meses que me trataba con él y lo veía casi a diario, cuando me pareció notar alguna alteración en su carácter. En medio de nuestras pláticas caía en prolongados silencios, de los cuales no salía sino a costa de un esfuerzo. Primero atribuí sus preocupaciones a un asunto de Estado que no marchaba a su gusto; pero él mismo me desengañó. Me llevó una noche a su gabinete, del cual cerró misteriosamente la doble puerta, y allí me dijo que tenía plena confianza en mi amistad, y que, estando a punto de tomar una determinación de las más graves, deseaba discutirla conmigo.

Luego de pasear por la habitación, y dando grandes suspiros, me confesó que estaba perdidamente enamorado de la mejor, de la más encantadora de las mujeres, que estaba en poder de un marido brutal que la maltrataba mucho. Tenía la certeza de ser amado, pero, hasta ese instante no había obtenido nada, porque ella tenía (según sus propios términos) un alma recta como un junco; el embuste le inspiraba invencible horror, y por muchos motivos de queja que tuviera de su tirano, le repugnaba engañarlo. Agregó que la amaba con demasiada pasión para conformarse con un amor furtivo; quería que fuese suya, y para ello no le quedaba otro partido que el de raptarla. Felizmente, añadió, el hombre que se ha casado con ella y forjó su desgracia no es su esposo ante Dios: está casada civilmente y la ley autoriza el divorcio. Después del escándalo de un rapto, se apresurará el marido a reivindicar su libertad, y mi amada llegará a ser mi esposa.

—El señor de Manserre —dije—, habrá conseguido la felicidad, pero ¿qué será del ministro de Francia?

Inclinó la cabeza, la tomó entre sus manos y quedó así un largo rato.

—¡Pues bien! — exclamó luego—, me veo obligado a renunciar por cierto tiempo a una carrera que amo. Solicitaré una licencia ilimitada; me sobrarán razones, aduciré el estado de mi salud. En verdad, el año pasado estuve enfermo y los médicos me aseguraron que el clima de Alemania no me convenía, y que, si me quedaba en Dresde, estaba expuesto a recaer. ¿Por qué no se puede conciliar todo? La vida es así, hay que elegir. La felicidad no se encuentra regalada, hay que comprarla, a veces, al precio de un sacrificio.

Y después me alabó, con el mayor entusiasmo, la hermosura, los atractivos, las cualidades de espíritu y de corazón del ídolo, al que disponíase a sacrificar su situación y su porvenir. No la nombró, mas a juzgar por la descripción que de ella me hizo, no me costó trabajo comprender que se trataba de una criolla de origen francés, la señora de N..., casada con un diplomático, que, hastiado de sus atractivos, la sacrificaba a indignas relaciones, exhibiéndose con mujeres de mala fama.

En el teatro yo había visto a esa bella víctima, que inspiraba admiración y lástima a todo el mundo en Dresde. El señor de Manserre me presentó a ella. Parecióme que exageraba en cuanto a su inteligencia, que era mediana. En cambio su belleza era superior a todo elogio. Tenía un brillo realmente maravilloso, acompañado de un lánguido y perezoso temperamento, capaz de volver loco a un ministro plenipotenciario de cincuenta años, cuyo corazón apenas contaba veinte.

Señora: aquella noche hablé como uno de los siete sabios de Grecia. Demostré al señor de Manserre que iba a cometer una locura; que las locuras traen consigo, como consecuencia, largos y dolorosos arrepentimientos; que la pasión no dura más que un cierto tiempo; que cuando la suya se enfriara iba a asombrarse de haber podido sacrificarlo todo; que, dado su carácter, una vida de holganza le llegaría a ser insoportable; que sus facultades inactivas constituirían un martirio para él; que los solitarios, los soñadores, y los poetas, podían hallar la felicidad en una situación irregular, pero que los hombres

nacidos para la acción y el gobierno, deben someterse a las reglas de la sociedad, lo mismo que se somete a las del juego un jugador de tresillo, so pena de ser excluído.

—Será usted feliz durante un año, o dos a lo sumo —le dije—; al tercero descubrirá que su felicidad es una bala de cañón que lleva atada al pie, y que su lealtad le condena a arrastrar siempre, maldiciéndola.

Me interrumpió para decirme que no pensaba despedirse para siempre de los asuntos, que yo razonaba como si él fuera a encadenarse por toda la vida a una situación irregular; que, por el contrario, le correría prisa regularizarla, y que, una vez casado, se olvidarían de su calaverada para acordarse tan sólo de los servicios que había prestado y de y los que podía prestar aún.

—Pero, señor, ¿quién le puede asegurar que todo ocurrirá según sus deseos, y que las circunstancias tanto como los hombres, favorecerán sus proyectos? Los maridos son gente temible. ¿Está muy seguro de que éste le hará el favor de pedir el divorcio, como usted quiere? Bien pudiera suceder que, para contrariarle, en vez de reconquistar su libertad se empeñara en no divorciarse, saboreando así una larga y pérfida venganza.

El señor de Manserre combatió una por una todas mis objeciones, suspirando de tiempo en tiempo, y, como yo insistiera, puso fin a toda discusión declarándome que las pasiones de la edad madura son las más violentas de todas, que no se sentía con fuerza suficiente para resistir a la suya, y que había escrito aquella misma mañana al ministro para rogarle que le nombrara sucesor. Así es como obran cuantos piden consejo: saben lo que van a hacer y, como no han de cambiar de opinión, tan sólo queda al consejero aprobarla.

El señor de Manserre había tomado su determinación de tal modo, que todos los esfuerzos para combatirla se estrellaron contra una voluntad pletórica de entusiasmo por su extravío, y obstinada en su quimera.

El ministro combatió ardorosamente una resolución cuyas verdaderas razones estaba lejos de penetrar. Creyendo ciertos los motivos de salud que le fueron aducidos, suplicó al dimisionario obstinado que tuviese un poco de paciencia, asegurándole, que ya que el clima de Dresde no convenía a su salud, no tardaría en darle un importante puesto en una de las capitales del mediodía. Yo también volví a la carga, pero fuí rechazado en toda la línea.

No obstante, todo estuvo a punto de fracasar por la resistencia que opuso la señora de N..., a quien ataba el deber y atormentaban los escrúpulos; además esta alma delicada y modesta se consideraba indigna del sacrificio que se le quería hacer. Por fin tuvo que rendirse a súplicas desesperadas, que se negaban a oír buenas razones. Una mujer no puede resistir mucho tiempo a un hombre a quien ama, cuando la amenaza con saltarse la tapa de los sesos, y sabe que es capaz de hacer lo que dice. Un día me anunció el señor de Manserre, radiante de júbilo, que su dimisión estaba aceptada y adoptadas todas las medidas necesarias. Una semana después, marchó al balneario de Gastein, donde la señora de N... no tardó en reunirse con él, y dos meses más tarde, una carta fechada en Sorrento me enteró de que la feliz pareja estaba bajo el cielo de Nápoles. En esta misma carta me invitaba a ir en breve plazo a Florencia, para hacer el retrato de la más adorable y adorada de las mujeres. Ya puede usted imaginar, señora, el ruido que tal aventura levantó en Dresde; el sano criterio de algunos y la envidia de otros estuvieron acordes para condenarla.

Las locuras de los cuerdos son la mejor escuela para los locos. Si las pláticas del señor de Manserre me habían enseñado acerca de muchas cosas, su fuga me inspiró las más saludables reflexiones. Me empeñé en probar que, en ciertas ocasiones, un artista sabe orientar mejor su vida que un diplomático. Hasta entonces me había dejado llevar por mis caprichos; de repente mi voluntad les mostró un semblante regio y les habló como soberana; como Luis XIV, con botas, espuelas y el látigo en la mano, redujo al Parlamento a la razón. A fines del invierno dejé Dresde prometiéndome volver; es una ciudad a la que tengo cariño, y en donde dejé algunos buenos amigos. Tan pronto llegué a París, escribí a mi tío Gedeón que podía buscarse otro hijo y otro sucesor; luego me puse en camino para Italia, deteniéndome en Beaune, donde pasé dos días con mi padre, que me trató de imbécil; mas al ver mi bolsa bien provista, quedó admirado y, sólo por cumplir con su conciencia, no dejó de refunfuñarme. Es una sabia institución la de los padres gruñones; el hombre que en su casa no haya comido más que pan blanco, hallará siempre amargo el pan ajeno.

El señor de Manserre había pensado perfectamente al radicarse en Florencia. Es la ciudad más tolerante para las aventuras, la más hospitalaria para las situaciones extralegales —se respira aún en ella las dulzuras y las misericordias del "Decamerón"—. Hallé a la pareja en pleno delirio de luna de miel. Sin embargo, yo había sido mejor profeta de lo que hubiera deseado. El marido se había hecho sordo a todas las proposiciones con las cuales le habían cercado: insinuaciones, amenazas, promesas, todos los resortes puestos en juego se habían movido inútilmente. Aquel testarudo Menelao estaba firmemente decidido a no pedir el divorcio. En verdad no pensaba, como el verdadero Menelao, en reconquistar a su mujer; le bastaba conseguir que no pudiera casarse con Paris.

—¡Que le aproveche! —me dijo el señor de Manserre—. ¡No podrá conseguir que dejemos de ser felices!

El retrato de la señora de N..., que con su permiso llamaré de aquí en adelante señora de Manserre, estuvo pronto en buen camino. No extrañe usted que lo elogie, pues me ha traído la suerte. En el "Salón" obtuvo un éxito que rayó en entusiasmo; encargos, fortuna, fama, todo se lo debo; pero confieso que la belleza milagrosa del modelo contribuyó más aun a este triunfo que el talento del pintor.

Mientras estudiaba, para interpretarlas mejor, las facciones de mi modelo, se entabló entre nosotros una viva amistad. Ya le he dicho que la señora de Manserre tenía una inteligencia mediana, nada más. Era tierra en barbecho, de la cual no hubiera sacado el cultivo, creo, gran fertilidad. Tenía extraña ortografía, y como lectura no había pasado de la biblioteca "Azul", cuyos libros siempre resultaban nuevos para ella; podía volverlos a leer por la centésima vez, figurándose que era la primera. Esta confesión la rebajará sin duda en el concepto de usted, que lee mucho y con provecho, y no aprecia a las mujeres que no leen. Sin embargo le aseguro que si tenía poca inteligencia, cuando se le trataba, ésta parecía más que suficiente. Tenía el corazón inventivo; la delicadeza y la fuerza de sus simpatías la hacían ingeniosa para penetrar los ocultos deseos de los que la rodeaban. Me parece que esta clase de ingenio basta para una mujer, que además es hermosa como la luz del día. Su sinceridad era admirable, su alma franca y leal era incapaz de ocultar o de falsear nada.

Se manifestaba tal como era, con suma ingenuidad, y no se envanecía de ello como de una virtud, porque creía que todo el mundo obraba lo mismo que ella, de suerte que muchas veces fué engañada. Pero yo aprendí a no encariñarme con ninguna mujer de las que nunca se dejan engañar.

Su único defecto era su pereza de criolla, que llegaba hasta un grado increíble. Usted se estremecerá al enterarse de que le costaba trabajo levantarse antes de las doce, y que aparte unos pocos puntos de tapicería, todo trabajo manual o del espiritu atemorizaba a su indolencia; el menor paseo la fatigaba. No son dignos de crítica más que los perezosos que se fastidian. Ella no se aburría nunca. Podía permanecer horas enteras en un rinconcito del sofá, con el abanico en la mano, hablando o no (le era indiferente), enamorada de su ociosidad, que le permitía ocuparse en sus pensamientos. Existir le bastaba; sólo sentirse vivir y ser amada la hacía feliz.

Cierto día, una plumita que soltó el ala de una tórtola, flotaba en el aire, mecida por la brisa primaveral; un hado tuvo el extraño capricho de hacer de ella una mujer, y resultó la señora de Manserre. De aquella plumita guardó siempre la blandura y la suavidad, y como en aquellos tiempos se dejaba mecer por el viento, la vida la mecía dulcemente ahora.

Agregaré que, en ocasiones, su exquisita bondad triunfaba de su pereza. Si se trataba de ser agradable o de servir a alguien, en el acto adquiría fuerzas inesperadas, y no escatimaba los pasos ni las palabras. También sabía moverse y agitarse para los pobres. La he visto en Florencia subir dos veces en un día, con la respiración entrecortada, a la bohardilla de un pseudociego muy descarado, que habia logrado ganarse su benevolencia, sin que pudiera yo convencerla de que el supuesto ciego veía tanto como ella. En sus accesos intermitentes de febril caridad había una especie de anhelo de expiación; parecía que deseaba decir a los que socorría:

—No me debéis agradecimiento alguno, ¿no sabéis que tengo mucho que hacerme perdonar?

Creo que algo de todo esto he llegado a expresar en su retrato.

Los señores de Manserre hubieran deseado retenerme en su casa, pero no era cosa factible para mí. Les prometí, al separarme de ellos, visitarlos todos los años, y cumplí mi palabra. A la primavera siguiente, los hallé encantados y orgullosos por el feliz arribo a este mundo de una ni que anunciaba una belleza igual a la de su madre. La alegría del señor de Manserre estaba mezclada, sin embargo, a una cierta melancolía. Le resultaba doloroso que la ley le prohibiese reconocer a esta niña. Al final del año, su señora tuvo viruelas y por poco se muere; su marido pasó varios días en emociones terribles. Yo la convaleciente. La enfermedad había sido clemente con ella. Era aún una de las más hermosas mujeres de Europa; sin embargo su blanca y rosada tez perdió aquel bri

[illegible]ble que parecía milagroso y justificaba todas las locuras [illegible] podido inspirar. No sé lo que de ello pensaba el señor de [illegible] recuerdo que procuró leer en mis ojos, pero estos fueron [illegible]

[illegible] siguiente, marché descontento de Florencia; temía que el [illegible] Manserre, cuyo humor se había alterado, comenzara a arre[illegible] el trato que había hecho con su porvenir. Grandes aconte[illegible] estaban preparando en Europa; se preocupaba intensa[illegible] [illegible]os y su clarividencia preveía lo que iba a suceder. Des[illegible] la política del gobierno francés, al que sus agentes, según [illegible] mal y aconsejaban peor aún. Era el único tema de [illegible] conversaciones; se acaloraba tratando de él, y de repente [illegible] en amargo tono:

[illegible] olvidaba que no tengo derecho a ocuparme de ello, que ya [illegible]e.

[illegible] comparaba con un buen caballo de guerra, retirado antes de [illegible] que al oír el cañonco cocea contra los varales del carro [illegible]

[illegible] de Manserre no sospechaba lo que pasaba en su alma. [illegible] ella afectaba una engañadora alegría. Al año siguiente me [illegible] se había resignado con su suerte. Para distraerse de sus [illegible] había comenzado a escribir la historia política de Flo[illegible] se pasaba los días rebuscando en los archivos. Este trabajo [illegible] la serenidad. No me atrevería a afirmar que aun estuviese [illegible] de su mujer, pero sentíase unido por lazo indisoluble a la [illegible] su hija. Su mujer le tenía un profundo cariño, mezcla de [illegible] y de absoluta confianza, de los que duran eternamente. [illegible]bra, no había personas más unidas que ellos. Jamás cariño [illegible] ha ligado dos almas que aun sin hablarse se comprendían. [illegible] meses más tarde, nos citamos en España, donde me proponía [illegible] al dios de la pintura, Velázquez, el pintor más completo que [illegible]ido. En Madrid esbocé un cuadro del cual se ha hablado [illegible] y que representaba al último rey moro, Boabdil, despidiéndo[illegible] Granada. Al tiempo de separarnos, el señor de Manserre me [illegible] deseo de volver a Francia, y establecerse en una finca que [illegible] cerca de Crémieu, admirable propiedad llamada las "Charmi[illegible] Una sola consideración lo detenía aún. De su primer enlace [illegible] hija única, que se había casado hacía siete años, con el con[illegible] Arci, cuya quinta estaba a una legua de las "Charmilles".

[illegible] yerno es un hombre muy apreciable —me dijo—, pero poco [illegible] y no ha podido perdonarme lo que llama "mi calaverada". [illegible] durante mucho tiempo, que mi hija rompiese toda clase de [illegible]es conmigo; si después la autorizó a escribirme, fué con la [illegible] de que en sus cartas no nombrase jamás a mi señora, y [illegible]gentase ignorar su existencia. Me sería doloroso habitar tan [illegible] ellos sin verlos, y más molesto sería aún para mi mujer. [illegible] uno conformar con la soledad, pero es muy difícil acep[illegible] aislamiento. Si usted pudiera lograr que se humanizara la [illegible] virtud de mi yerno, y que hiciese las paces conmigo, reali[illegible] más ardiente deseo de mi mujer, y mi agradecimiento sería [illegible]e inmenso.

[illegible] este delicado encargo partí. Encontré en la señora de Arcí [illegible] persona con la cual, de antemano, estaba ganada mi cau[illegible] Tenía las condiciones de su padre, pero sólo las pacíficas. El [illegible] de Manserre era un sabio dotado de imaginación romántica, y [illegible] comunicado su cordura a su hija guardando para sí el ro[illegible] y sus arrebatos. En una palabra: no tenía las facetas bri[illegible] ni peligrosas de su espíritu. El humor más igual, la razón [illegible] constante, un corazón excelente y una imaginación fría; he ahí [illegible] señora de Arcí. Aunque fuese inteligente, estaba destinada a con[illegible] extrañezas, porque hay muchas cosas en la vida que no se [illegible] razonar. Las aventuras, para ella, eran un enigma, un rom[illegible]s chino. Decía:

—¿Es posible? ¿Cómo han podido hacer eso? ¿En qué pensaban? [illegible] perdido el sentido común?

[illegible] no admitía que lo perdiese nadie; pero tenía tan buen corazón [illegible] perdonaba sin comprender. La conducta de su padre era un [illegible] en el que no veía claro, pero no por eso dejaba de querer [illegible] padre pródigo, y hasta hubiera exclamado con el Evangelio: "Que se le devuelva su primer vestido".

[illegible] todo, al casarse, había hecho don de su voluntad al señor de [illegible] y se dejaba guiar por sus consejos, que acataba como si fuesen [illegible] A él me remitió.

[illegible] al principio, me recibió bastante mal. Tenía el espíritu fino [illegible] apariencia algo burda, un buen sentido algo irónico que no de[illegible] pasar nada a nadie, y la costumbre de llamar a las cosas por [illegible] nombre: en suma, el mejor hombre del mundo, y se pasaba la [illegible] obrando bien y gruñendo. Comenzó por declararme que su sue[illegible] era el hombre más absurdo del universo, y que no quería que su [illegible] volviera a ver a un extravagante que, según todas las proba[illegible]dades, la aconsejaría tan mal como se había guiado a sí mismo.

Impida la conjuntivitis purulenta de los recién nacidos mediante la aplicación del "Método Credé".—PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS.

Le contesté que conocía poco al señor de Manserre; que no por cometer una locura es uno loco; que la cordura consiste en no hacer más que una sola locura y le hice ver que después de un descarrilamiento, seguido de un accidente grave, es cuando se puede viajar durante mucho tiempo con la mayor tranquilidad. En una palabra, supe envolverlo de tal modo, le hablé de la señora de Manserre con tal entusiasmo, que concluyó por ablandarse. Me prometió que cuando llegase a las "Charmilles" el señor de Manserre, le haría una visita, y que ya se vería después. Yo no pedía otra cosa, convencido de que, desde su primera entrevista, la señora de Manserre y la de Arcí se encariñarían, que estas dos naturalezas leales habían de comprenderse y de estimarse al instante. Me apresuré a anunciar el buen resultado de mi gestión al señor de Manserre, y su mujer fué la que me contestó dándome las más expresivas gracias.

De Arcí marché a Beaune, donde me reclamaba mi padre que se sentía morir. Desde hacía mucho tiempo padecía de una dolencia cardíaca, que, de pronto, había empeorado a pasos gigantescos. Ya no me trató de imbécil.

—Tony — me dijo abrazándome —: no te pregunto si tienes talento; no entiendo nada de esas historias de arte, mas te ruego que me des cuenta del estado de tu caja.

El resumen, por demás brillante, que de ella le presenté, le satisfizo plenamente, y confesó que, por una vez en la vida, había tenido razón yo en contra suya. Si él estaba contento de mí, bien triste me sentía yo al verle. Perdía rápidamente las fuerzas. Bien pronto no pudo levantarse de la cama, en la que, descansaba poco a causa de insoportables opresiones. Durante dos semanas no me aparté de su lado. Ya no me regañaba; se había vuelto casi tierno y, como no perdía la lucidez, estrechando mis manos entre las suyas, me dirigió apremiantes recomendaciones, cuya cordura parecía superior a la humildad de su posición. Se complacía en repetirme que nuestros arrebatos son los mayores enemigos que podemos tener; que lo esencial es saber mandarse a sí mismo; que es fácil adquirir pero muy difícil conservar, y que la disciplina de la voluntad es el secreto de las conquistas duraderas y de las largas dichas.

Una noche en que trataba este tema, un gallo del contorno comenzó a cantar.

—Tony — me dijo mi padre —, siempre me agradó el canto del gallo; anuncia el día y ahuyenta los fantasmas de la noche. Se parece a un grito de guerra, que nos recuerda que debemos pasar la vida batallando contra nosotros mismos. Tony, cada vez que oigas cantar el gallo, acuérdate de que era la única música que le agradaba a tu padre.

La noche siguiente, a la misma hora, el propio gallo volvió a lanzar un sonoro quiquiriquí. Mi pobre padre quiso levantar la cabeza, me hizo una señal con la mano, y, esforzándose en sonreír, expiró. Señora: jamás he oído cantar un gallo sin acordarme de mi padre moribundo y de sus últimos consejos. Ya verá usted que me sirvieron de mucho.

Sólo comprendemos el valor real de las cosas al perderlas. Consagré unos días a mi pena, que era bien honda, y al cuidado de mis asuntos, que jamás me parecieron más desagradables. Después regresé a París donde me esperaban varios cuadros empezados. Tenía a Velázquez en el alma, y dolores que mitigar. Durante todo el invierno trabajé con tanto ardor, que al llegar la primavera se iban agotando mis fuerzas. En el mes de abril, el señor de Manserre me escribió anunciándome que había vuelto a ver a su yerno y a su hija. Las paces eran tan completas que el señor de Arcí, resuelto a hacer grandes arreglos en su propiedad, se había dejado persuadir y la había abandonado a los albañiles, yendo a pasar el verano entero con su señora en las "Charmilles". Y agregaba:

Tan sólo usted falta en esta alegría. Venga pronto; trabajará usted en su Boabdil y en el retrato de la señora de Arcí.

Acepté la invitación, y, para distraerme un poco, pasé por Colonia, las orillas del Rin y Suiza, lo que era ciertamente el camino más largo. Fué una idea muy acertada, porque en Bona tuve el honor de ser presentado a usted, señora, con quien pasé un día inolvidable en la encantadora terraza donde leerá usted estas páginas.

En Maguncia me esperaba una carta del señor de Manserre, donde me decía que ya que había tomado el camino más largo, deseaba castigarme, y me daba un encargo para Ginebra. Su queridísima hijita Lulú (se llamaba Lucía como su madre), que ya alcanzaba su quinto año, era cada día más voluntariosa y necesitaba sin falta una institutriz que fuera muy honrada, muy instruída, muy sensata y a la vez suave y firme; en una palabra, una verdadera perfección. Pensaba hallar con más facilidad tal maravilla en Suiza y con este fin se había dirigido a un sacerdote de Ginebra, al que conociera en Roma. Se extrañaba de no recibir respuesta, y me rogaba que fuese a verlo y a preguntarle la causa de su silencio.

No me latió el corazón al cruzar las calles de Ginebra; apenas me acordaba de que existía Meta; seis años cambian a un hombre.

En castigo de mi olvido, la casualidad me puso a unos pasos de la estación al señor Holdenis. Su sombrero y levita en mal estado me hicieron dudar del éxito de sus asuntos; tenía el aspecto ruin de un jugador desgraciado. Lo saludé, y pareció no conocerme.

Cumplí con el encargo que me dieron. El sacerdote, a quien habían escrito dos veces y no contestaba, me explicó con ambages que, a pesar de su gran deseo de servir a personas amables, a quienes estimaba, y por muy alto que fuera el sueldo ofrecido, no había encontrado nadie a quien enviar al señor de Manserre, y, mirándome de reojo, añadió, que sin duda adivinaba yo el motivo.

—Usted conoce al señor de Manserre y a su señora. ¿Ha tratado en su vida muchos matrimonios más unidos?

—Precisamente en ello estriba la dificultad —me contestó—. Para mí es un cargo de conciencia enviar una muchacha honrada a casa de personas que se aman tan fielmente como si estuvieran casados. Hay cosas cuyo ejemplo es peligroso para las jóvenes.

Sin embargo me aseguró que si alguna buena ocasión se presentaba no la dejaría escapar; pero desde luego comprendí que no la buscaría. Dicho esto, lo dejé, y ¿a quién cree usted que encontré al salir de su casa? A Harris, al siempre aburrido Harris, que no había encontrado aún el lugar donde no se fastidiara, y aplazando sin cesar su partida para el día siguiente, permanecía aún en el hotel de Bergues. Me abrazó bostezando, y siguió bostezando al felicitarme por lo que llamaba mis estupendos comienzos. Me declaró que a pesar de su tedio incurable me invitaba a beber dos botellas de champaña a la salud de mi glo
Entramos en un café. Mientras conte
ba a sus brindis, le conté de donde ven
a donde me dirigía, y que buscaba una
titutriz.

—¿Qué sueldo ofrecen? —me preguntó.

—Cuatro mil francos al año, pagados
trimestres y con esperanza de aume
¿Tiene usted deseos de presentarse?

—No —me contestó con flema—;
quizá sepa de una buena persona que
ponerle.

Le respondí que lo creía competente
todas las materias, en particular en la el
ción de una institutriz, y luego habla
de otra cosa. Al despedirnos, me dijo:

—No me ha preguntado usted por la
tilla" de aquellos tiempos, y ha hecho u
bien. La pobre muchacha ha sucumbido
causa de la pena del abandono de usted.
guramente habrá muerto de una indiges
de poesía, o de haber recitado mucho
"Rey de Tulé", o quizá por haberse
do una espina de pescado.

—¿Usted bromea? —le pregunté un
emocionado.

—Soy el menos bromista de los homb
—me dijo—. En cuanto al viejo zorro de
padre, lleva la ropa hecha pedazos para
ternecer a sus acreedores, pero se as
ra que desde hace cierto tiempo ha guar
do muchas monedas de a cinco francos,
medias viejas.

Y al concluir de decir esto, bostezó o
vez y se fué.

Dos días después ya estaba yo en
"Charmilles", en donde encontré gente c
tenta y caras alegres. Hasta el señor de A
cí había dejado de gruñir; estaba bajo
impresión de los modales finos y del
píritu elevado de su suegro al que casi
conocía, y del que se formaba una id
muy distinta de la realidad.

—Es usted el rey de los amigos— me
jo la señora de Manserre, en el primer m
mento en que estuvimos a solas—. No
día perdonarme el haber sido la causa
una desavenencia entre mi marido y
hijos: usted devolvió la paz a mi concie
cia.

Para probar su gratitud tuvo la at
ción de alojarme en el mejor departam
de la hermosa finca. Desde mis venta
disfrutábase de un admirable panorama.
señor de Manserre había hecho resta
una torre antigua que se hallaba en el f
do del jardín, y convirtió el primer p
de ella en un bonito estudio que ado
con panoplias, valiosas tapicerías y m
bles antiguos. Disfrutaba yo en las "Ch
milles" de un bienestar inmenso.

Con todo, en la casa había una perso
ta que, en cierto grado, alteraba la paz.
lú, con sus soberbios ojos, negros como
azabache, era en ciertos días una espe
de potro indomable, un verdadero diabl
Cuando le entraba el acceso, era impe
va, colérica, violenta, hasta el punto de a
jar a la cabeza de cualquiera todo obj
que tuviera a mano. Verdad es que la
maban de un modo indigno. La señora
Manserre le sermoneaba, y a veces p
rrumpía en amenazas, sin llegar jamás a
ejecución de éstas. Decíale, por ejemplo:

—Lulú, si rompes otro cristal te mand
a la cama.

Lulú quebraba tres cristales, y no la
daban a ninguna parte. Si se procur
castigarla, sacándole un juguete, entraba
cóleras terribles a las que sucedían e
mos que engañaban a la tierna madre.

... Arci tenía muy sano criterio para aprobar tanta debilidad, ... mismo criterio, muy discreto, le imponía no inmiscuirse en ...os. Señora, si alguna vez tengo hijos, no les prometeré azo... frecuencia, pero cuando los merezcan, ¡Dios los bendiga!, los ... ¡Lo prometido es deuda!

... de Manserre, que comprendía que la educación de Lulú ...ante que desear, sintió mucho las noticias que le traje de ... Estaba dispuesto a ir en persona a buscar una institutriz a ...do yo recibí de Harris la siguiente esquela:

...do grande hombre: me halaga mucho la confianza que me ...ado usted y, para corresponderle, he revuelto a Roma con ... creo haber encontrado la prenda apetecida. Es una persona ...ra, muy inteligente, a la que usted puede recomendar con la ...ianza. Cuando usted me dió libertad, traté directamente ... del señor de Manserre, y el trato está cerrado. Mi prote... mañana por el tren de la tarde; pida a sus amigos que en... coche a esperarla a Ambérieu, a donde llegará a eso de las ... tarde. Es inútil que me dé las gracias. Bien sabe usted que se ... servirle.

Your old Harris.

...perada carta me puso en gran apuro. Un americano que se ... capaz de todo. Temí que la supuesta institutriz enviada por ...ra alguna muchacha a la que él hubiera seducido, o tal vez ... disfrazado, pues era muy capaz de sacrificar su bigote por ... de embromar al prójimo. Sentí no haberlo instruído con ... la verdadera situación de la señora de Manserre, y me es... la idea de que se pudiera ver en su broma una intención in...

...gracia, su carta me llegó a las doce, aproximadamente, y la ...la debía ponerse en camino una o dos horas más tarde. Im... pues, prevenir el caso. Me decidí a contárselo todo al señor ...rre, que tomó la cosa con buen humor.

... amigo es muy dueño de divertirse a expensas nuestras. Si nos ... aventurera, ya sabremos recibirla.

... es una muchacha honrada — se apresuró a decir su señora—, ...s conocerlo en seguida, y guardémonos bien de molestarla ...tas y miradas impertinentes.

... ¡querida!, ¿ha molestado usted alguna vez a alguien? —le ... —. Encontraría usted algo bueno al diablo en persona con tal ...ra la precaución de presentársele con los codos rotos. Le pre... cosa, y es que, aventurera o no, usted la besará antes de ha...guntado cómo se llama. Creo en el instinto de los niños. Será ...n se encargará de decirnos qué género entra en casa. Pienso ... opinión a la suya.

...mos por reír y bromear acerca de la misteriosa incógnita. El ... Arci, que dibujaba con soltura, hizo una caricatura que re... su entrada en la "Charmilles". Una colombina muy desca...ampía en medio del salón y levantaba en peso a Lulú; de la ... la señora de Manserre salía esta frase: "*decididamente, no es*

... partió el coche para Ambérieu, y por la noche estábamos ... en el salón aguardando su regreso. Soplaba un viento atroz; ...denó una gran tormenta y oímos simultáneamente un trueno ... el trote de los caballos sobre los adoquines del patio. Se ... puerta y apareció la incógnita, envuelta en un gran abrigo ... que le llegaba hasta los talones; el alto cuello levantado ocul... por completo su cara. Se adelantó con paso poco seguro y ... capucha. Con viva sorpresa, vi aparecer un semblante cono... descubrí los ojos que me habían costado diez mil francos o ...menos.

... hombres fueran de buena fe, convendrían en que, en toda ...cia, su primera preocupación es la de ponerse en regla con ... propio. Interrogué el mío y me contestó que mi juventud ... que sonrojarse de haberse enamorado, en la edad de las ... de la persona que se hallaba ante mí. La joven había cam...; ya no era una muchacha, se había formado la mujer. Sus ... eran menos redondas, lo que no me desagradó. Su mirada era ..., y se había impregnado de dulce melancolía. Había visto mu... tristes durante estos seis años y parecía tenerlas guarda... el fondo de sus ojos.

... conoció. Yo estaba sentado en la sombra, oculto detrás de ... cartera en la cual dibujaba algo, y ella muy alterada, por ...ón de la tormenta quizá, o por la de la primera entrevista ...sonas extrañas, temblaba como una azogada. Iba a levantarme ...rrerla, cuando la señora de Manserre, cuyo corazón se decidía ...diato en los asuntos que le tocaban, me previno, y para jus... profecía de su marido, se adelantó vivamente hacia ella, y con ... voz le dijo:

... usted bienvenida a esta casa, señorita, ¡y ojalá llegue a consi... como la suya propia!

..., asiéndola por el talle, quiso llevarla al comedor, para que to... bocado, pero Meta le aseguró que no tenía apetito.

—Mientras le vuelve, siéntese aquí— le dijo la señora de Manserre—. ... presentarle una niña que necesita de toda su indulgencia.

En el interior de la República, el PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS cuenta con el dispensario número 3 en la ciudad de Santa Fe, San Jerónimo 1823, y el número 4 en Tucumán, Las Heras 879; la atención en los mismos es completamente gratuita.

Lulú en ese momento estaba del más detestable humor. Se había empeñado en velar para ver a su institutriz, y desde hacía una hora luchaba contra el sueño. Usted sabe qué amables se ponen los niños que no duermen y tienen sueño. Al entrar la extraña, Lulú retrocedió hasta la pared de enfrente, en la cual se apoyó con las manos detrás de la espalda, con un aire que quería significar:

"He aquí el enemigo".

En vano la llamó su madre; la niña no se movió. La señorita Holdenis, inclinada hacia ella, le tendió los brazos diciendo:

—¿Me tiene usted miedo? ¿Tan terrible aspecto tengo?

Lulú permaneció callada y se volvió hacia la pared. Meta se sacó el abrigo y los guantes, abrió el piano y comenzó a tocar una sonata de Mozart.

En mi vida, sólo he conocido dos mujeres que entendiesen a Mozart, y ella era una de éstas, de modo que se la presento a usted, señora, como una música bien extraña. Lulú advirtió el encanto que se desprendía de estas armonías. Paso a paso se acercó al piano y cuando la institutriz dejó de tocar:

—Sigue — le dijo en tono de reproche.

—No, estoy cansada.

—¿Tocarás mañana?

—Si Lulú es buena, sí — contestó Meta, y, al decir esto se sentó en una butaca, sin aparentar la menor importancia al agrado de la niña, que, molesta por esta indiferencia, le dijo:

—Eres mi maestra: ¿crees por ventura que mandarás en mí?

—Ya veremos.

—¿Crees igualmente que te voy a besar?

—¡Cosas más raras se han visto en el mundo!

Cada vez más admirada, Lulú se acercó a ella y le tiró del vestido. Meta volvió la cabeza hacia ella, abrió los brazos, y un momento después, como vencida por suave magnetismo, la niña se hallaba acostada en su regazo y le decía:

—¿Qué tienes aquí, en la mejilla izquierda?

—Un lunar...

—Es bonito. Sin embargo no eres tan linda como mi mamá — contestó Lulú —; pero pareces buena.

Pasados tres minutos dormía como una santa, y su institutriz sonreía mirándola. Formaban un bello grupo, del cual conservo un apunte. Meta se levantó para llevar a la niña a su camita. La señora de Manserre quiso oponerse, diciéndole que este cuidado pertenecía a la doncella.

—Permítame usted, señora —contestó Meta con suave voz —; la despertarán al desnudarla y es preferible que esté yo.

Salió con su precioso fardo, seguida por la señora de Manserre, que al pasar me dijo:

—Es encantadora; escríbale a su amigo dándole las gracias por el tesoro que nos envió.

Un cuarto de hora después volvió con una carta, que la señorita Holdenis había traído, y que decía así:

Muy distinguido señor mío:

La pérdida de mi fortuna y la dificultad de mantener a mi numerosa familia, me obligan a separarme de lo que más amo en el mundo. Es una prueba cruel que me impone Dios. No pensaba que llegase el día en que mi pobre Meta se viera reducida a ganarse el sustento. Había soñado para ella con un porvenir más risueño. Permita usted a un padre recomendar calurosamente a su bondad y a la de su digna esposa esta pobre y buena niña. Estoy seguro de que ustedes apreciarán la nobleza de su carácter y la elevación de sus sentimientos. Enseñará el alemán a su amable niñita y también a elevar su alma hacia el cielo y a preferir por sobre todos los bienes de la tierra este ideal supremo que es el alimento del corazón y el pan del alma. Acepte usted, muy apreciable señor mío, la expre[...] del respeto de su humilde servidor.

BENITO HOLDENIS.

Al entregarme esta carta para que la [...] yera, el señor de Manserre subrayó con [...] uña estas tres palabras: "*su digna espo[...]*" y me dijo al oído:

—Tendremos que dar enojosas expli[...] ciones; su amigo de usted debía hab[...] encargado de ellas.

—No podía explicar lo que él mismo [...] nora —le respondí.

Entregué la carta al señor de Arcí, qu[...] hizo un mohín y dijo:

—Es alemana, se llama Meta, y ad[...] el ideal: ¡sálvese el que pueda!

Y volviéndose hacia la señora de Manse[...]

—Señora —dijo—: usted la ofendió pro[...] niéndole que cenara. ¿Cree usted que [...] me y bebe? Eso lo deja para los "[...] ches" (1).

—Le repito que es encantadora —le c[...] testó—, y que la quiero ya mucho.

—Lo que me agrada en ella —dijo la [...] ñora de Arcí— es que no gasta coquete[...] Otra hubiera dejado su impermeable en [...] antesala.

—Si se me pregunta mi opinión —dijo [...] señor de Manserre—, diré que echo de [...] nos a Colombina y sus piruetas. La enc[...] tadora Meta me recuerda aquella señora [...] la que se decía que sus hermosos ojos [...] su lindo cutis servían tan sólo para ilu[...] nar su fealdad.

—¿Está usted seguro de que es fea? [...] pregunté yo—. Hay que desconfiar de [...] primera impresión. Conocí gente que al [...] gar a Roma encontraba horrible la ciu[...] y ocho meses después estaba aún en [...] sin poder decidirse a dejarla.

—Cierto es —dijo el señor de Arcí [...] su tono irónico— que hasta ahora no co[...] cemos más que los alrededores. ¿Le [...] permitido a usted visitar el Coliseo?

—No más bromas pesadas —dijo la señ[...] de Manserre dándole un golpecito en la [...] ca con su abanico—, si no, suplicaremos [...] la señorita Holdenis que le dé unas [...] cioncitas de idealismo.

—Mi yerno tiene razón —dijo el señ[...] de Manserre—. Creo como él que Tony [...] see luces especiales acerca de los atra[...] vos de la institutriz de Lulú. Tony: ¿q[...] re hacer el favor de explicarnos en [...] consiste la broma de su amigo Harris?

—Tan sólo en esto —le contesté—: [...] se empeñó en que hiciera yo una bu[...] acción en la cual debí pensar antes. El [...] ñor Holdenis, en un momento de apu[...] me tomó prestado un poco dinero, y [...] hija vendió un brazalete para devolv[...] melo. Un rasgo tan hermoso merecía [...] recompensado.

—¿Y desde que es usted rico le habrá [...] vuelto ya diez brazaletes?

—¡Quiá! ¡No señor! Es muy conveni[...] te enseñar a las hijas a que paguen las d[...] das de su padre.

—Me tranquiliza del todo —dijo rién[...] se—. He aquí una ocurrencia que no h[...] le a enamorado.

—¡Pobre chica! —exclamó la señora [...] Manserre, a quien este relato había lle[...] do al alma —. ¡Qué candor hay en su [...] rada! ¡Cómo se refleja su hermosa alma [...] su semblante! Hace un instante me ha[...] apartado de ella, para llamar a la criada [...] tardaba en llegar: cuando volví la enco[...] de rodillas en el suelo delante de la [...] donde dormía Lulú, y rezando con un f[...] vor que me conmovió. Al verme se [...]

(1) Vocablo despectivo con que los alem[...] designan a los franceses.

... como si la hubiera sorprendido cometiendo un pecado mortal... Pero ahora comprendo: ¿qué va a enseñar a Lulú?

—Que le enseñe que está prohibido romper los vidrios de los invernaderos y tirar los platos a la cabeza de la gente, estaremos contentos —dijo el dueño de la casa y nos fuimos a dormir.

Para llegar a mi departamento, tenía que pasar por todo el corredor al que daba la puerta de la *nursery*. Estaba entreabierta, y no pude menos que empujarla un poco, viendo a Meta atareada en desocupar sus baúles y en arreglar sus trapos en la estantería. La miraba hacía un rato, cuando por fin se le ocurrió volver la cabeza hacia mí.

—¡Y bien! —le dije en alemán— ¿Me ha reconocido usted ahora?

Dió un paso atrás, y exclamó:

—¡Usted aquí!

—¿No le dijeron que formaba parte de la familia?

—Si el señor Harris hubiera sido menos discreto, es probable que yo no hubiera venido.

Y añadió, luego de una corta pausa:

—Me causaría mucha pena pensar que en esta casa donde me acogen con tal agrado, me haya encontrado a un enemigo.

—¡Un enemigo! ¿Cómo es eso? Yo seré para usted lo que usted quiera; disponga de mí. ¿Quiere que me acuerde de todo, o que lo olvide?

—¡Ya no quiero nada, no deseo nada! —dijo con una amarga tristeza—; gracias que he encontrado aquí una obra por hacer, y ruego al Señor que me auxilie para que lo consiga— y con el dedo me indicó la cama donde dormía Lulú. Luego añadió con una triste sonrisa:— ¿Pero qué tienen que hacer en esta habitación sus recuerdos o sus olvidos? — Y suavemente, elevando sus ojos hacia los míos, me cerró la puerta en las narices.

Aquella misma noche escribí a Harris: *Mi estimado amigo: ha querido usted probarme que tarde o temprano las montañas llegan a encontrarse. Tranquilícese: ¡no se chocarán!*

Durante toda la noche, y hasta la mañana, los perros guardianes del castillo armaron un estrépito horrible. Al otro día, durante el almuerzo, la señora de Manserre, a quien los ladridos habían despertado, nos preguntó qué los había excitado en esta forma. Un criado le respondió que una banda de gitanos había establecido su campamento en el vecindario. Entonces rogó a Meta que vigilase mucho a Lulú durante unos días, y que no paseara con ella por el parque. Señora: ¡qué fácil sería la vida si sólo tuviéramos que defendernos de los gitanos y de los facinerosos!

III

Si pasa usted alguna vez por Crémieu, le aconsejo que se detenga en ese lugar. Imagínese una antigua villa dominada por un lado por una terraza natural, con murallas cortadas a pico, y por las ruinas de un viejo convento fortificado; por el otro, por unas inmensas rocas que las viñas escalan y se encuentran coronadas por los restos de un castillo revestido de yedra de arriba abajo. Esta pequeña villa, cuyos hoteles son recomendables, ocupa el centro de un círculo de montañas, que se abre hacia el poniente y da vista al valle sinuoso donde el Ródano busca su camino, para ir a Lyón. Crémieu es un lugar delicioso para todo el mundo, pero sobre todo para los artistas. Estos pueden forjarse la ilusión de que están en Italia, tan revestidas de majestad clásica están las líneas del paisaje; tan pletórico de color es el terreno, y tan rubia o dorada es la roca, que se pudiera exclamar como la Sulamita:

"¡Ved cómo me ha mordido el sol!"

Allí, en un angosto espacio, están reunidas las variedades de puntos de vista más opuestos. Amplio o reducido horizonte, montes y vegas; arriba, bosques de encinas entre los que serpentean las sendas, entre las zarzas y bojes; abajo, la frescura de los nogales, la alegría de las parras, los anchos caminos bordeados de cortinas de chopos; aquí, cañadas profundas donde murmura un claro riachuelo; allá, bajo cielo inmenso, pantanos sembrados de álamos que se bañan en aguas negras y perezosas. ¿Le agrada un campo fértil, risueño, sembrado de trébol, o de maíz, y atravesado por viñas que forman arcadas? ¿Le place aún más vegas áridas, arenosas, dominadas por alguna peña poblada de fresca verdura? En Crémieu encontrará todo lo que le pueda apetecer. En las "Charmilles" yo habitaba una torre saliente, y una de mis ventanas daba sobre el agreste valle, cuya entrada ocupa el castillo; la otra, a la vega que desplegaba delante de mis ojos un complicado panorama de líneas armoniosas y de planos superpuestos, y donde veía a trechos cabrillear las aguas del Ródano. Con sólo atravesar mi habitación podía pasar de "Poussin" a "Salvator", del estilo a la fantasía.

Mientras admiraba y recorría ese maravilloso lugar, Meta Holdenis conquistaba tranquilamente a todos los moradores de las "Charmilles". En pocos días logró domar a la indócil Lulú. Había pedido que nadie se interpusiera entre la niña y ella, que nadie levantara los castigos ni modificase las prohibiciones que considerase ella oportunos. Fué una condición difícil de obtener de la señora de Manserre: sin embargo, se rindió a las razones de su esposo. A la primera falta grave que cometió la niña, su institutriz se encerró con ella en una amplia habitación donde no había nada que romper. Se sentó junto a la ventana y se puso a coser, dejando a Lulú que gritase cuanto le diese la gana; y en verdad no se quedó corta la niña. Pateó, tiró las sillas, dió gritos que eran verdaderos alaridos; en una palabra, durante tres horas hizo tal estrépito que no se hubiera oído tronar. La institutriz siguió cosiendo tranquilamente, sin emocionarse ni irritarse por aquel ruido infernal, hasta que agobiada, sin voz y sin fuerzas ya, Lulú se durmió en el suelo. Después de dos o tres pruebas de este género, la niña comprendió que había dado con la horma de su zapato, y como, a pesar de todo, la instituriz no le pedía nada que no fuera razonable, lo mejor era someterse voluntariamente. Así son los niños: estiman lo que les resiste, y la razón tranquila que no razona, obra sobre ellos como un encanto. Lulú, que a pesar de sus caprichos era una niña de buen fondo, fué tomando poco a poco cariño a su instituriz, hasta el punto de no querer apartarse de ella y de preferir a veces a los juegos las lecciones que de ella recibía. Esta hábil maestra sabía despertar en ella la curiosidad e interesar su espíritu, razonando siempre las lecciones con frases agradables y amenas. De modo que se hizo una metamorfosis tan rápida en los modales de la niña, que todo el mundo se admiró de ello; cuando amagaba una rabieta, bastaba una mirada de su profesora para

calmarla. Parecía milagroso. Una dulce firmeza, la constancia, la sangre fría e inagotable paciencia, son cualidades que siempre harán maravillas; pero hay que convenir, señora, en que estas cualidades son muy ra

No sé dónde encontraba tiempo Me para hacerlo todo sin aparentar jamás dar importancia a lo que hacía. La educación de Lulú no era una ganga, por lo cual bien pronto se le dió el cargo de intendenta. La señora de Manserre tenía demasiado tierno el corazón para saber gobernar una casa. Su principal cuidado era el de no ver a su alrededor más que semblantes risueños. Recuerdo que un día, en una fonducha de los alrededores de Roma, donde nos había hecho refugiar la lluvia, se impuso el esfuerzo de comer hasta el último trozo de una pésima tortilla, para no humillar el amor propio del fondista. Ella misma confesaba su flaqueza.

"—Cuando, después de reñir a mi doncella, pone ésta mala cara, la colmo de atenciones para que no se moleste".

Sus criados, a quienes consideraba demasiado, abusaban de su bondad. No estuv mucho tiempo Meta sin advertir que ciertos servicios se hacían mal. Después de la observación que hizo de ello, el señor de Manserre, que tenía poco apego al dinero, pero al que gustaba el orden en todo, rogó a su mujer que hiciese a Meta partícipe de gobierno de la casa, la cual en poco tiemp estuvo tan reformada como Lulú. Estaba en todo, en el cuarto de la ropa como en cocina; en todas partes se oía su pasito de ratón y se veía flotar en los largos corredores la cola de su vestido gris, que, sin ser nuevo, era tan limpio y tan fresco q parecía recién salido de manos de la costurera. A los criados no les agradó su autoridad, y tuvo que soportar más de un improperio, pero consiguió desarmar las fa miliaridades y los malos modos, con su inalterable cortesía. Tenía condiciones especiales para domesticar toda clase de animales; baste decir que desde los primer días los perros-dogos la acataron. A deci verdad, esta era su vocación.

A las seis, el ratoncito abandonaba su pelaje gris, para ponerse un vestido de seda negro, que adornaba por lo regular co un lazo rojo; colocábase otro igual en cabello, y de este modo llegaba a la mesa para la cena, durante la cual hablaba poco ocupándose en vigilar los arrebatos de Lulú. Entre ocho y nueve iba a acostar a niña, y en seguida volvía a la sala donde la esperaban con impaciencia. A todos, en las "Charmilles", pero en particular al señor de Manserre, gustaba con delirio música, y nadie era músico, excepto la señora de Arci, que tenía agradable y afinada voz, pero tímida. No conozco ejemplo de memoria musical comparable a la de Meta; su cabeza era un repertorio completo de óperas, de oratorios y de sonatas. Tocaba o cantaba todas las arias que se le pedían, supliendo lo mejor que le era posible lo que se le podía escapar. Después, para su propio placer, terminaba el concierto con una pieza de Mozart. En seguida se animaba su rostro, sus ojos centelleaban, y entonces era cuando, según la ocurrencia del señor de Manserre, su fealdad llegaba a ser luminosa; pero había acabado por convenir conmigo en que Velázquez y Rembrandt hubieran preferido quizá esta fealdad a la belleza.

Veinte días después de su llegada a las "Charmilles", Meta Holdenis había sabido con tanto acierto colocarse en tal lugar, que parecía que siempre hubiese formado parte de la casa y hubiera costado trabaj prescindir de ella. Si en las horas de reunión en la sala, estaba retenida en su pie-

... se preguntaban: "¿No está aquí ...nta Holdenis? ¿Dónde puede estar?" ...uo señor de Arci, en sus días de ...mor, confesaba que comenzaba a ...rse con el ideal, que hasta en... no había creído tan sociable. La ... de Manserre no se cansaba de ala... ...el hechizo de maestra. La llamaba ..., y a menudo bendecía al ameri... Harris por haberle enviado aquella ... joven, de corazón ingenuo y puro ... cielo de primavera. Así expresa... ...tusiasmo, y a mí no me parecía mal. ... día me llamó aparte y me dijo ...me convicción, que su conciencia ...ía el deber de *explicarlo todo* a Me... ...e me suplicaba me encargase de ello. ... sé —añadió— cómo hablan de nos... ...era de aquí; pero me desolaría que ...ita Holdenis se enterara por otra ..., y no por nosotros, de lo que yo ...to como de la desgracia que acom... ... nacimiento de mi hija. Espero que ...elación no cambiará en nada el ca... ... nos tiene, y del cual nos lleva ...tantas preciosas pruebas. Aun cuan... ...rriese de otro modo, la lealtad nos ... el no dejarle por más tiempo ig... ... lo que hubiera debido saber antes ...rar en esta casa.

...contesté que aprobaba sus escrúpu... ...e prometí hacer lo que me pedía. ...oportunidad de cumplir con mi pro... ... encontré al otro día mismo. Salí ...e las cuatro de la tarde, y llegué ...a aldea de pintorescos alrededores, ... llama Villa Moirieu. La señorita ... también había salido a pasear con ... en coche descubierto, y quiso ...d que el coche se cruzase con... ... lo alto de la cuesta que hay a la ... del pueblo. Propuse a Meta que ... me acompañara a un bonito ce... ... cercano, junto a una iglesia rús... ...desde el cual se disfruta de un her... ...saje. Se dejó tentar por la propo... ... me siguió llevando a Lulú de .... El cementerio, del cual le hice ...res, merece realmente que se le ...más he visto otro tan poblado de ... y de flores. Cuando entramos, un ...ce llorón proyectaba dulce sombra ...l el sol se divertía en pintar ara... Las rosas y las margaritas en flor ... tanto como los insectos de to... ..., cuya música distraía sin duda ...uertos, sin molestarlos. (¿No ha ...gradable, para un difunto, oír desde ... reposo un indeciso ruido de vida que ... proporcionar dulces ensueños?)

... asiento en un muro bajito he... ... piedras y lodo, y como Lulú no ... en este lugar bastante espacio ...zar, le señalé en el prado, que ... por el otro lado y junto al ... una bonita mariposa, y le aconsejé ...rriese tras ella, a lo que la insti... ...no puso reparo.

...bía propuesto estar un rato a solas ...Meta, para darle las explicaciones con... ... con la señora de Manserre; no ... empecé por hablarle de cosas muy ...es. Hay días, señora, en que, sin ... el vino, siento una especie de em...; es una mala broma que me jue... ...imaginación, que se embriaga con el ... de vivir, como las urracas cuando ...muchas guindas.

... día había enviado un cuadro a la ... que me lo encargara, y, al co... en la caja, había declarado como el ... del mundo al terminar la creación: ... obra era buena. Además, el tiempo ...éndido; unas nubes que paseaban ... cielo azul proyectaban su movible ... por la pradera. Esas sombras se... ... mensajeras que viniesen a traer ... noticias a alguien. Añada usted a todo esto, que desde hacía tres semanas, jueces desinteresados alababan grandemente delante de mí a una persona que antiguamente me recitaba *el rey de Tulé*, y me había permitido llamarla *Maüschen*, y no le extrañará que, mientras caminaba, hubieran cruzado ciertos pensamientos por mi cabeza, y agitado una serie de "*sí*" de "*quizá*", a los cuales contestaba: "Y después de todo, ¿por qué no?" Además, Meta llevaba un vestido nuevo, de un hermoso color marrón, que le había hecho la modista de la señora de Manserre, y que le sentaba maravillosamente. En fin, dígnese usted tomar en cuenta que estábamos sentados uno frente al otro en el más amable de los cementerios, y que al levantar la vista, veía precisamente una maceta de mirto [1]. Señora: el mirto, las nubes y el vestido fueron causa de que, apenas Lulú se hubo alejado, exclamase yo bruscamente, señalándola con el dedo:

—¡Con todo, si Tony Flamerín se hubiera casado hace seis años con Meta Holdenis, tendrían hoy, para jugar, una muñeca aun más bonita que esta!

La pared de la iglesia hacía eco, y repetía una por una todas mis palabras. Meta, que no se las esperaba, se estremeció como si un petardo le hubiera estallado en la mano, e inclinó por encima de la pared su semblante, que se había sonrojado.

—¡Lulú, nenita mía —exclamó—, haría usted mejor en volver!

—¿La he ofendido, por ventura? Me parece que lo que acabo de decir es razonable —continué.

—Nunca es razonable —dijo con voz breve— lamentarse de una felicidad despreciada en otro tiempo.

—¡Ah!, permítame, usted: ¿quién de nosotros no quiso? —expresé. Y con la punta del bastón dibujé en el suelo una corona de violetas, en medio de la cual tracé estas palabras: "señora baronesa de Grüneck."

Al ver esto, Meta quedó aturdida, miró con asombro mi bastón y a mí. Por fin, comprendió:

—¡Y por eso —exclamó juntando las manos— escribió usted debajo de mi retrato: "Adora las estrellas y al barón Grüneck"! Esa corona, esa inscripción... ¿No conoció usted, entonces, la letra de mi hermana Tecla? Fué una broma que me dió, sabiendo mi aversión por mi caduco pretendiente. Cuando usted me sorprendió, caballero, con la cabeza entre las manos, no estaba en éxtasis, sino que meditaba una venganza. ¿Pudo usted creer seriamente?...

Se interrumpió; llenáronsele de lágrimas los ojos. Pasaba el dedo por una grieta del muro y rascando con la uña arrancaba el musgo. Luego prosiguió:

—¿Quiere que le diga la verdadera razón que ha tenido usted para no casarse con Meta Holdenis? Pues que la pobre *Maüschen* era hija de un hombre arruinado.

Entonces fuí yo quien dió un salto.

—¿El señor Holdenis —le pregunté vivamente— ha recuperado su fortuna?

—¡Vaya una pregunta! ¿Sin una apremiante necesidad, hubiera consentido en alejarme de él?

—Muy bien, todo se puede arreglar, y algún día la historia contará que Tony Flamerín, aquí presente, luego de volver a hallar al cabo de seis años a Meta Holdenis, que también está aquí; después de llevarla a un bello cementerio lleno de rosas y cerca de una iglesia que tiene eco, le pidió su mano que ella le otorgó.

Púsose de pie Meta y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Lulú, es hora de marcharnos!

Pero la emoción apagó su voz y la chiquilla no la oyó.

[1] En algunos países el mirto está considerado como la flor simbólica del matrimonio.



La obligué a que se volviera a sentar.

—Deje usted tranquila a Lulú con sus mariposas —le dije— y escúcheme. ¡Qué diablo!, explicarse honrosamente a uso de Borgoña no ha hecho nunca daño a nadie. No le diré que la adoro; no le describiré el martirio de mi alma. Primero, porque la aburriría mucho, y después, porque sería mentir. Varias veces creí que me había enamorado; pero no me ocurrió eso más que una vez: el año pasado en Madrid. Mi amada era una pintura de Velázquez, a la que llaman el cuadro de las *Lanzas*. Después de ver ese endiablado lienzo, tuve diez días de fiebre y diez noches de insomnio. Entonces fué cuando conocí el amor; pero la divina locura no llena la existencia ni el corazón. Hay casas en donde se celebra, una vez cada ocho días, un festín de emperador y el resto de la semana se come pan seco. ¡Vivan los banquetes! Pero una buena comidita todos los días tiene su valor, y el diario del corazón es una querida compañera de la cual no se puede ya prescindir, una amistad compartida, acompañada de un imperioso deseo de vivir juntos. Se lo declaro con toda sinceridad, no he hallado nunca más que una sola mujer que me haya inspirado el deseo de vivir con ella: es la misma que está sentada en este muro a mi lado, y que lo reúne todo: la inteligencia, la cordura, la dulzura de los fuertes, el atractivo de los humildes, sin contar con que le agrada el color gris, el marrón y el rosa, lo mismo que a mí. Ya no hay más que un medio de vivir honestamente juntos: el de casarse, pues desde el primer momento que la he visto, me ha entrado —¡qué diantre!— el deseo de casarme con usted. Esta idea, que al pronto me pareció una majadería, hoy la considero ingeniosísima. ¡Maldito sea el barón de Grüneck; sin él, ahora sería usted mi esposa! Mas, lo que no se ha hecho entonces, puede hacerse hoy. Y después de todo, es mejor que hayamos esperado. Antes, ¿cómo lo diré?, me inspiraba usted más deseo que cariño; ahora, éste es mayor que aquél. Además, en aquellos tiempos yo no era nadie y no podía ofrecerle más que una cabeza llena de viento y dos manos vacías. Hoy no soy el Gran Mogol, pero sí ¡alguien!: ya tenemos un nombre, un porvenir asegurado. El animal está lanzado ¡bravo! ¡mi esposa tendrá rentas!

Me escuchaba en silencio, con recogimiento; la cabeza inclinada, y los ojos mirando al suelo. Sus manos temblaban levemente, y de vez en cuando veía dilatársele el pecho, lo que me daba buena esperanza. Al oír la palabra "rentas", hizo un gesto de indignación. Me señaló, con la sombrilla, grabado en letras de oro, en una piedra tumular, este verso compuesto por el autor de Jocelyn, para uno de sus amigos que duerme bajo ese mármol:

Muy cerca de su cuna, su tumba fué [dispuesta;
Encerró poco espacio su vida y su dolor;
Contento con su dicha, supo reconcentrarla
En los queridos seres a quienes debía amor.

—La poesía es cosa hermosa —exclamé—, más un poco de dinero no la echa a perder, y le garantizo que mi esposa... Perdone, me olvidaba de que no es mía aun—. Y alargando el cuello añadí: —Querido ratoncito de mi corazón, ¿me quiere usted? Si dice usted no, partiré mañana para París y allí me ahorcaré, o no, según caigan las pesas. Si dice usted sí, sentiré un derroche de alegría, que se traducirá en brincos y saltos, y soy capaz de enseñar a Lulú cómo se puede andar con la cabeza para abajo. Quizá pedirá usted tiempo. Cuando tenga en mi bolsillo una promesa auténtica, escrita y firmada en buena forma, esperaré todo el tiempo que usted quiera; soy paciente.

Alzó la cabeza y me dijo:

—Las alemanas tienen la mala costumbre de hablar en serio de las cosas serias; por eso en Francia no saben muchas veces qué decir; es tan difícil saber cuando un francés bromea o habla formalmente... No digo ni sí ni no... no me fío...

—Míreme —le dije—. Estoy más serio que un policía cuando tiene asuntos difíciles, y le aseguro que no saldrá usted de este cementerio sin haberme dado una respuesta.

Y al decir estas palabras le tomé la mano. Ella procuró desasirse, pero la sujetaba yo con fuerza. Buscó a Lulú con la vista, y abrió la boca para llamarla, pero la niña estaba absorta; acababa de acostarse de espaldas en el suelo, y seguía con los ojos el vuelo de las nubes, conversaba en voz alta con ellas, y con la punta de una larga varita que tenía en las manos, les señalaba el camino que deberían seguir.

—No sirven los pretextos —le dije a Meta—. Me contestará usted. Pienso probarle que un borgoñón es más testarudo que una alemana—. Y agregué: —Dulce mano que tengo entre las mías, tú que me has revelado a Mozart y que un día me señalaste todas las estrellas del cielo, llamándolas por su nombre, tienes la cordura de no menospreciar nada, ni la aguja de coser ni la de calcetar, ni la plancha. Reúnes todas las gracias, todas las perfecciones y ciencias, y te declaro que tu destino es el de pertenecerme, que has sido creada para mi felicidad, para señalar a mi vida el sendero que debe seguir y para pegar los botones de mis ropas. Si alguna vez hago algo que te contraríe, te presentaré mis mejillas y tus bofetadas me resultarán deliciosas. Manecita suave y húmeda que te contraes en la mía como una serpiente, ¿quieres ser mía? Habla, revélame tu secreto.

LA MUJER HERMOSA



El lector que observe con mucha atención y minuciosidad esta foto, no podrá menos que preguntarse: "¿Habrá en el mundo alguna mujer más hermosa que la que aquí estoy viendo?". Y nosotros le responderemos en seguida: "¡Sí, Lana Turner!". No nos creerá el exigente lector, porque son muy contados en este mundo los especímenes aptos para representar con honor a la especie humana en una exposición zoológica universal, y el suertudo hecho de hallar un caso tan satisfactorio como el presente aleja la posibilidad de encontrar otro mejor inmediatamente. Sin embargo, es verdad que así sucede ahora: Lana Turner es más hermosa que la figura que vemos en esta foto, en esta deficiente foto de... Lana Turner.

Alzó de nuevo sus grandes y cándido[s]
y me contestó:

—Usted es francés y artista, y me [...]
vidado durante seis años. Deseo refle[...]
Si dentro de dos meses... Mire, tengo [...]
perstición de los aniversarios. El 1º de se[...]
bre de 1863 estábamos sentados una no[...]
un banco, y usted me contó locuras. El p[...]
de septiembre de este año volveremos [...]
a este cementerio. Las rosas se habrán s[...]
tal vez habrá otras. Nos sentaremos e[...]
muro, como ahora, y yo le diré sí o n[...]

—¡Está dicho! —exclamé, y le solté la [...]
—¿Y me permite usted ahora que ll[...]
Lulú?

—Espere otro poco —murmuré—. Lu[...]
ha terminado de charlar con las nubes, [...]
no he comenzado aún a cumplir con u[...]
cargo que me dieron. Es una aventur[a]
debo contar y que le interesará sin dud[a]

La joven escuchó con extremada ate[...]
mi relato hasta el final. Desde las prime[...]
labras cambió de expresión y de actit[...]
intervalos fruncía el entrecejo y mord[...]
labios, o bien escarbaba el suelo con la [...]
brilla, o apoyando la barba en la palma [...]
mano interrogaba al horizonte para buscar [...]
en él. Cuando concluí, le dije:

—Parece usted muy impresionada por [...]
lato.

Me contestó que de haberlo sabido [...]
probablemente no hubiera venido a las "[...]
milles", porque no hubiese podido venc[...]
escrúpulos de su pobre padre.

Yo pensé que el tal *pobre padre* era [...]
jeto muy singular, para permitirse el lu[...]
tener escrúpulos, y que, cuando me casa[...]
le permitiría que frecuentase mucho mi [...]
Luego Meta me citó el proverbio alemá[...]
dice: "Cantaré la canción del que me dé el [...]
"*wess' Brod ich esse, dess' Lied ich sin*[...]

—Es difícil —agregó— persuadir al mun[...]
que se desaprueba los principios de la g[...]
quien se ama y se sirve.

Le respondí que el cuidado de su buen [...]
bre tocaba sobre todo a Tony Flamerín[...]
no tenía nada que temer bajo ese co[...]
y que además los señores de Manserre [...]
bían pecado por principio, que sólo una [...]
fatalidad se oponía a que se casasen, y [...]
día en que lo llegasen a poder cumplir [...]
el más dichoso de su vida.

Ella estaba en vena de predicar, y lo [...]
en un tono docto y convencido, que n[...]
desagradable.

—Es una tarea bien delicada —me dij[...]
de criar a una niña que debe la vida [...]
falta. ¿Cómo enseñarle a conciliar el r[...]
que debe a la ley divina y el que debe [...]
padres?

Le expresé que Lulú era muy jovencit[a]
y que no veía la urgente necesidad de [...]
carle ciertas cosas.

Luego de permanecer silenciosa unos [...]
mentos exclamó:

—Si quisiera irme, ya no podría. Un m[...]
ha bastado para encariñarme con esta n[...]
me costaría mucho separarme de ella. M[...]
rece que tengo el cargo de salvar su p[...]
alma.

—Hasta el primero de septiembre —le [...]
pondí—. Por cierto que se puede co[...]
todo. Si a usted le agrada, podrá, desp[...]
matrimonio, seguir ocupándose de esta [...]
Pasará ella los inviernos en París y n[...]
el verano en las "Charmilles". Ya ve qu[...]
un marido complaciente.

No pareció oírme y siguió escarbando [...]
rra con la sombrilla. Me hizo preguntas a[...]
pósito de ciertos detalles de mi relato, [...]
los cuales había yo pasado ligeramente, [...]
le interesaban mucho.

—Es una verdadera novela —me dijo—[...]
las únicas que me agradan son aquellas [...]
cuales los héroes son pobres; los seño[...]
Manserre son ricos, muy ricos, ¿no es [...]

...señora de Manserre dejó su dote entre ... de su primer marido, pero luego he... su padre.

...ién pertenecen las "Charmilles"?

...ñor de Manserre, que posee además ... en París. A riesgo de hacerle perder ...ción, debo confesar que el "pobre" ...iene doscientos mil francos de renta. ...d pronuncia la palabra "renta" con ...fasis —manifestó—; se le llena la boca. ...pito, desde muy niña no me gustaban ... las novelas en las que el hambre se ... la sed. La que usted me ha referido, ...ría más si los señores de Manserre ...n fugado juntos para vivir en una ...hardilla, donde hubieran trabajado, ... ¡Santa pobreza! —exclamó con cierta ...—; lo purificas todo. ¡Reemplazas a ...cia! ¡Eres la poesía y la felicidad! ... contestarle, pero Lulú llegó sin que ...ra. Meta dió unos pasos para salir a ...tro, y levantándola en sus brazos la ... contra su corazón con un ímpetu de ...e hubiera encantado a la señora de ... Volvimos al coche, en el que se me ...gar. La niña no tardó en dar cabe... dormirse; Meta la acostó en su regazo. ...eces procuré reanudar la conversación, ... contestó distraída. Miraba vagamente ... absorta en sus pensamientos.

... nos aproximamos a la verja del cas... preguntó:

... usted que los señores de Manserre ...?

...rían más aun, si pudieran casarse; ...a el hábito de tantas cosas...

...bre ha nacido para el orden —con... cuando lo olvida, éste se venga.

...ció que exageraba la nota grave. Le ...llas con una hierba que había arran... el cementerio.

...e me tranquiliza acerca de esta casa ...en —dije— es que los armarios-roperos ... abogarán por ella ante el tribunal ...tán tan bien arreglados, que desde ... los cielos, el ejército de querubines ...pla complacido.

...rancó de la mano la hierba y me

...ere usted agradarme, procure ser me... y menos artista —y añadió—: Pro...ue no hablará a nadie de lo que ha ... entre nosotros, y que ni a mí ... lo recordará antes del 1º de sep...

...sté con uno de los cuatro versos que ...rado:

...o de su dicha, supo reconcentrar-

...mesa, y durante la reunión, multiplicó ...nes respetuosas para la señora de ... parecía querer probarle que, a pe...r enterada de todo, no le tenía me...deración y afecto. Hasta excedió la ... darle las buenas noches, le tomó ... la llevó devotamente a sus labios. ... querida —le dijo la señora—, desde ... está aquí, es la primera cosa suya ... desagradado. Quiero enseñarle cómo ...los amigas.

...guido, la besó tiernamente en las me...

IV

... deba reconocer con justicia que Me... emplear tan sabiamente el tiempo que ...encontraba lugar para todo, en seis ...o halló ni un momento para conver... sola vez a solas con un servidor de ... No parecía huir de mí, pero no me ... Una institutriz tiene sin duda que ...pre en guardia contra ella misma. ... le había sobrevenido un suplemento ...ión. El señor de Arcí marchó a pasar ...rada en una finca que había heredado ...ena, y pocos días después su señora ... reunirse con él. Su padre se separó de

ella con sentimiento. Estaba concluyendo el segundo tomo de su Historia de Florencia, y pensaba mandarlo a la imprenta en cuanto se terminara de copiar. Como le estaba ordenado por el médico que no se cansara la vista, su hija era la encargada de copiar el manuscrito, lleno de correcciones y de notas, y, en aquel fárrago, su buen juicio la guiaba maravillosamente. Cuando se marchó, el señor de Manserre quiso tomar un secretario. Meta se ofreció, negóse él primero, pero al fin aceptó. Bien pronto estuvo encantado de su nueva secretaria. Meta tenía aún mejor letra que la señora de Arcí, y lo que más le agradó, fué que tomó tanto gusto a su noble tarea, que le costaba trabajo separarse de ella. La historia de Florencia le parecía admirable, y el historiador un gran hombre. Son cosas éstas que no le desagrada a un autor que se le repitan: hay algunos que sienten no poder dar rentas a todos aquellos que lo admiran, sólo que todo el mundo no alcanza el mismo grado en el arte de la admiración. La voz, el gesto, no bastan; es menester que la mirada se una a ellos, que acentúe el elogio, y que sus caricias impongan a la modestia del paciente un delicioso suplicio. La mirada de Meta hablaba con elocuencia. Saint-Simón dijo de una gran dama de su tiempo, que era: "morena con ojos azules, que decían sin cesar todo lo que ella quería". Meta Holdenis se parecía muchísimo a aquella gran dama.

Aun prestó al señor de Manserre otro servicio más importante, pues le salvó la vida o poco menos. El diplomático padecía a veces de los nervios. El remedio que usaba para calmarlos era salir de noche a caballo y dar largos paseos por el campo, y el cansancio traía el sueño. En uno de esos paseos nocturnos se resfrió y el catarro degeneró en pleuresía que llegó a un estado grave. Su mujer quiso primero cuidarlo y velar sola; pronto agotó sus fuerzas y tuvo que dejarse reemplazar por Meta. Como fuera agravándose el mal, estaba devorada de inquietud, que no sabía dominar ni ocultar, y el médico le ordenó que no se acercara más al enfermo. Se discutió acerca de la conveniencia de llamar a la señora de Arcí. Meta aseguró que ella sola bastaría para todo, y cumplió su palabra. Cuando el señor de Manserre, que en su enfermedad era un verdadero niño exigente, probó el gusto delicioso de ser cuidado por ella, se negó a tomar ningún medicamento sino de mano de Meta, y hasta no quiso que nadie más que ella entrase en su aposento. La institutriz no sólo entendía algo de medicina, y tenía el ingenio de las pociones, jarabes y julepes, por haber cuidado a sus hermanos en varios casos graves, sino que además tenía la dulzura, la paciencia, el paso ligero, la mano suave y la infatigable sonrisa de una abnegada enfermera. Sus cansancios eran cortos. Después de una noche en vela, se dormía en una silla y despertaba al cabo de una hora, fresca, viva tan dispuesta, tan ágil como antes. He aquí el resultado del amor a Dios y al prójimo. Tales sentimientos hacen milagros.

Todas estas penas fueron recompensadas. El señor de Manserre entró en convalecencia y se restableció prontamente, como sucede con las naturalezas nerviosas, que se aplanan en un instante y se rehacen como por ensalmo. Cierta mañana, luego del desayuno, apoyado en el brazo de la señorita Holdenis, que llevaba en la otra mano un asiento plegable, y precedido por Lulú, que había prometido ser formal, consiguió dar la vuelta al parque con sólo unas cuantas paradas. La señora de Manserre no se cansaba de dar gracias a Meta por su abnegación y sus cuidados. Como débil prueba de su agradecimiento, rogó a la señora de Arcí, que a su regreso tenía que pasar por Lyón, que adquiriera allí el más lindo reloj de señora, adornado con brillantes, que encontrase, para reemplazar el modesto relojillo de plata, que marcaba a esta amable muchacha las horas de una vida tan bien distribuída.

El mismo día en que regresaron los señores de Arcí, tuve que partir a París a causa de un cuadro que reclamaba el comprador, y que yo no quería entregar sin darle los últimos toques. Meta, a la que vi un instante antes de la partida, me deseó feliz viaje; no me preguntó cuándo volvería, y me pareció que intencionadamente.

Me hallaba desde hacía una semana en mi estudio de la calle de Douai, cuando me escribió la señora de Arcí para hacerme un encargo. El último renglón de su carta decía así:

Tenemos motivos particulares, mi marido y yo, para desear que vuelva usted cuanto antes.

Esta postdata me sorprendió; no sabía que era yo tan necesario a la felicidad de la señora de Arcí. Me proponía regresar a las "Charmilles" a fines del mes. Adelanté mi salida unos días, y al llegar a la finca hallé en la terraza a la señora de Arcí que me dijo a media voz:

—Suceden aquí cosas que nos desagradan.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—No se fíe usted más que de sus propios ojos —me contestó—. Deseo que estemos equivocados.

En verdad, en las "Charmilles" no acontecían cosas dignas de atención; pero, por más que otra cosa diga la aritmética, muchas veces "nada" acaba por formar una cantidad respetable. El señor de Manserre, completamente restablecido, se ocupaba en su historia de Florencia, y a pesar del retorno de su hija, no la había vuelto a encargar de su oficio de secretaria. (Ya le dije que Meta tenía mejor letra que la señora de Arcí). Observé, además, que después del almuerzo tenía la costumbre de dar un gran paseo por el parque, paseo que a veces duraba dos horas. Tan sólo Meta y Lulú le acompañaban; si algún indiscreto procuraba agregarse, le demostraba con su aspecto frío y retraído lo inoportuno de su presencia. Había que convenir en que su carácter se había tornado más variable que antes de su enfermedad. A menudo estaba sombrío, taciturno. Alegrías un poco forzadas sucedían a momentos de tristeza.

Cuando un hombre ha tenido pleuresía, es natural que su carácter sufra una alteración, y hay que perdonar mucho a un historiador que se esfuerza en aclarar puntos controvertidos de la conjuración de los Pazzi. Meta misma no estaba en su estado normal. Por momentos quedaba absorta en sus pensamientos, vagando su mirada como si siguiera el vuelo de las moscas. En otros ratos se podía notar en ella cierta agitación, cierta tensión de espíritu, y aspiraciones profundas de aire, como si en la habitación no hubiera bastante cantidad para sus pulmones o para sus esperanzas; pero era menester ser el señor de Arcí para figurarse que esperaba algo. Más natural era creer que las fatigas del oficio de enfermera y las noches en vela habían alterado su salud.

La misma noche de mi regreso, al cantar de modo arrebatador ya no recuerdo qué aria de *Don Juan*, tuvo un ataque nervioso. Se puso muy pálida, y se echó bruscamente hacia atrás. Gracias que el señor de Manserre se encontraba justamente al lado del taburete para recibirla en sus brazos, y llevarla a una butaca. No hay medio de transportar a una mujer sin asirla por la cintura. Quizá, si después de haber depositado su fardo, estuvo mucho tiempo sin desligar su brazo, sería porque a los cincuenta años no se tiene la agilidad de un joven. Al otro día el terrible señor de Arcí se permitió dar bromas a Meta acerca de su desvanecimiento; su suegro le reprochó duramente.

Lo que me pareció cierto es que la señora de Manserre no atribuía malicia alguna a todo esto; su semblante tenía la belleza y sonrisa de siempre. Creía en su marido con fe ciega. Lo tenía por un ser sobrenatural, superior a todas las flaquezas corrientes, cuya lealtad era tan inviolable como la palabra de Júpiter, cuando había jurado por la Estigia. Además, esta alma cristalina se imaginaba que todo el mundo era transparente como ella, y que lo que ocultaba no existía. Y después de todo ocultaban algo? Estaba yo dispuesto a que la señora de Arcí acogía con sobrad guedad las prevenciones de su marido. ñor de Manserre cierto día le había delante de mí:

—¡Oh!, usted, hija mía, si el señor de le afirmase, en tono decisivo, que veía e en medio del día, luego de corta vacil vería usted la vía láctea entera sin que l tase una estrella.

En la tarde del 29 de agosto, fuí a mi el cual, como ya le he dicho, se hallaba primer piso de una torre aislada, a unos pasos de la quinta. Había reanudado con el trabajo en mi cuadro de Boabdil. Para seguro de que nadie vendría a interrump labor, eché el pasador de la puerta de la y saqué la llave. Haría media hora que pintando, cuando el viento me trajo, abierta ventana, un ruido de voces y de

Eran Meta y el señor de Manserre, que pañados por la niña y su criada, volvi su habitual paseo. La torre ocupaba el de un terraplén que dominaba la quinta; extremo estaban colocadas una hamaca y mecedora. Lulú pidió a su criada que la ciera; al principio, sólo oí sus ruidosas Pero luego me pareció que dos perso acercaban. Llamaron a la puerta, procu abrirla, pero yo permanecí inmóvil. Se alej juzgando que el estudio estaba desierto; embargo encerraba un par de oídos muy tos, pendientes de todo cuanto pudiera a ellos.

Mientras Lulú se mecía, las dos person no habían podido introducirse en la torre pezaron a pasear por la explanada. Com viesen a las andadas, pesqué al vuelo al fragmentos de su conversación. Primer fueron más que palabras sueltas, luego frase entera pronunciada por una voz dulce:

—Jamás nadie ha podido conocer m los hombres.

Se acercaron más y se detuvieron deb mi ventana. La misma voz suave dijo:

—¡Ah, señor!, usted ha nacido no sólo escribir la historia, sino para hacerla. fuera yo reina o emperatriz! A las "Charm es adonde vendría por mi primer minist arrancaría de su retraimiento diciéndole los hombres superiores se deben a la so que Dios no les permite enterrar el que les ha concedido.

El señor de Manserre contestó vivan

—¡Qué cruel es usted! ¿No comprend abre en mi pecho una herida mal cicat

—Perdóneme —contestó ella en tono de milde contrición—. Hablé sin reflexiona bía olvidado...

—Usted tiene el derecho de hacerme ¿No le debo la vida?

Hubo un silencio, tras el cual el señ Manserre habló largo tiempo en voz ba discurso fué perdido para mí, pero no el que pronunció en tono mesurado:

—Cuando hice ese sacrificio no había su magnitud.

Dichas estas palabras reanudaron el "¡He aquí los temas de las conversa que entablan en el parque!", pensé alzan suelo el pincel que se me había caído manos.

Unos minutos después estuvieron otr debajo de mi ventana, y presté nuev atención.

—Habla usted de compensaciones —d señor de Manserre—. No conozco más qu que se acaba por envejecer y que llega el po en el cual no se considera uno ya di sus sentimientos.

—No hay que pensar en ello, señor, tiempo tardará bastante aun.

—¡Oh!, ¿qué edad cree usted que teng

—No sé... Ustedes, la señora y usted,

ella un poco menos de cuarenta años un poco más.

cir esto se echó a reír con una risita a de un corazón radiante.

entiende usted de edades —respondió—. d diez años a mi mujer y añádame tendrá las cifras exactas.

engaña el semblante de usted! —ex- Meta—. Pero hago mal en acusarlo, por- la verdad. Usted tiene la eterna juven- razón y de la mente, y jamás tendrá que la que represente.

mpió el diálogo para gritar a la criada a Lulú:

a usted cuidado, no dé tan fuerte!

volvió a decir:

aquí la verdadera compensación. En- usted una nueva vida en esa querida lo se parece a usted. Pero ¡ay!, toco ; ojalá se cierre pronto y llegue el cual Lulú sea completamente su hija. fuerte bastonazo el señor de Manserre bral de la torre y contestó en tono

conociera usted el código, sabría que eso ble!

nse tanto tiempo fuera del alcance dos. que creí no escuchar ya nada biera sido lástima, porque su con- me interesaba. Gracias que Lulú no saba menos por el columpio. Resultó eron tiempo de dar otra vuelta, y que nutos después oí una voz grave que

usted que ella sufre también?

tan buena —contestó una voz finita— ulta sus sentimientos, su disgusto, su hecha para el mundo, para brillar en que la admiren. A juzgar por su ió ser maravillosamente hermosa.

a punto de correr a la ventana y "Por mucho que digáis, es aún la bonita de toda Francia". Pero no lo el señor de Manserre tuvo lugar de a Meta no sé qué otra pregunta a la contestó:

apena usted, señor. El amor es tan tan egoísta, que rara vez toma en sacrificios que impone. Sin embar- rece que si tuviera la horrible des- de ser un estorbo para la carrera del a quien amase, Dios me daría la fuerza rme de él, de sacrificarme, dichosa si cimiento y su cariño viniesen algunas visitarme en mi soledad.

se me escaparon estas palabras, que dia voz:

lengua de serpiente!

que alguien ha hablado —exclamó el Manserre. Y gritó—: ¡Tony!, ¿está

testé palabra.

brá usted equivocado; no he oído o Meta.

después llamó a Lulú y le dijo que de volver a casa; luego reunióse te al señor de Manserre, que la ha- rado, según creo, sentado en un banco a, a unos pasos de la torre.

—le dijo—, tengo una confidencia rle, un consejo que pedir. No sé si lor para ello.

testó en tono sumamente amable:

ngo yo secretos para usted, y me ale- ucho si pudiese pensar que poseo su fianza, como usted tiene la mía.

redó ella en largo preámbulo, y él le e abreviara.

significa todo eso? Lleguemos al he- favor.

se resolvió Meta a entrar de lleno to, hablando tan bajito, que apenas tas sílabas llegaron a mi oído. Me e fué pronunciado varias veces mi El señor de Manserre se emocionó on la historia, y exclamaba de vez en

—¿Es posible? Estaba a mil leguas de suponer semejante cosa.

Cuando terminó, como guardase él completo silencio, le preguntó ella si, involuntariamente, se le había escapado alguna palabra que le hubiese molestado, o causado pena. Entonces él le preguntó bruscamente:

—¿Qué le aconseja su corazón?

—¿Qué sé yo? —contestó ella—; temo comprenderlo mal.

Después de nueva pausa, el señor de Manserre volvió a preguntar:

—¿Ama usted a Tony o no?

La contestación fué dicha en tono tan bajo que, a pesar mío, no la pude oír.

De BARRETT:

Abomino la violencia, porque es la interrupción del pensamiento, porque es desconfiar de él, porque es efímera, aleatoria y torpe.

¡OTRO SABIO DISTRAIDO!

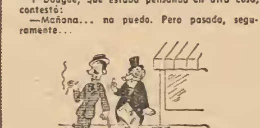
Ferdinand Dougué, dramaturgo que brilló durante un momento a fines del siglo pasado, era sumamente distraído.

Su colaborador, Aniceto Bourgeois, acababa de morir. Entonces alguien le dijo:

—¿Concurrirá mañana al entierro?

Y Dougué, que estaba pensando en otra cosa, contestó:

—Mañana... no puedo. Pero pasado, seguramente...



SOBRE EL AMOR PROPIO

Es malo estar lleno de defectos; pero es peor tenerlos y no quererlos reconocer, porque a ellos se agrega una voluntad y falsa ilusión. — PASCAL.

—¿Quiere usted, pues, que la aconseje? —dijo en tono más templado—. Ahora es cuando no sé qué decir. Hablábamos del egoísmo del amor; la amistad también tiene el suyo. No hace más que tres semanas que nos conocemos, y su compañía se me ha hecho tan agradable, que tiemblo con sólo pensar que tuviera que renunciar a ella, tan grato es para mí el encanto que se desprende de nuestras dulces pláticas. Sin embargo, quiero olvidar mi interés para no acordarme más que del suyo. Siento mucho afecto por el hombre de quien me habla; me ha prestado servicios que no olvidaré. Mas por muchos méritos que tenga, dudo que pudiera usted ser feliz con él. Es artista, lo es sin lugar a dudas, la pintura y la gloria son sus dos amantes. la mujer no ocupará más que el tercer lugar. Permítame que le exprese mi pensamiento: durante cierto tiempo, usted le serviría de juguete, para no ser luego más que su ama de gobierno. Mi amistad le desea un marido que tenga con usted una perfecta conformidad de gustos y de sentimientos, que sepa todo lo que vale usted; un hombre capaz de apreciar su rara inteligencia y a la vez su carácter, tan sólido y tan flexible, esta encantadora complacencia de su espíritu, que sabe entrar en los pensamientos que le son más ajenos, y vivir, por decirlo así, la vida del prójimo. Ese marido lo encontrará usted algún día, y la hará su compañera favorita, la confidente de todos sus pensamientos, su consejera y su amiga en el sentido más íntimo y más dulce de la palabra.

Esta última frase fué pronunciada con tanto calor, que Meta pareció emocionada.

—¿Así que usted me aconseja que lo rechace? —exclamó—. No tengo ya más que tres días para decidirme.

—Créame usted; el primero de septiembre no vaya a Villa Moirieu. Es preferible. Le es fácil evitar una entrevista a solas con el señor Flamerin; si él insistiese demasiado, encárgueme a mí de que me explique con él.

—¡Sea como usted quiera! —contestó Meta, con el acento sumiso de una carmelita que pronuncia sus votos.

No pude dominar la curiosidad; me deslicé hasta la ventana y levanté ligeramente la cortina. No sé si soñé despierto, o en realidad vi que el señor de Manserre tomó la mano de Meta y besó ligeramente la punta de los dedos. Ella tenía la cara medio vuelta y vi que estaba radiante de gozo: sus labios entreabiertos respiraban la emoción y la alegría. Así sonríe el campesino cuando, después de las penosas tareas de la siembra y de las intemperies de un largo invierno, ve por fin nacer el grano y contempla con esperanza la cosecha que espera guardar en el granero.

Un momento después, ya no vi nada. Se habían marchado.

Me dejé caer en una poltrona, donde permanecí cierto tiempo inmóvil, con los brazos entumecidos, la cabeza pesada, y probablemente, los ojos apagados. De repente, por un esfuerzo de voluntad, me puse en pie, y palpé mi cuerpo como para ver si no me había roto nada, como le ocurriría a un hombre caído desde un balcón. Después de este rápido examen, silbando di dos veces la vuelta al salón donde me hallaba, y me alegré de saber aún silbar. Me acordé de que en Dresde fué donde he cultivado ese arte; pensé en el retrato de Rembrandt, y Rembrandt me hizo soñar con Velázquez. Me pareció oír una voz que decía: Tan sólo el arte no engaña. Abrí el cajón de una mesa, saqué una vieja pipa de espuma que había heredado de mi padre, la cargué, la encendí, y me extrañé al oírme a mí mismo diciendo: "¡Tonelero de Beaune, tu hijo está bueno!" Luego me volví a sentar delante del caballete, y retoqué el ropaje de mi Boabdil. Sin embargo, debo confesar que el pincel temblaba un poco entre mis dedos, y que jamás me había sido tan necesario el pulso.

Al cabo de una hora, alguien llamó de nuevo a la puerta de la torre. Esta vez no era ni el señor de Manserre ni Meta; frente a mí estaba la más descarada, la más morena de las gitanas. Tenía ojos parecidos a manchones de tinta, y la expresión recelosa de un pájaro nocturno al que asusta la luz. En la mañana de aquel día encontré a esa beldad con una tribu de gitanos, aquella que había hecho ladrar tanto a nuestros

perros; me había prendado de su diablura, de su gracia truhanesca, y la había invitado a que me sirviese de modelo en mi estudio. Me apresuré a hacerla entrar, encantado de que hubiera cumplido su palabra. El cielo me mandaba en esta forma un modelo y una compañía que me eran muy necesarios. Mientras esbozaba su silueta, me agradó conversar con ella. Ya le he dicho, señora, que después de encontrar en el mundo ciertas llamadas virtudes, llenan mi corazón santos cariños para la canalla. En verdad, son entusiasmos algo peligrosos.

El sol ya iba declinando cuando salí del estudio con mi modelo. Al atravesar el terraplén, vi junto al columpio un objeto brillante: era el medallón de Lulú, que lo había perdido al mecerse. Lo recogí, y en el mismo momento divisé a Meta en el extremo de la espesura. Se adelantó hacia nosotros, con la cabeza inclinada, mirando por todas partes y deteniéndose a ratos para buscar por entre las matas.

Dije unas palabras a la gitana, y le puse una moneda de oro en la mano. No necesité explicarle mucho lo que quería. Además de ser ella lista, la moneda que tenía agarrada entre sus manos y que contemplaba con una sonrisa, le aguzaba la mirada y la inteligencia. Pagándola generosamente, se le hubiera podido enseñar el chino en una semana.

Estábamos, ella y yo, medio ocultos por unos matorrales. Meta, absorta en su pesquisa, llegó a diez pasos de nosotros, sin vernos.

—He prolongado mucho mi paseo —dije en voz alta a la gitana—; se ha hecho tarde, hay que dejar la sesión para mañana.

La institutriz de Lulú se detuvo de golpe, inmutada; evidentemente no era a mí a quien buscaba entre el ramaje. El encuentro no parecía gustarle y se dispuso a la retirada.

—Lulú ha perdido su medallón —le grité—, helo aquí.

Me dió las gracias y se acercó para tomarlo. Antes de entregárselo le dije:

—Permítame que le presente a una hija de Egipto. ¿No le parece que es encantadora?

Aquella cara negruzca no le hacía gracia. La miró con expresión severa y algo inquieta. Se hubiera dicho una paloma a quien se le pregunta su opinión acerca de un cuervo.

—Es una muchacha —proseguí— que tiene todos los vicios, pero no falta al honor, a su modo. Si es embustera, como un lacayo de casa grande, no es falsa; se tiene casi por lo que es.

"Reconozco que es golosa como un pez y enamorada como una gata; sin embargo, puede usted notar que ama a los hombres uno tras otro, y que su corazón no canta dos arias a la vez. Para terminar de pintarla, le diré que ha robado esta mañana tres gallinas y dos patos; pero le doy mi palabra de que jamás fué a cazar en la felicidad del prójimo, y nunca le ha quitado a nadie lo que amaba".

Y volviéndome hacia la gitana:

—Hechicera de mi corazón —le dije—, no has leído a Juan Pablo ni su tratado acerca de la educación de la mujer. Serás siempre incompleta y de una rastrería deplorable; pero creo en tu entendimiento acerca de las cosas de este mundo. Hace poco me has anunciado lo que ha de ocurrir en un cementerio donde hay rosas; ahora hazme el favor de revelar su destino a esta joven.

Meta me lanzó una mirada iracunda y procuró fugarse, pero me puse delante de ella y le así la mano izquierda.

—Gitanilla —exclamé—, dime el secreto de esta mano, secreto que no he podido adivinar.

La hija de Egipto acercó la cabeza, y esbozó un gesto de estupor. Parecía sumida en tan profunda admiración, que llamó la atención de Meta, quien excitada por la curiosidad, accedió a colocar su mano en la de la gitana, pero volviendo la cabeza a otro lado, y sonriendo desdeñosamente, como si sólo por complacencia se hubiese prestado a una niñería que desaprobaba.

Le aseguro, señora, que la escena era digna de ser pintada. Con su mirada siniestra y profunda, el cuervo había magnetizado a la paloma. Cantaba en español con una voz bronca, triunfante:

Hermosita, hermosita
La de las manos de plata,
Eres paloma sin hiel
Pero a veces eres brava.
Un lunar tienes ¡qué lindo!
¡Ay! ¡Jesús! ¡qué luna clara!

Después prosiguió por lo bajo:

—Hermosita, ¡el señor te guarde de las caídas!, hay algunas muy peligrosas para las damas que quieren llegar a princesas.

En ese momento, el sol llegaba a su ocaso, alumbrando vivamente el castillo, cuyos cristales centelleaban. Las cuatro torres almenadas y con garitas que lo flanqueaban en los ángulos; la terraza orlada de balaustres de mármol blanco y decorada con dos leones monumentales, que arrojaban agua por las fauces; la escalinata en forma de herradura; los huecos abovedados de la fachada atravesados por anchos montantes de piedra; el gran ático con pilastras cuyas aristas se perfilaban en un cielo opalino matizado por ligero color verdoso, todo nadaba en una luz brillante y aterciopelada. La gitana volvió a comenzar su canto:

Hermosita, hermosita
La de las manos de plata,
Eres paloma sin hiel
Pero a veces eres brava.
Un lunar tienes ¡qué lindo!
¡Ay! ¡Jesús! ¡qué luna clara!

De repente, cambiando de tono, exclamó con voz enérgica:

—¡Señorita: vivirá usted cien años! ¡Hay corazones que nunca envejecen!

Luego hizo un gesto grande como el mundo, y comprendiendo en el círculo que describía su dedo índice, el parque y el castillo, murmuró suavemente:

—Estas encinas, las espesuras, las torres, las veletas, los leones: todo, hermosita, llegará a ser tuyo algún día.

Yo miraba fijamente a Meta. Vi salir de sus ojos como una larga llama. Se apresuró a velarlos entornando los párpados, y perdiendo la serenidad se sonrojó y volvióse bruscamente hacia otro lado para ocultarme su alteración.

La gitana no soltaba su mano y seguía examinándola. De pronto frunció el ceño, pasó lentamente el dedo sobre dos lineas, que se cruzaban, y dijo con una risa burlona y ruda:

—Señorita: un consejo; no cace usted dos liebres a la vez.

Al decir esto huyó en veloz carrera por la avenida, llevándose la moneda de oro que bien ganada tenía.

Creo que Meta estuvo a punto de llamarla, pero, reaccionando, venció su emoción como persona habituada a dominarse, y sin aceptar el brazo que le ofrecía marchóse en dirección del castillo. Iba yo a su lado; en su mirada había un centelleo singular y andaba tan a prisa que parecía partir para el fin del mundo.

—Y bien —le dije—, ¿no es graciosa mi gitanilla?

—No comprendo —contestó ella con su acostumbrada dulzura— que un hombre como usted se interese por una mujer que dice la buenaventura, ni menos se preocupe en su necio oficio.

—No está probado que sea su oficio necio. Unos creen en la quiromancia, otros en otra cosa, porque hay que creer en algo. Mejor que yo sabe usted lo que se entiende por "suertes bíblicas", y estoy seguro de que las practica usted. Por muy poco bíblico que sea yo, me he permitido esta mañana abrir el Santo libro al azar, y ya que su porvenir, que es algo mío, me ocupa mucho, decidí que el trozo sobre el cual cayera mi vista se relacionara con usted.

He aquí, pues, el versículo que encontró primera mirada: "El Señor dijo a Abrah
"Hice alianza contigo y te daré la tierra Canaán donde vives como extranjero".

—¿No le llama la atención la coincid Parece que esta vez la Biblia y los gitan han puesto de acuerdo.

Meta replicó secamente:

—Usted no trata de agradarme. Sabe que un género de bromas que no puedo sufrir.

Y dichas estas palabras apretó tanto el que llegó al castillo sin aliento. Al sub escalera tras de ella, tarareaba yo entre d estos versos de Enrique Heine, que usted noce:

Sobre los lindos ojos de mi amada,
Compuse las mejores coplas.
Acerca de su boquita,
Los más bonitos tercetos.
De sus mejillas,
Estrofas magníficas.
Si mi amada tuviera un corazoncito
Compondría yo un bello soneto.

V

Al día siguiente por la tarde, un criado dijo que la señora de Manserre me es en el salón. Al llegar la encontré tan fue sí, que en medio de su alteración no decir otra cosa que:

—¡Ah!, Tony, mi querido Tony, ¡si supiera!...

Temiendo que alguien la sorprendiese en estado, me llevó a otra pieza que le serv gabinete particular. Dejóse caer en un s sacó del bolsillo, para que yo la leyera, carta que acababa de recibir de su madre y contenía estas palabras:

Cuento, Lucía, poder anunciarte muy to la mejor de las noticias.

—¿Qué cree usted que significa esto? preguntó fijando en mis ojos, que refle la alteración de su espíritu.

—Me parece claro —le contesté— y desde ahora, tan contento como usted. significa...

—No lo diga, Tony —interrumpió tapán la boca con su mano—. Y sin embargo, s ted no se engaña, significa eso mismo... lejos estaba de esperarlo, que experimenté ra, al enterarme, una sorpresa tal, y si co la verdad, una alegría... ¿No es cierto hago muy mal en alegrarme así de la pr muerte de un hombre al que en estos m tos debería cuidar o llorar al menos?

No congeniábamos; me ha hecho sufrir cho. Hace tres años se puso gravemente mo; le escribí que le perdonaba todo suplicaba que me perdonase. Le aseguro, que en aquella carta había corazón; al hubiera debido pensar: "Vale ella más que yo creía". ¿Sabe usted lo que se le rrió? Me hizo contestar por una de sus a y esa respuesta era tan dura, tan insultan me hizo llorar durante una semana. también lloro, pero en mis lágrimas hay En verdad, Tony, ¿no soy culpable?

—Lo soy yo más que usted, porque una alegría inmensa, al pensar que por viejo bribón ha entregado su preciosa Señor.

Me dirigió un ademán de súplica.

—¡Cállese usted! ¡Hay palabras que a desgracia!

Para borrar el efecto de ellas, casi elogio de su brutal marido.

—Además —prosiguió—, ¿tengo derech prochar algo a nadie? Se me pudiera testar: "Tú misma, ¿qué has hecho en que sea virtuoso o notable? Y estaría bi guntado, porque, Tony, después de pecado que ambos no queremos nomb reduce a haber procurado alcanzar la suma de dicha posible, a su modo, que dad no era muy correcto. Pero yo, ¿n

...to? Un día en que estaba triste, la ... pasó cantando debajo de mi ventana, ...o señas con la mano "¡Ven!", y la ...ndo de Italia, de donde me trajo a ...milles". Aquí estamos instaladas am... día más alegres de vivir juntas. Hay ... en que me pregunto qué he podido ...ra merecer mi dicha, y me asaltan ...s, porque en todo mi pasado no hallo ...cción meritoria.

... se vanagloriaba —dije interrumpién... no haber hecho en su vida más que ... acción, y se le contestó: *pero dura ...ra existencia*. Usted, señora, no tiene ...nta más que una sola buena acción, ...e en hacer todos los días la felicidad ... la rodean, sin hablar de los ajenos. ... —dijo—, no hay acciones verdadera...nas, más que las que cuestan esfuer... es muy indulgente, Tony. Le aseguro ... el Señor no consultase más que su ...andaría en lugar de una buena nueva, ... tribulación.

... sostengo que en el Cielo hay justicia, ... el bribón cuyo nombre le desagrada ...r, se ha decidido a desaparecer del ... los vivos. Una sola cosa me inquieta, ...sar que la cosa no haya ocurrido. ¡Es...sponiendo de la piel del oso antes de ...zado! ¡Qué diablo! ¡Si se le ocurriera ...

...rto —dijo ella con presteza—. Mi po...re es capaz de confundir sus deseos ...alidad: varias veces me dió ya impre... no fueron confirmadas, y es locura ... la imaginación por una frase que ...e todo no dice nada. Haré mejor, ...rece, Tony?, en no hablar de esta ...eñor de Manserre. Se pondría loco de ... si mañana se enterase de que se ha ... antes de tiempo, sentiría una pena ...

... sí, inmensa! —repetí pronunciando con ...ada palabra.

... sobre el almohadón su preciosa ca...edó un instante con los ojos cerrados, ...o el pañuelo; luego exclamó endere...

...cusan, y usted primero que nadie, de ... perezosa. Tienen razón, es una tara ... Sin embargo, en los largos momentos ...ad, mi cabeza no descansa; los pen... giran en ella con rapidez vertiginosa. ... soy menos aturdida, menos despre... de lo que se imagina. No hay día en ... piense: ¿era yo digna de que me sa... su porvenir? Lo que me consuela algo, ... poco, es que en Dresde hice lo posi... que renunciase a sus proyectos. Me ... nunca le pesaría, y en realidad, no ... lo sienta. Mi gran defecto, después de ..., es que le doy demasiada importan...uicios del mundo. Muchas veces estuve ... de decir al señor de Manserre: vayamos ... estará usted en el centro de todo lo ...eresa y de sus estudios favoritos. Me ...r. París me aterra; me parece que lee...oria en las miradas de todo el mundo. ...ente mis ojos temen los pobres.

...ando las manos añadió:

... Tony, si llegase algún día a ser su ... Si un día, con mi brazo enlazado al ...ese su entrada en el mundo, y poco ... volviese a sus asuntos!...

... usted en que llegará ese tiempo.

...tó, pasó los dedos por su admirable ... rojiza: sus cabellos se ensortijaban ...ralmente que en verdad no necesitaba ... con sacudir la cabeza, bastaba.

...ra ser bella ese día —prosiguió—, y ...ñor de Manserre pudiera enorgulle... mí, que todo el mundo dijese: "Ha ... gran locura, pero disculpable..." ... sí que soy loca!

...ome su retrato, que se hallaba en... nosotros, expresó:

... ha mejorado usted mucho al pintarme, o he variado de un modo asombroso desde entonces! ¿Qué le parece usted?

Y miraba alternativamente al espejo y al retrato, moviendo la cabeza, lo que no fué óbice para que exclamara:

—Después de todo; me parece que todavía no estoy del todo fea...

—Es usted la más cándida, la más ingenua, la más cariñosa y bonita de todas las mujeres —le dije besándole la mano con una efusión de la cual no sospechaba ella el motivo.

Al levantar la cara, vi que se había abierto la puerta y que Meta acababa de entrar en la habitación. Cuando lo deseaba, su andar era tan quedo y tan ligero, que no se la oía. En este momento me pareció fea. Hay sitios que no tienen nada de encantador por sí solos, pero que ciertos juegos de luz hacen deliciosos hasta el punto de que se los prefiere a paisajes más graciosos y más alegres. El alma también tiene su luz que trasforma un semblante, por eso, a ciertas horas, Meta me parecía encantadora; pero yo había notado que pocas veces la favorecía la presencia de la señora de Manserre, no por efecto de una comparación imposible de establecer, sino porque en su presencia sentía cierta molestia, estaba violenta y procuraba ocultarlo. Desde hacía algunas horas conocía el motivo de ello.

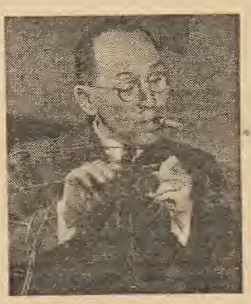
Nos miraba con sorpresa; la expresión de su rostro era dura y embarazada a la vez.

—¿Sabe usted de qué estamos hablando? —le pregunté—. La señora de Manserre me asegura que es menos bonita que su retrato.

—El que hizo el retrato es un gran artista— contestó ella—; el que creó el modelo es más que un artista.

—Es un asunto entonces que se queda entre el Señor y yo —repuse—, pero los retratos tienen la ventaja de no envejecer, y la señora de Manserre pretende que se está haciendo una vieja de treinta años.

LOS SOLTEROS SE LIBERAN



En la edición anterior hemos visto que el conjunto de hombres aprendices de tejedores había emprendido la tarea comenzando por el principio, esto es, por devanar la madeja, cosa que aun cuando no fué hecha a entera satisfacción de la maestra, dió por resultado... un ovillo. En seguida pasaron los aprendices a la complicadísima labor de tejer, esto es, manejar las agujas de una manera más o menos armónica, inteligente y eficaz. Desgraciadamente, el resultado fué el que aquí vemos: un enredo capaz de marear a cualquier comedido que se hubiera propuesto poner las cosas en su lugar. Sabemos que el problema fué resuelto, al fin, de la misma manera que se resolvió el del famoso nudo gordiano: de un hachazo.

—¡Ah!, señora, estoy yo más vieja que usted, y no tengo más que veinticuatro —contestó ella en tono melancólico.

—Son ustedes unos aduladores —dijo la señora de Manserre—. Hablábamos también de otra cosa, querida —agregó—. Recibí una carta...

—Señora —interrumpí, dirigiéndole una mirada significativa—; el rey Luis XIV tenía costumbre de decir que no debe uno alegrarse de antemano, porque le resta al suceso la gracia de la novedad.

—Eso es lo que pensaba el rey Luis XIV —expresó Meta—, pero la opinión del señor Flamerin es que no es bueno fiarse de todo el mundo.

—¿Qué dice usted? — exclamó la señora de Manserre—. ¿De quién puedo yo fiarme mejor que de usted? Tome y lea esta carta. Estoy segura de que le causará la misma emoción que a mí.

No tuvo tiempo de entregársela ni de agregar una palabra; la campana llamando a cenar se dejó oír, y Lulú, que tenía hambre, acudió para llamarnos. Durante la cena, el señor de Arci se entregó de lleno a su humor irónico. Fuese por distracción, o por aumento de humildad, Meta se había quedado con el vestido gris de por la mañana; burlóse él y le preguntó por qué le gustaba tanto vestirse de pardo, si era a título de hermana de caridad. Le dió las gracias ella por ocuparse de su atavío y le respondió que siempre la habían llamado *Mäuschen*, que había nacido ratoncito, que moriría de igual modo y que le agradaba llevar la librea de ello.

—He aquí — expresó él — lo que me explica muchas cosas. Siempre he creído que había dos clases de ambiciosos: los que devoran y los que roen; los primeros se tragan la presa de un bocado, los otros se la comen a bocaditos pequeños.

—¿Y qué aplicación da usted de eso al caso presente, caballero? —preguntó ella con evidente impaciencia.

—¡Oh! —contestó Arci —, su ambición es muy loable: usted desea conquistar a todo el mundo, desde Lulú, hasta mí; no hay nadie aquí que no la adore.

—Su secreto es muy sencillo —dijo la señora de Manserre —: pasa la vida olvidándose de sí misma, para pensar en los demás.

—Es precisamente lo que yo quería decir— contestó él vaciando de un trago el vaso.

Un rato después, criticó el lazo marrón que la señorita Holdenis había colocado en sus cabellos, afirmando que el color gris y el marrón armonizaban mal, que uno era color franco, el otro color hipócrita, y pidió mi parecer. No tuve tiempo de decidir nada porque el señor de Manserre le reprochó ser el espíritu más burlón y agresivo que había conocido, y el señor de Arci no siguió sus bromas; por experiencia sabía hasta dónde podía llegar.

Dos horas más tarde estábamos en el salón. Meta acababa de salir para llevar a Lulú a la cama, cuando entró un criado y entregó una carta a la señora. La abrió y dió un grito. Lloraba con un ojo y reía con el otro. Se levantó y con paso vacilante corrió

hacia el señor de Manserre y se arrojó a su cuello sollozando. Por fin consiguió decir:

—¡Alfonso, estoy libre!

El señor de Manserre apartóse con cierta vivacidad (la curiosidad causa alguna impaciencia), agarró el pliego, que le causó un movimiento de retroceso (estos efectos produce a veces la sorpresa). Luego abrió los brazos a su mujer, diciendo:

—Nos ha hecho esperar demasiado.

Esto le prueba, señora, que no es exacto que el primer movimiento sea siempre el mejor. En esto, Meta entró en la sala, la señora de Manserre se adelantó vivamente hacia ella y le dió la carta gritándole:

—¡Venga usted pronto!

Meta leyó a su vez. Si dominaba su lengua, mandaba menos en su semblante, y para emplear una vieja expresión, no era dueña de "sus espíritus menores", que a veces le hacían traición.

El día anterior me había parecido ver brotar una llama de sus ojos; en este momento la vi ponerse pálida como la muerte, y creí que se iba a desmayar. El señor de Arcí la estaba mirando lo mismo que yo, y vi que se dibujaba en sus labios una negra sonrisa. Recurrió Meta al recurso de lanzarse sobre la señora de Manserre y de abrazarla durante tan largo rato, que el señor de Arcí acabó por decir:

—Permítame, señorita; se puede besar a la gente, pero no ahogarla.— Luego, describiendo un cuarto de círculo, agregó: — Muy señora mía, reciba usted las felicitaciones de su yerno.

—¿Ni usted ni yo? —dijo—. La gitana mintió a medias; yo estaré y lo esperaré.

El señor de Manserre dejó el diario y se acercó a nosotros. No sé si se había enterado de nuestra conversación, pero lo cierto es que dijo a Meta en el tono más natural del mundo:

—Ya que estamos todos llenos de alegría, me parece justo que Lulú sienta también la suya. Tiene mucha gana de ver el lago Paladru que, si no me equivoco, es un lago muy lindo. He resuelto, señorita, que la llevemos allí, pasado mañana, 1º de septiembre.

Y agregó en tono negligente:

—¿Vendrá usted con nosotros, Tony?

—Desde luego.

—Y yo también, querido padre —dijo la señora de Arcí.

—Ya que a mí no se me convida, me convidaré yo mismo —añadió su marido.

Escribí en grisáceas letras en el papel en que dibujaba, y que Meta no había dejado de mirar:

La quiromancia no es un arte engañador.

Cuando me retiré, el señor de Arcí corrió tras de mí, y tirándome de la manga, murmuró a mi oído:

—Señor Flamerín, mañana tendré que hablarle de un asunto muy importante.

VI

Durante todo el día siguiente llovió a cántaros. El señor de Manserre y Meta no pudieron pasear por el parque. Aproveché un claro para ir a mi estudio, donde debía comenzar el retrato de la señora de Arcí. Al terminar de cargar mi paleta llegó ella con su marido, el cual exclamó cerrando la puerta con gran ruido:

—¡Señor Flamerín, juremos no salir de aquí antes de convenir el medio de librarnos de esa intrigante!

Tan trágico era su tono, que le pregunté si pensaba emplear el cuchillo o el puñal.

—Para destruir un ratón —me contestó—, no conozco más que el arsénico. Quizá conozca usted medios más suaves; me avengo a examinarlos.

Se instaló en una butaca, acerqué un sillón a su señora y me senté a sus pies, en un taburete. Y dió principio la sesión. A juzgar por nuestro aire grave, hubiérase dicho que estábamos en consejo de guerra para deliberar sobre un plan de campaña.

—¡Cómo se traicionó! —exclamó el señor de Arcí.

—Es cierto —contesté— que palideció y se alteró notablemente.

—Parecía un alma en pena —añadió la señora de Arcí —, y durante toda la noche no hizo más que cambiar de sitio; no se hallaba bien en ninguno.

—Es una buena nota que se le puede otorgar; aun no domina bien el arte del disimulo.

—Desde el primer día que la vi, me fueron sospechosas sus intenciones, y su hociquito tudesco me desagradó.

—Lo que prueba, señor, que usted [...] luces más claras que las mías, o mejor d[...] más prevenciones; porque nunca me agradó su hociquito tudesco.

—Lo que me confunde, es que haya [...]do a marear a mi pobre padre.

—Eso prueba, señora, que usted no e[...] de nada de los sentimientos que inspira [...] enfermo, de corazón sensible, la mujer [...] lo cuida.

—Pero, ¿qué tiene en su favor esta [...]turera? Es feísima y zafia.

—No soy de su opinión.

—¿Le encuentra usted un ingenio bril[...]

—Señora: no tiene el ingenio que [...] sino el que sirve, lo que es mejor, quiz[...]

—Diga usted que su gracia radica en [...]laciones y en mimos. .

—¡Ah!, señor, muchas veces los pol[...] más refinados deben su éxito a medios [...]seros, porque toman a los hombres po[...] que son: es decir, por niños grandes.

—¡Pero si me parece que está usted [...]giándola!

—¡Bien me guardaría, señora! Sólo qu[...] buen general no debe desdeñar a su en[...]

El señor de Arcí hizo un gesto de [...]ciencia y hasta creo que refunfuñó.

—Estamos—dijo — dando sablazos en el [...] y perdemos el tiempo. Otorgo con to[...] alma al señor Flamerín que el ingenio[...]lento de la señorita Holdenis no es un[...] esos arbustos inútiles que adornan los [...]nes; lo mismo que él, conozco que es [...] de esos arbolitos frutales, que con un [...] de cuidado, un poquito de sol y de agua [...] dan buenos beneficios a su dueño. ¡Be[...] de Dios vayan ella y sus frutales! No no[...]mos reunido para discutir sus sabrosos n[...] ni sus gracias virginales. Nuestro común [...] es el de mandarla cuanto antes a su ad[...] *Floreciente*, a su humilde y virtuoso hogar[...] tierno padre, que se queja de que, en su[...]sencia, los jamones de Maguncia que [...]dan en la despensa han perdido toda su[...]sia; a sus encantadores hermanitos, [...] vestidos carecen de remiendos desde qu[...] está ese primor componiéndolos santa[...] ¿Somos dignos de tener a esta paloma [...] nosotros? ¿Y qué es lo que ha ven[...] hacer en este país de filisteos? Confies[...]ñor Flamerín, que está usted mucho [...] interesado que nosotros en la buena obra [...] meditamos.

"Combatimos los tres en ella, pero [...] tiene tan fiel amistad por el señor de M[...]rre, que le hace ver las cosas de un [...] distinto que nosotros. ¿Estamos de [...]do?... Bien; entonces sigo. Sin querer [...]procharle nada, querido amigo, le rec[...] que usted me había dado su palabra d[...]nor de que mi suegro, que cuenta cin[...] y tres años cumplidos, había terminad[...] cometer locuras y que sería hasta su [...] día el más razonable de los hombres. B[...]fe de esa promesa, me presté a una re[...]liación de la que no he tenido al pri[...] más que motivos para regocijarme. T[...] agradable sorpresa de reconocer, en la [...]sona que le ha hecho cometer antaño la [...] imperdonable de las locuras, sentimien[...]vados y nobles que me inspiraron de[...] primer instante tanta estimación como [...]ño. Solamente me queda desear que p[...] legitimar, por un matrimonio en regl[...] unión que prometía a ambos un porve[...]choso. Desde ayer, todo obstáculo le[...] desaparecido; pero ha empezado una [...] temporada para las "Charmilles", y [...] amenazados de una horrible catástrofe[...] se encoja usted de hombros; el caso es [...]ve: estamos expuestos a ver al padre [...] esposa deshonrarse por un cobarde a[...]no, y llevar al altar a la institutriz de [...] la cual aspira a ser dueña de las "Char[...] y de todo lo que contienen.

—¡Ay de mí! —exclamé—. ¡Eso es a[...]

EL JUGUETE DE BUDDY



Este es Buddy, el hermanito más débil que tiene el boxeador Max Baer. Como es travieso, le gusta jugar con todo lo que encuentra, y hace poco, jugando, desmayó a un toro de un puñetazo. Para que no siga jugando con lo que encuentre a mano y provoque, inocentemente, el derrumbe de alguna casa, se le ha dado este cañito de hierro dulce, con el cual se entretiene torciéndolo, enderezándolo y formando con él toda clase de figuras raras.

—Gracias — le contestó la señora de Manserre—, pero aun tenemos que esperar diez meses.

—Así lo exige la ley —confirmó el señor de Manserre en tono resignado.

La pobre mujer nos abrazó a todos y corrió a encerrarse en su habitación. Su felicidad le daba escrúpulos, su alegría le daba miedo; sentía la necesidad de ocultarla y de hablar de ella tan sólo a Aquel que todo lo oye.

El señor de Arcí no ocultaba la suya y, era tan ruidosa, que, por una u otra razón, llegó a ser importuna para todo el mundo. El señor de Manserre agarró un diario, tomé yo una hoja de papel y me puse a dibujar. Una sombra vino a interponerse entre la lámpara y mi lápiz. Levanté los ojos: Meta estaba de pie delante de mí. Ya no era fea; tenía la tez animada; su cara expresaba la coquetería, y en los ojos había fiebre y languidez a la vez.

—¿No se puede saber —preguntó— lo que le ha anunciado la gitana?

—¿A propósito de qué?

—De lo que ha de ocurrir pasado mañana en un cementerio donde hay rosas.

—Me ha predicho que no ocurrirá nada.

—¿Nada absolutamente?

—Nada absolutamente.

—¿Por qué razón?

—Por una muy sencilla: que pasado mañana ni usted ni yo pondremos los pies allí.

...o los acontecimientos!
...el favor de escucharme hasta el fi-
...—. Soy un hombre serio, señor, y
...la costumbre de impresionarme por
...tonterías. Le afirmo que mi suegro
...pletamente calmado de sus primeros
...¿Qué digo? Por muy hermosa que
...su señora, ya tiene para él una cara
...de: la de la enorme tontería que
...ue le impidió que llegara a ser em-
...en Constantinopla o en Londres; y
...lo que es no tener la sinceridad de
"Tú lo quisiste, fraile mostén".
...desgracia de él y nuestra, el cielo y
...Tony Flamerín han traído aquí a
...esas hipocritonas que dirigen miradas
...bes, mientras con una mano se ta-
...corazón y con la otra interrogan dis-
...te el bolsillo ajeno. Sin negar su ha-
...en preparar tisanas y limpiar de pol-
...alacenas, esa buena pieza ha seducido
...o diplomático retirado, con sus aten-
...s mimos, adulaciones y dulces pala-
...aires de santa; los éxtasis de su ad-
...y sus ojos de besugo frito, que le
...desde por la mañana hasta por la no-
...grave alemán, que es un grande
...Puede declararle su amor, y ella
...a discreción, eso no me importa; pe-
...especie de Maintenón desteñida, se
...en la cabeza que se case con ella.
...ñará el papel de dragón de virtud,
...ente lo rechazará sin desesperarlo y
...ed que, irritado por sus rigores, por
...do que sea el foso, un día de es-
...lará; un poco de vergüenza se tra-
...to. Aceptar a esa... por suegra...
...egalo! Es demasiado pedirme, y ten-
...oyecto de ir a hablar esta misma tar-
...el señor de Manserre y explicarme
...enérgicamente con él. De dos cosas
...a se marcha mañana de las "Char-
...ara no volver más, o bien esta no-
...a nos marchamos mi esposa y yo.
...de Manserre ama a su hija y espero
...pequeña arenga le causará cierta im-

...ñora de Arcí había oído apenada es-
...o algo brutal, pero se cuidó mucho
...rio; amaba a su padre, pero por nada
...lo hubiera contradicho a su esposo.
...me dió las gracias, con una expre-
...ada, cuando me oyó contestarle en
...te forma:
...uerido conde: sus premisas me pa-
...cesivas, y sus conclusiones algo arries-
...El señor de Manserre tiene el tempe-
...melancólico, es un hipocondríaco que
...tenido del Destino lo que de él es-
...y se cree con derecho a quejarse de
...cia. Consideremos también que está
...ad en que el amor ya no es otra co-
...la mayoría de los hombres, que la
...d de una compañera amada; las mu-
...les agradan son las que los com-
...o los admiran, los distraen o los con-
...Quiso el cielo, o el infierno, y un
...o que se aburría —porque Tony
...se lava las manos— mandar aquí a
...ona que no es ni una inocente ni una
...; las injurias jamás han probado na-
...la señorita Holdenis es sencillamente
...na inteligente, diestra, insinuante y
...el arte de adentrarse en los senti-
...de los hombres, en sus querellas con
...y de halagarles en su vanidad. No
...e el atractivo que siente el señor de
...por ella pueda llevarlo muy lejos,
...e dejara, ni que la señorita Holdenis
...na ambiciosa cuya imaginación aca-
...rtos ensueños. Digámoslo todo: si la
...de Manserre muriese de aquí a ma-
...izás nos costaría trabajo impedir
...suegro se casara con el aya de su
...e el espíritu demasiado liberal para
...consideraciones de fortuna y de ori-
...dan oponerse a satisfacer sus aspira-
ciones; no conozco hombre más desprendido de todo convencionalismo. Afortunadamente, la señora está viva, bien viva, y el señor de Manserre es un hombre de honor, para quien es sagrada su palabra. Lo que temo, mi querido señor, es una intervención inoportuna que, al irritarlo, lo echaría todo a perder. Es de la raza de los soberbios; si a veces se rinde a sus propias reflexiones, tiene poca consideración por las ajenas, y su orgullo no acepta lecciones de nadie. Por el amor de Dios, renuncie usted a hacerle indicación alguna. Sus explicaciones, demasiado sinceras, lo llevarían a temibles arrebatos; quizá concedería a su cólera lo que ciertamente negaría a su pasión, ya que así llama usted a una fuerte inclinación hacia una persona que, por su estado, entiende mejor que nosotros el modo de hacerle grata su compañía.

—Creo que el señor Flamerín tiene razón— se apresuró a decir la señora de Arcí, mirando a su marido de reojo para saber hasta dónde podía llegar—. Es probable que veamos muy negras las cosas, mi querido Alberto, y que el peligro no sea tan inminente como pensamos. Sin embargo, ¿no podíamos hacer algo, señor Flamerín? ¿Dejaremos que la enfermedad siga su curso, sin ensayar ningún remedio?

"Nos duele ver al enemigo instalado en la plaza, y anhelamos desembarazar a mi pobre padre de su señorita de compañía. Si la intervención del señor de Arcí le parece peligrosa, dirijámonos a la señora de Manserre. Tengo la convicción de que sus palabras serán tomadas en cuenta: no en vano se han amado durante seis años; algún vestigio del antiguo amor subsistirá aún; habrá algún fuego debajo de la ceniza.

"Vamos a hablarle, saquémosle la venda que tiene puesta en los ojos, curémosla de su ciega confianza, que es el verdadero peligro, y busquemos con ella el medio de alejar sin ruido esos funestos ojos azules, que nos van a traer tempestades.

—¡Ay, señora!, me hace usted temblar —exclamé—. ¿No ve que esa confianza, que llama usted ciega y que me parece adorable, será nuestra salvación? Por ella, precisamente, la señora de Manserre domina, sin sospecharlo, las maniobras secretas de la señorita Holdenis, y coloca al señor de Manserre en condiciones de no poder querer nada, ni siquiera esperar ni desear. ¿Haría traición un hombre leal a una mujer que cree en él como en sí misma? Desengañarla, es echarlo a perder todo. A la primera palabra que le diga usted, perderá la cabeza y le entrará como una locura de pena e inquietud.

"No espere de ella prudencia, mesura ni habilidad. Estallará y servirá al enemigo sin quererlo. ¡Singular medio de salvar una plaza sitiada, haciendo *ex profeso* una brecha en ella!

—Todo lo que le proponemos le parece malo —dijo el señor de Arcí con mal humor—. Procure al menos hallar un expediente; de lo contrario, vuelvo a mi gran medio: es decir, ¡al arsénico!

—Les suplico que me den ustedes carta blanca.

—¿Y qué hará usted?

—Pretendo obtener del enemigo que levante el sitio.

—¿Dirigiéndose a su exquisita sensibilidad, y a la delicadeza de su hermosa alma?

—No; por otros medios. No me pregunte cuáles: son mi secreto.

—¿Y promete usted triunfar?

—Haré lo posible. Prométanme no decir nada a la señora de Manserre, y hasta poner buena cara a la señorita Holdenis.

Me contestó que era mucho pedirle, que no obstante consentía en prestarse a mi ensayo, después del cual volvería a recuperar su libertad de acción y entonces procedería a su modo. Salió retorciéndose el bigote, y tarareando el estribillo favorito del gran Federico:

La trataré, biribí,
Al modo de los bárbaros
Amigo mío.

La lluvia cesó a la caída de la tarde, y el cielo se despejó. Al otro día, cuando despertamos, no había una nube. Antes de las seis, dos coches tirados por tres vigorosos caballos percherones, nos esperaban ante la verja que cerraba la terraza. Todo el mundo fué puntual a la cita, sin exceptuar a la señora de Manserre. La alegría hacíale realizar proezas. Cuando se reunió con nosotros, aun tenía los ojos hinchados de sueño, y estaba envuelta en pieles hasta los ojos, como en medio del invierno. El señor de Manserre la animó a que subiese a la carroza, cuya capota levantada la protegería contra la fría brisa matutina. El subió en el *break* que se proponía guiar, y llamó a su lado a Lulú y a su institutriz. Había contado sin su yerno, que, por malicia, subió en el mismo coche, diciendo que quería aprovechar la instructiva conversación de la señorita Holdenis. Se hizo el sordo a todas las objeciones, y afectó no ver cómo fruncía el entrecejo su suegro, que al fin tuvo que soportar su molesta compañía. Yo subí a la carroza con las señoras de Manserre y de Arcí, y partimos.

Señora: Si desea conocer el Viennois, y no tiene tiempo de visitarlo, estudie la exce-

RAYOS X — *Trágalo* — **Por HALEBLIAN Y DEL CASTILLO**

¡HIJO! SOLAMENTE
¡NO, EL HUMO

lente guía *Yoanne*, pues me sería imposible describirle exactamente el país que se atraviesa para ir de Cremieu al lago Paladru. Por muy amante de hermosos paisajes que fuese, por gusto y oficio, había dejado en las "Charmilles" mis ojos de pintor; ya no era más que Tony Flamerin, un hombre en extremo preocupado. Debido a la inquietud, casi diría susto, que me causaba el plan de campaña del señor de Arcí, yo me había adelantado audazmente, para hacer recaer la responsabilidad sobre mí y había obtenido un voto de confianza. ¿Qué iba a hacer?

Los medios secretos de los cuales había alardeado, me parecían, después de bien examinados, de dudoso efecto, y no estaba muy decidido a emplearlos. Para ver claro en la propia conducta hubiera sido necesario ver claramente también en mis sentimientos. A intervalos me parecía que odiaba, como a la propia peste, al enemigo que me había encargado de combatir, y me proponía tratarlo sin consideración ni misericordia; acto seguido me sorprendía dudando de mi odio en el cual entraban quizá más celos que verdadera aversión.

Usted ha leído a Tasso y conoce el episodio de la floresta encantada, que Tancredo creía poder desencantar. Pero primero debió hacer lo propio con su corazón, pues ya sabe usted lo que les ocurrió a él y a su espada, cuando el árbol que se prometía abrir le enseñó el rostro de esa Clorinda a la que neciamente creía haber dejado de amar. Yo me preguntaba si ya no le tenía ningún cariño a Clorinda, y si en el momento decisivo no sentiría temblar en mi mano la espada de la inexorable justicia. Mi único recurso era contar con lo imprevisto, algún incidente que me inspirase una resolución; pero, ¿qué habilidad es esa que cuenta con lo imprevisto? ¡Cuánto se hubiera burlado de mí el señor de Arcí, si hubiera leído en mi espíritu!

Así, entregado a la preocupación, usted me perdonará que haya visitado, sin verla, una de las más hermosas regiones del mundo. Sin embargo, recuerdo confusamente largas hileras de colinas cubiertas de verdes encinas, que servían de marco a fértiles vegas sembradas de ricos cultivos. Durante varias horas caminamos por una vasta meseta mamelonada. Al alcanzar el punto culminante de estas eminencias, veíamos otras que se desarrollaban en forma de anfiteatro a nuestro alrededor, coronadas de hermosas aldeas, de agudos campanarios y de macizos castillos. También recuerdo que atravesamos lindos pueblecitos, cuyas casas encaladas nos miraban pasar. Debajo del colgadizo de una de esas casitas estaba suspendida una bandeja de mimbre para secar quesos, y de sus ventanas salía un impreciso rumor de ruecas y telares. Me pareció que al salir de esas aldeas se veían grandes nogales, cuya alargada sombra dormía pacíficamente en el polvo del camino, a derecha e izquierda de los pajares de heno. Luego, hasta el horizonte, sembrados de trébol, de maiz, de trigo sarraceno, en flor, y, en medio de todo esto, parras frondosas, cuyos pámpanos tenían tintas rojizas y cuyos sarmientos se asían unos a otros como para bailar una ronda fantástica. Que tuvieran estas parras un aire alegre y festivo, puedo de ello darle mi palabra de honor, pero el motivo de esa alegría lo ignoro por completo.

A paso lento subieron nuestros caballos una cuesta, y entonces mis ideas adquirieron lucidez, y miré detenidamente un fresco valle que se parecía a esos cuadros de Poussin en los que le gustaba reunir toda clase de escenas rurales. En el fondo, una turbera donde dos hombres abrían una zanja, mientras un tercero reunía la turba en montones; a unos cuantos pasos, un sembrado de arvejas y varias mujeres ocupadas en arrancarlas, otras lavando ropa en un arroyo, niños cortando mimbres, una pradera donde pastaban vacas y un caballo blanco, al otro lado del valle un terreno labrado, graso y brillante, donde paseaba un rastrillo tirado por dos yuntas de bueyes. Hombres, mujeres, niños, toda aquella gente charlaba y reía; la turba interpelaba a las arvejas, el rastrillo hablaba a las lavanderas; mientras pastaban, las vacas sostenían también su poquito de conversación, y la gravedad del animal daba su fallo sobre la alegría del hombre. Sobre aquella escena flotaba un transparente vapor, y un dulce sol de otoño que bebía una a una las gotas de rocío, sudor de la tierra; no, Poussin no hubiera podido pintar un cuadro más hermoso.

Conozco una cosa más interesante que los bellos paisajes: es el espectáculo de un alma feliz, cuando esa alma no es la de un malvado ni la de un necio. La señora de Manserre presentábame ese espectáculo. Era la personificación de la felicidad que brillaba en sus ojos, en su sonrisa, en toda ella, envolviéndola como un nimbo. Se hubiera podido pensar que no vivía más que desde hacía dos días; el mundo era para ella una encantadora novedad; los objetos más insignificantes le causaban sorpresa, admiración. En verdad, ¿no fué ese día cuando ella descubrió el sol?

Decía su mirada: "¡A propósito, tengo que decirte que dentro de diez meses seré su esposa!" Esa tierna alma hubiera deseado esparcir su alegría en torno suyo, hacer limosnas de felicidad durante todo el camino. Al ver a una pavera, cuya ropa estaba en estado asaz lastimoso y que cuidaba en un prado una manada de pavos, hizo que se detuviese el coche y corrió a besar al niño de aquella mujer con el cual habló sentada en una piedra; los pavos, asustados, cloqueaban en torno suyo, haciendo la rueda. Al separarse de la mujer le puso en la mano dos monedas de oro. Un poco más lejos concluyó de vaciar la bolsa en el sombrero de un anciano ciego. Nos miramos de reojo la señora de Arcí y yo, diciéndonos muchas cosas en esta mirada.

Desde el valle, que me había hecho pensar en Poussin, hasta la aldea de los Abrets, donde debíamos hacer alto para almorzar, tuve menos distracciones, y puedo asegurarle que el camino que seguimos, quizá no tenga igual. Se extiende en medio de risueños vergeles, frescos y tapizados por una hierba tan aterciopelada que me entraban ganas de convertirme en carnero para triscarla. Las dos hileras de árboles entre las cuales pasábamos, entrecruzaban sus ramas formando hermosísima bóveda, por sobre nuestras cabezas.

No alcanzamos el *break* hasta Abrets; había corrido como el viento, sin detenerse a charlar con las paveras, guiado por un hombre que desahogaba su mal humor fustigando incesantemente a tres fogosos caballos.

No podría usted calcular hasta qué punto el señor de Manserre, según los casos, no se parecía a sí mismo. En él había dos hombres: uno que ponía tanto cuidado en dominarse, como el otro se dejaba arrebatar por la pasión. Durante mi estada en Dresde, tuvo que tratar un asunto erizado de dificultades y lo vi oponer a todas las contrariedades un semblante impávido y sereno. Fuera de los asuntos y cuando no se trataba más que de él, era incapaz de disimular, y sus contrariedades aparecían ingenuamente en su cara, donde se las podía leer como en un libro abierto.

Durante el almuerzo estuvo sombrío como un sepulturero. El señor de Arcí hacíase el ingenuo, y lo exasperaba con sus atenciones. Al levantarse de la mesa se desquitó. En el jardín de la posada había un tiro al blanco. El señor de Manserre, que era un gran tirador, desafió a su yerno, e hizo blanco tres veces seguidas. Los asistentes aplaudieron, y la perla de las institutrices exclamó:

—¡Díganos usted de una vez, señor, si hay algo que no domine!

El señor de Arcí dió con la primera
en uno de los montantes del blanco, y lo a
có a la pistola, que tachó de detestable. El
gundo disparo no fué más acertado, y se
tinó en tirar hasta hacer blanco, tanto que
salir del jardín tuvo el disgusto de ver
el *break* había partido sin aguardarlo. En
ces vióse obligado a subir con nosotros e
carroza.

—Lo han burlado a usted —le dijo ri
la señora de Manserre, y luego añadió en
no más formal: — El señor de Manserre
queja de que usted tiene la mala costu
de burlarse de la señorita Holdenis, y cree
a la larga sus bromas podrían perjudicarla
el espíritu de su discípula... ¡Nos al
mos tanto del dominio absoluto que ha to
sobre nuestra rebelde niña!

Al señor de Arcí se le escapó una risita
de intención. Yo le di un pellizco en el
zo, y se tragó la réplica.

Al salir de Abrets hay que subir, du
una hora, una cuesta bastante empinad
llegar a la cima hay que apartarse de la
rretera para entrar en un camino vecinal
conduce, en veinticinco minutos, al pueble
Paladru, ubicado a unos pasos del lago,
de una iglesia que se yergue en una emi

Señora: puedo hablarle del lago Pa
con todo conocimiento de causa; lo he
to muy de cerca, he estrechado bastante
relaciones con él, más de lo que hu
deseado. Por si le place la estadística, le
que está situado a mil trescientos metro
altitud, que tiene cerca de once kilóm
de largo y tres de ancho, que es muy h
que sus aguas son minerales y muy a
para combatir ciertas enfermedades, y que
nen un ligero sabor jabonoso, lo que
opone a que en ellas haya bastantes p
Debo advertirle que no está permitido
Cremieu sin visitar ese precioso lago, que
alrededores son deliciosos, y que en ellos
cen soberbios fresnos, que los montes
sirven de marco a sus orillas se encue
unos más cultivados, y otros más po
de árboles, y más agrestes, que según la
del día y el capricho del viento, pasa des
color del nácar a un azul celeste, y al
plomo; que, en fin, la naturaleza se ha
placido en reunir en sus orillas los más
riados accidentes de terreno; aquí ense
bahías, cabos, arboledas que se inclinan
el agua y en ella mojan su cabellera, al
miniatura de playa bañada por el agua;
lejos, acantilados batidos por las olas.
se usted en uno de esos acantilados, a
pasos del pueblo, y mire a la izquierda.
allá del lago y de sus juncos verá uste
el primer plano, una cortina de sauces,
altura sombreada por hermosos noga
través de los que apunta un campan
las torres de un castillo, y si el cielo
despejado, merced al claro que dejan
sí las colinas, se le aparecerá el Monte
co en toda la magnificencia de sus
deslumbrantes, descubriendo a la vez su
vertientes, una que va bajando en for
terraza hacia Francia, la otra parecida
gantesca muralla, en la cual parece que
las águilas mismas deben sentir vértigo.

La guía de viajeros le dará, señora
una idea de las hermosuras del lago P
pero no le dirá que es un sitio don
hacen experiencias desagradables. La q
ce, me ha demostrado claramente que e
cio de predicador tiene sus quiebras, y
las alemanas tienen en ocasiones muy
ños caprichos.

VII

Fatigada de lago y de Monte Blanco,
ñora de Manserre se había dormido a
horas de nuestra llegada, en uno de los
del hotel de los Baños, y Lulú, acostada
almohadón, dormía a sus pies. Aguarda

... cena, el señor de Manserre, que en... ajedrez tanto como de pistola, y que ... nueva ocasión de humillar a su yerno, ... una partida, y éste la aceptó con ...za de un quimérico desquite.

... tardó en salir. Se fué a pasear sus ...tos por la playa, en donde estaba ... lancha recién llegada del otro lado ... Los barqueros que la tripulaban la ...arrado a una estaca después de arro... en torno de la verga. Impulsada ...pentino capricho, entró en la lancha ... en la proa, donde permaneció inmó...da hacia el agua, que quizá le ser...o. Me pareció propicia la ocasión, ...gundos después me reuní a ella, des... a poco la amarra y, empuñando los ...vé la lancha lejos de la orilla.

... Meta pareció asustada de encon... solas conmigo en aquella embarca...lante, y me suplicó que la llevase ... a tierra. Aparenté no oírla y seguí ... Poco a poco se tranquilizó, o se ... y se sentó en la popa, cerca de la ... Cuando pasamos del centro del lago, ... remos y dejé al bote marchar a la ... Mirábame ella con atención, como ... interpretar mi rostro y mi silencio. ... anterior tropecé en la biblioteca del ...con una antigua edición de las "Pro...", de Pascal, y tuve la curiosidad de ...libro. Un trozo me había llamado ... la atención, y se me había grabado ...moria. Apoyándome contra el más... los brazos cruzados, recité:

...verdad, padre mío, mejor sería tratar ... sin religión que con los que están ... en ella hasta la dirección de inten... en fin, la intención del que hie... al herido. No se da cuenta de esa ...creta, y sólo advierte el golpe re...hasta no sé si no se tendría menos ... que lo maten a uno brutalmente, ...a por la cólera, que de sentirse ... concienzudamente por hipócritas".

... qué grande hombre era Pascal, y ... más peligrosa es la casuística!

... se dirige usted? —me pregun...o—. ¿Al Cielo, a los peces, o a ...

...n —contesté— que varias veces me ...o ser ligero, a ese alguien con... se perdone a los espíritus ligeros; ...rán mañana el daño que pueden ... ¡Temo mucho más a los que ... por convicción! De ello dijo Pas... nunca es uno malvado tan comple...mente, como cuando se lo es por ...

... torno suyo.

...o al hipócrita a quien se dirige su ... —contestó suavemente.

... empuñar los remos. Pronto pasamos ... un pequeño cabo, cuya verdura ... la aldea y el hotel. Meta no tenía ... y me dijo en tono pacífico:

... van a decir a Lulú, si al despertar ... por su institutriz? ¿Es un rapto? ... ¡Ah!, se me olvidaba que hoy es ...ro de septiembre, y que debíamos ... explicación; ¡pero un lago no es ...nterio!

... volvió la cabeza y contempló el ...nco que se veía confusamente tras ...po de nogales.

...evo solté los remos y me apoyé en el ...ié un cigarrillo y lo encendí.

... han dicho —exclamé — que la casuís... cultivada en países donde no lo pare... ven en esos países espíritus que em... sutileza en hallar buenas razones, pa...ficar los casos más injustificables. Se ... que desdeñan la sencilla moral de la ...nrada según el mundo. La alambican, ...máximas quintaesenciadas les autorizan a otorgarse pequeñas licencias, que el común de los mortales se negaría.

Otros se sirven de su religión, que es sincera, para santificar sus avideces. Sus acciones más interesadas son obras pías. Esos hijos del Señor consideran la tierra entera como su herencia legal, y convencidos de que el cielo les ha encargado de obligar a los malvados a restituir su tesoro, se atribuyen sus bienes con lágrimas en los ojos.

Lancé el cigarrillo al lago.

—Me han hablado de una pecadora —proseguí— que en verdad no había pecado más que una vez; Dios había sido tan indulgente para ella, que le había concedido la felicidad. Pasó una hipócrita, y viendo a esa feliz culpable, exclamó: "¡Qué mal ejemplo! La ley de este mundo dice que esta mujer ha pecado. El interés del cielo y de las buenas costumbres ordena que yo le quite esta felicidad tan mal obtenida. Le quitaré su casa, su marido, su niña, su pasado y su porvenir, sus recuerdos y sus esperanzas, le quitaré todo, y el Señor me dirá: ¡Has trabajado perfectamente, ángel de luz!"

Le subió una llama a las mejillas y me gritó:

—Desde hace unos días me está usted hablando en clave; dígame de una vez lo que tiene en el pensamiento y de qué infamia me cree usted capaz.

—Allí, en una posada de la aldea, está una mujer tranquilamente dormida. ¡Ojalá no despertase!, porque un día se volverá loca de desesperación, al ver que la señorita Meta Holdenis ha formado el honroso y atrevido proyecto de casarse con el señor de Manserre.

Su semblante tomó una expresión dura e iracunda que jamás le había visto. No fué más que un golpe teatral, porque la escena cambió en el acto. La mirada casi feroz que sus ojos clavaban en mí, tal como el aguijón de una abeja, se suavizó por grados; se separaron sus labios apretados, su frente contraída volvió a ponerse tersa como un espejo, inclinó la cabeza y me pareció que unas lágrimas brotaron de sus ojos. Esperé un rato a que me hablara, pero fué en vano.

Los lagos de las montañas son caprichosos y fantásticos. Cuando nos embarcamos no habíamos advertido un soplo en el aire ni una arruga en la superficie del agua, que era de un azul plateado. Bien pronto la sombra que proyectaba la costa tomó un color de esmeralda; el tono verde invadió poco a poco el celeste, y cubrió al lago entero, que se estremeció y comenzó a encresparse. La lancha había derivado hacia el medio. Cada vez más apurado por el silencio de Meta y el mío, me decidí a volver a la orilla. Enfilé la proa hacia la aldea de Paladru, en cuya dirección nos empujaba la brisa en línea recta, y desplegué la vela preguntando a Meta si se encargaba del timón, pues no se trataba más que de mantenerlo derecho. Me contestó que sí, con los ojos, y aferró la caña con mano resuelta. Se hinchó la vela, la embarcación emprendió su carrera como un caballo que hubiera sentido la espuela, y muy pronto los juncos y los guijarros de la ribera se hicieron más claros.

Meta irguió de pronto la cabeza, bebiendo el viento por los entreabiertos labios y moviendo su pecho agitado por los sollozos.

—Quiero recitarle una vez más el *Rey de Tulé* —murmuró—; escuche bien. —Y con la misma voz que antaño, en *Floreciente*, me recitó los versos que merced a ella me sabía de memoria.

El viento se hacía más fresco de segundo en segundo, y de repente una ráfaga sacudió rudamente la vela, que alternativamente batió el mástil y se estiró hasta hacerle crujir. El lago había pasado del verde al gris, se manchaba de espuma, y se encrespaba con mal humor. A un movimiento torpe que hizo Meta, la nave se inclinó bruscamente, y entró un poco de agua.

—Tenga cuidado —le dije—; bastaría una distracción para hacernos volcar.

Había terminado ya la última estrofa. Me miró, y su rostro me produjo extraña impresión. Se quitó la toca; el aire jugaba con sus cabellos que revoloteaban sobre su frente: sus mejillas estaban ardientes, y en el fondo de sus ojos clavados en mí, se agitaba una misteriosa locura.

—La gitana es un embustera —dijo—. ¿No me ha predicho que viviría yo cien años? —Y bajando la voz añadió: —Debíamos decidir hoy si pasaríamos nuestra vida juntos; ya que usted no se acuerda, quiero morir con usted.

Y al decir estas palabras, imprimió al timón una sacudida tan violenta, que inmediatamente dimos la vuelta y un servidor de usted tenía cinco metros de agua encima de la cabeza.

Señora: en este mundo no se sabe lo que sirve ni lo que estorba. Jamás hubiera imaginado que el trato con mi amigo Harris pudiera tener para mí la menor utilidad, y sin embargo, mi primera idea al volver de mi aturdimiento y del fondo del agua a la superficie, fué la de felicitarme de haber pasado con él tres meses en Ginebra, porque el bañarnos diariamente en el lago me había servido para aprender la natación. Tenga usted la seguridad de que, en aquel momento, todos mis cuadros pasados y futuros me parecían bien poca cosa al lado de la facultad que poseía de sostenerme en el agua.

LOS ESPEJOS QUE MIENTEN



La bien conformada señorita que se pasea ante los espejos "maravillosos" no se cansa de verse convertida en un ser susceptible de adquirir las más absurdas formas. Cada espejo la retuerce de diferente modo. Aquí la vemos hecha una mujer "petisa y gorda". Pero a ella no le gusta este aspecto; anda buscando el espejo que la muestre "alta y flaca". Lo buscará hasta el próximo número; entonces veremos lo que encontró.

Al aclararse mis ideas, mi segundo pensamiento fué que cerca de mí había una mujer que se ahogaba, y me decidí a salvarla o a morir con ella. Usted creerá lo que quiera, señora, pero no fué un movimiento de humanidad y de compasión el que me impulsaba: por primera vez sentía una especie de furor amoroso. Le había perdonado todo a Meta debido a la encantadora y loable intención que había tenido de ahogar a Tony Flamerin; tanto que me pareció que la vida no me era posible sin ella. Este sentimiento le parecerá extravagante y va usted a creer que las aguas del lago Paladru, de las cuales me había tragado una buena dosis, unen, a sus otras virtudes, la de ser más embriagadoras que el vino del Rin. Señora: no es necesario beber para desvariar; hay algo de locura en todas las pasiones humanas.

Me sumergí, y no vi a Meta. El espanto se apoderaba de mí cuando se me ocurrió que su falda podía haberse enganchado en la barra del timón, que debía estar sujeta debajo de la lancha. No tardé en sacarla a flote. Había perdido el conocimiento, pero no podía alarmarme mucho porque no había quedado más de un minuto debajo del agua. Un ligero movimiento que hizo con los dedos me tranquilizó por completo. Le sostuve la cabeza con la mano izquierda y nadé con tanto vigor con el brazo derecho y las piernas, que aun el gran Harris se hubiera quedado asombrado al verme. Después de unos minutos, que me parecieron largos, tuve el infinito placer de llegar a tierra.

Mi primer cuidado fué el de tender a Meta sobre el costado, e inmediatamente abrió los ojos, pero los cerró en seguida. La levanté, la estreché en mis brazos y eché a correr hacia la posada, que no estaba lejos. A mitad del camino se me acercaron dos barqueros furiosos, que me colmaron de insultos pidiéndome cuenta de su lancha. Señalé con el dedo el punto en donde se encontraba, asegurándoles que estaba en buen estado, aunque no lo pareciera. En el fondo no eran malos, y la bolsa que les di estaba tan repleta, que inmediatamente cambiaron de tono y quisieron ayudarme a llevar mi preciosa carga, pero no acepté que me ayudara nadie. La señora de Manserre, que había despertado, extrañándose de no vernos, acababa de salir del hotel con Lulú, para buscarnos. Nos divisaron, y creyendo en una irreparable desgracia, ambas lanzaron gritos agudísimos. Había podido desembarazarme fácilmente de los barqueros que reclamaban su lancha, pero me costó trabajo calmar a Lulú, que me pedía cuentas de su institutriz. Lo peor del caso fué que sus gritos fueron oídos por el señor de Manserre, que, dejando su partida de ajedrez, se lanzó al patio y creí que iba a tener un serio encuentro con él. Me miraba con expresión de furor y de amenaza, pero me apresuré a tranquilizarlo afirmándole que Meta estaba viva. La inquietud le atormentaba menos que el áspero pesar de verla tendida en mis brazos, que la apretaban estrechamente, con la mejilla apoyada contra la mía y sus cabellos pegados a mi sien.

Se lanzó contra mí con los puños en alto y exclamó:

—¡Es usted un loco miserable!

Este grito me hizo comprender qué profunda era su herida.

—Se excede usted, caballero —le contesté fríamente; y rechazándole con el hombro, entré en la posada donde solté mi preciosa carga. Por mucho que fuera mi entusiasmo, mis fuerzas estaban agotadas.

Acudió el señor de Arcí, y se encogió de hombros mirando de reojo a Meta, que estaba pálida como la muerte, y me dijo:

—¡Qué cómica! —Luego gruñó entre dientes: —La idea era ingeniosa, Tony, pero le ha faltado valor.

VIII

Los cuidados de la señora de Manserre, ayudada por su hijastra y por dueña del hotel, resucitaron pronto a la perla de las institutrices. La desnudaron, la acostaron en una cama calentita, y no tardó en recobrar todas sus facultades. Su primera palabra fué para Lulú, que se lanzó sobre ella con grandes demostraciones de alegría

Mientras tanto, yo había cambiado mi ropa mojada, y bajé a calentarme en la cocina.

Allí hallé al señor de Manserre, de pie delante de la chimenea, que me gritó:

—¡Tiene usted que darme explicaciones!

—Permítame —contesté en tono vivo—; me parece que soy yo quien las ha de pedir.

Nuestra antigua amistad triunfó de sus celos y de su orgullo, y prosiguió en tono muy afectuoso:

—Tiene usted razón; los gritos de Lulú me habían alterado el espíritu. Excúseme, se lo ruego, y démonos un abrazo.

Le di la mano, sin las explicaciones que esperaba acerca de nuestro naufragio. Todo lo que pudo sacar, fué que la señorita Holdenis había escogido el momento en el cual el viento soplaba con más fuerza, para soltar imprudentemente la barra del timón.

—Eso prueba una vez más —agregué— que las mujeres son malos pilotos. No nos dejemos, pues, guiar por ellas, ni en el agua ni en tierra.

Impaciente por mi reserva, me llevó hasta una ventana, y me dijo a quemarropa:

—¿Tiene usted proyectos formales respecto de la señorita Holdenis?

—¿Qué le importa a usted? —le contesté.

—Me intereso por ella y por usted, y no creo que hayan nacido el uno para el otro.

—¿Pues para quién ha nacido ella entonces? —le pregunté mirándolo fijamente a mi vez.

—Para mi niña, a quien es muy necesaria. Obre usted de buena fe. ¿Su corazón está interesado de veras en este asunto?

—Quizás —contesté—. Pero no tengo que dar cuenta de ello a nadie más que a ella misma.

En eso, vinieron a avisarnos de que la cena estaba servida. Me sentía con un apetito borgoñón y me había ganado la cena, a la que hice honor y sobre todo a un "*ombre-chevalier*" (variedad de la trucha), que había pescado por la mañana en el lago, cerca del sitio donde habíamos naufragado. Este producto del lago Paladru me resultó exquisito, porque no tengo el alma rencorosa. El señor de Manserre comía sin gana, y no pronunció tres palabras. Su señora no se cansaba de hacerme preguntas acerca de mi aventura náutica y de darme las gracias por haber salvado la vida a una persona que tan querida le era. El señor de Arcí tragaba bocado tras bocado para ponerse en la imposibilidad de hablar. Su señora me miraba con su pacífica sonrisa, diciéndome en voz baja:

—¡Gentil caballero, algo hay debajo de todo esto!

A los postres, la señora de Manserre se levantó de la mesa para ver cómo estaba Meta. Volvió diciendo que la heroína del día continuaba perfectamente, y que, después de haber tomado un poco de caldo, quería a toda costa levantarse, y como su ropa no estaba aún seca, se le estaba buscando otra. Lulú, que no podía pasar sin su institutriz, pedía que la dejaran ir a su lado, y como le negasen el permiso, se puso a llorar y a patalear como en los tiempos pasados. Para calmarla, el señor de Arcí le hizo pajaritas de papel; todo el mundo se puso a hacerlas, y la mesa no tardó en estar cubierta de ellas. Después de haber contribuído también a fabricar pajaritas, me escabullí para fumar un cigarro en el jardín.

La luna, en cuarto creciente, plateaba la mitad del lago; la otra mitad estaba sume[...] da en densa obscuridad. No estaba ya [...] tado, pero quedábale aún como una [...] emoción; a intervalos, sus olas balbuce[...] frases entrecortadas; hubiérase dicho que [...] sueño la había sorprendido en medio de [...] cólera, y que gruñía en voz baja sin dejar [...] dormir. Me vino la idea de ir a ver a M[...] creyendo que, luego de lo ocurrido, t[...] mos que conversar juntos.

Entré en el hotel por la puerta de esc[...] subí la escalera a paso de lobo, me deslicé [...] los corredores e iba a llamar a su pu[...] cuando advertí que la joven no estaba [...] Decía en aquel momento a alguien:

—Déme usted noticias de mi salvador.

—Está de un humor excelente —con[...] una voz sombría, que reconocí como la [...] señor de Manserre.

Mi primer impulso fué abrir bruscam[...] la puerta; el segundo, retener el aliento y [...] tar oído; pero las buenas conciencias pr[...] cen escrúpulos, como los ricos terrenos [...] buenos trigos. Para escapar a la tenta[...] huí del sitio, y me marché silenciosam[...] al cuarto donde había entrado para camb[...] me de ropa. Mis prendas de vestir est[...] tendidas delante de una buena lumbre.

Me ocupaba en darles vuelta, cuando [...] di cuenta de que, después de una pausa, [...] dos voces habían vuelto a conversar. A[...] dese usted, señora, cuando visite el lago [...] ladru, de que en el hotel de los Baños [...] camas son blandas, las comidas abundant[...] bien servidas, los *ombre-chevaliers* exqui[...] pero que los techos y las paredes par[...] de cartón delgado, que de una pieza a [...] se oye todo, y que hay que murmurar [...] secretos en el idioma de las hormigas. [...] *bis in idem*, dicen los juristas; lo que [...] fica que no está uno obligado a tener co[...] cia dos veces seguidas en el mismo a[...] Esta vez escuché y oí.

—¿Pero no podré enterarme de quién [...] partido la idea de ese paseo por el agua? [...] cía el señor de Manserre en tono seco, cas[...] perativo.

—Yo misma no lo sé; me parece qu[...] amarra se soltó sola.

—Y ¿le ha parecido a usted natural [...] arriesgado paseo, a solas con un homb[...] que quiero y estimo, pero que acaso no [...] tiende mucho de cuestiones de convenie[...]

—Reconozco que hice mal —dijo hum[...] mente—. Olvidé mi situación; la institutr[...] su hija le presenta todas sus excusas, [...]

—En este momento no habla con el [...] de mi hija, sino con un hombre que pr[...] tener el derecho...

No concluyó la frase. Prefirió empezar [...] nueva.

—¿No estamos hoy a 1º de septi[...] Hoy es cuando Tony debía pedir su [...] ¿Qué le ha contestado usted?

—No he tenido que contestarle, porqu[...] me ha preguntado nada, señor.

—Sin embargo, el sitio era a propósito [...] declararse; nadie podía interrumpir... ¿H[...] tado ardoroso? ¿Supo valerse de las cir[...] tancias como hombre hábil? ¿Se mostr[...] prendedor?

—Pero, señor, ¿sabe usted a quién [...] semejantes preguntas?

—Tentado estoy de creer que ese na[...] no ha sido un accidente. El señor Fl[...] habrá querido darse el gusto de salvarla [...] mayor aun de llevarla durante diez m[...] en sus brazos. ¡Cómo la estrechaba [...] su corazón! ¿Es cierto que usted estaba [...] pletamente desvanecida?

Levantó ella la voz, que tomó una e[...] ción autoritaria:

—Pues bien, sí, eso es —exclamó—; el [...] Flamerin se tomó hoy conmigo gran[...] bertades. Lo que me consuela es que [...] llegará el día en que sea su esposa.

...rá.

...quiere, ¿quién podría oponerse a ...da usted que él es libre...

...nas palabras lo aplastaron y creí ...profundo suspiro. Puede que fuera ..., porque en ciertas circunstancias ...n los oídos.

—...ña usted mis consejos —prosiguió ...s suave—, espero que le dé usted ...or importancia al consentimiento ...a. Puedo asegurarle que su padre ...rá jamás este enlace.

—... escrito usted, acaso? ¡Qué modo ...e mis confidencias!

—... contestado a vuelta de correo di... que el señor Flamerín era sin duda ... partido, pero que no aceptaría por ... que a un hombre de espíritu serio ...cipios severos, y que entre los ar... se encuentran tales hombres.

—...te delicadeza le honra, tanto más ... se halla, según creo, en una situa...ada...

—¿...abló a usted de sus asuntos? —le ...ó Meta con emoción.

—...adezco su confianza. Alguien le pro...rlo como asociado en una empresa ... permitiría levantar en poco tiempo su ...Sólo que exige de él que contribu...apital que no posee.

—¿... pide a usted algo?

—...alegraré poder auxiliar al padre de ...ldenis.

—...ñor!, ¿por qué obliga usted a una ...ogar en contra de su padre, y a ... que, por muy honrado y leal que ...mbre de proyectos químicos, que ... suerte en todo lo que emprende, ... le prestará un servicio fatal si alienta ...es, que jamás recobraría sus fondos, ... dignidad no se consolaría de ello? ...or, que tenga usted el valor de ne... Estoy dispuesta, si es menester, a pe... favor de rodillas.

—...se. Me negaré, ya que me lo ruega ...mítame que le diga que usted tiene ... más noble y más delicado que he ...

—...d, señor, es la bondad en persona... ...go, me ha dirigido hace un instante ...usta recriminación.

...reció que cambiaba de sitio para acer...a.

—...tima vez, ¿le ama usted o no? —le

—...mos este asunto, señor; me apena dis... usted.

—...ega usted, pues, a calmar mi in... —prosiguió en tono casi de súplica. ...cuesta trabajo creer en su inquietud. ... creería en su despotismo, si no fuera ... bueno.

—¿... mi tiranía le parece insoportable?

—... dispuesta, señor, a dejarme guiar ...; pero vivimos —añadió en tono ale... un tiempo en el cual los pueblos ...s piden al gobierno que explique ...nes.

—¿... quiere que me explique? ¿Quiere ... a decirle lo que estaba decidido a ...siempre?... Sí, soy un déspota, y mi ...¡Ah!, ¡no me obligue usted a ha... ha adivinado!

...on largo silencio. Al menos a mí me ...uy largo. El señor de Manserre lo ... diciendo:

—...sé lo que pensará usted de mí. ¿Mi ... le parece odiosa o ridícula?

—... la juzgo, señor; creo estar soñando. ... se equivoca, se forja ilusiones. ¿Quién ... pobre muchacha sin ingenio y sin be... haberme hecho amar por un hom... usted? Será la eterna gloria de mi ... a este honor peligroso prefiero la ...e perdido. ¡Era tan feliz a su lado!... ...estoy sentenciada a dejar mañana las "Charmilles". Señor, ¿qué ha hecho usted? ¡Qué crueldad!

—¡Me abandonaría usted! —exclamó con vehemencia—. ¡No lo permitiré!

—Si tuviera la flaqueza de quedarme, ¿qué vida sería la mía en una casa en donde me agrada tanto buscarlo, cuando de aquí en adelante la simple prudencia me manda que huya de usted?

"¡Adiós dulce libertad, que tenía tanto encanto para mí como para usted!"

—Usted se quedará y no necesitará huir de mí. Le prometo que no oirá ya una sola palabra mía que pudiera asustarla o molestarla. El día de hoy es fatal; borrémoslo de nuestra mente. Que mañana sea igual a ayer; olvidemos uno y otro que hemos venido a un lugar maldito en el cual los celos me han hecho divagar...

—¿Qué exige usted de mí, señor? El olvido le será fácil, pero yo no me fío de mis recuerdos.

—Yo le suplico —prosiguió— que me considere como a un enfermo cuya razón debe tratarse con miramientos, a quien se perdona, por temor a cosas peores: sus más absurdos caprichos. Tenga usted la seguridad de que condeno mi locura, pero me asusta, y si se negase usted, no respondería de nada, sería capaz de algún extravío que causaría la desgracia de todos nosotros. Júreme que no dispondrá usted de su mano antes de consultarme, y que no abandonará las "Charmilles" sin mi consentimiento.

—¡Me espanta usted! —exclamó ella con voz arrebatada.

—No saldré de aquí antes de que me haya dado su palabra.

—La tiene usted, señor; se la doy con la esperanza de que me la devolverá.

Esta conversación, señora, me sobreexcitaba los nervios, me era insoportable, y estaba reflexionando acerca del medio de terminarla, cuando oí que se abría una puerta y en seguida conocí la voz de la señora de Manserre, que decía:

—Veo con gusto, querida, que está usted en buena compañía. Está fuera de peligro, ¿no es verdad, Alfonso?

—Gracias a sus cuidados, señora, por los que le estaré eternamente agradecida —le contestó Meta—. Me felicito de haber visto de cerca a la muerte, pues así he tenido la ocasión de convencerme de que usted me profesa algún cariño.

—¿Y dudaba usted de ello? ¡Ay, qué susto nos ha hecho pasar! —Y la señora de Manserre empezó a dar otra vez los detalles de su emoción; le agradaba repetir las cosas.

Me escurrí discretamente y volví al jardín, en donde medité largo tiempo acerca de lo que acababa de oír. No sabía cómo juzgarlo. En mí había un fiscal que acusaba, y un abogado muy hábil que hallaba réplica a todo. El tribunal flotaba en la duda y reclamaba un suplemento de datos. Mientras consultaba conmigo mismo, contemplaba las estrellas, y no supe obtener solución alguna.

El sonido de un piano me distrajo de mis reflexiones. Meta, envuelta en la pelliza de la señora de Manserre, había bajado a la sala común y tocaba un nocturno de Chopin, el cual seguramente pensaba en mí al componerlo. La música trasuntaba los sentimientos de un hombre que se está ahogando con la mujer amada; decía también: "¡Ya que se niega usted a vivir conmigo, quiero morir con usted!" El piano era un mal instrumento al que Meta conseguía hacer hablar; tiene razón el refrán que dice: "No hay mala herramienta para un obrero que tiene buenas manos". Me pareció que ella tenía igualmente buenos los ojos. Me había acodado en el borde de la ventana, y permanecí largo rato mirando a la joven, sin que ésta notara mi presencia. La dulzura habitual de su mirada había dejado el paso a una viveza mortífera; yo, ayudado por la música, procuraba persuadirme de que el brillo de aquellas pupilas celestes prometíame la felicidad. A intervalos me parecía evidente esto; cuando Meta cerró el piano, ya no me pareció tan clara la cosa.

Aquella noche dormí muy mal, primero por que se agitaba en mi mente un problema de matemáticas transcendentales, después porque mi vecino de la derecha, el señor de Manserre, estuvo levantado hasta el amanecer, yendo y viniendo como un oso enjaulado. Su insomnio me consolaba del mío.

Por complacer a Lulú, se decidió que se almorzaría en Paladru y no marcharíamos a las "Charmilles" hasta después de las doce. A eso de las once bajé al comedor. La señora de Arcí, sentada junto a la ventana, miraba a la señora de Manserre, que se estaba paseando en el jardín con Meta. Me señaló con el dedo una tras otra, diciéndome:

—¿Cómo es posible desear aquéllo, cuando se tiene la dicha de poseer ésto?

—Hay que comprenderlo todo —contesté—. Esta mujer no tiene realmente todo su mérito más que en el mundo, en una fiesta, en un baile; pero no se dan bailes en las "Charmilles", y es menester convenir en que la otra mujer ofrece muchos recursos en el campo, en un día de lluvia.

—Añada usted —prosiguió ella— que una es tan sincera, tan leal, tan segura, como la otra taimada, tortuosa y falsa, y está probado que los hombres nunca han querido más que a las mujeres peligrosas.

—Hay mucha gente —le contesté— a la que no agrada viajar más que por regiones donde hay precipicios.

En este momento, la señora de Manserre nos vió y gritó:

—Parecen ustedes conspiradores. ¿Se puede saber lo que traman?

RESPUESTA DE PIRON

Un amigo de Pirón reprochaba a éste el haberse embriagado en Viernes Santo, y Pirón le contestó:

—Lógico es que la humanidad vacile cuando la divinidad sucumbe.

CONSEJO DE VOLTAIRE

En el año 1760, un fabricante de pelucas llamado André, escribió una tragedia a la que puso el título "El temblor de tierra de Lisboa", y envió el manuscrito a Voltaire. Este, después de haber leído la larga obra del peluquero autor teatral, le envió como respuesta una carta de cuatro páginas, que contenía las siguientes palabras, repetidas cien veces:

"Señor André, haga pelucas; señor André, haga pelucas; siempre pelucas, y nada más que pelucas..."



ULTIMOS MOMENTOS

En los últimos momentos de su vida, Jaime I el Conquistador dió consejos a su hijo, el infante don Pedro. Terminó su sencillo discurso con estas palabras:

—Hijo mío, ya sois rey...

PINCELITO PURAPOSE — **La modelo** — **Por DOMINGO VILLAFAÑE**

—Tramamos —le dije— el traerla aquí dentro de diez meses y darle una fiesta a la veneciana en el lago Paladru. Me encargo de trazar el programa.

Me dió las gracias con un movimiento de cabeza y siguió su paseo.

Luego de tomar la precaución de cerrar las ventanas, la señora de Arcí me sometió a un interrogatorio, sin recibir de mí más que respuestas evasivas. Le recordé que había obtenido de ella y de su marido un voto de confianza y un crédito de tiempo.

—Concluirá usted por rendirnos sus debidas cuentas —dijo el señor de Arcí, que llegó en aquel momento—. Sus intenciones son buenas. Le reprocho solamente el carecer de perseverancia, y el nadar demasiado bien.

—No quiero la muerte de la culpable; prefiero convertirla.

—Está muy bien que predique usted a la gente; pero sería mejor no sacarla del agua.

—Déjeme seguir mi proyecto y no olvide su promesa.

—No diré nada que pueda irritar a mi suegro; no haré nada que pueda inquietar a la señora de Manserre. ¿Está usted contento?

—Lo estaré completamente si logramos evitar una crisis que se tornaría ciertamente en ventaja del enemigo.

—Estése tranquilo —me dijo la señora de Arcí—. Hemos reflexionado en lo que nos recomendó y nos ha convencido usted de que mientras la señora de Manserre no sospeche nada, será invulnerable; su confianza constituye su seguridad.

Le hice señas de que callara. Acababa de oír en la pieza inmediata, cuya puerta estaba entreabierta, ligeras pisadas de ratón. Averigüé que, en efecto, Meta no estaba ya en el jardín.

—¡Dios quiera que no nos haya oído! Crea usted en mi experiencia; los muros de esta fonda son pérfidos.

Dos horas más tarde estábamos caminando. No sé si fué por precaución en contra de su yerno o bien contra él mismo, pero el caso es que el señor de Manserre rogó a su mujer que subiese en el *break*. Yo me instalé en la carroza con mis dos aliados. Yendo a Paladru había estado pensativo. Al volver, soñador. Por más esfuerzo que hice para ocuparme del paisaje, siempre tenía delante de mis ojos un lago revuelto, una lancha muy movida, y dos grandes ojos, un poco alocados, que me miraban fijamente y parecían gritar: "¡El amor o la vida!".

Así fué, señora, cómo he atravesado dos veces un hermoso paisaje, sin apreciar debidamente su belleza.

IX

Pasaron varios días sin que me fuera posible hablar ni dos palabras con Meta. El baño no le había sentado mal; pero Lulú se resfrió, a la vuelta, y su aya le había ordenado que no saliera de la habitación, donde le guardaba fiel compañía. Esperaba impaciente que saliera de su prisión voluntaria, cuando estalló la crisis que me estaba temiendo. Debo declarar que el señor de Arcí no contribuyó en nada a ello; esta crisis funesta, que según mis cálculos debía favorecer los proyectos del enemigo, fué provocada por este mismo. Decididamente, jamás se desconfiará bastante de los muros del Hotel de los Baños.

Una tarde, poco antes de cenar, estando sola en su gabinete, la señora de Manserre, que nada sospechaba, vió entrar a la señorita Holdenis, pálida y trémula; acto seguido se le arrojó a los pies, presa de tal emoción, que lo primero que pensó la señora fué que Lulú había muerto o que estaba agonizando. Entonces Meta recuperó la voz para tranquilizarla.

—Pero, ¿qué ocurre, querida? Me espanta usted. ¿Ha recibido alguna mala noticia?

Meta movió la cabeza.

—¿Le habrán causado alguna pena? El señor de Arcí se ha permitido... Cuénteme en seguida sus penas. Bien desacertada estaré si no logro consolarla.

—Su bondad me mata —contestó Meta, que no dejaba de llorar—. Tráteme como enemiga, recháceme de esta casa; es bueno para usted y para mí que no me quede ni un día más en ella.

No pudo proseguir; las lágrimas le ahogaban la voz. La señora de Manserre la agobió a preguntas; sus preguntas eran breves, enredadas, obscuras; pero cuando se permanece algún tiempo en las tinieblas, se termina por ver en ellas, y la señora de Manserre entrevió de repente la cruel verdad.

—¡Ah!, gran Dios —exclamó—. El señor de Manserre... ¿La ama a usted, y se atrevió a decírselo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Qué ha ocurrido? Quiero saberlo todo.

—Ya he dicho demasiado.—respondió Meta.

En aquel momento dejó reposar su cabeza en el regazo de la señora de Manserre, que la rechazó con ambas manos violentamente; pero en seguida se arrepintió de su arrebato.

—¡Qué injusta soy! —le dijo—. Hago recaer la culpa ajena sobre la amiga valiente que ha venido a confesarse y a advertirme.

—¡Ah!, señora —prosiguió Meta—; no alabe usted mi valor; tenga más bien piedad de mi flaqueza. El señor de Manserre me ha obligado a prometerle que no saldré de las "Charmilles" sin su consentimiento. Me habló como amo, temí disgustarle y he jurado. Dígale usted, por favor, que he venido a decírselo a usted misma; en un movimiento de ira me devolverá mi palabra.

—No, ciertamente —contestó la señora—; no abusaré de su noble confianza. no hablaré más que en mi nombre y le suplicaré...

—No le suplique usted —interrumpió la otra—. Ordene, exija: esté usted segura de que no he podido inspirarle un sentimiento serio, y que no tiene por mí más que un capricho pasajero del cual los reproches de usted le harán sonrojarse, y que se apresurará a desechar. ¿Quién soy yo para disputar su corazón, a usted, que es tan buena como hermosa? Usted recobrará todo su imperio sobre él con la primera palabra que pronuncie. Declárele que tiene sospechas, que mi presencia en esta casa altera su reposo, que si él no se encarga de alejarme, usted está decidida a despedirme. O bien, si estas explicaciones la asustan, busque algún pretexto, acúseme de descuidar mis deberes, o los cuidados que debo a su adorada niña. Sea lo que fuere lo que diga usted. no he de desmentirlo marcharé de aquí con el corazón desgar pero rebosando de gratitud hacia la man me haya despedido.

La señora de Manserre quedó duran momento inmutada. inmóvil, soñando sueña el que al borde de un precipicio se atraído por el vértigo.

—No —contestó por fin—, no me to trabajo de inventar nada. Me costaria de do acusar a una persona que ha hecho el a pesar suyo. No me pida que mienta puedo hacerlo. Si hablo, diré la verdad. la digo en este momento confesándole q admiro, y que a la vez la quiero y la rrezco.

Y al decir esto rompió a llorar. Como se esforzase en consolarla, le impuso si y después de besarla con repugnancia le que se retirase.

Habitualmente nos reuníamos siete a la sa; aquella tarde estuvimos tan sólo dos. señores de Arcí cenaban en casa de unos nos, que los habían invitado. La señora Manserre pretextó una fuerte jaqueca q obligaba a quedarse en su habitación. Meta bía prometido a su alumna cenar con e la *nursery;* el señor de Manserre se resignó tésmente a cenar a solas conmigo, y p mal tiempo buena cara. A pesar de todo n buen deseo, la conversación languidecía samente. ¡Teníamos tantas cosas que Después del café, me dijo que iba a da paseo a caballo; en los momentos de pro ción solía hacerlo.

Acababa de retirarme a mi cuarto, la señora de Manserre me mandó llamar. E guida acudí, y me bastó mirarla para prender que sufría de otra cosa que de jaqueca. Tenía la cara desencajada, los trémulos, los ojos mortecinos. Me dió l no procurando sonreír, sonrisita que olvidaré; me pareció la imagen de la fe destruída.

—El castigo que yo temía, llegó al fin clamó—, pero es más terrible que todo lo hubiera podido imaginar.

Y después de exigir que le promet secreto, me contó su conversación con M dije todo lo que pude imaginar para cal mas fué trabajo perdido.

La había juzgado bien, pues su alma se donaba a todas sus impresiones; extrema las penas como en las alegrías, era inca mostrar buen rostro a la desgracia; del p golpe la había echado por tierra, no pod vantarse más.

—¿Quiére usted que le confiese hasta d he llegado?—me dijo interrumpiéndome— ta tarde, cuando vi aparecer a la señorita denis, la expresión de su mirada era funesta que tuve el presentimiento de profundo duelo había entrado en esta mi primer pensamiento fué que había mi niña. ¡Qué Dios me perdone! Si m hubiera muerto sufriría menos. Mi amor era más precioso que mi hija.

Tomé el partido de dejarla hablar; el dolor se cansa charlando y esta fa alivia.

—No, no estoy soñando, Tony—me d Sólo me faltaban diez meses para ser posa. Dios me condena a naufragar a la

. ¡Ah, si usted supiera lo que él '! Había llegado a amarlo mil veces el día en que me raptó. Porque, en quien me raptó fué él, ¿verdad? que sabía lo que se hacía. Le re- tiempo; pero me suplicó tanto que r ceder, más por flaqueza o por por amor. Usted estaba allí en aque- y debió saberlo todo. Sí, en aquel yo amada por él mucho más que yo. ¡Cómo han cambiado los pape- gado a ser mi ídolo, y por eso Dios gado. El Todopoderoso detesta to- latrias.

clamaba de repente que Meta se que su relato era demasiado inve-

hubiera podido agradarle, To- atrevería usted a sostenerme que es que yo? ¿No recuerda usted que día de su llegada, a mi marido le ? Hemos discutido acerca del par- rostro no me disgustaba. Es agra- e parece inteligente y buena, pero io; francamente, Tony, ¿le parece extraordinaria? ¿Hay algo en ella que ? ¡Ah!, ustedes, los hombres, tienen extraños, les hacen ver lo que se les testigos falsos que mienten impu- para disculpar sus infidelidades.

, cambiando de lenguaje:

todo esto se explica bien. Yo debo sto que esta Meta le llevaría a com- nocivas para mí. Tiene todo el ta- a mi me falta. Es activa, siempre da, y yo no puedo estar diez minu- sin caerme de cansancio. Sabe cuidar , dirigir una casa; yo no he sabido que manejar mi abanico, y con tra- señor de Manserre puede conversar con todo lo que le interesa, ¡es tan inteli- yo no soy más que una ignorante. prende, le distrae, le aconseja. Sí, er sería que convenía a un hombre las virtudes de la hormiga, y yo que una cigarra. ¡Qué digo!, la siquiera cantar y yo no canto. es la hormiga la que entiende de mi marido enloquece por ella. Y que decirlo todo, ella lo adula; usted en ello, Tony. Yo le adoro, e adulo, es un semidiós para mí, repito a cada instante que es un bre. Siempre me ha parecido que ción hay como un secreto menos- lo que se ama. Yo lo amo: es mi ia, y es lo que me ha perdido. Los no se cansan de ser acariciados, adu- irados, pero un amor demasiado les aburre. Estoy segura de que des- ucho tiempo estaba hastiado de mí, es siempre la misma; y, hasta se de haberme amado tanto, y por lás- habrá ocultado el mortal hastío que mi felicidad. No he sabido ver nada e hubieran desengañado, jamás hu- nado nada. Tony, el amor es torpe, qué quitarme mi ilusión? ¿A qué ojos? ¿Qué hemos adelantado con ando se llega a ver la verdad cara queda más que un deseo: huir a ierta, o al otro mundo!

sin parar, mezclando toda clase de tonos, contradiciéndose, pero volviendo siempre a una invariable conclusión:

—¡Ah!, Tony, ¡qué desgraciada soy!—Y volvía a llorar.

Como se negase con obstinación a escuchar mis consuelos, me irrité, la traté de loca, de mala cabeza. Le dije con alguna rudeza que las cosas no estaban en la situación en que se las imaginaba ella, que el único peligro que me parecía serio era la exageración y extravagancia de su pena.

—Eso lo sabremos bien pronto—me dijo frunciendo el entrecejo.

—¿Cómo? ¿Qué piensa usted hacer?

—Pedir esta noche misma explicaciones al señor de Manserre.

Estuve a punto de estallar y de injuriarla; se empeñaba en realizar mis más negras previsiones.

—Pero, desdichada—exclamé—, ¿quiere usted exponerse a perderlo todo?

—Estoy resuelta—me contestó—a ver claro en mi situación, a saber exactamente dónde hemos llegado.

Y con una apariencia de lógica, añadió:

—O bien, como usted dice, no se trata más que de un capricho sin consecuencias, y el señor de Manserre no vacilará en sacrificármelo; o como lo estoy temiendo, el asunto es más grave, entonces, ¿a qué esperar más? ¿Qué ganaré con ello? Deseo conocer mi suerte cuanto antes.

—Y ¿no sabe usted—contesté—que basta una intempestiva oposición para afirmar a un hombre en un capricho, y llevarlo a extremos en los que no se hubiera atrevido siquiera a pensar? Se caldea la discusión, cada cual se obstina en su idea, habla el orgullo y se acaba por resolverse a lo que no se hubiera pensado antes. Pase, si usted tuviera cierta habilidad, una poca de diplomacia; pero es usted la mujer menos hábil que conozco.

Me respondió que la juzgaba bien, que tampoco pretendía tener ninguna habilidad, que era a la vez demasiado torpe y sobrado digna para emplear medios ruines; que quería ganar o perder su pleito en juego franco.

—Y desde luego—prosiguió—, ya ve usted cómo la señorita Holdenis, que se ha portado como muchacha honrada y amiga verdadera, me ha alentado a pedir cuanto antes explicaciones al señor de Manserre.

—No dudo—le contesté—de que la señorita Holdenis esté animada de las mejores intenciones, pero no es posible que le tenga a usted tanto cariño como yo. Le suplico que siga mis consejos, mejor que los suyos, créame.

—¿Y qué me aconseja usted?

—Que tenga calma, que contemporice, que disimule, y deje obrar a sus amigos.

—¡Ah!, Tony—me dijo con una triste sonrisa—, me pide usted lo imposible. Un buen médico se da cuenta del temperamento del enfermo, y no le manda más que remedios que puede soportar. Jamás he sabido dominarme ni disimular nada. Soy así, avéngase a ello. Aun cuando renunciase a explicarme con el señor de Manserre, mis ojos hablarían por mí y le dirían mis inquietudes, mis celos... Abandóneme a mi desgraciado destino, y deje que ruede la piedra hasta el fondo del abismo a donde la lleva su peso; si la detiene usted hoy, dentro de dos días se le escapará sola de la mano.

No me dí por vencido; le hice las más vivas, las más elocuentes argumentaciones; le supliqué, le regañé, casi la injurié, y me acaloraba en la discusión, cuando de repente se abrió la puerta y apareció el señor de Manserre. Si hubiera visto al diablo en persona, no hubiera sido más desagradable mi emoción.

Se sorprendió de verme a solas con su mujer, y más aun al sorprender nuestra agitada alteración, que no pudimos ocultarle.

—Me alegro mucho, querida—dijo poniendo el sombrero en la mesa—, de ver que su jaqueca no exige la soledad.

No sé lo que se disponía la señora a responder, pero la contuve con un gesto e hice mal: el señor de Manserre se había acercado a la chimenea que estaba coronada por un espejo. Sin embargo, no se dió por entendido. Acercó una butaca, se sentó en ella, y dijo en tono muy tranquilo:

—Tiene usted mala cara, Lucía; Tony entiende de medicina. Hace tiempo me ha curado de un dolor de reuma en el cual su sabio diagnóstico había creído conocer un ataque de gota. Sus remedios, al parecer, convienen a todo caso, porque es cierto que me curó. ¿Le ha tomado el pulso?

—La señora de Manserre tiene un poco de fiebre—contesté—y creo que necesita reposo. Con pasar una buena noche, se repondrá.

Y me levanté mirándolo como para decir: me voy, caballero, y debía usted hacer lo mismo.

—No tengo sueño, no me voy a acostar todavía—exclamó la señora. Y a su vez me dirigió un gesto de súplica que quería decir:

¡Por el amor de Dios, no se vaya usted!

—Nuestro paseo a Paladru ha sido desafortunado—prosiguió el señor de Manserre—. Lulú se ha resfriado. ¿Le ha permitido a usted su jaqueca hacerle esta tarde una visita?

Se extremeció todo su cuerpo.

—No hubiera dejado de hacerlo—dijo—si Lulú hubiera estado sola, pero no sucede así y la persona que la cuida...

Me apresuré a cortarle el camino:

—En efecto—dije en tono alegre—, la señorita Holdenis no sólo tiene amistad para sus enfermos, sino también celos, y no permite que nadie se les acerque.

Reinó el silencio durante dos minutos, sólo interrumpido por el tic-tac del reloj.

—La noche es magnífica—prosiguió el señor de Manserre—. Mañana habrá luna llena; esta noche ya estaba redonda como un queso.

—He advertido una cosa—le dijo la señora—. Usted sale a caballo cada vez que está preocupado o quiere resolver algo. ¿Tiene usted alguna preocupación esta noche?

—¿Qué preocupación quiere usted que tenga?

—¿En qué pensaba usted, mientras iba a caballo?

—En su jaqueca, que ha sentenciado a Tony a cenar a solas conmigo. Y el resto del tiempo no he pensado en nada.

—Alfonso: un hombre de su carácter piensa siempre en algo o en alguien.

El señor de Manserre la miró con extrañeza.

—¡Ah! señora—exclamé—, los hombres de talento son más tontos de lo que usted se figura. Los creo muy capaces de bostezar durante una hora mirando a la luna, sin pensar en nada.

JACINTO PIESFELICES — *Un día de sueño* — **Por CAO**

Luego me acerqué a la ventana y agregué:

—Es cierto que la noche es muy hermosa. ¿Quiere usted venir a fumar un cigarro conmigo a la terraza?

Le agradó mi propuesta, y se acercó a su mujer para darle las buenas noches, pero ella le dijo:

—Un momento, Alfonso, tengo que hablarle.

A pesar de todo el trabajo que me había tomado, el peligroso abordaje que temía iba a verificarse. ¡Cómo luchar contra una obstinación femenina! Me dirigí vivamente hacia la puerta, y ya tenía la mano en el pestillo, cuando la señora me gritó:

—Quédese, Tony; se lo ruego. Desde que lo conocemos, el señor de Manserre y yo nunca hemos tenido secretos para usted.

—Quédese, amigo—me dijo él en tono sardónico—, y no ponga usted esa cara tan triste, o bien creeré que ya sabe usted lo que me quiere decir la señora.

Tomé el partido de sentarme otra vez, y permanecí con los brazos caídos y los ojos clavados en el techo, dirigiendo a la cornisa una oración mental, para que hiciera el favor de desplomarse encima de nosotros.

—Y bien, Lucía, ¿qué tiene usted que decirme?—preguntó el señor de Manserre, que sin duda sentía más inquietud de la que dejaba aparentar—. ¿Cuál es el tema que prepara usted con tanta solemnidad? ¿Habrá que redactar un acta? ¿Constituiremos un protocolo? ¿Será menester que Tony tome la pluma?

—Tengo una súplica que dirigirle—murmuró ella.

—¿Una súplica? ¡Qué palabra tan singular! Desde hace seis años que tengo la dicha de vivir con usted, jamás me ha dirigido súplica alguna.

—Eso me alienta. No rechazará usted el único ruego que le he dirigido en mi vida. Le suplico que me haga un sacrificio que quizá le costará trabajo.

Esta ingeniosa manera de ir al grano, como vulgarmente se dice, me causó un movimiento de rabia, y mandé interiormente al diablo a todas las mujeres. No pensaba en usted, señora, en aquel momento.

—¿Qué tiene usted, Tony?—me dijo el señor de Manserre. Luego fijó la mirada ante sí, y esperó.

Después de un momento de vacilación dijo la señora:

—¿Quiere usted hacerme el favor de alejar de esta casa a la señorita Holdenis?

El señor de Manserre se estremeció.

—¿Habré oído bien?—exclamó—. ¡Cómo!, esa persona a quien usted admiraba, elogiaba, enaltecía, que llamaba la perla de las ayas. ¡He aquí un cambio brusco de los más inesperados! Haga usted el favor de decirme qué ha hecho la señorita Holdenis para enajenarse tan repentinamente su cariño, y qué le reprocha.

—Nada de que sea responsable. Le agradeceré mucho que no me obligue a decirle los motivos de mi determinación. ¿No los adivina usted?

—Vamos, pues. Las cosas se encuentran buscándolas. ¿Le guardaría usted rencor por haberse hecho demasiado útil y necesaria aquí? ¿Se queja de que debido a su buen sentido, paciencia y firmeza haya llegado a dominar a una niña, que ni usted ni yo sabíamos criar y que, entregada a nosotros, se hubiera hecho insoportable? ¿Es acaso para usted un crimen que tenga el espíritu de orden y de gobierno, y haya adquirido autoridad sobre los criados? ¿O bien le reprocha usted sus esmeros para conmigo, su abnegación durante mi enfermedad, o el gusto que tengo en conversar algunas veces con ella? Hable, exprese usted lo que le achaca.

—La acuso de haberse hecho amar por usted, a pesar suyo—contestó ella con voz trémula.

No dejó de alterarse un poco el señor de Manserre; se sonrojó y, para ocultarlo, retrocedió vivamente la silla a fin de colocarse en la sombra de la pantalla del quinqué.

—¿Qué significa esta acusación?—exclamó—. ¿Y cuál es el excelente amigo que le ha hecho el favor?... ¿Lo conoce usted, Tony?

—No—contesté secamente—. Creo, como usted, que hay casos en los cuales el primer deber de la amistad es el de callar, y el silencio me ha sido mucho más fácil porque no he notado nada que valiese la pena de decirlo.

—Tony ha combatido mis sospechas—dijo ella—, pero no consiguió tranquilizarme. ¡Dios mío!, no le reprocho ningún crimen, Alfonso; convenga usted en que la señorita Holdenis le ha inspirado un gusto, un cariño que tengo el derecho de encontrar excesivo. Me ha hecho conocer esa fea enfermedad que se llama celos. Sí, por vez primera en mi vida, me siento celosa, y usted me ama demasiado, ¿verdad?, para consentir en que lo esté mucho tiempo.

—Diga usted más bien que estimo demasiado su sano criterio, su juicio, para suponerla capaz de padecer por mucho tiempo de un mal imaginario, y de aferrarse a un capricho que me es imposible tomar en serio.

OJO POR OJO..., Por González Fossat

SILENCIO

PROHIBIDO FUMAR

—Alfonso—dijo ella elevando la voz—, ¿me promete usted que la señorita Holdenis se marchará?

—Sí, en cuanto haya usted encontrado otra institutriz que valga lo que ella, que tenga su corazón y su inteligencia, que sea adecuada, como ella, al cargo de instruir y de educar a su hija de usted, a enseñarle muchas cosas que yo no tengo tiempo, ni usted el gusto de enseñarle.

Estas palabras la hicieron estallar, y exclamó:

—Pues bien; o la señorita Holdenis se marcha de las "Charmilles" o me marcho yo.

—Es demasiado ya—dijo él dando una patada en el suelo—. Si siguiera escuchándola, estaría expuesto a encolerizarme, y desconfío de mis impaciencias. Apelo de sus desvaríos de hoy a su razón de ayer y a la que ciertamente tendrá usted mañana. Buenas noches, querida; la dejo con su confidente. ¡Ojalá le dé juiciosos consejos, y sobre todo desinteresados!—añadió lanzándome una mirada que estaba lejos de ser tierna. Y salió a grandes pasos del salón, cerrando la puerta con estrépito.

La señora de Manserre se levantó al instante y se puso a pasear por la sala con paso seco y febril, haciendo resonar el entarimado. Al pasar por delante de la chimenea arrojó su abanico al fuego. Nunca la había visto así fiereza herida le hacía enrojecer la cara. taba erizada como un águila que defiende nido y me parecía oír el sordo ruido de corazón. Se adelantó hacia una puerta-ve que daba a un balcón. Al pie de ese ba había un jardinillo adornado con una es de Flora y cercado con una baranda c samente trabajada, que representaba z y cactos, verdadera enramada de hierro. templó por algún tiempo la estatua y la ja; me asusté, la seguí, pero pronto v en sí; su locura la espantó, y, retrocedi hasta el centro de la sala, rompió a ll desesperadamente.

—Tony—exclamó—ya ha visto usted, ya ha oído. Ahora no podrá usted decir que forjo fantasmas, y que no estoy condenad su corazón.

—He visto y oído—le contesté—, y le de que es usted su más mortal enemiga. Una qué hubiera jurado perderla no le haría daño como el que usted misma se hace. ¡V merecería que se la abandonase a su suerte; pero quiero salvarla a pesar de tod la salvaré.

Puso ambas manos en mis hombros y miró durante unos instantes en los ojos. cía querer leer su porvenir.

—No le pido más que tres días—pr desembarazándome de sus manos—. Va u prometerme que durante estos tres días hará nada, ni dirá una palabra, pues tod que pudiera hacer o decir se tornaría c usted.

—¡Tres días! ¡No es necesario tanto que una mujer como yo sucumba bajo el de la pena!

Y en el tono de un niño que implora per

—Le prometo—dijo—ser buena, muy na. — Y a fin de darme en seguida una tra de su cordura, agregó:

—Si usted fracasa, Tony, me marcharé, le aviso que no saldré por la escalera.

X

Señora: pintar un buen cuadro es b difícil, y sin embargo, empeñándose, se Igualmente es difícil salvar a una mujer se ahoga. Sabiendo nadar, también se c Se aprende a nadar lo mismo que se apr pintar. Mas hay un arte que ni se apren se enseña, porque no obedece a reglas minadas: es el arte de vivir. Quizás te ted luces superiores acerca del particular mi parte, me he convencido, por exper propia, de que querer calcular y dirigir las jeturas de este mundo es pretensión tan como la de los astrólogos, y que los an de los sabios valen tanto como las pr de las gitanas. Muchas veces se logra el a despecho de todo y del sentido co a menudo se fracasa teniendo todas las diciones de éxito. Hay hombres que se por lo que debería perderse, y otros se den por lo que deberían salvarse. No mos de la filosofía que nos enseñe a go nuestro destino ni el ajeno; no puede nos más que a desinteresarnos de n propios asuntos, y para ello es meneste la vejez venga en nuestro socorro. He nuestra suerte, señora, lo que no me creer que moriremos centenarios usted y que hasta el final de nuestra vida se muy cuerdos y muy felices.

Dejo mis reflexiones para seguir la de mi relato. La señora de Manserre me prometido que haría un esfuerzo para d su pena, que desde el otro día renun su jaqueca y a su reclusión. Como ese es le parecería demasiado grande, se af pesar de mis consejos, a fingirse enferm encerrarse en su habitación; no tenía el decía, de afrontar ciertas miradas en las creería leer su sentencia.

La señora de Arcí, que fué a enterarse salud, no necesitó interrogarla con ins

... que había ocurrido. Me encontró ... después y me dijo:
... lo que usted más temía ha lle-...
...testé—, pero menos mal que no te-... que reprocharnos.
... ¿qué vamos a hacer?
... abierto una vía de agua, que cada ... estopa para calafatearla a su modo. ... quiere usted obrar de acuerdo con ...
...ñor de Arcí—contesté—sería para mi ... comprometedor; cantamos la misma ... en tono diferente. Le devuelvo su li-... ...ñora, déjeme la mía.
... un poco extrañada de mi actitud ...
... después, la señorita Holdenis ba-... ...za con su alumna, ya repuesta de ... Se sentó en un banco y se quedó ... mientras saltaba a la cuerda. La ... Arcí, que paseaba por otra parte del ... su marido, lo dejó para llegar junto ... conversar con la joven.
... —dijo a la niña—, anda, ve a jugar ... allá; te llamaremos dentro de un ...
... más que una sola persona que ten-... ...cho de mandar en mí —contestó ...tando con la mirada a su aya, la ...nó que se alejase, a lo que obede-... ...acto.
... usted un singular dominio sobre esta ... la señora de Arcí—. La educa usted ...te.
... ...ero mucho, señora; he ahí todo el ...
... convencida, señorita, de que tiene ... corazón como inteligencia, y esto ... a dirigirle un ruego, apelando a la ... de sus sentimientos. ¿Se figura usted ... lo que voy a decir?
... ...ñora; pero desde luego estoy dis-... ...irla.
... aquí, cerca, una mujer muy desgra-... ...d es la causa involuntaria de su su-... Con razón o sin ella, las atenciones ...dre tiene para usted le han inspirado ...mo sus impresiones son muy vivas, ...derado de su espíritu temores exa-... ...go la convicción de ello. ¿No hará ... para devolverle la dicha y la tran-...
... ...uedo hacer, señora?
...rse cuanto antes. La acompañará ...mación y nuestro agradecimiento. ... encargado el señor de Manserre que ...? Obedeceré con alegría. Créame ... dejar esta casa cuanto antes. Tam-... ...siento muy desgraciada en ella.
... ...re no me encargó nada.
... ...tonces pídale que ordene mi mar-... lo agradeceré a usted mucho.
... ...ecesidad hay, señorita, de esperar ... ¿No se la tiene a usted dada su ...razón?
... ...iera usted mejor informada, seño-... que en un momento, en que estaba ... el señor de Manserre me obligó ...e, arrancándome la promesa de es-... ...onsentimiento.
... ...prende usted mucho. ¿Sería capaz ... de retenerla una hora más en una ...nde, sin quererlo, ha sembrado us-... ...aña, el trastorno y la pena?
... ...o mi palabra, y no falto tan fácil-... ...ella.
... —dijo la señora de Arcí animándose ...— que el deber nos mandaba sacrifi-... ...queñas obligaciones por las grandes. ... no tengamos la misma idea del de-... ...estó la otra dulcemente—. Usted tiene ...cia y yo la mía.
... ...e usted es misteriosa, señorita; la des-... de la señora de Manserre la deja ... muy tranquila.
... usted temeraria en su modo de juzgar, señora. Interrogue a la señora de Manserre; ella le dirá si sus penas me tienen sin cuidado, y ya que parece que se cree usted con derecho a pedirme cuentas de mi conducta, sepa que soy yo misma quien le ha suplicado que solicite y obtenga que me despidan.

—¿De veras, señorita? Pues bien. ¿Quiere usted saber lo que yo hubiera hecho en su lugar? Me hubiera callado, y me hubiese ido al instante.

—¡Ah, señora! Haga lo que hiciere, estoy sentenciada de antemano en su espíritu. La soberbia justicia de la condesa de Arcí no se cree en el deber de ser equitativa con una pobre muchacha que no es nadie ni tiene nada. Gracias que en el cielo hay un Juez Supremo, que mira igualmente a los pobres que a los ricos.

—Pero, en fin —dijo la señora de Arcí a la que esta dulzura obstinada irritaba cada vez más—, ¿y si la señora de Manserre no consigue que la despidan a usted?

—Lo conseguirá, pierda usted cuidado —interrumpió Meta sonriendo—. Dígnese tener un poco de paciencia y mañana o pasado habré vuelto a la nada y estará usted libre de mi importuna presencia.

—Pero suponga usted que la señora de Manserre, que es menos ingeniosa, menos persuasiva que usted, señorita, y que no entiende nada del arte de ganar un pleito por hábiles insinuaciones; supongamos, digo, que cometa alguna torpeza, y que no obtenga más que una negativa, ¿puedo saber lo que hará usted?

—Suplicaré al Señor que me diga lo qué tengo que hacer, y El me lo dirá —respondió Meta elevando los ojos al cielo.

El señor de Arcí, se había acercado poco a poco. De pronto, mezclándose en la conversación, dijo:

—A su Dios de usted, señorita, lo conozco yo: es el Dios de los intrigantes y de los chismosos, y cuando usted le interrogue le dirá:

—No te vayas, gatita mía, hay aquí doscientas mil libritas de renta que ganar, que tomarás lloriqueando algún día, porque lloras con facilidad, como los cocodrilos, y siempre es preciso llorar cuando se toma dinero. ¡Caramba! ¡Con qué placer vería en esta terraza a algún creyente de buena fe, a quien tener el gusto de abrazar!

—Mi Dios aborrece las blasfemias, señor —dijo al levantarse Meta—, pero perdona a los que blasfeman sin saber lo que dicen.

Quiso marcharse, pero la detuvo agarrándola por un brazo; quería soltar todo lo que tenía almacenado en su alma; pero en aquel instante, Lulú, que se había acercado a un zarzal, dió un grito. Su aya acudió.

—¡Una víbora! —le dijo la niña señalándole la más inofensiva culebrilla.

—Se asusta usted sin motivo —le contestó Meta asiéndola por la mano—. Las víboras tienen la cabeza aplastada y un aspecto menos tranquilizador.

—Desconfía de la historia natural de tu institutriz, Lulú —exclamó el señor de Arcí—. Yo te enseñaré víboras que no tienen la cabeza aplastada y cuya mirada es puro almíbar.

Meta le interrumpió con un gemido y, dirigiéndole una mirada llena de lágrimas, le dijo:

—Señor: cuando estoy sola, dígame lo que quiera, me entrego; pero por favor no me insulte delante de esta niña...

Y se alejó con Lulú, que, viéndola llorar, se volvió hacia el señor de Arcí y lo miró con la más profunda indignación, diciéndole:

—¡Malo!, la hacen llorar; lo voy a decir.

Como el día anterior, ni la señorita Holdenis ni la señora de Manserre asistieron a la cena, que fué corta y silenciosa. Al levantarme de la mesa fuí a corretear por el campo. Resuelto a tener aquella misma noche una explicación decisiva con Meta, me proponía franquear las fronteras de la impenetrable *nursery* aunque tuviese que esperar la hora en que Lulú estuviera dormida.

El parque tenía dos salidas, una que daba al ancho camino que conduce a Cremieu, otra a un valle accidentado, cuya melancolía y aridez recordaban al señor de Manserre ciertos sitios de la campiña romana. En esa soledad paseaba sus pensamientos. El señor de Manserre atravesaba el parque por su parte más ancha y salía por una puertecilla que sólo cerraba con un simple pasador. Tan perseverante como refinado, había enseñado a su caballo, a fuerza de paciencia, a que descorriera dicho pasador, y se envanecía de esto más que de haber escrito la historia de Florencia. Desde la senda que yo seguía lo vi encaminarse a lo largo de la avenida y, como iba absorto en sus pensamientos, no me vió. Dejé que tomase la delantera, y, cuando salí después por la misma puertecilla, había desaparecido.

Momentos más tarde me senté al borde de un foso, junto a un camino desierto. A mi derecha veía desplegarse la inmensidad de la llanura en las sombras de la noche que empezaba a ponerse más densa. Un reflejo rosado que coloreaba el cielo por el poniente, palidecía de minuto en minuto. Ya aparecían unas estrellas, y la tierra diríase que se callaba para escuchar el silencio del cielo; no se sentía otro ruido que el chirrido de un grillo, y el de una hoz que afilaba un segador retrasado. Frente a mí se erguía una peña hueca, de bordes vivos, y coronada por unas matas de cardos, las cuales se perfilaban en el horizonte.

Con la luz incierta del crepúsculo, los objetos más insignificantes adquieren un sentido y una apariencia misteriosos: tienen actitudes, gestos. Estos cardos estaban al corriente de lo que me preocupaba y me decían su parecer. La luna también vino a mezclarse en la conversación. Salió en el intervalo que dejaban entre sí dos montes, la vi aparecer por la extremidad de una larga y doble hilera de sauces cuyas ramas se juntaban por encima de ella en forma de dosel. Me figuraba que se desprendía del cielo para acudir hacia mí, y que los sauces se estremecían al acercarse ella. Esto le prueba, señora, que mi espíritu no estaba en su estado normal. No tengo costumbre de creer que la luna se molesta tan fácilmente para venir a saludarme. Me tendí en la parte posterior del foso y cerré los ojos. No dormía, procuraba fortalecerme en una resolución cuyas eventualidades iba calculando. Me enderecé diciendo a no sé quién:

—¡Vaya al diablo el ergotismo! Estoy seguro

SE ESCAPARON



Se escaparon del Carnaval. Andan por ahí, por las calles y por los campos, tratando de realizar lo que no pudieron en los días de Momo: asustar a alguien. Todavía no tropezaron con ningún policía, de modo que aun no se han asustado ellos. En cuanto esto ocurra daremos la noticia, para que algún magnánimo señor de influencia y solvencia se apiade y vaya a sacarlos de la "sombra" enrejada.

de que amo, y casi cierto de que no soy amado!

Acababa de entrar en el parque por la puertecilla; de pronto vi a unos cien pasos una sombra que se dirigía tan rápidamente hacia mí, que casi corría. Me oculté detrás de un árbol, y me quedé mirándola: era Meta. Iba envuelta en un gran abrigo obscuro cuya capucha le cubría la cabeza, y llevaba un saco de viaje en la mano.

Al pasar por el sitio en donde estaba yo, salí precipitadamente de mi emboscada y me interpuse. Hizo un gesto de miedo.

—Por favor —me dijo—, déjeme usted el paso franco.

—¿Adónde va tan aprisa?

—Huyo de una casa donde me desprecian, me odian y me ultrajan ¿Usted no sabe lo que me dijeron esta mañana? ¿Por qué no estaba? Hubiera hecho coro a la jauría.

—No la he insultado nunca —le contesté—. La he retado, duramente quizá, pero, ¿no tengo derecho a ello, ya que a despecho de mi razón, de mis sospechas, de mis justas cóleras, a pesar de todos, y de todo, tengo la necedad de amarla todavía?

Lanzó ella un suspiro, o mejor dicho, un grito mal ahogado.

—No se burle de mí —balbuceó— y deje que me marche.

—¡Bien me gustaría! Me he propuesto tener una explicación con usted esta noche. Gracias al azar que es muy bueno conmigo, no necesitaré forzar su puerta o su ventana. Tan sólo me inquieta una cosa.

Me interrogó con la mirada.

—¿Por qué —le dije— ha escogido este camino para fugarse?

—Porque pensé que no encontraría a nadie.

—Permítame que le diga que estaba usted casi segura de encontrar a alguien que pasea todas las noches a caballo.

—¡Bien hubiera sabido evitarlo! —dijo vivamente.

—Hago por creerlo. Sin eso, los que le critican la acusarían de haber querido procurarse un regreso triunfante.

Protestó indignada:

—¿No ve usted que también me está insultando?

—Tengo celos y sospecho, como es natural. Y ahora siga su paseo si le place; no la detengo ya, pero sabré lo que he de pensar de ello.

Arrojó el saquito contra el suelo con violencia, y se dejó caer en un banco:

—¡Ay, Dios mío! —exclamó—, ¿todo es imposible, pues?

Me senté a su lado, y le dije:

—Hay una cosa posible y que todo lo arreglaría, y es...

—¡Oh!, hable usted. Estoy tan cansada de la vida, que haré lo que usted me diga.

—¡Caramba!, esta solución posible es la de casarnos.

Se estremeció, levantó lentamente la cabeza y me miró con espanto.

—Mucho daría —dijo en voz baja— por creer que me habla formalmente.

—Siempre duda usted de mi seriedad —le dije enlazándola dulcemente por la cintura—. Yo no sé tomar un tono elegíaco ni adoptar actitudes sentimentales. No he nacido sauce llorón. En cambio puedo otorgarme el certificado de que jamás he engañado a nadie. Usted me conviene, sabe que soy sencillo y que no tengo dos palabras, sino una. Mi conducta ha sido clara, me ha parecido que la suya era torcida y había jurado renunciar a usted; pero desde el día en que quiso ahogarme en un lago —¡que mi razón me lo perdone!—, la adoro. La expresión que tenía al ejecutar esa obra maestra, me persigue, sueño con ella. No consiguió usted morir conmigo, pues volvamos a nuestro primer proyecto, que era el más sensato, y vivamos juntos, procurando hacernos lo más felices posible. Le he dicho una vez, que nunca me había enamorado más que de Velázquez. Me retracto: la amo tanto como a él, sólo que de otra manera, pues jamás he tenido el propósito de casarme con el gran maestro español. Mis explicaciones carecen quizá de claridad y sin embargo mi idea me parece clarísima. ¿Le será a usted posible, no adorarme —no soy tan exigente—, sino amarme un poquito y no querer a nadie más que a mí? Le pregunto por última vez si quiere ser mi esposa y le prometo, por la luna que nos contempla, ser un marido abnegado, muy complaciente y muy agradable. ¿Estamos de acuerdo? Quien calla otorga, sólo deseo que este asunto quede convenido esta noche misma. No quiero dejarla entregada a sus vacilaciones, ni quedarme veinticuatro horas en las angustias de la duda. Va usted a volver a la casa, y después de reflexionar me escribirá una carta en la cual me enviará un sí, todo lo preciso, claro y tierno quepueda. No tema exagerar un poco sus sentimientos y su expresión. No abusaré de sus hipérboles, porque no soy vanidoso. Mañana me presentaré al señor de Manserre, con su carta en la mano, y le diré categóricamente: La señorita Holdenis había prometido no alejarse, pero ya no dispone de sí misma, pertenece al *quidam* con quien se va a casar, y ese *quidam* soy yo. Partirá esta tarde para Ginebra, en donde esperará el cercano día de nuestro enlace.

Me interrumpí un poco y presté atención. Me parecía oír el relincho de un caballo.

—Si no le gusta escribir —añadí—, dentro de poco rato alguien pasará por aquí y le explicaremos de palabra...

—¡Oh, no! —exclamó—; no quiero ver[...] hablarle. Hay en él un no sé qué de i[...] nente, que me asusta. Mejor quiero es[...] ¡Que Dios sea con nosotros!

Dichas estas palabras, se levantó apresu[...] mente; luego se inclinó hacia mí, con [...] manos me cerró herméticamente los oj[...] me aplicó en la boca un largo beso que [...] hizo dar vueltas a la cabeza como si fue[...] trompo de Nuremberg. Me permitió sabo[...] pero no quiso que lo viera. Cuando apart[...] manos y abrí los ojos, me pareció que [...] cielo había dos o tres lunas y que der[...] ban sobre los árboles del parque una llu[...] plata que caía de rama en rama, y de ho[...] hoja, murmurando dulcemente.

Mientras yo quedaba arrobado, levantó [...] su saquito y huyó con ligereza. Me lancé [...] persecución, pero apenas di unos pasos [...] detuve, me puse una mano en el corazón, [...] latía como si hubiera querido romperse, [...] dije:

—Tony, no hagamos locamente una co[...] zonable.

Aun mal repuesto de mi emoción, vi [...] jarse cerca de mí, en el suelo arenoso [...] avenida, la sombra de un caballo y de un [...] te. Una voz me gritó:

—¿Es usted, Tony? Me alegro de h[...] encontrado porque tenía que decirle dos [...] bras. Esta mañana se han permitido ul[...] indignamente a una persona a quien est[...] a la cual debo protección, porque forma [...] de mi casa. Han formado el proyecto, [...] parece, de arrojarla de aquí a fuerza de [...] y repugnantes procedimientos. Tenga la [...] dad de insinuar al autor de este pequeño [...] *plot*, que se expone mucho y que arriesga [...] ducirme a extremidades que yo mismo [...] taría quizá más tarde.

Luego, sin esperar mi respuesta, picó [...] las a su caballo, y pronto se perdió de [...] en la espesura.

La señorita Holdenis se presentó a [...] misma noche en la habitación de la se[...] Manserre. Como hallase el pasador echad[...] mó tímidamente y murmuró:

—Abra usted, señora, se lo ruego; v[...] traerle una buena noticia.

Se entreabrió la puerta.

—¡Una buena noticia! —exclamó l[...] ñora, que no pudo decidirse a tomar la [...] que le presentaba Meta—. ¡Y es usted l[...] me la trae!

—¡Qué pálida está usted, señora! ¡Y [...] pena me da la alteración de su semblan[...] cuanto me oiga, los colores van a vo[...] sus mejillas y sonreirá usted como a[...] Sepa usted... Señora, estoy tan emoc[...] que no sé cómo comenzar.

Concluyó sin embargo por encontrar e[...] cipio de su historia, y siguió su relato: [...] lo que acababa de ocurrir entre nosotros [...] que habíamos convenido. La señora de M[...] rre sintió una intensa emoción y fué tan [...] su alegría que la estrechó contra su co[...] como si hubiera querido ahogarla.

—¡Ay, cuánto la quiero, amiga mía! [...] clamó—. ¡Bien lo merece usted, primero [...] tiene el corazón leal y franco como [...] pero sobre todo porque ama usted a [...] porque usted lo ama, ¿no es verdad? [...] ted se casará con él? ¿Por qué me [...] ocultado?

—Dispénseme usted, señora; me cost[...] bajo leer en mis propios sentimientos. [...] ba, dudaba, No estaba cierta de ser am[...] primera vez que me dijo: "¿Quiere u[...] mi esposa?", lo hizo en un tono tan poc[...] que llegué a pensar que se burlaba de [...] día me habló con tanta dureza, que [...] me despreciaba. Dudaba de él. Hoy ya [...] dudo. Adiós, señora, he querido procura[...] buena noche, y me parece que lo he [...]

Se iba a retirar, pero la señora de M[...] la llamó, diciendo:

DEL AMOR

El amor es algo que nos da alas para después atarnos mejor. — D. Smith.

LAS IGLESIAS MAS GRANDES

Italia posee las iglesias mayores del mundo: San Pedro y San Pablo en Roma, y el Duomo de Milán.



REFRAN ESPAÑOL

Oveja harta, de su rabo se espanta.

De MARTIN FIERRO



Al que es amigo, jamás
Lo dejen en la estacada,
Pero no le pidan nada
Ni lo aguarden todo de él:
Siempre el amigo más fiel
Es una conducta honrada.

... carta que lo debe salvar, y cómo ... escribió?

... cabeza mía! Acabo de pasar una ... escritorio procurando en vano ... que bailaban en torno mío ... sublevados. Además, la mano ... tal modo, que mi pobre carta no ... legible. Más vale que pase una ... emoción y mañana escribiré.

... tranquila. Recibirá mi carta an-...

... Hay que escribir esta noche ... sabemos lo que ocurrirá maña-... ayudaré. Con un pequeño socorro ... seguros, y si le tiembla la mano, ... de secretario, no tendrá usted más

... do, a pesar de las protestas y las ... Meta, trajo a la mesa un tin-... una carpeta de la que sacó ... de rosa.

... d qué bonito es este papel? —de-... spiramos, porque es preciso que ... la sea muy cariñosa, ¿no es cierto? ... endó que la hiciese lo más tierna ... Meta sonriendo—, y eso es lo ... be. ¡Soy tan novicia en ese género

... le dije que yo le ayudaría! Tomo ... Cómo vamos a empezar? Escribo: ... loro".

... ora! Ruego a usted que ponga a ... llo —dijo sujetándole la mano—. ... ed le llama "Tony" a secas. Usted ... a ello, pero es una libertad que ... tomado yo con él...

... hay que tomarse hoy —replicó la ... anserre—. No olvide que la carta ... redactar, es lo que se llama en di-... carta ostensible.

... de muchos arreglos y de larga dis-... borrador fué redactado de esta ma-

... la sorpresa y la alegría no me han ... le, se lo escribo, Tony, pero, ¿por ... o que lo escriba? Creía que todo ... dicho sin hablar. ¿Habré soñado ... che estábamos reunidos, que el re-... un caballo nos hizo estremecer, y ... rendí entonces de sus brazos y que ...

... Tony, ¿no era una respuesta? ... otra? ¿Será verdad que descon-... Alégrese, pues por esta carta se ... lo ignoraba, de que le amo, que ... mucho tiempo mi corazón le per-... le entrego mi destino, estoy dis-... seguirlo al fin del mundo. No me ... día en que usted disponga, estoy ... ser su esposa.

... de trazar la última palabra de ese ... leyó en voz alta:

... fecto —exclamó la señora de Man-... falta más que la fecha. ¡Manos a ... Hermosa, aquí tiene usted papel. ¿Le ... mano todavía?

... ora —contestó Meta, que resuelta-... la pluma en el tintero.

... usted —prosiguió la señora—; ... aba que el papel tiene mi cifra. ... lan y pudiera creerse que intervine ... to y que la he aleccionado... Es-... cuarto, ahora. ¿Está segura de su ... quiere usted llevarse este papelito?

... l, señora —le contestó Meta alegre-... sé la romanza al dedillo. ¿Quiere ... se la recite?

... estas palabras, enrollando el papel, ... arlo acercándolo a la lámpara. La ... Manserre se lo sacó de las manos ... en la carpeta, diciendo:

... que se vuelva atrás. Este borrador ... go y pienso conservarlo hasta ma-... confundirla si la copia no es exacta; ... se lo mostraré a Tony. Está usted, ... da a transcribirla fielmente. ¿Me lo jura por todas las lágrimas que me ha costado?

Al decir esto le estrechó ambas manos y se despidió de ella, diciendo:

—Mucho me equivocaré si dentro de poco no sana mi enfermo..., y yo seré la más dichosa de las mujeres.

XI

El día siguiente fué tan pródigo en grandes emociones que no me gusta recordarlo; gracias que no hay muchos de esta índole en mi vida. Me había despertado con el mejor estado de ánimo, viendo color de rosa el porvenir y a las personas que se casan; contento de mí, de mi conducta sensata y del compromiso adquirido, y lejos de sentir la pérdida de mi dulce libertad, bendecía el dichoso yugo que yo mismo me había colocado al cuello.

Durante toda la mañana esperé la carta de Meta, y extrañaba la demora, pero no me inquietaba. Estaba tan seguro de su corazón como del mío. Ya había preparado mi discurso al señor de Manserre; entrada en materia, exordio, peroración, del principio al fin, aquella obra de elocuencia me parecía admirable e irresistible.

Dieron las doce y aun no había recibido nada. Entonces se adueñó de mí la impaciencia. Salí de mi cuarto y al pasar por delante de las habitaciones del señor de Manserre, cuya puerta estaba entreabierta, vi en medio un baúl grande, que su ayuda de cámara estaba llenando con ropa de su amo. Me dió que pensar dicho baúl. Supuse que el señor de Manserre había hecho al despertar sensatas reflexiones, y ocurriéndosele que los viajes son el mejor medio de olvido, acababa de resolverse a marchar solo para el país donde hay naranjos y no existe Meta alguna. Esta determinación me pareció acertada y digna de él. Tuve la sorpresa de hallar en el comedor a la señora de Manserre, que por fin había renunciado a la reclusión.

Estaba pálida, seria; pero había esperanza en sus ojos.

No me engañó mi conjetura: el señor de Manserre, durante el almuerzo nos dijo que tenía que hacer ciertas pesquisas en los archivos de Florencia, y que iba a ponerse en camino aquella misma noche o al otro día por la mañana. El señor de Arcí supo dominarse lo bastante para ocultar la íntima satisfacción que le causaba aquella noticia. No sé lo que se iba a escapar de los labios de la señora, pero su mirada encontró la mía que le aconsejaba el silencio. Lo guardó. En cuanto a Meta, me pareció notar cierta alteración en su semblante y en su humor; tenía la cara alargada, el entrecejo movible y rehuía mis miradas. Su voz era sorda y como velada. Yo conocía por experiencia las singulares variaciones de ese carácter; dos veces ya aquel terreno movedizo me había faltado bajo los pies; pero aquel día yo estaba alegre como un colegial y aparté de mi espíritu todo pronóstico molesto.

Después de almorzar me hallé solo con la señora de Manserre, en el salón:

—Me figuro —le dije— que está usted contenta.

—¡Cómo he de estarlo, Tony! La querrá mucho, puesto que necesita viajar para ahogar su pena.

—Es usted demasiado exigente —le dije sonriendo—. Cuando quita usted una muñeca a Lulú, le permite que esté seria durante veinticuatro horas. En ciertas circunstancias, los hombres más notables son como Lulú.

—¡Y sabe Dios cuándo volverá!

—¡Señora! Volverá en cuanto la señorita Holdenis se haya marchado.

—¡Ah, Tony, qué gana tengo de pedirle!...

—No le pida usted nada; acepte lo que le ofrece. Le ruego que se retire a sus habitaciones, y cuando venga a despedirse de usted, béselo tiernamente sin aparentar que desaprueba su partida. Tan nocivo sería lo uno como lo otro.

—Haré lo que usted me aconseja. ¿No es usted mi salvador? Usted es quien lo ha decidido a huir del peligro.

—Se equivoca; no he tomado parte en su determinación.

—No sea usted tan reservado conmigo; la señorita Holdenis me ha puesto al corriente de todo, convenga...

No pudo decir más. El señor de Manserre acababa de entrar en el salón y nos miraba con aire de sospecha. Esta mirada la desconcertó; perdió la serenidad, y se fué.

Vino entonces hacia mí, y me dijo:

—Siento mucho, Tony, interrumpirle continuamente en sus misteriosos coloquios con mi señora; pero tengo una comunicación muy indiscreta y poco cortés que hacerle, pues me veo en un gran apuro.

Tenía la cara tan afectada que le contesté:

—¿Qué es lo que puede cohibirle? Me sería muy difícil hoy negarle lo que fuere.

—Esta mañana hablé con la señorita Holdenis —prosiguió— para anunciarle mi salida y rogarle que se quedase aquí hasta que mi señora haya podido encontrar alguien para reemplazarla.

Consintió por abnegación y cariño hacia mi hija, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que se marchara usted esta misma noche a París, porque le es imposible, según sus propias palabras, quedarse en las "Charmilles" un día más estando usted.

Me quedé inmutado, fuera de mí, suspenso entre la sorpresa y la cólera. Durante dos o tres segundos, el suelo me pareció moverse como si hubiera sido el de un barco mecido por las olas.

El señor de Manserre gozaba mientras tanto maliciosamente de mi decepción.

—¿Qué le ha hecho usted? —prosiguió—

UNA FORTUNA

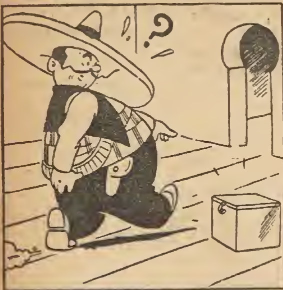


En estos curiosos tiempos que corren, y que corren demasiado de prisa (esto nos parece a todos los que no somos millonarios), la tabla de valores en el mundo animado e inanimado ha cambiado completamente, tanto casi como lo deseó Nietzsche. Uno de los casos que más ha bajado en la cotización del mercado psicológico mundial es la vida; la vida ya no vale nada. Lo que ha subido es la máquina, cualquier máquina; no sólo las de hacer chorizos, que son las que dan de comer (cualquiera sea la materia prima que se les eche adentro), sino hasta las de escribir. No hay más que ir a la exposición de nuestro Banco Municipal para darse cuenta de esto.

Las dos señoritas que vemos sobre la montaña de máquinas de escribir, se sienten orgullosas de estar sentadas sobre una fortuna.

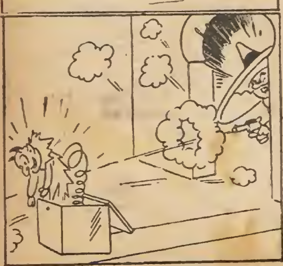
PANCHO SOMBRERO

POR CURIOSO — Por TOONDER









—¿Qué desea usted? —le grité brutalmente—. ¿No ve que me inspira horror?

—Tenga piedad de mí —me contestó con voz quejumbrosa—. Antes de marcharme quiero maldecir mi falta delante de usted e implorar de rodillas su perdón.

Se dejó caer en una silla, apoyó ambos codos en la mesa, y con una abundancia de lágrimas y de adjetivos que me agobiaron, por decirlo así, comenzó lo que ella llamaba su confesión; es decir, un verboso discurso lleno de incoherencias y de contradicciones, en medio de las cuales me era muy difícil discernir la verdad del embuste. Por muy inexacta que fuese una cosa que dijera, se la creía casi verdadera al enunciarla; más bien que un alma falsa era una conciencia extraviada. Acostumbrada desde niña a la gimnasia del sofisma, había adquirido en él una funesta flexibilidad y la costumbre de persuadirse de todo lo que le convenía. La gimnasia, señora, es cosa buena, pero hay que usarla con moderación. No permita usted que se enseñe a sus hijos a dislocarse los miembros, ni a andar con la cabeza para abajo, ni tampoco consienta en que se haga razonar demasiado a su conciencia. "Mejor pesadote que titiritero", reza un refrán. Si llego alguna vez a ser padre, esa será mi máxima.

Meta empezó por confesar humildemente su falta culpándose con despiadada dureza y calificando su conducta sin miramiento. Poco a poco llegó, sino a disculparse, al menos a invocar las circunstancias atenuantes, a amortiguar sus culpas, y bien imprudentes hubieran sido sus excusas, sin cierto carácter de ingenuidad que se desprendía de ellas. Me dijo que cuando el señor de Manserre se le había presentado para despedirse, le había disgustado la facilidad con que se resignaba a alejarse, que su *coquetería* (así lo dijo) se había sublevado, que de pronto pensó en el terrible uso que podía hacer del papelito color de rosa, que había rechazado esa idea con horror, para acogerla después con una especie de pasión ciega e irresistible. Comparó el atractivo fatal a que había cedido, a una especie de alucinación, a la atracción mezclada de terror que ejerce un precipicio sobre el infeliz que padece de vértigo, y de ello dedujo que era una prueba que el Señor le había mandado, para que al sucumbir aprendiera la divina virtud del arrepentimiento que aun ignoraba.

Así habló. Se lo repito, señora: era una conciencia que hacía títeres con los ojos vendados; las bolas partían, saltaban, se cruzaban en el aire. Tony Flamerin hubiera aplaudido si no hubiese preferido indignarse.

—Muy bien —le dije interrumpiéndola—. De aquí en adelante el ladrón que haya forzado una gaveta, se excusará diciendo que estaba alucinado; el hijo que dé una puñalada a su padre, se quejará de haber sentido vértigo; el cuchillo tenía su idea, la mano le siguió; la voluntad estaba ausente, no le costará trabajo probar la coartada. No condenemos a los ladrones ni a los asesinos; Dios los ha inducido a hacer el mal para perfeccionarlos por el arrepentimiento. Un punto que embaraza; no es bastante persuadirse, es menester convencer al juez.

Me interrumpió ella, sacó de su bolsillo una carta que había recibido de su padre la mañana de ese día:

—He aquí lo que me perdió —dijo.

Tomé la epístola, que era larga, y recorrí rápidamente las primeras páginas. El señor Holdenis le daba en ella a su hija noticias del palomar entero, hablándole extensamente de sus hermanitos y hermanitas y asegurándole, según me pareció, que Herman, lo mismo que Tecla, Aennchen, Minnchen y Lenchen progresaban por días en "*idealidad*". Y añadía: *Figúrate que ayer, nuestro querido Niklasito, después de haber mirado al cielo que estaba puro como tu corazón, exclamó: "¡Buenos días, Dios mío!" Esta ingenua exclamación nos ha enternecido hasta hacernos llorar a tu buena madre y a mí.*

Por interesante que me pareciera el chico Niklas, leí con más atención la última págin
carta, donde ya no se trataba de él. Dec

Las confidencias que nos hace nuestr
rido ángel, nos han sumido en indescr
perplejidad; que mire detenidamente
decidirse y de rechazar las brillantes
tivas que se le presentan. Nos insinúas
corazón está prendado: te contesto que n
fácilmente las razones de tu corazó
mía. Tan distante como estoy de ti, me
cil aconsejarte; pero, ¿puedo admitir
Cielo destine a nuestra Meta un artista
tiene otro culto que su arte, y pe
que te diga: un hombre que se ha port
tu padre de modo indigno y que no
nunca de ningún auxilio? Mientras más
en la combinación de circunstancias,
ramente providenciales, a las cuales debe
nocer al señor de Manserre, menos pued
cindir de ver en ellas un misterioso co
la Soberana Sabiduría acerca de ti y
hombre distinguido; esta última, se prop
duda purificar su corazón y el uso q
dicho señor de sus bienes. Los impíos
yen todo al azar; pero no hay tal; Di
escogido visiblemente para hacer brilla
a los ojos de la gente; ¿no serías
si por satisfacer un gusto irrazonado de
ginación novelesca, rebusases la alta po
la cual parece que te invita? Angel quer
flexiona mucho, y en tus combinaciones
des a tu pobre padre que te besa con

El efecto que produjo esta carta en m
de templar mi cólera con cierta dulce
Hacía tiempo que no había leído pros
del señor Holdenis, y sus teorías me pa
armonizar maravillosamente con su se
de predestinado.

—¿Por qué me ha enseñado usted es
tola? —pregunté a Meta— ¿Es posible
miserable papelucho haya podido tener
nor influencia en sus decisiones? ¿Por
ha hecho usted como yo?

Y rompí los ocho pliegos en pedaci
agradó verlos volar por la habitación
jambre de simpáticas mariposas.

—Tenía empeño en probarle —dijo—
menudo engañan las apariencias.

Y se quedó parada un rato, se le en
discurso; pero bien pronto remedió es
pecimiento de su espíritu y de su le
clinando la vista, prosiguió:

—¿No le prueba esa carta, que si
serle infiel, nunca lo fué mi corazón

Acto seguido, sin dejarme el tiemp
cir una palabra, me contó impet
que me había amado siempre, que
podido consolarse de mi salida de Gin
mi imagen se había grabado en su cor
había venido a las "Charmilles" porq
le había asegurado que me encontrar
se quejó de mí, y pretendió que no
dido saber a qué atenerse acerca de
mientos que me inspiraba, porque mi
hablarle de ellos, era tan ligero que n
tener la certeza de ser amada. La
ción algo baladí que me había perm
cerle en el cementerio, le pareció n
aceptar los agasajos del señor de M
proponía excitar mis celos, sin prev
fastas consecuencias que pudiera tene
go. En una palabra; yo era en
responsable de los acontecimientos,
víspera aun, después de nuestra en
el parque, no se había convencido
mi formalidad y le quedaba la duda
acogería el primer pretexto que se
para desligarme de mi promesa.

La interrumpí con una carcajada,
de instalarme en una butaca, lo más
sible de ella, le dije:

—¡Eso es pasarse ya de la medida!
ted como el criminal soy yo, que
motivos para quejarse de mi perfidi
otra noche, después de besarla tier

Fin de "Avent

...ofrecer a otra mujer mis labios y ... ¿No pudiera usted ser franca una ... y confesar que si es más sensible ... es aún más ambiciosa que sensible? ... de su conducta está en la decla... gitana. Convenga en que las mu... carácter tienen la manía de correr ... a la vez, y que se ha divertido ...vamente en apuntar a un conejo ...servidor, y a una liebre que se ha ...mero el barón de Grunek, y luego ...Manserre. La liebre se ha perdido en ... desafío a que alcance al conejo. ... grito de horror, y me ordenó que ...para no insultar a su amor; sin em... vó por confesar que había parte ... lo que yo decía.

...confieso! —gritó con voz desga... er aun tenía dos almas que lucha... en campo cerrado. Gracias a Dios, ...bido, la desgracia la aniquiló; no ... en mí sino el alma que le ama, ...enece por entero.

... después, antes de que me hubiera ... de ello, se arrodilló ante mí, y ... que me quise oponer, se apoderó ... de mis manos. ¡Qué lástima que ...ducirle los arrebatos de su elo... hizo las más tiernas y ardorosas ... que mi modestia se niega a re... me adoraba, que me había faltado ...calificable; que si la perdonaba ... vida entera en compensarlo; que ...do como ningún hombre lo había si... e no podía sospechar los tesoros de ... y de abnegación que contenía su al... viviría, no respiraría más que para ...ría su todo, su universo, su ideal. ... de ser tildado de fatuo por usted, ... a asegurar que en aquel momento ... y añado que, sincera o no, estaba ...ente hermosa, con esa clase de be...tenece a la vez al ángel y al diablo. ... pasión modelaban su rostro, como ... moldea la arcilla. En el cuello, ... la frente, la luz y la sombra daban ... renuncio a describir. En el apresu... su acción se habían soltado sus ca...do en desorden le cubrían los hom... también había sufrido ciertas ave... a mis ojos peligrosa libertad. Te... ardorosos; sus ojos húmedos no se ... los míos y me decían claramente: ...es que soy tuya? ¡Haz conmigo lo ...ca! También decían como en un

...bes a la tentación, me guardarás, ...emos!

... fué un momento crítico. Estaba muy ... respiraba con dificultad, mi cabeza ...ndo, y no sé, en verdad, cómo ...nado esa escena, cuando ocurrió ... Señora: aconteció sencillamente, ... los gallos del castillo se puso a ... todas sus fuerzas en el gallinero, ... aguda, metálica, guerrera, me hizo ... en el sillón, trayéndome a la me...gen de mi padre, en su lecho de ... me miraba con fijeza. Volvió ... gallo y me pareció oír al tonelero ... gritarme:

... vida es un combate, desconfía de ...!".

...r por tercera vez el gallo su agudo ... mis ojos en los de Meta y se me ... sus ojazos límpidos se parecían a ... lagos africanos en cuyas aguas ...n los cocodrilos.

...osamente me observaba, preguntán... me ocurría. La rechacé dulcemente, ... en pie y la obligué a que hiciese lo ...uego la agarré de un brazo, atravesé ... con ella, abrí la puerta y con el ...lé el corredor y la escalera, alum... r una lámpara. Tuvo un instante de desfallecimiento, pero lo dominó en el acto. Se llevó las manos al cabello que apretó, y gritó en tono profético y tal como si se hubieran apoderado de ella los furores de una sibila:

—¡Maldita sea la mujer que ames!

Dicho esto, desapareció como un fantasma.

Tres horas después partía de aquella casa, en la que dejó unos cuantos corazones aliviados de fuerte peso, y a una niña inconsolable. Al ver arrancar el coche que llevaba a su aya, la pobre chica lanzó desgarradores gritos.

Adivina usted que los señores de Manserre se han casado. Lulú ya no tendrá otra institutriz que su madre, la cual, desde su aventura, es algo más desconfiada y madrugadora. El señor de Manserre retornó a la vida pública y es diputado. En la Cámara se sienta en la parte más razonable del centro-derecha, pero con el cuidado de votar algunas veces en contra del gobierno. El otro día aseguraban que estaba en vísperas de obtener un importante puesto.

Una noche del pasado invierno, yo viajaba de Lyón a Valence, donde iba a visitar a un amigo. Desde la estación de Perrache estuve solo en un vagón cuya lámpara alumbraba poco. Bajé la visera del gorro de piel hasta los ojos, me tendí en un de los almohadones y empezaba a dormir, cuando en Vienne subieron tres mujeres a mi compartimento. Por su traje comprendí que eran diaconesas protestantes, y por unas palabras sueltas, que iban a Italia a dirigir una escuela evangélica. Eran jóvenes y muy habladoras.

Hablaban en alemán y no tuvieron inconveniente en seguir su conversación delante de mí. Con la cara metida hasta las orejas en el cuello de mi pelliza, yo no daba señales de vida, y sin embargo, ¡vaya si las escuchaba!

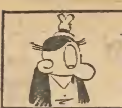
Una de ellas parecía ejercer sobre las otras dos la tutela de una abadesa, y aunque su voz era dulce, tenía un tono autoritario en el cual entraba un poco de altivez. A propósito de la última guerra, llegó a decir que los franceses eran un pueblo amable, pero muy inmoral y corrompido. Como prueba de ello, refirió y afirmó que había entrado como institutriz en una familia francesa, de la cual era amigo un pintor de gran renombre. Que éste, desde el primer día que la vió, se le declaró a lo húsar. Que el padre de su alumna se le declaró también y puso en juego todos los medios para seducirla; que esos dos gallos, enamorados y locos de celos, por poco se degüellan debido a ella, y que para sustraerse a sus violencias se vió obligada a huir una noche a través de mil peligros, de los cuales la había librado la gracia del cielo.

Al llegar el tren a Valence, había cesado la conversación. De esas hijas de Sión, las dos menores dormían con el sueño de la inocencia, la tercera, la oradora, con los ojos entornados, soñaba despierta probablemente en su pasado o en su porvenir. Antes de bajar del vagón, yo me incliné hacia ella y, causándole viva sorpresa, le recité al oído los dos primeros versos del rey de Tulé que me tomé la libertad (¡Goethe me perdone!) de retocar un poco:

Había en Tulé un ratoncito
que mintió hasta el día de su muerte.

Señora: usted me preguntará, quizá, si me acuerdo aún de ese ratoncito, y si en mi corazón queda algún vestigio. Este es mi secreto: adivínelo. Y como sé que no le agradan las historias que no tienen moraleja, me preguntará también qué ha de deducir de la mía. Esto prueba que es conveniente saber lo que significa el canto del gallo. Si mi difunto padre no me hubiera enseñado su ciencia campesina, hoy tendría, quizá, por compañera a una mujer muy ilustrada, pero demasiado peligrosa. Además, mi relato tiende a explicarle por qué al ofrecerme la mano de una encantadora joven de ojos celestes, despertó en mí dormidos escrúpulos. Confieso que los ojos de ese color me asustan: hay que mirar en ellos de cerca y hasta el fondo. Dios la bendiga, señora, y la guarde de las personas que piensan y obran como la protagonista de mi relato.

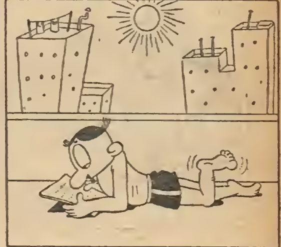
...una institutriz"

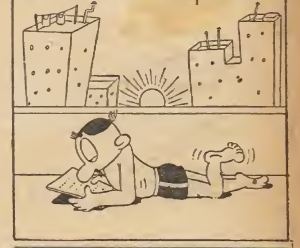


DON ZENON EL DISTRAIDO

por JORGE HERGOTT









EL TIRO QUE MATÓ A

A DIEZ PASOS DE DISTANCIA, Y CON DOS BALAS POR PISTOLA, EL FAMOSO POETA RUSO SE BATIO CON EL OFICIAL QUE CORTEJABA A SU ESPOSA.



Alejandro Puchkin

PREFACIO

Lo que presentaremos a los lectores es un drama típicamente ruso, uno de los que seguramente mejor reflejan el espíritu de este país sorprendente. Y para más autenticidad dejaremos que hablen los documentos, los viejos papeles de hace 100 años..., las cartas..., las memorias...

A través de esos viejos testimonios el drama aparece más vigoroso y más "ruso" que a través de cualquier relato literario.

La intriga

"Los grandes caballeros y comendadores de la orden del Alto Templo de los "Maridos engañados", en una sesión bajo la presidencia del gran maestro S. E. D. L. Narychkin, eligieron por unanimidad a Alejandro Puchkin, reemplazante del gran Maestro de los "Maridos Engañados". *Conde J. Borch.*

Estamos en San Petersburgo, en 1836.

He aquí una carta anónima que acababa de recibir el poeta Alejandro Puchkin, el "chambelán Puchkin", gloria de Rusia.

Era descendiente de una gran familia. Vivía entre las suntuosidades bizantinas de la corte de Nicolás I, en esa alta sociedad petersburguense de aquellos tiempos, que era la única en el mundo por sus riquezas y extravagancias. Las noches blancas del Norte y los bailes locos, hermosos y terribles, el champaña, los grandes duques, los oficiales de la guardia y las primeras bailarinas... Las grandes bellezas y los hombres poderosos, las intrigas y las ambiciones, el despotismo y el terrorismo, el lujo y la miseria, el refinamiento y el salvajismo...; entre todo esto, como ahogado, él, Puchkin, el Byron eslavo, liberal, opositor, europeo pero también ruso, intranquilo y fascinado, queriendo vivir la vida hasta las últimas posibilidades, atormentado por su genio poético y sus instintos primitivos (pues tenía también sangre negra en sus venas), desgarrado entre el Occidente y el Oriente, dominado por los misterios de su naturaleza.



Barón Heerckeren

Un alma apasionada. Su mujer, por el contrario, tenía un alma tranquila, fría "como la nieve", inaccesible a la pasión, era "pura". Exteriormente una mujer magnífica, de una belleza maravillosa y llena de majestad, una verdadera tigresa salones, tan ricos en beldades. Ps mente: una jovencita, aterrada, tí temerosa; una virgen fría "como ve" y devota de la poesía. Y cuan contró a Puchkin, se dejó dominar gloria y el encanto sublime del p

Sin embargo...

"La mujer de Puchkin —sostien nickij— era dama de honor de la Yo pienso, pues, que debía haber relaciones íntimas con el zar. Por comprende el motivo que llevaba a kin a buscar la muerte, y la razó agresividad frente a todos los que terponían en su camino. No le q nada más que morir".

Sin embargo...

Si Natalia Puchkin era inaccesi pasión, su belleza provocaba a su dor verdaderas tempestades de p Se murmuraba en los círculos de sociedad que, entre otros, Jorge d' oficial de la guardia, hijo adoptivo nistro de Holanda en Rusia, ba Heerckeren, estaba locamente en de ella desde hacía años.

En esas circunstancias llegó a P la carta anónima que hemos citad mienzo.

* * *

"El 4 de noviembre —escribe P al conde Benkendorff— recibí tre plares de una carta anónima, dirig tra mi honor y el de mi mujer. E el estilo, la manera de expresarse hecho creer que esta carta provien extranjero de la alta sociedad, de plomático. Se me ha informado que esta carta ha sido enviada a o sonas".

"Esta carta —informa el prínci zemsky al gran duque Michel— una conversación entre los espo mujer de Puchkin confesó que ha tado con demasiada indulgencia l que le hacía d'Anthes. Contó al ma mo el joven y el viejo Heerckeren portaron con ella y que el viejo keren quería persuadirla de que el amor de d'Anthes. Puchkin esta cionado por su confianza y su a miento, pero, teniendo una natur lenta, no podía afrontar con san la situación en la cual se encontr

ALEJANDRO PUCHKIN

EL SENSACIONAL LANCE CABALLERESCO, A LA LUZ DE INTERESANTES CARTAS Y MEMORIAS DE LA EPOCA.

Por *GUSTAVO DE KOTKOWSKI*

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"



Natalia N. de Puchkin

... mundo... Y además, es necesa... que, en seguida de haber re... ...a carta anónima, creyó al vie... ...ren su autor".

... Heerckeren, hombre de cos... ...uy dudosas, estaba celoso de ... quería provocar la ruptura de ... entre él y la familia Puchkin, ... cartas anónimas y su papel co... ...r" — conjetura por su parte.

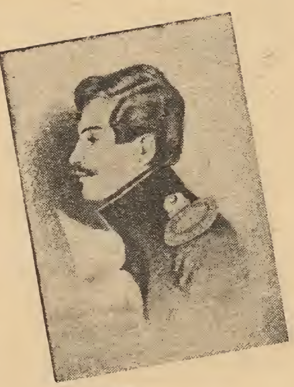
... del drama

... aquí sumergidos en todas las in... ...esta aristocracia. Digamos algu... ... sobre los dos nuevos perso... ... drama: el barón Heerckeren y ... ...tivo, Jorge d'Anthes Heercke-...

... ...a Puchkin era una de las más ...res, d'Anthes era uno de los ...s jóvenes de la Corte. Era una ...ca (aunque francés, descendía ... aristocracia alemana y escoce... ...eza esbelta y atlética, terri... ...en y conquistadora. Inteligen... ...lante, bravo, d'Anthes poseía ... sí ese misterio de encanto que ...ecer a las mujeres. ¿Sería ver... ... viejo ministro de Holanda, el ... avaro Heerckeren, no supo de... ...tra aquel joven encantador? ... lo adoptó y lo quería, tal vez, ...r paternal. El joven oficial, ... el ministro y mimado por las ...aba una vida mundana y veía ...nte de sí una brillante ca-...

... Gontcharow, hermana de Nata... ... una bella joven, se transfor... ...mante... perdida, enloquecida ... también otras... Y él sería el ... dichoso si no hubiera sido in... un modo terrible y cruel, por ...a Natalia; fascinado por el ...ta mujer que tenía un cuerpo ... un alma virgen "fría como la ... extraña a las pasiones que crea-... ...rededor.

... Heerckeren quería verdadera... ...ir a Natalia Puchkin para que ... los locos deseos de d'Anthes? ... fin, quien escribió la carta ... pudiendo contener sus celos y ... terminar con una situación así?



Jorge d'Anthes

Todo era posible en un hombre como él.

Pero calculó mal la reacción de Puchkin y no se dió cuenta de que su carta sería la última gota que desbordaría una copa amarga de celos, de furia y de deseos de venganza.

El reto

Puchkin provocó a duelo al lugarteniente de la guardia, d'Anthes, quien, como se sabe, había sido adoptado por el ministro de Holanda, barón Heerckeren.

D'Anthes aceptó el reto de Puchkin.

Pero el ministro, aterrorizado, hizo todo lo posible para librar al hijo del mortal peligro en que se encontraba. Heerckeren no retrocedió ante la humillación. Rogó a Puchkin le acordara una semana para arreglar el conflicto. El poeta, emocionado por las lágrimas del viejo ministro, cedió y hasta le concedió dos semanas.

"Al cabo de algunos días —dice el príncipe Wiazemskij al gran duque Michel—, el viejo Heerckeren lanzó la novedad del casamiento de d'Anthes con Catalina Gontcharow, hermana de Natalia Puchkin. Dijo a Inkowski que Puchkin se equivocaba; que su hijo estaba enamorado, no de madame Puchkin, sino de su hermana; que desde hacía largo tiempo él había solicitado el consentimiento del señor Gontcharow padre, para este casamiento, pero que aquél se negó.... y solamente ahora comprendiendo todo lo trágico de la situación, dió su consentimiento. Heerckeren insistió, en presencia de Inkowski, que no dijera nada de todo esto a Puchkin, temiendo que éste fuera a pensar que este matrimonio era solamente un pretexto para esquivar el duelo. Conociendo el carácter del viejo Heerckeren, se puede suponer que contaba justamente con una indiscreción para engañar al sencillo y buen Puchkin".

En vez de duelo, boda

Pero el viejo Heerckeren hizo aún un esfuerzo. Llegó por último a persuadir a d'Anthes que debía él mismo anunciar el proyecto de su casamiento con Catalina. D'Anthes se defendió como pudo, pues sentía que una declaración tal, antes del duelo, podría ser interpretada en una forma poco honorable para él; pero cedió a las insistencias de dos personas que tem-

PANCHO SOMBRERO

LAS DEJO SIN NADA

por TOO







blaban perderlo: Catalina Gontcharow y el ministro. No se sabrá jamás qué escenas violentas y qué maquiavelismos le arrancaron el consentimiento.

Así, pues, cuando por fin Puchkin, cansado de esperar, mandó a d'Anthes, para precisar las condiciones del duelo, su testigo, el conde Sollogub, recibió de él la carta siguiente:

Conde Sollogub a Puchkin:

"Según vuestros deseos he ido a casa del señor d'Archiac para discutir la hora y el lugar del encuentro. El señor d'Archiac me dijo, confidencialmente, que el barón d'Anthes se decidió por fin a publicar la noticia de su futuro casamiento, mas, para que esta decisión no pudiera ser interpretada como una cobardía de su parte, quiso hacerlo solamente después de haber arreglado el conflicto con vos y a condición de que vayáis a declarar delante de mí, o ante el señor d'Archiac, que vos no veis en sus planes matrimoniales nada de indigno para un hombre de honor".

Esta carta decidió a Puchkin a renunciar al duelo. En realidad no era posible matar a este muchacho en la víspera de su casamiento con la hermana de Natalia, cuando estaba en camino de transformarse en miembro de la familia. Desde el punto de vista mundano, un matrimonio tal sería absolutamente suficiente para acallar las malas lenguas... Y desde ese otro punto de vista, digamos, menos mundano y más personal: "Puede ser —pensó Puchkin— que realmente ame a Catalina... Y entonces ¿por qué matarlo?"

He aquí cómo los sentimientos caballerescos y nobles predominan en el alma vehemente del poeta:

"Estoy dispuesto a expresar por escrito lo que pienso decir verbalmente. He provocado en duelo al señor Jorge Heerckeren d'Anthes y él aceptó mi provocación, sin oponer ninguna dificultad. He rogado a los señores padrinos que consideraran esta provocación como no existente, a causa de noticias que me han llegado, respecto a que el señor Jorge Heerckeren tiene la intención de declarar, después del duelo, su próximo casamiento con la señorita Gontcharow. No tengo ninguna razón para atribuir esta decisión del señor d'Anthes a motivos indignos en un hombre de honor y os ruego, señor conde, dispongáis de esta carta según vuestra voluntad". (Carta de Puchkin al conde Sollogub).

Todo parecía arreglado a maravillas. En lugar del duelo, el casamiento; esto es verdaderamente como el fin de un cuento optimista. Pero este casamiento tenía en sí algo de terrible y todo el mundo que asistió a la ceremonia, en la capilla privada de la princesa Butera, tuvo malos presentimientos.

"La ciudad está asombrada de este casamiento —escribía la señora Pawliszczew—, no porque un joven hermoso como d'Anthes se casara con una niña bella y bien educada, sino porque su amor hacia Natalia no es un misterio para nadie. Créeme que en todo esto hay algo sospechoso y lo mejor sería que esta boda no se realizara".

Una carta sin respuesta

Durante la gran comida ofrecida a los recién casados en el palacio de la princesa Butera, las bujías extendían su pálida luz sobre los rostros de todas estas personas que jugaban con la desdicha.

Se veía el rostro encantador y emocionado de la joven casada, y la máscara enigmática de d'Anthes; la faz enérgica y sublime de Puchkin y el rostro arrugado y crispado del ministro Heerckeren. Todas estas personas eran sensualistas, todas estaban arrebatadas por la pasión.

Pero se notaba la falta de alguien. Madame Puchkin, que estaba presente en la iglesia, no asistió a la comida.

Después de la comida, el viejo Heerckeren se aproximó al poeta.

—Me imagino que ahora la situación está ya absolutamente clara, y que consideraréis a d'Anthes como pertenecie la familia.

—¡No! —respondió Puchkin fr te—. Deseo que no haya nada de entre mi casa y la del señor d'Anth

Sin embargo, d'Anthes quería a precio reconciliarse con el poeta — bajo presión de su mujer, quizá simplemente adoraba a Natalia Pu Hizo una visita a Puchkin. No fué do. Entonces le escribió una carta

Puchkin no la abrió, y fué a la la señora Zagriazskaia, su prima, p garle que la devolviera a d'Anthes aquí que el destino le hace encont al ministro Heerckeren.

Puchkin, ya excitado y furioso, la carta al ministro, declarando quería leer las cartas de d'Anthes quiera oír su nombre. Pero el ba sintió también excitado por este belán" Puchkin, que se daba gra res con él, y rechazaba la mano de su "hijo".

Respondió con alguna ironía podía aceptar la carta, puesto que estaba dirigida a él.

Entonces Puchkin estalló, y a la carta en plena cara de Heercke clamó:

—¡Tú la recibirás, miserable!

La entrevista

En todo este conflicto, d'Anthes hasta el presente un papel poco pero correcto. Sabemos ya cuánto joven oficial aceptar este papel. tanto, lo aceptó..., tal vez porq fondo del corazón tenía una espe conquistar aún a aquella mujer a "fría como la nieve". Pero, a me el tiempo pasaba y que sus espe desvanecían, su rabia contra Pu hacía cada vez más grande.

Estaba furioso contra él a caus crueles afrentas que el poeta no rraba. Furioso porque, siendo es la mujer de Puchkin, era también de él. Y, sobre todo, porque éste marido. Los celos, el amor propi bición, la vanidad, todos estos d se habían apoderado de su alma.

Tanto más aun cuanto que se se joven, más hermoso, mejor en el el hombre que era el dueño de su D'Anthes, conociendo su superio sica", imaginó una manera de al mismo tiempo desesperada y cínica y romántica.

Aunque sus relaciones con los estaban rotas, se encontraba con el gran mundo. Y bien; d'Anthes, do que estaba recién casado, de

¿SOÑADOR O HERCULES?

Músculo o cerebro; fuerza o sentimiento; materia o espíritu. ¿Qué es mejor: preparar una juventud romántica o intelectual?

Hablen y definan los de mayor autoridad. Yo prefiero el tipo romántico, el soñador y el aventurero, al hércules; el rebelde de alma, al fuerte de brazo.

Porque no recuerdo que ninguna de las evoluciones ni las revoluciones que han hecho gloriosa a la humanidad hayan salido de los estadios y los circos, sino de los laboratorios y las cátedras. Y no se han hecho de un puntapié ni de un salto, sino con esa arma poderosa e inmortal que se llama libro...

JUAN FERRAGUT

UN PLA TONIFICANTE

La señorita X interroga a su médico:

—Dígame, doctor, ¿qué es el amor platónico?

—¡Oh!, algo muy sencillo. Como todos los tónicos, un excitante.



ENTURAS DE DON LINO

ERA GIRATORIA

Por BARTA









apariencias más elementales. nada, pero dejaba ver todo lo a con él, todo su encantamien- s. cuando miraban a Natalia, ar: ¡Tú eres mía, puesto que n como tú y te amo! Y con una muchachuelo provocaba a sus manifestaciones amoro- do demostrar que no tenía

volvía cada vez más nervioso unque tenía plena confianza y hasta era con ella más tier- costumbre.

ocracia rusa, perezosa y ávida es. acechaba cada matiz de es- pasional con una curiosidad

hes, exteriorizando de tal ma- timientos, se excitaba aún más. escribió a madame Puchkin que desde la primera palabra ma era un grito de desespera- urabá a acordarle una entre- ietamente inocente, tan sólo el alma, para conversar. En o, ella sería responsable, no de su muerte, sino también de e Catalina, puesto que ésta no su suicidio.

ca falta que he cometido —de- de algunos años Natalia Puch- e fuí a esa entrevista que cos- de mi marido y mi felicidad. go de que este encuentro fué mo casto.

porque había sido corto. nto madame Puchkin vió que ería, simplemente, arrancarle miento para la traición y el pe- andonó diciéndole que ¡jamás Entretanto, de nuevo alguien na bien informada— comuni- n por medio de una carta anó- una entrevista secreta habia r entre su mujer y d'Anthes. tró esta carta a Natalia. Esta todo.

ntante de un rey..."

que Puchkin, en consecuencia, inistro Heerckeren era más una ue una carta. Así puede escribir un hombre dotado de un po- de lenguaje y de odio. Era una nante, furiosa y fría, ofensiva. zado a vuestro hijo a represen- el tan vil —escribía, hablando ra en la cual se arregló el con- ue mi señora. estupefacta de su pusilanimidad y cobardía, no pudo contenerse de reír; los sentimientos que, tal vez, se despertaron en ella frente a esta fuerte y sublime pasión, se extinguieron en un tranquilo desprecio y un disgusto bien merecido.

"Debo deciros, señor barón, que vuestra conducta en este asunto no era tampoco demasiado correcta. Vos, representante de un rey, habéis consentido, en una forma verdaderamente paternal, en servir a vuestro hijo como intermediario. Absolutamente como una ramera habéis atacado a mi mujer, en todos los rincones, para informarla del amor de vuestro "hijo"; y cuando, estando enfermo, él no salía de la casa, vos decíais que se moría de amor por ella y le murmurabais: "¡Salvadme mi hijo!"

Después de esto, Puchkin anunció que no permitiría más que los Heerckeren se refirieran a su mujer con sus sucias proposiciones y que no retrocedería ante ningún escándalo, si esto era necesario.

"Tengo el honor, señor barón —terminaba—, de ser vuestro oficioso servidor,

Alejandro Puchkin".

Esta carta cayó sobre los Heerckeren como un petardo.

Es verdad que ellos hicieron todo lo posible para provocar a Puchkin y hacerle sufrir. Pero si querían vengarse por todos los medios y si el odio y la humillación les hacían a veces perder la medida, no querían esta carta. Comprendieron ya que el duelo con Puchkin, aun feliz para ellos, significaba un desastre.

El ministro no podía batirse con Puchkin a causa de su dignidad diplomática; era, pues, d'Anthes quien debía hacerlo. Pero estaba claro que después de tal ofensa, el duelo sería a muerte; y si d'Anthes no quería ser matado por aquel maravilloso tirador, debía matar

¿Matar a Puchkin?

Para d'Anthes esto significaba, sobre todo, la catástrofe inmensa de perder para siempre a Natalia.

Para el ministro era la ruina, pues no se le perdonaría jamás la muerte del gran genio, que por sus obras había sabido colocarse en la cima de los valores del mundo civilizado.

La gloria de Puchkin se había levantado de pronto ante ellos como un peligro formidable. Era necesario matar al poeta más grande de la Rusia, a un genio en plena expansión de sus posibilidades. He aquí un acto que podía horrorizar a un oficial de la guardia y a un ministro plenipotenciario.

Pero no había otra solución.

"Señor,

No conociendo vuestra escritura ni vuestra firma, me dirijo al vizconde d'Archiac, a quien devolveréis esta carta, para rogarle decirme si la carta a la cual yo respondo en este momento proviene verdaderamente de vos. Su contenido sobrepasa los límites razonables, hasta tal punto que rehuso responder... No me queda nada más que comunicaros que el vizconde d'Archiac va a fijar con vos el lugar del encuentro con el barón d'Anthes y que este encuentro no sufrirá ningún retraso.

Luego, señor, os enseñaré el respeto para la dignidad que represento y que ninguna extravagancia de vuestra parte puede desacreditar.

Quedo señor, vuestro humilde servidor,

Barón Heerckeren.

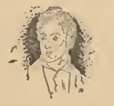
He leído y aprobado.

Barón Jorge Heerckeren".

El vizconde d'Archiac, secretario de la embajada francesa, que como testigo de d'Anthes estaba encargado de guardar el honor de su cliente, no desestimaba las dificultades de su tarea. Sabía que Puchkin, altanero y fantástico, gran señor y bohemio, gustaba tratar desde arriba a

EL MATRIMONIO

Decía Byron, hablando del matrimonio: "El matrimonio nace del amor, como el vinagre del vino; bebida fuerte, ácida y desagradable."



PARA QUE NO SE ABURRA

El verdugo de París, es decir, el encargado de cortar la cabeza a los condenados a muerte, se encontró de la noche a la mañana privado de su empleo y su sueldo, debido a los recientes acontecimientos. Sus amigos, entonces, viéndolo desorientado y aburrido, suelen invitarlo a jugar a los naipes en el café para poder decirle de cuando en cuando:

—¡Corte usted!...



Ardid



—Se ve que Edith ha visto algún joven de su agrado. Mira cómo se deja caer.

las personalidades. Lo esencial para él era batirse. Se cuenta que una vez designó su lacayo como testigo.

Muy felizmente, esta vez Puchkin eligió a un hombre serio: el coronel Dauras. Las condiciones del duelo, como era natural en una cuestión tan grave, eran muy duras; diez pasos de distancia entre las barreras y dos tiros para cada uno.

"¿Lo he matado?"

Puchkin, d'Anthes, d'Archiac y Dauras, se encontraron en una pequeña floresta, en los alrededores de Petersburgo. Estaban todos un poco atemorizados por aquella cosa indefinida, pero enorme: el genio de Puchkin. El duelo tenía la apariencia de un crimen contra la cultura y contra el alma misma de Rusia. Se sabía que, si una desdicha tenía lugar, el acto no sería perdonado jamás por la posteridad, a los que tomaban parte en él.

Mientras tanto d'Anthes, mirando el rostro duro y cruel de Puchkin, no tenía más que un solo pensamiento en su cerebro: a todo precio era necesario tirar primero. ¡A todo precio era necesario tirar primero!...

"El tiempo era hermoso —cuenta Ammosow—, pero el viento soplaba bastante fuerte. Había 15 grados de frío. Puchkin, en su piel de oso, estaba silencioso y en apariencia tan sereno como de costumbre, pero se notaba que se hallaba muy impaciente y que quería comenzar cuanto antes. Cuando Dauras le preguntó si el lugar elegido por d'Archiac le convenía, respondió: "Me es completamente igual; solamente tratad de hacer todo esto más rápido". Después de haber medido la distancia, Dauras y d'Archiac se ocuparon de cargar las pistolas. Entonces Puchkin de nuevo traicionó su impaciencia diciendo: "¿Y bien, se termina?" Todo estaba ya concluido. Se colocaron los adversarios, se les dieron las pistolas y entonces, a la señal dada por Dauras, los duelistas comenzaron a alejarse. Puchkin llegó primero a la meta, se detuvo y comenzó a apuntar. Pero entonces d'Anthes tiró y Puchkin, cayendo, dijo:

—Creo que tengo el muslo roto.

Los testigos acudieron a él, pero cuando d'Anthes quiso hacer lo mismo, Puchkin lo detuvo diciendo:

—¡Aguardad! Me siento con bastantes fuerzas como para tirar mi golpe...".

"De rodillas —anota Szczerbinin—, Puchkin miró a d'Anthes casi durante dos minutos y tiró tan bien que si d'Anthes no hubiera tenido la mano levantada, habría ciertamente perecido. La bala atravesó el brazo y aunque chocó después contra un botón metálico le rompió dos costillas".

"Cuando Puchkin volvió en sí —relata Wiariemskij, al gran duque Michel—, preguntó a d'Archiac:

—¿Lo he matado?

—No —respondió aquél—, lo habéis herido.

—Es asombroso —dijo Puchkin—. Pensé que sentiría placer matándolo, pero ahora siento que no. De todos modos, es igual. Cuando recobremos nuestras fuerzas, recomenzaremos".

LA MUERTE

La herida es mortal. — Una carta del zar

Cuando el doctor Szolc llegó a toda prisa al departamento de Puchkin, en la calle Moika, lo encontró extendido sobre un canapé en compañía de su mujer, el coronel Dauras y Pletniew. Estaba gravemente herido en el lado derecho del vientre.

He aquí el diálogo de Puchkin con el doctor, cuando quedaron solos.

Puchkin. — ¿Qué pensáis de mi herida? He sentido después del golpe un fuerte choque y algo caliente me estalló en el vientre. Había mucha sangre. ¿Qué pensáis de mi herida?

Szolc. — No quiero ocultaros que es peligrosa.

Puchkin. — Decidme. ¿Mortal?

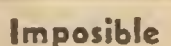
Szolc. — Considero como mi deber no ocultaros esto, pero aun tenemos que escuchar la opinión de Arendt y de Salomón, que van a llegar en seguida.

Puchkin. — Gracias, sois un hombre honesto. Es necesario pensar en la casa y en la familia.

A la noche, Arendt llevó a Puchkin una carta del Zar, escrita con lápiz.

"Si Dios no nos permitiera encon[...] en este mundo, os envío mi perd[...] último consejo: morid como un cr[...] Estad tranquilo respecto a la [...] vuestra esposa y de los niños: y[...] ocuparme de ellos".

Puchkin estaba muy emocionad[...] ta carta y quería guardarla. Pero [...] perador ordenó expresamente a A[...] devolución de la misma después [...] bérsela leído a Puchkin. Esta [...] extraña, no era ilógica. Nicolás I [...] a Puchkin que le había perdonado [...] lo, pero al mismo tiempo ordenaba [...] nistro de Justicia hacer un proc[...] gran poeta ruso después de m[...] condenado a muerte por el trib[...] tal forma se legalizó su muerte!



"¡Mi mujer! ¡Llamad a mi mujer!"

"Durante la noche —revela A[...] — los suplicios de Puchkin se hic[...] crueles que quiso suicidarse. Lla[...]

Fiestecita



—Realizó una fiesta en su habi[...] para celebrar el éxito de su cura, y [...] ha vuelto a enfermarse.

Estratagema



—Y si me equivoqué acerca de los ladrones, ¿quieres traerme un vaso de agua, querido?

Imposible



—Soy nuevo en el oficio: ¿Podr[...] cirme cómo hay que hacer para [...] pie del 38 quepa en un zapato [...]

...le ordenó que le diera la caja ...sobre su escritorio. El hombre ... pero cuando recordó que en ...a pistolas, corrió a Dauras. ... las pistolas que Puchkin ha... ...o bajo el cobertor".

... Spasskij, por su parte, infor-

... los dolores cesaron, pero el ...ba aún lleno de sufrimiento. ... estaban frías y el pulso apenas ...entir.

...er! ¡Llamad a mi mujer! — ...n.

... con un grito de desesperación, ...e su lecho. Todas las personas ...ian las lágrimas en los ojos. ...o arrancar a la pobre señora ...del moribundo.

... rogó —dice Zukowskij— que ... a los niños. En silencio posaba ... sobre cada hijo; ponía su mano ...zas y hacía un signo de la ...

...rador, el príncipe heredero y la ... Helena pedían sin cesar no... la salud de Puchkin. Arendt ... orden del emperador, varias ... día. Delante de la casa había ...umbre enorme. En la antecá... ...mejo dijo, muy emocionado:

..., he asistido a la muerte de ... de campo, pero no he visto ...jante!

...io de las más atroces torturas ...la princesa Mierszczerskaja-Ka... ...— que asustaron hasta al doctor ...chkin pensaba solamente en su ... el dolor que le causaba. En ... entre los ataques de dolor, la ...ra consolarla y decirle que ella ...inguna responsabilidad y que jamás había cesado de amarla y de tener confianza en ella".

Quince minutos antes de su muerte, Puchkin rogó que se le ayudara a cambiar de posición en su lecho. Lo complacimos Dal, Dauras y yo, poniéndole un almohadón bajo la espalda.

—Bueno —dijo. Y después murmuró—: Esto terminó.

—Sí, esto terminó —dijo el doctor Dal—. Ya eres mejor.

—La vida ha terminado —respondió con una voz débil Puchkin. Después de algunos segundos musitó:

—No puedo respirar.

"Eran sus últimas palabras. La agonía había comenzado". (Doctor Spasskij).

Madame Puchkin —comenta Ammosow— se arrodilló ante él. Sus magníficos cabellos se desordenaron sobre su cabeza. Presa de profunda desesperación gritaba sollozando:

—Puchkin, Puchkin, ¿vives?"

"...Cuando todo el mundo se fué —escribe, emocionado, Zukowskij—, me senté ante él y largo tiempo miré su rostro. Jamás he leído más en él, que durante este primer minuto después de su muerte. La cabeza estaba ligeramente inclinada; las manos que hacía algunos minutos temblaban, estaban alargadas tranquilamente, como reposando después de un rudo trabajo. Pero no encuentro palabras para decir lo que se dibujaba en aquel rostro, que era para mi tan nuevo y también desconocido. No era ni sueño ni reposo. No tenía esa apariencia de discreción que antes era característica en su faz. Y no había en ella nada de patético. ¡No! Un profundo, increíble pensamiento se desarrollaba en ella, algo que se asemejaba a una clarividencia, a una plena y profunda ciencia. Viéndola, quería preguntar: ¿Qué veis allá abajo, mi amigo? ¿Qué podríais responderme, si pudierais revivir un instante?

"He aquí minutos de nuestra vida que se pueden nombrar "grandes" sin exageración. Se puede decir que he visto, entonces, la esencia misma de la muerte, la muerte divinamente misteriosa, la muerte sin máscara. ¡De qué emocionante manera supo este rostro expresar su misterio! Te aseguro que jamás he visto en su rostro un pensamiento tan profundo, sublime y grave, como el que apareció en su pureza perfecta cuando la muerte desechó todo lo que era terrestre.

Tal era el fin de nuestro Puchkin".

EPILOGO

La princesa Dolgorukowa fué junto a d'Anthes para decirle de parte de Puchkin, que éste le había perdonado, al morir.

—Yo también le perdono —respondió d'Anthes con una ligera y cínica sonrisa.

COMIENDO BARRO

En las alfarerías de la India trabajan casi exclusivamente mujeres, las cuales hacen bolitas de la arcilla que emplean para su trabajo y se las comen. Según dicen, son muy deliciosas estas píldoras de barro.



ADMIRACION

Una mujer que no sabe más que hacerse admirar, es una mujer nula.

SAINT-OMER.

Puchkin después de la muerte (Cuadro de Kozlow)



Fin de "EL TIRO QUE MATO A ALEJANDRO PUCHKIN"

EL MISERERE

(CONCLUSION DE LA PAGINA 7)

—Lo voy a escribir. Dadme un asilo en vuestra casa —prosiguió, dirigiéndose al abad—; un asilo y pan por algunos meses, y voy a dejaros una obra inmortal del arte, un *Miserere* que borre mis culpas a los ojos de Dios, eternice mi memoria y eternice con ella la de esta abadía.

Los monjes, por curiosidad, aconsejaron al abad que accediese a su demanda; el abad, por compasión, aun creyéndole un loco, accedió al fin a ella, y el músico, instalado ya en el monasterio, comenzó su obra.

Noche y día trabajaba con un afán incesante. En mitad de su tarea se paraba, y parecía como escuchar algo que sonaba en su imaginación, y se dilataban sus pupilas, saltaba en el asiento y exclamaba:

—¡Eso es; así, así, no hay duda ..., así! —y proseguía escribiendo notas con una rapidez febril, que dió en más de una ocasión que admirar a los que le observaban sin ser vistos.

Escribió los primeros versículos y los siguientes, y hasta la mitad del Salmo; pero al llegar al último, que había oído en la montaña, le fué imposible proseguir.

Escribió uno, dos, cien, doscien[...] rradores: todo inútil. Su música no [...] recía a aquella música ya anota[...] sueño huyó de sus párpados, y p[...] apetito, y la fiebre se apoderó de [...] beza, y se volvió loco y se murió [...] sin poder terminar el *Miserere*, qu[...] una cosa extraña, guardaron los [...] su muerte, y aun se conserva hoy [...] chivo de la abadía.

❦ ❦ ❦

Cuando el viejecito concluyó de [...] me esta historia, no pude menos [...] ver otra vez los ojos al empolvado [...] guo manuscrito del *Miserere*, que [...] taba abierto sobre una de las me[...]

In peccatis concepit me mater [...]

Estas eran las palabras de la [...] que tenía ante mi vista, y que par[...] farse de mí con sus notas, sus llav[...] garabatos ininteligibles para los [...] la música.

Por haberlas podido leer, hubie[...] un mundo.

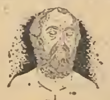
¿Quién sabe si no serán una lo[...]

¿SERA CIERTO?

Es tan corta la diferencia que existe entre el amor y el dolor, que uno y otro se expresan del mismo modo, por medio de las lágrimas. — REGNIER DETOURBET.

DIJO PLATON:

Ni Hércules es bastante fuerte contra dos.



COMO SON

Se le preguntó una vez al poeta Polixenes por qué en sus tragedias pintaba a las mujeres malas, cuando Sófocles, por el contrario, las pintaba virtuosas.

—Es que Sófocles — respondió Polixenes — pintaba a las mujeres como debieran ser, y yo las pinto como son.

LAS AVENTURAS

(CONCLUSION DE LA PAGINA 47)

"Me reconoció", reflexionó Hugo, e inmediatamente agregó:

—¿Usted estudia en esta Facultad?

—Sí.

—Entonces, además de vecinos, seremos compañeros. Yo acabo de ingresar.

—¿Sí? ¡Qué bien!... —dijo la joven cordial, y la delgadísima capa de hielo que por tanto tiempo los había separado, desapareció como fundida por el aliento de sus primeras palabras.

A continuación Hugo habló con entusiasmo y naturalidad. Seguro de sí, notaba ingeniosas sus propias observaciones, que ella, generosa, estimulaba con el aplauso de su risa de cristal.

—De modo que usted me reconoció — repitió como si le deleitase oírselo confirmar a ella.

—Naturalmente. Usted vive en la misma cuadra que yo, en la esquina opuesta. Solo con sus padres. Mi hermano y yo lo identificamos desde lejos por su costumbre de llevar las manos en los bolsillos del saco.

—¡Será posible!...

—¿Le extraña? ¿Por qué?

—Porque usted no me miraba nunca.

—Eso le parecería a usted; pero ya comprenderá que no es así.

—¿Y qué opinión se había formado de mí?

—Pues la misma, creo, que tendrán todos los demás vecinos. Que es usted serio y juicioso. Quizá un poco orgulloso, ¿no? —y agregó como queriendo suavizar el concepto: — O más bien indiferente por los demás.

Hugo, entonces, se quedó mudo de asombro.

Desde el primer momento regresaron juntos de la Facultad. Era natural, tratándose de vecinos. Hugo esperaba con ansia e[...] mentos. En su presencia olvidaba [...] preocupaciones. A su lado permanecía [...] te de sus gestos, de su voz, de su mir[...] taba las veces que al cruzar las ca[...] maba del brazo, soltándola, claro está, de nuevo a la acera. Pero siempre [...] cuentros tenían el final amargo de [...] dida. Febrilmente sentía que dejaba [...] hacer o por decir, pero en una forma [...] y nebulosa, y así, se quedaba vién[...] charse tras un saludo franco y gent[...] que un día la chica faltó a clase. Su[...] taba enferma. La ausencia duró un[...] entera. ¡Qué tristes fueron para él [...] ches en que regresaba solo! Cuand[...] al pasar frente a la clase de la chica [...] a ver, mareado de alegría, se le a[...] rriendo. La tomó de un brazo mient[...] riciaba con la vista. La jovencita, al [...] sorprendida, sólo había atinado a [...]

—¡Dios mío, ni que fuésemos no[...]

Y el muchacho, como obedeciendo [...] bito impulso, se lo propuso con los [...] llantes y los labios húmedos.

Ahora, Hugo la lleva del brazo. [...] cuando después de cruzar una calle [...] a subir a la acera, la suelta autom[...] Pero la vuelve a tomar en seguida. [...] silenciosos, cuando él piensa en voz [...]

—¡Cuánto le deberé a aquella m[...]

La jovencita lo mira interrogante. E[...]

—Digo que estoy viviendo una [...] magnífica y emocionante..., la av[...] la vida misma.

—¿Qué dices?...

Y él tuvo que explicarle toda la hi[...]

PRIMITIVISMO



Los indios de Resuque, pueblo indio de Nueva México, viven según sus costumbres traídas de los tiempos precolombinos; el contacto con la civilización occidental no los "contamina" de ciertas modalidades que ellos consideran artificios innecesarios para la buena vida (aunque ellos mismos conservan sus "artificios" como ritos de importancia vital). Este gran tambor es el que usan para ejecutar su movida y famosa "danza del águila", y la montaña de adobe que vemos a la izquierda es una especie de horno en el que cocinan sus curiosos platos. Lo único que usan de los blancos es la camisa y algunos tejidos que les resultan más cómodos que los que usaban sus antepasados.

UN "CAUSEUR" EN APUROS

El abate Raynal tenía la manía de contar cuentos, y aprovechaba cuanta oportunidad se le presentaba para relatar las mil y una historietas que conocía.

Cierto día en que monopolizaba la conversación y refería, como de costumbre, sus historias, la señora de Deffand, que era ciega, le interrumpió diciendo:

—¡Por Dios, señor abate, cierre ese libro! ¡Ya me han leído eso más de cien veces!

EXAMEN DE MUSICA

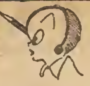
—Vamos a ver: ¿cómo se llam[...] clave?

—Clave de sol.

—¿Y esta otra?

—Esa... no recuerdo... Será [...] de luna.

LAS AVENTURAS de Chu-Man-Fú



por J. CHRISTIE M.

(ESPECIAL PARA LEOPLÁN)





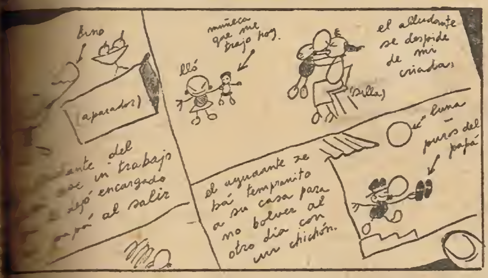










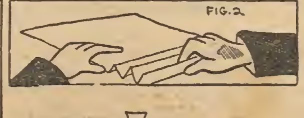




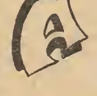


LECCIONES DE MAGIA DE CHU-MAN-FÚ









PRIMERA VISTA PARECE IMPOSIBLE, PERO SI UD. DOBLA EL PAPEL EN LA FORMA COMO LO INDICA LA FIGURA No. 2 CONSEGUIRÁ SU OBJETO.

ES CONVENIENTE PROBAR ANTES DE HACER EL EXPERIMENTO ANTE SUS AMIGOS, PUES EL PAPEL NO DEBE SER MUY DELGADO NI LOS VASOS MUY PESADOS.



LA PESA ROTA

En una tienda de almacén, conversando con el encargado, un joven se apoyó inadvertidamente en una báscula e hizo caer al suelo una pesa de cuarenta kilos, que, además de hundir varias tablas del piso, se rompió en cuatro pedazos. Los dos hombres quedaron consternados; el encargado de la tienda, por la responsabilidad que pudiera caberle, y el visitante, por su falta de cuidado. Pero en medio de su consternación se les ocurrió pesar los pedazos de la pesa rota, y, con el consiguiente asomb[ro] descubrieron que el peso de cada [uno] de ellos era tal que, mientras an[tes] con la pesa, sólo podían pesarse c[ua]renta kilos justos, ahora, con los cua[tro] trozos, bien separados, bien combina[dos] de diferentes maneras, podían pesa[r] por unidades completas, de uno a c[ua]renta kilos, ambos inclusive.

¿Cuánto pesaba cada pedazo?

(La solución en el próximo número)

PALABRAS CRUZADAS

HORIZONTALES

1. Conjunto de las cosas necesarias que se previenen para un viaje o expedición.
4. Nombre dado por los griegos al Amor.
7. Pieza que forma la proa de la nave.
8. Pieza de artillería, a modo de cañón corto y de grueso calibre, que se emplea para arrojar granadas.
11. Administrar, proporcionar.
13. Animal solípedo doméstico, más pequeño que el caballo.
15. Carta de la baraja que tiene señalado ... o punto.
17. ... el dominio ... cosa por el uso continuado de ella, cuando su anterior legítimo dueño deja pasar el tiempo señalado por las leyes para poder reclamarla.
20. Río de Rusia que desagua en el mar de Azov.
21. Cavidad donde procrean diversos animales.
22. Parte lateral de una cosa.
23. ¡Quiá!
25. Voz germana que significa agua.
26. Apócope.
27. Rumor, susurro.
28. Lanza o pica de los antiguos romanos.
30. Cada uno de los extremos del eje de rotación, real o supuesta, de una esfera.
31. Isla adyacente a la costa occidental de Francia.
33. Poeta cantor de la época primitiva.
35. Que no está dividido.
36. Excavación hecha para extraer algún mineral.
38. Uno de los puntos cardinales.
39. Aldea en la feligresía de Santa María de Ousende, provincia de Lugo.
40. Antiguo vehículo a modo de caja de coche sin ruedas y con dos varas laterales.
41. Una de las virtudes teologales.
42. Apócope.
44. Alabanza, loa, elogio.
45. Pradería en que generalmente sestea el ganado vacuno.
46. Rama secundaria o que sale de otra principal.
47. (Diego de): escultor español del siglo XVI.

"Me rec... como pre...tamente a la significa... —¿Uste... único o uno —Sí. —Ento... pa..."

VERTICALES

1. Movimiento convulsivo y ruidoso del aparato respiratorio.
2. Planta ranunculáceas, de flores amarillas común en España.
3. Negación.
4. Existe.
5. Olorosos, fragantes, que despiden un grato olor.
6. Río de Galitzia, Polonia, que desagua en el Vístula.
7. Recorrido, expedición.
9. Vasija baja y de borde ancho.
10. Gastada, ajada y deslucida por el uso.
12. Ciudad de Italia.
14. Dativo y acusativo del pronombre de segunda persona en ambos géneros y número plural.
16. Nota de la escala diatónica.
18. Artículo indeterminado en ambos géneros y número singular.
19. Río de Italia.
24. Sujeto, amarro.
26. Utiliza, hace servir una cosa.
27. Mascar cosas duras, quebrándolas con algún ruido.
29. Pandereta, instrumento músico (plural).
30. Vástagos de un árbol que se injertan en otro.
31. Ceremonia establecida para la celebración de los oficios divinos.
32. Rey de Calidón, padre de Deyanira.
34. Ciudad de Rusia.
36. Isla griega, una de las Cícladas.
37. Interjección usada para arrear a las bestias.
43. Símbolo del sodio.
45. Violoncelo siamés.

(La solución en el próximo número)

EL MINUE

Recórtense los doce trocitos negros qu[e] ... el círculo y colóquense dentro de él, hac[iendo coin]cidir las partes curvas con la circunfe[rencia]. La figura negra del interior no debe ser [movida]. Está en su sitio y servirá de guía para c[olocar las] otras y resolver el problema. El resultad[o será] una pareja que baila el minué.

(La solución en el próximo númer[o])

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTE[RIOR]

DE "SEIS JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS"

MENOSCABO
MASCARILLA
PORTALON
IGUALDAD
MANDOBLE
DOBLETE

DE "FRASE HECHA"

BEBERSE LOS VIENTOS

¡Aquí le contestamos!

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantienen correspondencia sobre ellos. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

HAPPY SORRY, *Salsacate.* — 1º y 2º: Los problemas que plantea actualmente la crisis de la industria papelera, de todos conocida, nos impiden incorporar, por ahora, nuevos elementos a nuestro cuadro de colaboradores. 3º: Quizá logre su propósito en las librerías de viejo. 4º Tendremos en cuenta su pedido, para considerarlo en la primera oportunidad favorable.

INTERESADO. — 1º Para saber si su matrimonio ha sido legal, pida usted la partida matrimonial al Registro Civil donde se realizó el acto. En caso de que su matrimonio no se haya legalizado, está usted libre de todo compromiso; en caso contrario, debe pagar una pensión a su mujer, pero entonces le queda aún el recurso de entablar acción por abandono del hogar. 2º Tenemos por norma, en esta sección, no dar direcciones comerciales. No obstante, en las páginas de este magazine hallará avisos de casas de comercio que venden lo que usted desea.

RICARDO E. ORTIZ, *Capital.* — Hemos tomado nota de su pedido y procuraremos complacerle.

ROBIN HOOD, *Mendoza.* —1º: La novela "El camino de los gatos", de Hermann Sudermann, apareció en el número 38 de LEOPLÁN, correspondiente al 24 de junio de 1936. 2º: Lamentamos no poder complacerlo.

ORLANDO M. AICAR[DI] ... — 1º No es fácil av[eriguar con] certeza la etimología [de carna]val. Las generalmente [admitidas] son: *carne-vale* (¡ca[rne, adiós!]) y *car-navale* (carro [naval]) ... cuanto al origen de ... el Carnaval deriva directamente de l[as fiestas] ... les romanas, aunque de una manera ... encuentran vestigios de ella en casi ... pueblos de la antigüedad. En un prin[cipio tuvo] carácter religioso. 2º Hemos tomado ... pedido y procuraremos complacerle.

ANDRÉS M. PIZZORNO, *C. Perdido.* — ... escribirnos, indicándonos el título d[e] ... a que usted se refiere y el número ... vista en el cual se publicó, y con gu[sto contesta]remos su consulta.